

Una cierta angustia

ERIC

AMBLER

Lectulandia

Un coronel iraquí que vive el terror de su vida, una belleza en bikini bajo chantaje y un periodista neurótico y suicida de pronto se ven sumergidos en el oscuro mundo de Eric Ambler, en un laberinto de conspiración e intriga, reuniones clandestinas, identidades dobles y muertes súbitas.

Lectulandia

Eric Ambler

Una cierta angustia

ePub r1.0

eKionh 19.09.13

Título original: *A Kind of Anger*

Eric Ambler, 1964

Traducción: Manuel País

Diseño de portada: eKionh

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El semanario de noticias norteamericano *World Reporter* entra en prensa a las once en punto de la noche del viernes. Habitualmente, ya no queda mucho trabajo para aquella noche, excepto para los correctores de pruebas, pero el ambiente en las oficinas de Nueva York sigue siendo tenso.

Y es comprensible. Un diario se compromete durante unas cuantas horas, y siempre puede rectificar o disimular sus errores con relativa prontitud. Pero cuando un semanario tan previsor y profético como el *World Reporter* queda superado por los hechos, hace el ridículo durante varios días. Ahí está el ejemplo de aquella desgraciada semana en que aclamó a un general del Sudeste asiático como «nuevo hombre fuerte de Asia»; el lunes, cuando la revista llegó a los quioscos, el general había sido derrocado por un movimiento de estudiantes desarmados, y colgado. Afortunadamente, este tipo de percances son poco frecuentes. Los redactores son hombres capacitados y prudentes, y suelen estar bien informados. Se toman todas las precauciones posibles. Los grandes aparatos del servicio telegráfico son observados continuamente. En todo el mundo, en una docena de zonas con horarios diferentes, el personal de las corresponsalías exteriores del semanario comprueba los servicios regionales de noticias y los boletines de radio. Líneas privadas y circuitos de teleimpresión conectan el edificio de las oficinas centrales con las plantas de impresión en Filadelfia y Chicago. Se han instalado equipos electrónicos de composición. Se pueden limar los artículos, hacerlos más incisivos o más suaves; en una palabra, tirar la piedra y esconder la mano en el último momento. Si bien es cierto que hay tensión, también hay calma y tranquila confianza.

Por lo menos, en Nueva York. En las oficinas extranjeras, la vigilia semanal antes de la fecha clave de la noche del viernes es acompañada por una roedora ansiedad que no tiene nada que ver con el trabajo que hay a mano, sino con el director de la publicación, *Mr. Cust*.

A las nueve de la noche de un viernes normal (hora de Nueva York), la mayoría de los redactores más importantes se sienten bastante seguros de sí mismos y de su trabajo en el nuevo número, bajan a la planta del edificio del *World Reporter* y cenan en el restaurante. Pero *Mr. Cust* actúa de modo diferente. A menos que surja alguna emergencia extraordinaria, él ya no tiene nada que decidir hasta el lunes por la tarde cuando se reúna la redacción para tratar del próximo número. Como accionista principal y director de la revista, no tiene que informar a nadie. Podría, sin menoscabo de ninguna de sus funciones, subir al ático del edificio, cenar con su mujer y sus amistades y después jugar una partida de bridge. Él lo sabe, sabe que los negocios marchan de modo satisfactorio y que él es quien los lleva por buen camino;

pero, de todos modos, no está satisfecho. Por lo tanto, en vez de subir al ático, se queda en la oficina y manda traer unos bocadillos de salmón ahumado y una botella de Blanc-de-Blanc. Entonces, con la ayuda de un archivo privado y la atención fija en un tablero operador con los nombres de las agencias de ultramar, procede a nutrir la estima que tiene de sí mismo volviendo locas a las oficinas del extranjero.

Es la única ocasión en que llama directamente a una oficina, y selecciona cuidadosamente a sus víctimas para aquella noche. Suelen ser aquellas (no más de dos o tres, por lo general) para las que ha podido esbozar lo que él llama «sugerencias de planificación».

Le dedica mucho tiempo y mucho esfuerzo mental a preparar dichas sugerencias. Según sus propias palabras, una sugerencia de planificación debe poseer tres cualidades: no debe existir ninguna posibilidad de que el director de la oficina se haya anticipado; tiene que basarse siempre en informaciones obtenidas únicamente por *Mr. Cust* con su clarividencia acostumbrada; y, finalmente, debe ser tan sorprendente, desconcertante y desesperante que el director de la oficina en cuestión no tenga más remedio que protestar, por lo que *Mr. Cust* tendrá la satisfacción de reprimirlo. En otras palabras, la sugerencia ha de ser excéntrica, ilógica y perversa.

Dicen que *Mr. Cust* padece un cierto tipo de perturbación en la circulación cerebral, característica de la senilidad, y que últimamente dicha perturbación se ha acentuado. Puede ser cierto. Ningún director en su sano juicio hubiera dado una orden tan estúpida y maliciosa como *Mr. Cust* hizo en el caso Arbil.

Entré en el despacho de Sy Logan, director de la oficina de París, a las 3, 15 de la madrugada (hora de Francia) de un frío sábado de febrero. Estaba en el despacho cuando sonó la llamada.

La conversación comenzó, como comenzaban siempre tales conversaciones, con unas corteses preguntas de *Mr. Cust* interesándose por la salud del director de la oficina, la de su mujer y la del resto de su familia. Sy le respondió con la brevedad de rigor, conectó el magnetófono y me indicó por señas que escuchase por el teléfono supletorio de su secretaria.

La voz de *Mr. Cust* es gruesa y monótona, parece el sonido de los altavoces de un aeropuerto. Aunque molesta un poco al oído, uno tiene que esforzarse por escuchar lo que dice. Además, tiene la costumbre de comer el bocadillo mientras habla, lo cual no favorece mucho la escucha.

—... perfectamente; gracias, jefe —decía Sy Logan.

—Estupendo. Bien, Sy, he estado pensando en el asunto Arbil del mes pasado y en lo que debíamos hacer al respecto.

Hubo una pausa; luego, en el preciso momento en que Sy abría la boca para responder, *Mr. Cust* continuó:

—Todavía no han descubierto a la chica del bikini, ¿verdad que no?

—No jefe.

—¡Cristo!

Aunque lo dijo con suavidad, el tono expresaba más que interés por el asunto; sugería que, en cierto modo era culpa de Sy.

—¿Qué *hacemos* nosotros al respecto, Sy?

—Bueno jefe...

—No vaya a decirme que hemos publicado el informe de Reuter sobre el asunto, porque ya lo sé. Mi pregunta es: ¿qué *hacemos nosotros*, Sy?

—Jefe, nosotros no *podemos* hacer mucho. Hace seis o siete semanas que la chica desapareció. Sus fotos se publicaron en casi todos los periódicos y revistas de Europa. Puede estar en Francia, España, Portugal o Italia. Probablemente esté en Francia, pero la policía no ha conseguido dar con ella, simplemente. Mientras que no...

—¡Sy!

La exclamación tenía una nota de lamento.

—¿Diga, jefe?

—Sy, no quiero que *Paris Match* o *Der Spiegel* se nos adelanten.

La frase era un típico ejemplo de la técnica de pinchar utilizada por *Mr. Cust*. No mencionó *Time-Life* o *Newsweek* o *News and World Report*. Esto daba a entender que no había la menor posibilidad de que dichas publicaciones se adelantaran al *World Reporter* debido a la incesante vigilancia de la oficina de Nueva York; en cambio, la oficina de París, con sus lentos movimientos, podía permitir que los competidores franceses o alemanes le sorprendieran. Como ya les *habían sorprendido* recientemente en dos ocasiones, la advertencia resultaba especialmente molesta. Sy dio un salto para organizar su propia defensa.

—¿Adelantárenos en qué, jefe? —preguntó con intención—. No podemos hacer nada todavía. No hay ninguna posibilidad. Hasta que la policía descubra a la chica o ella decida entregarse, el asunto está en una vía muerta.

—¿Está en una vía muerta, Sy, *lo está*? Yo creo que ésa es una suposición peligrosa para nosotros.

Mentalmente vi a *Mr. Cust* colocando a su huesudo índice contra la nariz.

—Bueno, si no está muerto, al menos está dormido.

—Muy gracioso, Sy, pero no me entiende lo que quiero decir. Nosotros sabemos que hay un trasfondo político en el asunto. También sabemos que la incapacidad de la policía para descubrir a la joven se debe a razones políticas. ¿O es que usted no lo sabía?

—Yo sé que el asunto tiene conexiones con la izquierda.

—Son más que simples conexiones con la izquierda.

—Son más que simples conexiones, Sy. He conseguido algunas pruebas bastante

sólidas de que son hechos.

—¿Qué tipo de pruebas, jefe?

—No voy a entrar en eso ahora. Le diré simplemente que la CIA está muy interesada —otra típica estratagema—. Y nosotros debemos interesarnos también. Creo que debemos echarnos a la calle antes de que alguien lo haga por nosotros.

Sy carraspeó.

—Lo siento, jefe, pero no entiendo bien lo que acaba de decir. ¿Con la palabra «encontrar» quiere decir...?

—Quiero decir lo que digo: *encontrarla*. Hasta que la encontremos no podemos publicar su versión de los hechos, ¿verdad?

En la última frase había una nota de impaciencia.

Para mí todo resultaba casi absurdo. Yo había estado en Portugal haciendo entrevistas a personajes reales exiliados cuando empezó el caso Arbil. Según mis noticias, un hombre llamado Arbil había sido asesinado en Suiza y la policía buscaba a una chica con un bikini que había sido testigo del crimen.

Sy había estado manoseando un cigarrillo. Ahora hizo una pausa para encenderlo antes de contestar.

—Estoy totalmente de acuerdo, jefe. Si la encontramos, seguro que publicaremos su versión de los hechos.

—Estupendo. Y bien, ¿a quién va a encomendar el asunto?

Sy dejó el cigarrillo un momento.

—Bien, si le he de ser sincero, jefe, de momento no tengo pensado encargárselo a nadie —al otro lado hubo un silencio mortal.

Sy continuó en tono hosco:

—Antes de entrar en esta organización —dijo—, yo trabajaba en la prensa diaria.

—Y con gran eficiencia, por cierto —concedió afablemente la voz del otro lado.

Pero la frase tenía una nota de sorna. *Mr. Cust* empezaba a divertirse.

El cogote de Sy se puso rojo.

—Con eficiencia o sin ella —continuó lentamente—, una de las primeras cosas que usted me dijo era que debía cambiar de mentalidad. Aún recuerdo algunas de las cosas que me dijo. «Nunca intente trabajar como si fuera para un diario». Ésta fue una. ¿Y qué más? «Somos un semanario; no podemos competir con los diarios ni con la televisión. Ellos recogen las noticias. Nosotros las interpretamos y las convertimos en historia». Es un poco tarde para cambiar las reglas de juego, ¿no cree?

—Nadie trata de cambiar las reglas, Sy —el tono meloso de la voz delataba un evidente regodeo—. Tratamos simplemente de desplegar un poco de imaginación para llevar a cabo un trabajo. Al menos eso es lo que yo intento, y espero que usted también. Ahora, piense un momento. Los chicos de la prensa diaria ni siquiera han descubierto el barrunto de una pista. ¿Por qué no? Porque lo único que han hecho es

dar vueltas como moscas alrededor de la policía francesa. Nosotros sabemos que la policía ha llevado el asunto con torpeza. Ya es hora de que actuemos por nuestra cuenta.

Sy Logan se mostró todo lo beligerante que su prudencia le aconsejó.

—Que actuemos ¿cómo? —dijo secamente.

—Usted conoce a su propia gente mejor que yo. ¿Dónde está Parry ahora?

—En Bonn asistiendo a las conversaciones. Usted me dijo que lo enviase allí, ¿se acuerda?

—Sí, es cierto.

Intentaba, sin conseguirlo, dar la impresión de que se había olvidado.

—Jefe, lo que trato de explicarle es que perdemos el tiempo. Todas las grandes agencias de noticias destacaron a sus mejores hombres para trabajar en este caso, y lo han dejado. En cuanto a la policía, poco nos importa su actitud. Si lo han intentado realmente y no han conseguido nada, poco podemos esperar nosotros. Si saben dónde está y lo ocultan, tampoco podemos esperar mucho.

—¿Ni siquiera si yo le digo dónde buscar?

Uno casi podía ver su fatua sonrisa al hacer la pregunta.

Sy se quedó parado por un segundo, pero se recobró rápidamente.

—¿Es una información de la CIA jefe, o no puede decírmelo?

—Desgraciadamente tiene razón; no puedo decírselo y, desde luego, por teléfono menos. Tendrá toda la información que necesite en la bolsa, mañana. Bien, ¿a quién piensa encargar el asunto? ¿Qué hace ahora ese neurótico alemán que tiene usted ahí?

Sy trasladó el teléfono de su mano derecha a la izquierda.

—Me parece que con esa descripción no sé a quién se refiere, jefe —dijo al cabo de un momento.

—¡Oh, por el amor de Dios! El que hizo aquel artículo nauseabundo sobre la sala de fiestas. Pete no sé qué...

Sy clavó en mí sus ojos demacrados.

—Si se refiere a Piet Maas, puede preguntárselo usted mismo, jefe. Está escuchando por el supletorio.

—Y no soy alemán, sino holandés —dije yo.

—Mis disculpas. Holandés, eso es —pero no retiro lo de neurótico—. Bueno, pues...

Yo le corté:

—Será mejor que le diga antes de nada, *Mr. Cust*, que eso de jugar a los detectives no me va nada bien.

—Y yo estoy de acuerdo —añadió Sy—. Lo que nosotros necesitamos...

—¿Quién habla de *jugar* a nada? —baló *Mr. Cust*—. Se supone que trabaja para nosotros, ¿verdad?, ¿cuál es su misión actual?

—La situación al día de la producción de automóviles en el Mercado Común, jefe —respondió Sy con rapidez—. Los últimos hechos y cifras y los proyectos de crecimiento durante los tres próximos años.

En realidad yo estaba trabajando en un artículo sobre los pintores franceses comprados últimamente por los museos de arte americanos; pero Sy intentó lanzar un farol para despistar. *Mr. Cust* es contrario al Mercado Común y la política del *World Reporter* es atacarlo. Naturalmente, la oficina de París es una de las principales fuentes de municiones para la campaña y Sy había utilizado con éxito este hecho para contrarrestar anteriores presiones de la oficina de Nueva York.

Pero esta vez no tuvo éxito. *Mr. Cust* titubeó simplemente.

—¿Quién ha pedido esto?

—Dan Cleary.

—Bien, yo hablaré con él. De momento, puede olvidar eso. Esto tiene máxima prioridad.

Sy jugó su última carta.

—Jefe, si esta confidencia es tan sensacional como usted dice, creo que deberíamos mandar venir a Bob Parsons de Roma, o quizás encargarme yo mismo del asunto. Al fin y al cabo, Piet Maas es fundamentalmente el investigador...

—Eso es exactamente lo que usted necesita, Sy, un investigador —la voz tenía ahora un acento de resolución definitiva—. Pete, sáquese el pelo largo de delante de los ojos, coja la burra y busque la chica del bikini. Sy, usted ayúdele a encontrarla. ¿De acuerdo?

Sy murmuró algo y la conversación terminó. Apagó el magnetófono y me miró.

Sy Logan tiene el pelo gris y anda por los cuarenta y tantos. Tiene la cabeza larga y estrecha y una mirada fría. Siempre huele a loción de afeitado. No me cae simpático, yo a él tampoco. Y nunca trabajé para la prensa diaria, no correspondo a su idea de un profesional. Me eduqué en Inglaterra durante la guerra y, aunque había adquirido ciertas costumbres americanas desde que trabajaba en la oficina, hablaba inglés con acento británico. Y, por supuesto, estaba, además, mi historia personal. Sy trataba de fingir que no existía, pero de todos modos se sentía incómodo.

Al cabo de un segundo, se encogió de hombros.

—Lo siento, Piet. Hice lo que pude. Pude seguir discutiendo para disuadirle, pero no hubiera servido de nada.

En esto tenía razón.

Sy era segundo de a bordo cuando Hank Weston, el antiguo director de la oficina, me había contratado como investigador. Había sido pura amabilidad por parte de Hank. En aquel momento, yo necesitaba de mala manera que alguien me contratase y hubiera aceptado un trabajo de botones si alguien me lo hubiera ofrecido. La cosa de la investigación no habría durado mucho. Si uno sabe escribir simplemente, escribir

para el *World Reporter* es una técnica fácil de aprender. Al cabo del primer mes, Hank me admitió como fijo con un contrato por un año.

Los problemas empezaron poco después, cuando Hank se fue a Washington con un empleo en la USAI, y Sy se hizo cargo de la oficina.

De vez en cuando y con cierta frecuencia, el *World Reporter* toma conciencia del mundo y se alborota moralmente. El enemigo es siempre calificado de «enfermedad espiritual de nuestro tiempo» y el método seguido por el *World Reporter* para librar la batalla en favor del bien consiste en echar una mirada atenta, curiosa y autosuficiente a cualquier fenómeno social considerado como sintomático de dicha enfermedad. La delincuencia juvenil de uno u otro tipo siempre ofrece material abundante, naturalmente; pero tiende a hacerse monótona. Con la idea de variar un poco mediante la presentación de alguna depravación de adultos, una depravación europea especialmente, Sy me envió a explorar los *Nachtlokale* de Hamburgo.

Encontré mucha depravación del tipo normal, triste y deprimente; pero, por desgracia, también descubrí algo que me divertió.

El lugar era un club nocturno de travestí, con un espectáculo a base de hombres vestidos de mujer. Hubiera sido una cosa corriente, a no ser por un detalle: el artista principal del espectáculo resultaba extraordinariamente convincente.

Habitualmente, en estos casos suele notarse que se trata de hombres: los falsos pechos están colocados demasiado altos, el abultamiento de las pantorrillas no está en su sitio, la barba asoma azuladamente a través de la capa de maquillaje. Aquel hombre, sin embargo, parecía una mujer y una mujer muy atractiva, divertida y dotada de talento para el espectáculo. El oficial de un barco, bastante borracho y simplemente heterosexual, que había entrado por equivocación en aquel lugar, se entusiasmó tanto que, cuando al fin un camarero se creyó obligado a decirle que la estrella no era una mujer, le replicó gritando:

—Me importa un bledo lo que sea... ¡quiero ir a la cama con eso!

Yo cometí la equivocación de comentar el incidente, añadiendo que el individuo contaba con mi simpatía. Pensé que esto divertiría al personal de la oficina, y así fue; por lo tanto, en vez de cortarlo, lo dejaron pasar para que divirtiese a la gente de Nueva York. Pero ocurrió que *Mr. Cust* lo leyó y no le hizo ninguna gracia.

Decidió abrir una investigación en torno a mi persona.

Lo que *Mr. Cust* esperaba, y probablemente deseaba, era sin duda descubrir que yo era homosexual. La homosexualidad le pone furioso. En vez de eso, se enteró que yo había sido director y copropietario de *Ethos*, una revista experimental de noticias internacionales que había terminado en bancarrota, y que yo había pasado varios meses en un sanatorio mental francés tras un intento de suicidio. Los investigadores, una casa francesa de detectives privados, habían conseguido sonsacar a las autoridades del sanatorio el hecho de que yo había recibido un tratamiento a base de

electrochoques.

Ocurre que *Mr. Cust* se pone tan furioso cuando oye hablar de bancarrota y de enfermedades mentales como cuando oye hablar de homosexualidad. Yo había terminado. Si *Hank Weston* no hubiera aceptado el empleo de *Washington*, probablemente hubiera terminado también, por haber contratado a un hombre con mi historial.

Pronto llegaron aquí las noticias de lo que ocurría conmigo y entonces le dije a *Sy* que deseaba irme. Pero en el *World Reporter* las cosas no son tan sencillas. *Mr. Cust* es un dios orgulloso y, en aquel momento, a mi contrato aún le faltaban cinco meses para expirar. En el seno de aquella organización, si uno tiene un contrato en firme, no puede romperlo, sean cuales sean las circunstancias. Si uno se va antes de que el contrato expire, se ha de ir, no porque así lo desee, sino porque *Mr. Cust* lo ha despedido por incompetencia; y si la incompetencia no es real, entonces hay que inventarla.

Sy sabía esto tan bien como yo.

—¿Qué ocurriría si me niego? —pregunté yo.

—Si haces eso, *Piet*, quedas suspendido de empleo y sueldo. Y además no puedes trabajar para otro semanario hasta que expire tu contrato con nosotros. Naturalmente, si quieres tomarte unas vacaciones de cinco meses sin cobrar, adelante.

Yo no podría vivir cinco semanas sin sueldo y mucho menos cinco meses. Esto también lo sabía *Sy*.

—Lo siento, *Piet* —repitió—. Naturalmente, recibirás toda la ayuda que pueda darte.

Naturalmente. Mi fallo desacreditaría a la oficina hasta cierto punto. Además, se le había dicho que procurase que no fallara. Siempre era posible que también él recibiera un correctivo; tal vez por no haber advertido antes a *Nueva York* de mi incompetencia. Desde luego no lo despedirían por culpa de mis errores, pero podían ponerle una marca negra junto al nombre.

—Supongo que esa información confidencial que nos envía no tiene absolutamente ningún valor, ¿no crees? —dije yo.

—No necesariamente.

—Pero es probable.

Sy suspiró.

—El viejo no es tonto del todo.

—Empiezo a ponerlo en duda.

Ya sé que lo piensas. Supervaloras tu propia importancia, *Piet*. Todo el mundo sabe que no ganarías un concurso de popularidad de estar el viejo en el jurado, y todo el mundo sabe también que el muy cretino puede ser vengativo, pero sigue siendo un profesional. A sus oídos llegan multitud de rumores de alto nivel, procedentes de

personas que consideran que vale la pena hacerle favores. Si dice que sabe dónde se oculta la chica, lo más probable es que tenga algo. Puede que no sea bastante, pero será algo. Le gusta jugar a las corazonadas. Además, siempre hay una remota posibilidad, ya sabes.

—Ya sé, ya. No apostarías nada por dicha posibilidad, a no ser ese billete roto de diez francos del que de todos modos estabas decidido a deshacerte.

Sy se encogió de hombros.

—No te hagas mala sangre, Piet. Ya oíste lo que te dije. Y también oíste lo que él me dijo a mí.

Y continuó hablando rápidamente antes de que yo tuviera tiempo de contestarle; ya que estaba cansado de mí por aquella noche.

—Te diré lo que debes hacer. Aquí tenemos todo un dossier sobre el caso, con recortes, fotos y el reportaje de la Reuter. Llévatelo a casa y duerme un poco. Luego, léelo y ven a verme aquí a las doce y media. A esa hora ya tendremos aquí el correo de Nueva York. Cuando sepamos de qué se trata, podremos trazar un plan de acción. ¿De acuerdo?

Regresé al apartamento de la Rue Malesherbes y me tomé dos pastillas para dormir. Pero no me hicieron efecto.

Al cabo de una hora, me levanté y tiré por el lavabo el resto de las pastillas. Era una simple precaución. Ahora nunca compraba más de veinte cada vez, aun cuando las adquiría en el mercado negro, y en el frasco sólo había una docena o así; no eran suficientes realmente. Se necesitan treinta por lo menos para que la cosa vaya bien; si no es así, el estómago se deshace de la mayoría de ellas. Y luego viene el largo y repugnante retorno a la vida y la tutela del psiquiatra. No quiero volver a pasarlo otra vez; pero me conozco y prefiero no correr el riesgo. En las horas grises de la madrugada de un mal día, podría ser lo bastante estúpido para cometer el mismo error por segunda vez.

Hice un poco de café y hojeé el informe que Sy me había dado.

Los primeros artículos sobre el caso Arbil habían aparecido en los diarios suizos y estaban incluidos en el dossier, pero en su mayoría eran incompletos y contradictorios. El artículo más completo había aparecido en un semanario francés ilustrado que se llama *Partout*.

Tenía por título, con letras dibujadas en forma de bala de revólver, MISTERIO EN ZÜRICH. Debajo había un subtítulo, incrustado en un dibujo rojo al pincel representando un coche que bajaba a todo gas una carretera de montaña con una chica desnuda al volante: *Toda Europa busca a la hermosa francesita del bikini, la clave del misterio.*

A *Partout* le gusta dramatizar. Los hombres que trabajan allí cultivan un estilo declamatorio, sensacionalista. Además, trabajan en equipo. Aunque el artículo aparecía con una sola firma, era evidente que en él habían colaborado, como mínimo, tres escritores diferentes. La introducción era obra de alguien con opiniones izquierdistas y un desafortunado gusto por el presente histórico. Se parecía a los subtítulos de una vieja película muda.

LUGAR: Zürich, Suiza.

FECHA: 10 de enero.

HORA: las 10 de la noche.

Es una fría noche de invierno. Ante el tablero de mandos de la central eléctrica está sentado el vigilante de servicio, Martín Brünner (43 años). Sus ojos pestañean sin cesar hacia los contadores e indicadores del panel de control que está ante él, mientras bebe a sorbitos su taza de chocolate.

Durante el día hubo un deshielo parcial seguido de una fuerte helada. Espera que haya problemas.

¡Pero no el tipo de problemas con los que en realidad se va a encontrar!

De pronto se enciende una luz de alarma.

¡Alarma!

Los dedos del vigilante se mueven veloces y precisos. La luz de alarma indica una interrupción del servicio en el distrito acaudalado de Zürichberg: hay un corte en la centralita de un transformador. En el espacio de unos cuantos segundos, el vigilante ha efectuado las conexiones necesarias para restablecer el servicio en la zona, a pesar del corte.

A los ricos no se les deben causar molestias.

Por lo tanto, hay que poner en movimiento a los chicos.

El vigilante Brünner sospecha que es culpa de un aislador.

Debe salir a efectuar la reparación la cuadrilla de trabajadores que está de guardia. El vigilante da la orden. Un minuto más tarde, los chicos están en camino, echando maldiciones por lo bajo, hacia el sitio del corte.

Al frente de la cuadrilla va Hans Dietz, treinta y seis años casado y con dos hijos. Va sentado junto al conductor de la furgoneta de reparaciones. Los otros dos miembros de la cuadrilla van atrás, junto a las herramientas y aparejos.

La centralita está situada bajo la cresta de una elevada colina, cerca de uno de los radares exteriores del aeropuerto internacional de Kloten-Zürich. Para coger la corta pista que los llevará allí, tienen que subir por la Waldseestrasse, una sinuosa carretera de montaña, con un precipicio hacia un lado y los muros que cierran el terreno circundante de unos cuantos viejos chalets por el otro.

La entrada del número 16, Villa Consolazione, está situada en una curva en forma

de horquilla. Como medida de seguridad, el Ayuntamiento colocó un gran espejo en el lado del lago para que el tráfico de bajada pudiese ver en la curva los coches que entran o salen del chalet.

Esta noche, sin embargo, el espejo está empañado por la helada.

Al subir, los trabajadores de la central eléctrica no encuentran ningún coche en la carretera. Es bastante suerte, porque la nieve helada está amontonada a ambos lados de la calzada y sería difícil pasar. La superficie está resbaladiza y tienen que ir con mucho cuidado. La Villa Consolazione casi no se ve desde la carretera. No se han fijado si hay o no reflectores encendidos en el jardín del chalet.

¿Por qué se iban a fijar? Ellos van a su trabajo.

Llegaron a la centralita un poco antes de las once de la noche. Les lleva unas dos horas localizar y reparar la avería. Una vez realizado el trabajo, Dietz informa al vigilante a través del radioteléfono de la furgoneta y le pide que haga una prueba. Es ahora la una y treinta y cinco minutos. Tres minutos más tarde, tras asegurarse de que todo funciona perfectamente y de que la centralita ha sido conectada de nuevo con la red de servicio, la fatigada cuadrilla empieza a cargar de nuevo la furgoneta para el viaje de vuelta. Son casi exactamente las dos de la madrugada cuando llegan de nuevo a la Waldseestrasse.

Bajan con toda la precaución posible, igual que al subir, a 10 kilómetros por hora.

¡De pronto, Dietz ve el peligro frente a él!

Un coche se dirige hacia la salida de Villa Consolazione. ¡Y sale a una velocidad de locos! Ve los reflejos de sus focos delanteros en la nieve amontonada. ¡Dios mío!, lanza un grito de alarma al conductor de la furgoneta. Píe al freno. El conductor aprieta el pedal a fondo.

¡Demasiado tarde! La pesada furgoneta se desvía de costado y luego se desliza hacia adelante sobre el hielo con las cuatro ruedas trabadas. Un instante más tarde, el coche sale de la entrada del chalet, patina sobre la calzada y pasa rozando el morro de la furgoneta.

No fue más que una rozadura y al coche poco le afecta.

Pero para la camioneta que bajaba patinando es un auténtico desastre. Da un bandazo de costado, tropieza contra una de las piedras que forman el batiente del portalón del chalet, se sube al montón de nieve acumulada a lo largo del muro y avanza sobre él rozando la pared. Finalmente se para contra el otro banco de nieve, al lado del lago.

El coche que había salido del chalet sigue corriendo colina abajo. Pero en el momento del impacto, Dietz ha visto claramente el coche y el conductor a la luz de los focos de la furgoneta.

El coche es un Mercedes negro 300 S.

Lo conducía una joven.

Ni Dietz ni el conductor han sufrido heridas graves. Los obreros que iban atrás, sin embargo, han sido menos afortunados. Uno se ha roto la clavícula, el otro tiene una herida en la cabeza que sangra de mala manera y necesita puntos. Mientras el conductor presta los primeros auxilios a los heridos, Dietz se sube a la cabina y trata de utilizar la radio.

Está intacta y puede llamar al vigilante Brünner y contarle lo que ha ocurrido. Cuando el vigilante le contesta para decirle que están en camino una ambulancia y la policía, Dietz ha tenido tiempo de pensar.

No pudo coger la matrícula del Mercedes, pero como salió de Villa Consolazione, supone que aquí habrá alguien que conozca el nombre de la conductora y dónde encontrarla. Decide subir al chalet y pedir los datos.

—Mejor que espere a la policía, Hans —le sugiere el vigilante Brünner.

Pero no. Dietz empieza a sentir sus magulladuras y está enfadado. Va a conseguir el nombre de aquella loca.

Así que sube solo al chalet.

En este punto, *Partout*, dejándose llevar por el ulterior desarrollo de los acontecimientos, comienza a describir los pensamientos de Dietz mientras se acercaba al chalet. Además, le conceden una extraña facultad de tener presentimientos que le hacen titubear.

Según el relato de un reportero local, Dietz subió a trompicones hasta la mitad de su camino, perdió pie en la nieve helada y decidió que quizás el vigilante tuviera razón, así que se dio la vuelta.

Los que llegaron al chalet minutos más tarde fueron dos policías de tráfico procedentes de un coche patrulla.

Había una fotografía del chalet. Era un edificio de dos pisos, imitando un castillo al estilo de los años veinte, con dos pequeñas torretas. Cuando los policías llegaron junto a la casa, encontraron el lugar sumido en la más profunda oscuridad. Las puertas del garaje estaban abiertas, dejando espacio para que pasaran dos coches. Uno de los sitios estaba vacío y en la nieve exterior había huellas frescas de neumáticos; en el otro sitio había un viejo Citroën tipo 2 CV. Los policías abandonaron el garaje y se dirigieron a la entrada del chalet. La puerta estaba abierta.

Tocaron el timbre varias veces sin recibir ninguna respuesta. No tenían ninguna autoridad para entrar sin ser invitados a ello. Al cabo de un rato, uno de ellos dio una vuelta alrededor de la casa a ver lo que había por allí. Regresó, unos minutos más tarde, con un hombre de edad llamado Bazzoli. Bazzoli y su mujer, María, eran los criados del chalet y vivían en una casita a unos cincuenta metros de distancia, junto al huerto.

El viejo estaba en cama totalmente dormido y ahora temblaba, alarmado y quejumbroso. Al principio, la policía no pudo hacerle ninguna pregunta; estaba

demasiado ocupado en bombardearlos con las suyas. ¿Por qué estaban apagados los grandes reflectores? Tenían que estar encendidos durante toda la noche; esas eran las órdenes de *Herr Arbil*. ¿Y dónde estaba el coche de *Herr Arbil*? ¿Por qué estaba abierta la puerta de la entrada? Debería estar cerrada con llave y con la cadena puesta, como siempre. ¿Dónde estaba la señora *Arbil*? ¿Qué había ocurrido?

Mientras tanto, había entrado en la casa y al instante resultó evidente que aquí había ocurrido algo muy grave y que la identidad de alguien que había huido después de un accidente pasaba a segundo plano.

En la gran sala de estar, estaban abiertos todos los cajones, todos los armarios y todos los aparadores, y su contenido volcado por el suelo. Lo mismo ocurría en el comedor. En la biblioteca, todos los libros habían sido tirados de los estantes. Incluso la cocina había sido registrada.

En el piso superior, la situación era distinta en un solo aspecto. En una de las habitaciones estaba, tendido en el suelo, el cuerpo semidesnudo de un hombre a quien *Bazzoli* identificó como *Herr Arbil*. Le habían disparado tres tiros, dos en el estómago y uno en la nuca.

En este punto, el relato de *Partout* se hacía más tenso, la narración correspondía ahora a un reportero de sucesos con una visión más concreta de los hechos.

Uno de los policías de tráfico telefoneó a la comisaría. Los inspectores, que llegaron poco después, echaron un rápido vistazo a la escena, interrogaron brevemente a *Dietz*, *Bazzoli* y su mujer y llegaron a la conclusión que, en aquel momento, parecía la única posible.

Arbil y su mujer habían tenido una discusión violenta durante la cual uno de ellos había registrado toda la casa buscando algo oculto (dinero, joyas, cartas de un amante, un arma). En el punto álgido de la discusión, la mujer había matado al marido y luego había escapado en el coche de él.

A las tres y cinco de la madrugada, el comisario de guardia en la jefatura de policía de *Zürich* dio una orden general para detener a *Frau Lucía Arbil*. *Bazzoli* había facilitado el número de matrícula del *Mercedes*, y ésta empezó a circular igual que la descripción de la chica. Se alertó especialmente al cercano puesto fronterizo de *Koblenza*.

Cuatro horas más tarde se encontró al *Mercedes* en el estacionamiento del aeropuerto internacional. Se examinó inmediatamente las listas de pasajeros de salida, pero en ninguna de ellas figuraba ninguna *Frau Arbil*. Sin embargo un empleado del mostrador de la *Swissair* recordaba haber vendido un billete a una joven que correspondía a su descripción. Había sido para el vuelo regular de las seis de la mañana a *Bruselas*. Había presentado un pasaporte francés a nombre de *Mademoiselle Lucía Bernardi*.

La policía estaba en un apuro ahora. El tratado de extradición entre Suiza y

Bélgica exige que se presenten pruebas muy fuertes antes de que la persona acusada sea detenida y devuelta para que se la juzgue en el país donde se cometió el crimen. Antes de que Zürich pudiera pedir a Bruselas que actuase, tenían que estar seguros que Frau Arbil y Mademoiselle Bernardi eran la misma persona.

La respuesta la dio el departamento de registro de extranjeros. Contrariamente a lo que Herr Arbil había dicho a los Bazzoli, no existía ninguna Frau Arbil. Lucía Bernardi había sido su amante.

Sin embargo, hasta las diez de la mañana no se pudo asegurar esto, y a dicha hora el avión de Bruselas hacía mucho que había aterrizado y sus pasajeros se habían dispersado.

A última hora de la tarde, el Bureau Central belga llamó para informar que una mujer que correspondía a la descripción de Lucía Bernardi había alquilado un coche en el aeropuerto de Bruselas para que la llevase a Namur. Se creía que había cogido el tren para Lille.

Si esto era cierto, Zürich se enfrentaba ahora con un nuevo problema. A los franceses no nos gusta conceder la extradición a nuestros propios compatriotas. El juicio por el asesinato tendría que celebrarse en Francia.

Si es que ella había cometido el crimen, claro.

En aquellos momentos, el comisario Mülder, jefe de la policía criminal del cantón de Zürich, tenía serias reservas al respecto. Había recibido los resultados de la autopsia sobre el cuerpo de Arbil y todo el caso estaba en el aire.

Según los médicos, Arbil había sido amordazado y atado antes de los disparos. Además le habían torturado. El estado de los testículos dejaba poca duda al respecto.

Es más, las dos balas de revólver que le habían alcanzado el estómago eran de calibre diferente al de la nuca.

La única arma encontrada en el chalet era una pistola Parabellum propiedad del muerto ¡y no había sido disparada!

Dos revólveres de distinto calibre sugerían dos personas. Los técnicos del laboratorio criminal pudieron afirmar que el registro había sido efectuado por dos hombres. Uno tenía guantes de algodón, el otro los tenía de piel. Habían forzado una claraboya del techo para entrar.

¿Quiénes eran?

Evidentemente, no unos ladrones vulgares, porque no habían robado nada al parecer.

Entonces, ¿quién era Arbil?

Un tercer miembro del equipo daba la respuesta a esta pregunta. Utilizaba la frase larga y tenía un estilo suavemente sardónico. Parecía mayor que los otros dos.

El nombre completo del muerto era Ahmed Fathir Arbil y era iraquí. Era refugiado

político.

Tres años antes, el entonces coronel Arbil había asistido como delegado del Irak a la conferencia internacional de jefes de policía celebrada en Ginebra. La conferencia se hallaba en pleno desarrollo cuando el gobierno de Bagdad del brigadier Abdul Karem Kassin se vio amenazado por una rebelión militar en la zona de Mosul. La rebelión fue sofocada tras encarnizada lucha, y seguida por las ejecuciones de los líderes instigadores. En vez de regresar a su patria al término de la conferencia, el coronel Arbil pidió asilo político a las autoridades suizas, alegando que si regresaba al Irak en aquel momento sería fusilado inmediatamente.

Según él, la razón de aquella súbita caída en desgracia eran sus simpatías, públicamente conocidas, hacia el movimiento nacionalista kurdo instigador de la rebelión del Mosul. En apoyo de su solicitud, enseñó una orden en la que se le pedía que regresara inmediatamente a Bagdad; dicha orden le había sido transmitida por la Legación iraquí en Berna. Aunque el tono de la misma era formal, ni su rango militar ni su título de Director de los Servicios de Seguridad figuraban en la misma. Se aceptó la significación de dichas omisiones y se le concedió el asilo que pedía, con la condición de que se abstuviera de toda actividad política mientras estaba en Suiza.

Hasta un año antes de su muerte, su residencia en Suiza había pasado relativamente inadvertida. Al contrario de muchos otros refugiados políticos, Arbil nunca había tenido escasez de dinero. Cuando adquirió Villa Consolazione y los propietarios le pidieron referencias bancarias, no tuvo ninguna dificultad en demostrar su solidez financiera. Se suponía que sus ingresos procedían de algún negocio que su familia poseía en el Irak. Nunca había desempeñado ningún tipo de empleo, pagado o no pagado, ni había mantenido ninguna actividad política. Había declarado que estaba trabajando en una historia de los kurdos; pero nadie se lo había tomado demasiado en serio. La mayoría de los refugiados políticos piensan escribir libros, o eso es lo que dicen, por lo menos. En el caso de Arbil, pronto empezó a resultar evidente que su vida social le ocupaba la mayoría del tiempo.

De tipo delgado y fuerte, con el aspecto aquilino característico de la raza, siempre había causado gran atracción a las mujeres. Por su parte, Arbil sentía predilección por las rubias solteras, atléticas, bien formadas y de unos veintitantos años. Una serie de informes de la «police des moeurs» aseguraban que durante los primeros dos años y medio de su residencia en Suiza había podido satisfacer sus predilecciones con notable frecuencia. Las mujeres nunca eran prostitutas. De todos modos, puesto que ninguna de ellas se había quejado, dado que el asunto se había llevado siempre con discreción y, sobre todo, como se trataba de un extranjero, no se había tomado ninguna medida oficial contra estas faltas morales.

Después, con la entrada de Lucía Bernardi en su vida, sus gustos, así como la situación del chalet, cambiaron súbitamente.

Según el informe de la policía, un resumen del cual se nos permitió consultar, Arbil la conoció en St. Moritz durante la temporada de los deportes de invierno.

Su solicitud pidiendo permiso de residencia en Suiza dice que nació en Niza hace veinticuatro años, que mide un metro cincuenta y cinco centímetros de estatura y que tiene los ojos azules y el pelo castaño. Ocupación: «modiste». Ninguna señal que la distinga.

Un gran número de fotografías suyas, tomadas por el orgulloso Arbil, se han encontrado en el chalet. En la mayoría de ellas está en bikini, aunque hay algunas en las que aparece practicando deportes de invierno también. Con ropa o sin ella, es muy bonita, pero su tipo es delgado, gracioso, de formas muy poco acusadas. Da la impresión de que el hombre que le tomaba las fotos le gustaba, que se sentía muy satisfecha de ser su amante.

De todos modos, la postura del comisario Mülder mostrándose reacio a aceptar que una chica sonriente, con su magnífico aspecto en bikini, pudiese al mismo tiempo confabularse con otros para cometer un crimen, era una simple formalidad. Sus reticencias respecto a la culpabilidad de la joven se basan en las pruebas que acumuló sobre el caso.

Ulteriores interrogatorios de los Bazzoli han revelado hechos sugestivos. Semanas antes, Arbil había tomado una serie de precauciones, extrañas e injustificadas, en opinión de los Bazzoli, contra posibles ladrones. Había instalado reflectores en los jardines del chalet y los mantenía encendidos desde el atardecer hasta el alba mediante un cronointerruptor fotoeléctrico. Había colocado cerraduras especiales en las puertas y en las ventanas de la planta baja. También había pedido a un contratista de obras de Zürich que le hiciera un presupuesto para la instalación de portones accionados eléctricamente.

Cada vez más, parecía que se tratara de un asesinato político y que la víctima hubiera recibido algún aviso previniéndole de que se pusiera en guardia.

¿Quiénes fueron los asesinos, entonces?

Hay pruebas de que utilizaron guantes. Una mancha de aceite en la nieve, cerca de los portones de la entrada de coches, sugiere que vinieron en coche. No han dejado ninguna otra pista. Una investigación entre otras personas de nacionalidad iraquí residentes en el cantón resultó improductiva. El «Chargé d’Affaires» iraquí en Berna se comprometió a averiguar si Arbil tenía algún familiar en Irak que deseara hacerse cargo del cadáver para enterrarlo en su país y arreglar los papeles para la disposición de sus bienes, pero respecto al asesinato guardó silencio. Esto, dijo, era asunto de la policía.

El comisario Mülder hizo todo lo que pudo, pero hay demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

¿Qué papel desempeñó Lucía Bernardi en el asunto? ¿Fue cómplice de los

asesinos? Parece poco probable. Con un cómplice así no hubieran tenido necesidad de forzar una claraboya del techo para entrar en el chalet. También tuvieron que provocar un cortocircuito en los reflectores para apagarlos. Ella podía apagarlos desde dentro si hubiera formado parte de la conspiración.

Pero, si no es cómplice, ¿por qué ha huido después que se fueron los asesinos? ¿Qué ha ocurrido realmente en Villa Consolazione aquella fría noche de invierno?

Sólo había, y hay una persona que pueda responder a todas estas preguntas: la propia Lucía Bernardi.

Esto nadie lo sabe mejor que el comisario Mülder. El día 11 de enero por la tarde, veinticuatro horas después del cometerse el asesinato, hizo un ruego a nuestras autoridades policíacas, a través de la Interpol, para que buscaran a Lucía Bernardi y le pidieran que hiciese una declaración.

También invocó la ayuda de la prensa.

¿Resultados hasta la fecha? ¡Nada!

Lucía Bernardi ha desaparecido sin dejar rastro.

A continuación, *Partout* describía la búsqueda con cierto detalle. La prensa se había puesto a trabajar con empeño, y no sólo en Francia. También había reproducciones de artículos de primera página procedentes de los diarios italianos, españoles y alemanes. La policía francesa parecía haber colaborado bastante. Junto a las fotografías aportadas por Zürich, habían entregado a los medios informativos todo un informe sobre la chica y los resultados de sus últimas investigaciones en torno a ella.

Su padre había sido contratista de electricidad en Niza hasta 1958, fecha en que murió en un accidente de automóvil en compañía de su mujer, en Corniche. Era hija única y heredó los bienes de sus padres, que subían, una vez que el albacea vendió el negocio de contratación, a unos dos millones de francos (viejos), es decir, unos seis mil dólares; dicha cantidad no se le entregó hasta que tuvo veintiún años. Durante cierto tiempo vivió con una tía suya, hermana de su madre, en Menton, y trabajó para un diseñador de sombreros de señora como aprendiz. Cuando cumplió los veintiún años y pasó a su poder el dinero de la herencia, formó sociedad con una mujer de más edad que ella, llamada Henriette Colin. Juntas abrieron una tienda de modas especializada en ropa de playa, en Antibes. Al cabo de dos temporadas resultó que el negocio no pagaba los gastos y lo vendieron. Henriette Colin se fue a trabajar a unos grandes almacenes a Niza. Lucía decidió irse a París. Le quedaba entonces un cuarto de la herencia aproximadamente.

Durante los dos años siguientes, las únicas noticias que se tuvieron de ella son las felicitaciones de Navidad en las que aparece su nombre. Tanto la tía en Menton como Henriette recibieron la misma postal. El primer año procedía de St. Moritz y el segundo de Zürich. Ninguna de las dos mujeres habían intentado entrar en contacto con ella. La tía, pensaba la policía, tenía la sospecha de que su sobrina estaba

llevando una vida inmoral y temía que sus sospechas se vieran confirmadas. Henriette Colin (en el relato de *Partout* había una velada insinuación de lesbianismo) estaba herida porque Lucía la había abandonado súbitamente tras la íntima amistad personal y de negocios. Se habían encontrado otros amigos suyos franceses y su interrogatorio arrojó resultados similares. Las indagaciones en Alemania, Italia y España habían sido totalmente infructuosas.

La conclusión inevitable era que si Lucía Bernardi seguía en Francia, vivía disfrazada, con un nombre supuesto y documentos falsos.

Tal como resumía enfáticamente Partout: en alguna parte (en una cabaña en medio del campo, divirtiéndose en casa de algún hombre rico, o desapercibida entre los millones hormigueantes de una gran ciudad) Lucía Bernardi tal vez lea estas líneas y se sonría. Ella tiene la clave de un misterio. La pregunta es: ¿se presentará para descifrar el enigma?

Hasta la fecha, la respuesta era un «no» rotundo.

Entre los datos de la oficina, había algún material biográfico acerca de Arbil, pero sólo dos noticias revestían un cierto interés.

Una nota de agencia citaba la declaración de un funcionario del gobierno de Jordania en la que se decía que indudablemente el asesinato había sido obra de terroristas egipcios.

Un comunicado de Reuter desde Berna decía que el cuerpo de Arbil había sido reclamado por un sobrino suyo que vivía en Kirkuk, Irak, y que sería enviado a Bagdad por avión tan pronto como fuesen arreglados los trámites necesarios.

—¿Has considerado la posibilidad de que pueda estar muerta? —pregunté yo.

—Eso no es una consideración sino un deseo, Piet.

Sy tenía aspecto de estar tan cansado como yo. El avión de Nueva York, en el que venía lo que *Mr. Cust* llamaba pretenciosamente «la bolsa», llegaría con retraso aquel día y estábamos esperando a que el recadero volviese del aeropuerto.

—Es un modo de desaparecer, y me parece haber leído en alguna parte que, estadísticamente, un alto porcentaje de las personas adultas desaparecidas resultan ser suicidas.

—¿Por qué iba a suicidarse? Escapaba de algo, estoy de acuerdo; la policía, su responsabilidad como testigo, ¿quién lo sabe? Pero lo logró. Así que, ¿por qué se iba a suicidar?

—La depresión subsiguiente al pánico.

Vi que le molestaba oírme hablar del suicidio con tanta despreocupación, pero de todos modos continué:

—No sabemos mucho sobre ella, naturalmente, pero lo que sabemos es sugestivo. Perdió a sus padres, se enredó con una lesbiana, perdió su negocio y la mayor parte

de su dinero y, finalmente, se alejó de sus familiares y amigos. No sabemos si después de esto se dedicó a la prostitución o no. En cualquier caso, termina siendo la amante de un refugiado político que le dobla la edad. Y entonces alguien mata al hombre después de haberlo torturado. No es una historia feliz precisamente.

—Si fuera diez o doce años mayor, apostarí por la idea del suicidio, Piet, pero mira.

Cogió una fotografía del archivo que yo había dejado sobre la mesa delante de mí y me la puso ante los ojos. Lucía Bernardi, con el pelo flotando al viento, estirando los brazos en actitud suplicante, se sonreía hacia la cámara.

—¿Suicidarse? ¿Ésta? —preguntó Sy.

—«Tenía todo lo que la vida puede dar» es un epitafio bastante corriente.

—Pero no cuando son jóvenes y con esa estampa.

Entró su secretaria con el paquete del correo aéreo procedente de Nueva York.

—Ahora veamos lo que nos dice el amo.

Revolvió entre el habitual barullo de galeradas, fotografías, e informes internos hasta que encontró un sobre sellado con el cuño de confidencial. La secretaria se llevó lo demás para clasificarlo y repartirlo.

Le costó un buen rato abrir el sobre y leer el papel que venía dentro, pero al fin me lo pasó.

El encabezamiento decía: *DESPACHO DEL DIRECTOR*.

Destino: Oficina de París, a la atención de Logan.

Sobre el caso de la chica desaparecida, Lucía Bernardi, he recibido siguiente información de una fuente confidencial, repito, de una fuente confidencial.

Cuando Arbil conoció y conquistó a, o fue conquistado por, Lucía en St. Moritz, ésta se hallaba en compañía de un hombre, norteamericano al parecer, que decía llamarse Patrick Chase. «En compañía de» quiere decir que residían en el mismo hotel, en habitaciones separadas pero contiguas.

Y ahora ponga atención.

Chase estaba vigilado por la policía suiza como sospechoso por estafa. Se suponía que podían estar él y la Bernardi en combinación y que Arbil fue designado como víctima. La policía de St. Moritz (cantón de Grisons) pidió informes a la Interpol sobre Chase y la Bernardi, pero las informaciones sobre ambos fueron poco concretas. Chase era «conocido» pero «no demostrado», la chica era «absolutamente desconocida». Sin embargo, al parecer, Chase se dio cuenta de la vigilancia. Cuando aún le faltaban dos semanas para finalizar la reserva de su hotel se largó a Italia. La Bernardi se quedó y se fue con Arbil.

Naturalmente, Zürich habrá recibido toda esta información de los chicos de St. Moritz. Pero lo que no saben, porque la Interpol tampoco lo sabía entonces, es lo siguiente:

«Patrick Chase» es un nombre falso. El individuo es un artista de la estafa que ha venido actuando en Europa durante los últimos ocho años, sobre todo en la Alemania Occidental y en Italia. Aunque criado en Nueva York, por lo que no le resulta difícil hacerse pasar por norteamericano, nació en Francia y es ciudadano francés. Como «Chase» ha sido interrogado en una ocasión; y hace un par de años, el FBI pidió a nuestra Embajada en Bonn que tratase de seguirle la pista.

Pues bien, hace seis meses (a principios de noviembre) hubo ciertos problemas debido a la circulación en Europa de billetes de veinte dólares falsos. Nuestra gente investigó. Durante la investigación fueron a dar con «Chase». Aunque más tarde todo se aclaró, durante un tiempo se sospechó que él había servido como distribuidor. Durante el período de investigación clandestina, se descubrió un detalle interesante. Las indagaciones sobre sus bienes y el examen de su correspondencia revelaron que estaba negociando la compra de una casa en un sitio llamado Sète, en el sur de Francia, a nombre de Phillip Sanger. Tras una ulterior investigación, resultó que este era su nombre real y que había nacido en Lyon, Francia en 1925.

¿Tengo que decirle más?

Sí, tal vez debo hacerlo.

Aunque hace un año aproximadamente que la policía de St. Moritz investigó sobre Chase y la Bernardi, siempre es posible que algún polizone de Zürich se ponga a repasar todas las pistas del caso y decida hacer algunas comprobaciones con Mr. Chase. Si lo hace, llegará indudablemente a Mr. Sanger porque nuestros chicos archivaron un ejemplar del informe proporcionado por la Interpol. Por todo lo que sabemos, ¡esto puede estar ocurriendo ahora mismo!

No se debe perder ni un momento, ¿eh, caballeros?

No había al final ni firma, ni iniciales. Yo le devolví el papel a Sy y esperé.

—Bueno —dijo él, pensativo—, algo es algo.

—¿Tú crees? Yo diría que ni siquiera tenemos aquella remota posibilidad de la que tú hablabas ayer.

—Oh, yo no iría tan lejos.

Pasó la mano sobre el papel alisándolo como si esto demostrara la veracidad de lo que decía.

—Da la impresión de que hubiera tenido un soplo. Procedente de alguien del Departamento del Tesoro, diría yo.

—¿El Departamento del Tesoro da información a la Interpol?

—A veces. Los Estados Unidos no son miembros numerarios de la Interpol, pero el Departamento del Tesoro y la Oficina de Narcóticos mantienen contactos con la organización en cuestiones de falsificación de moneda y tráfico de drogas. Yo diría que el soplo es auténtico. De verdad.

El «de verdad» me hizo reír. Le dije:

—Si anoche hubieras sabido que este soplo era tan sensacional, ¿le habrías sugerido que mandara venir a Bob Parsons de Roma?

Sy desechó la pregunta con un ademán de irritación.

—Muy bien, dejémonos de bromas y tratemos de valorar esto.

Se quedó mirando al papel por un momento antes de continuar.

—En el mejor de los casos diría yo, significa lo siguiente: tenemos una pista que nos puede llevar hasta un amigo de la chica que vive en Francia y que muy bien pudo, recordando viejos tiempos, mostrarse dispuesto a prestarle ayuda para que se escondiera de la policía. Por otra parte, el individuo es un sinvergüenza, por lo que el recuerdo de viejos tiempos no significarían nada para él en la medida en que pudiese haber algún riesgo de verse mezclado con la policía. Todo el asunto resulta harto improbable, pero creo que vale la pena intentarlo. ¿Tú qué piensas?

—Nada constructivo.

Sy suspiró.

—Escucha, Piet, antes me preguntaste si yo hubiera hecho venir a Bob Parsons desde Roma para seguir la pista de un soplo como este. Francamente te diré que no. Tenemos un corresponsal en Marsella y lo más probable es que le hubiera encargado que hiciera las averiguaciones oportunas. El caso es que el viejo te ha encargado a ti esta faena. Los dos sabemos por qué: porque quiere demostrar que eres un incompetente. Muy bien, pues no dejes que lo haga. Él no espera milagros de ti. Todo lo que tienes que hacer es encontrar a ese Sanger y asegurarte de que no puede conducirnos a la chica. Así, los dos estamos a salvo. ¿De acuerdo?

—¿Y cómo sugieres que lo consiga?

—Eso está mejor, muchacho —dijo mirando su reloj—. Hay un avión para Marsella a las seis o a las siete. Dile a Antoinette que te coja un billete y te reserve una habitación para la noche en un hotel. Por la mañana, alquila un coche, dirígete a Séte y empieza a investigar.

—Mañana es domingo. La *mairie* estará cerrada.

—Al diablo con la *mairie*. Sería igual que si fueras directamente a la policía y le dijeras a lo que vas. No, empieza por los cafés y las gasolineras. No digas que eres periodista. Podría correrse la voz y algún periodista local empezaría a meter la nariz. Inventa un cuento. Di que eres inspector de seguros que busca a un testigo desaparecido. Tu francés es bastante bueno para eso. O di que tratas de encontrar a un viejo mozo del ejército. Tal vez esto les guste más.

—¿Y si no saco nada?

—Tantea en los almacenes. No es un sitio grande, diablos. Alguien tiene que conocerlo.

—¿Tenemos algún conocido en el Quai des Orfevres?

—¿Por qué?

—Lo que me gustaría saber es si eso de que la policía no quiere meterse a fondo en este asunto es cierto o no.

—¿Y eso qué importa?

—Supongamos, siempre hay la remota posibilidad, que la Bernardi estuviera realmente oculta con Sanger. Supongamos que la policía lo sabe pero que tiene órdenes de arriba de olvidarlo. No nos importan las razones ahora. Sanger disfrutaría de una especie de protección policíaca. Si lo encuentro y si logro hablar con él, me gustaría saber con quién voy a encontrarme: con un sinvergüenza a la defensiva, o con un ciudadano de apariencia virtuosa que puede mandarme al infierno.

Sy lo pensó por un momento y luego meneó la cabeza.

—No te falta razón, pero no creo que nos sirviese de mucho llamar al Quai des Orfevres. Conozco bastante bien al Director Adjunto, pero también conozco la respuesta que me daría. «Ha leído usted los periódicos mal informados, mon cher. Es cierto que ya no nos rompemos la cabeza con este asunto. La chica está reclamada por nuestros colegas suizos para interrogarla, y hemos hecho todo lo que hemos podido para complacerles. Pero ahora creemos que ha conseguido una nueva documentación y que se ha ido a Italia» —Sy meneó la cabeza de nuevo—. No, si las cosas llegan a este extremo, Piet, creo que tendrás que tocar de oído.

Siempre dice a la gente que toque de oído, y la expresión siempre me irrita. Prefiero tocar con la partitura delante.

Cogí el avión de Marsella aquella noche y pernocté en el Hotel L'Arbois. Por la mañana me fui a pie hasta la terminal aérea y alquilé un coche. A última hora de la tarde estaba en Séte.

A menos que sea usted policía, o tenga absurdas objeciones de conciencia ante cualquier infracción de la ley, la frase «un hombre acaudalado con una casa en el sur de Francia» suscitará en su mente una imagen bastante atractiva. Ve usted al individuo inmediatamente. Bronceado por el sol y sonriente, con una moderna camisa italiana deportiva y bebiéndose a sorbitos un Martini seco, descansa cómodamente en la terraza de un chalet en Cap d'Ail o Super Cannes. Es de edad madura, quizás, pero tiene todo su pelo, y su joven esposa le es fiel. Su fortuna acumulada ilícitamente se halla bien invertida en acciones, tiene una cuenta con número en un banco suizo y una compañía de valores registrada en Curasao a causa de los impuestos. Es la demostración palpable de que a veces, con bastante frecuencia, el crimen está bien recompensado.

Pero diga que la casa del Sur de Francia está cerca de Séte y el cuadro cambiará totalmente. Es decir, si usted conoce Séte.

Está en el golfo de León, a doscientos kilómetros de Marsella, y es, después de esta ciudad, el puerto deportivo más importante del Sur de Francia. Séte es el centro industrial de la zona vinícola de Hérault productora de ese tipo de vino que suele transportarse en camiones cisterna y no en barriles, y que a menudo resulta más valioso convirtiéndolo en alcohol industrial. Hay algunas fábricas de manufacturas, una flota pesquera, unos astilleros y una refinería de petróleo. La costa es recta, el paisaje llano y casi monótono. El único relieve es Mont St. Clair, una elevada colina con un faro e instalaciones para la defensa costera, que se alza dominando el puerto. La mayor parte de la ciudad está cruzada por canales que conectan los diferentes muelles. Hay unos cuantos hoteles comerciales de poca capacidad. En la carretera de la costa, fuera de la ciudad, hay dos o tres pensiones familiares que acogen en verano a los pocos intrépidos que desafían la playa sin sombra y barrida por el viento y por las heladas corrientes del golfo. Pero la ciudad no hace ningún esfuerzo por atraer al turismo. Es un lugar de negocios, práctico pero feo, y satisfecho de seguir así.

Cuando yo llegué, llovía a cántaros y hacía mucho frío. Parecía que Séte estuviera en el Báltico y no en el Mediterráneo. Encontré un hotel con una tibia calefacción central y cené en una cervecería cercana.

No tenía intención de llevar a cabo el tipo de indagación sugerida por Sy. Si realmente existía un hombre llamado Phillip Sanger y vivía en Séte en una casa de su propiedad, había un modo más sencillo de encontrar su dirección. Montpellier, la

capital administrativa del Departamento de Hérault, estaba a sólo veintinueve kilómetros de distancia. Podía ir al Ayuntamiento y examinar los títulos de propiedad de la zona de Séte. O buscarlo en la guía telefónica.

Por aquí empecé. Pero no había nadie llamado Sanger. Pregunté a información y el resultado fue el mismo. Aquella noche ya no podía hacerse más. Llamé a la oficina de París, di al operador de servicio el nombre de mi hotel junto con el número de habitación y me fui a la cama.

A la mañana siguiente me fui a Montpellier.

El *archiviste* del Ayuntamiento se mostró amable sin excesiva curiosidad. Al parecer era bastante corriente que alguien deseara conocer las propiedades de otra persona.

Me llevó sólo una hora aproximadamente descubrir que Phillip Sanger, asesor de inversiones, que vivía en la Rue Payot, número 16, Séte, poseía tres pequeñas propiedades en Mont St. Clair, a las que se les asignaba los números 14, 16 y 18 de la Rue Payot. Las había comprado hacía seis meses a la viuda del dueño de una tienda de ultramarinos, por siete mil francos nuevos cada una. Cada una medía aproximadamente un décimo de hectárea, lo que equivale a una quinta parte de acre poco más o menos. El *archiviste* me dijo, con una sonrisa tolerante, que las casas sólo eran «*baraquettes*», viejas cabañas militares que ya no servían para nada al ejército.

Regresé a Séte y subí a echar un vistazo a la Rue Payot.

Los primitivos fuertes y la ciudadela de Mont St. Clair, construidos por Vauban, formaban parte del sistema de fortificaciones costeras que se extendían de la frontera española a las islas d'Hyères. Hasta finales del siglo diecinueve, toda la colina había sido una fortificación militar. A partir de entonces, al cambiar las necesidades y las técnicas de la defensa, la guarnición había disminuido en número. Parte del monte se convirtió en pueblo y las *baraquettes* habían sido abandonadas poco a poco. Los tenderos y arrendatarios de la localidad las habían comprado para utilizarlas como almacenes o como establos para ganado.

La Rue Payot era una calleja estrecha y empinada, con altas cercas de piedra a ambos lados. A intervalos regulares a lo largo de las cercas, había puertas de madera. Cada puerta daba acceso a un pequeño patio al fondo del cual había una casucha de piedra de dos habitaciones, con el techo de teja y el suelo de tierra.

El número 16, que Phillip Sanger había dado como su dirección permanente, por su aspecto y por su olor daba la impresión de que había sido utilizado durante varios años como pocilga. Le faltaban la mitad de las tejas del techo y no tenía puertas. El número 14 estaba aproximadamente en las mismas condiciones. El número 18, sin embargo, estaba en manos de los obreros. Habían conectado una manguera de agua en la calle y en el patio estaban trabajando en un profundo hoyo que parecía una excavación para un tanque séptico.

Ninguno de los trabajadores había oído hablar nunca de *Monsieur Sanger*. La *baraquette* estaba siendo reconstruida como chalet, dijeron, con agua corriente, cuarto de baño, cocina, techo de tejas y terraza. Al frente de la obra estaba el arquitecto *Monsieur Legrand*. El representante del propietario era *Monsieur Mauvis* de la Agence du Golfe.

Aquel día había salido el sol y la vista que desde la *baraquette* abarcaba la carretera de la costa y el mar resultaba impresionante. La terraza que iban a construir sería un lugar agradable. Ahora comprendí la razón de la compra de Phillip Sanger. *Monsieur Mauvis*, el agente, confirmó mis deducciones.

—Ah, sí, ocurre todo a lo largo de la costa. La gente que tiene dinero para invertir compra las casas viejas de los campesinos, cualquier cosa con cuatro paredes y un trocito de tierra alrededor, y las convierte en chalets para la gente de las ciudades. Ocurre así en todas partes donde hay mar y sol. Ahora incluso en Sète. Mire, cuando *Monsieur Sanger* termine con esas *baraquettes*, valdrán diez veces más de lo que le costaron, incluida la reconstrucción. Pero se necesita imaginación y capital.

—Y *Monsieur Sanger* tiene ambas cosas, supongo.

—Ah, sí. Tiene propiedades en Mougins, y en Cagnes-sur-Mer, y en Roquebrune; muchas propiedades. No vende, alquila las casas amuebladas. Pero en la Costa Azul y en la Corniche hay mucha competencia ahora y los precios resultan absurdos. Ahora se dedican a este negocio los belgas, los suizos y los ingleses. Aquí, en Sète, estamos a comienzo del desarrollo. Pero hay que moverse con rapidez. La gente que posee ese tipo de casas antiguas ya empieza a darse cuenta del negocio.

Al principio de nuestra entrevista le di a entender que andaba buscando posibilidades de invertir y le dejé seguir con su charla de vendedor. Era un tipo bajito y avisado, con ojos brillantes como un terrier. Además tenía gestos de terrier. Pasó bastante rato hasta que pude llevarle de nuevo al asunto de Phillip Sanger y antes tuve que soportar una gira por las casas que tenía en venta.

Cuando al fin conseguí marcharme, regresé al hotel y llamé a Sy.

—¿Ni siquiera pudiste conseguir la dirección a donde le envía el correo a Sanger?
—me preguntó.

—Sí. Se la dirige a un banco a Marsella. Al parecer, Sanger no es muy amigo de recibir correspondencia. Todas las semanas telefona a Mauvis o al arquitecto para que le informen de los progresos de la obra.

—¿Desde dónde les llama? ¿Pudiste conseguir esto?

—No. Mauvis empezó a ponerse mosca. Demasiado interés por su cliente y muy poco por las casas en venta. Intenté obtener una descripción de Sanger: «Me pregunto si será el mismo *Monsieur Sanger* que conocí el año pasado en Cannes. ¿Es un tipo alto y rubio?». Pero no dio resultado. Sólo me dijo «quizás» y continuó tratando de venderme una casa de apartamentos.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Puedo tratar de conseguir la dirección en el banco de Marsella.

—No te la darán. Te dirán que escribas una carta y que ellos se la mandarán. Tienes que pensar en algo mejor.

—No he tenido tiempo de ver al arquitecto aún. Pero probablemente no sabe más que Mauvis. Podría pedirle que me hiciera una descripción de Sanger.

—¿Y eso de qué nos vale?

—La podrías cablegrafiar a Nueva York y demostrar así que nos estamos tomando las cosas en serio.

Hubo unos segundos de silencio hostil y luego Sy continuó con demasiada parsimonia.

—Piet, si Sanger tiene todas esas casas a lo largo de la costa, es seguro que vive en una de ellas. Queremos saber en cuál. Eso quiere decir que tienes que hacer mucho trabajo a pie y no mucho tiempo para hacerlo. Me gustaría que empezaras esta noche.

Yo empezaba a estar harto de Sy.

—Oye —le dije—. ¿Por qué no le dices al imbécil del viejo que he fracasado? Eso es lo que él desea realmente.

—Pero no es lo que yo deseo, muchacho. El viejo quiere resultados. Mi misión consiste en obtenérselos, por muy difícil que parezca. No puedo decirle que has fracasado porque no has fracasado, de momento. Te lo temes simplemente. Y no digo que yo lo desee porque esto te haría saltar de alegría —de pronto se puso en plan genial—. Ahora un poco de acción, ¿eh, Piet?, y a pensar con la cabeza.

—Lo único que yo necesito en este momento es un emético.

Colgó antes de que lo hiciera yo.

Pasé la noche en Arles y por la mañana me fui a Cannes por Aix-en-Provence. Mougins está a una milla o dos de Cannes en la carretera de Grasse. Llegué allí a primera hora de la tarde.

Mougins es un pueblecito encantador, colgado en la falda de una colina. Abajo está Cannes, y el mar, y al fondo las islas de Lérins. En otro tiempo fue un simple centro mercantil para los granjeros de los alrededores. Pero en los últimos años se puso de moda. En Mougins son accesibles las descocadas diversiones de Cannes, sin ser ineludibles; y durante la temporada, aquí hace bastante más fresco que en Cannes. Y además resulta más tranquilo. Picasso tenía aquí una casa.

Aparqué el coche frente a la alcaldía y entré en un café. Al fondo tenía un viejo mostrador de cinc. Junto a él, dos hombres de traje negro se hallaban de pie bebiendo vino tinto. Otro hombre, evidentemente el *patrón*, estaba detrás del mostrador. No había nadie sentado en las mesas.

Yo me acerqué al mostrador y pedí un *marc*.

Los hombres del traje negro discutían acerca de un accidente automovilístico en

el que se había visto envuelto uno de ellos. Le pedían consejo al patrón sobre los aspectos legales.

El patrón era un hombre regordete con barriga. Sus ademanes eran desenvueltos y tenía unos ojos muy vivarachos. El consejo legal que dio al hombre que se consideraba la parte perjudicada, y que no tenía seguro a todo riesgo, no fue muy ortodoxo, pero resultó sensible. Le dijo que se olvidase de las leyes y abogados y en vez de pensar tanto en el accidente se dedicase al «*couche-couche panier*» con su mujer por la noche y que estuviese con ella en una postura nueva.

Yo también participé en la risa consiguiente.

Tras el mostrador apareció *Madame*, la mujer del patrón.

Era una mujer robusta y rechoncha, con algunos dientes de oro y una fácil sonrisa. Quería saber a qué venía tanta risa. El hombre del accidente le dio la versión ligeramente rebajada de la sugerencia de su marido, y hubo más risas, en las que ella participó cordialmente hasta que notó mi presencia. Entonces pretendió regañar a su marido.

—Eres malo —le dijo—. ¿Qué va a decir la gente?

—*Madame* —le dije yo—, también yo iba a pedirle consejo a su marido. Tal vez será mejor que se lo pida usted.

Esto me proporcionó una sonrisa burlona y la atención de los presentes.

—¿*Monsieur*? —dijo el patrón.

—Estoy buscando un chalet amueblado para alquilar durante el próximo verano —dije—. A mi mujer le gustaría que fuera aquí en Mougins. Me gustaría saber cuál es la mejor agencia a la que puedo dirigirme.

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno, hay muchas. Depende del tipo de casa.

—La mayoría están en manos de las agencias de Cannes —añadió la mujer—. ¿Usted quiere una casita pequeña o...?

—Oh, pequeña, sí, *Madame*.

—¿La agencia Mortain? —sugirió el del accidente.

El patrón meneó la cabeza.

—Para las casas pequeñas es mejor la Agencia Littoral.

Mientras yo tomaba nota, los hombres empezaron a discutir sobre otras agencias. Yo pensé que podía probar una de las remotas posibilidades de *Mr. Cust*.

—*Madame* —dije—, unos amigos nuestros que estuvieron en Mougins el año pasado alquilaron un chalet propiedad de un tal *Monsieur Sanger*, ¿sabe usted qué agencia alquila sus casas?

La señora meneó la cabeza.

—No, *Monsieur*; pero ya que está usted aquí, es fácil saberlo. Pregúnteselo al propio dueño. O mejor, a la señora Sanger. Es ella quien lleva el negocio de las casas.

—¿Está aquí *Monsieur Sanger*?

—Naturalmente. Vive aquí —se volvió hacia su marido—. Albert, ¿cómo se llama la casa de *Monsieur Sanger*?

—Valentine.

—No, no. Se lo cambió cuando construyó la terraza —hizo restallar los dedos—. ¡Ya lo recuerdo! Ahora es la *Sourisette*. Lo recuerdo porque no es un nombre francés: La *Sourisette*.

Fue así de sencillo.

La *Sourisette* era una casa de campo arreglada, situada en los arrabales de la ciudad, en la falda de la colina que miraba hacia Grasse. El viejo camino de carro por el que se llegaba hasta ella había sido pavimentado y estaba flanqueado por dos hileras de adelfas. Desde la carretera, la casa quedaba oculta tras una cortina de enebros y turbinos. No había cancelas, pero un gran letrero, pintado por un profesional, advertía que aquello era propiedad privada y que había un perro de mal genio haciendo guardia. El sitio tenía aspecto de estar bien cuidado y de ser un lugar de elegante aislamiento.

Detuve el coche en la carretera y empecé a preguntarme cómo debía abordar a Sanger.

Si entraba, decía a lo qué iba y pedía ver a Lucía Bernardi, posiblemente sólo conseguiría una negativa rotunda. Si insistía, me dirían que me fuese. Si me negaba, o bien me echaría él mismo a patadas, o haría que lo hiciese la policía. Si llamaba a la policía, esto significaba que se hallaba muy seguro de sí mismo; y significaría también que la policía querría una explicación que yo no podría dar sin comprometer mi misión. Si no llamaba a la policía, yo tropezaría contra sus negativas, puesto que seguramente alguien le avisaría que se sospechaba de él.

El problema no resultaba más fácil por el hecho de que, para encontrar la solución, partiera del supuesto de que el presentimiento de mi jefe tenía una base firme, cuando en realidad no creía en absoluto que así fuera.

Pensé en regresar a la ciudad, informar a Sy y pedirle instrucciones. Luego recordé su nauseabunda cháchara del día anterior y cambié de opinión.

Además, yo ya había *hecho* algo: había *descubierto* dónde vivía Sanger. No deseaba que nadie me dijera lo que tenía que hacer a estas alturas.

Regresé a Mougins, busqué una fonda y cogí una habitación. Entonces conseguí el número de la *Sourisette* del telefonista y llamé.

Me contestó una mujer. Tenía un fuerte acento del Midi y sonaba a criada de la casa. Pregunté por *Monsieur Sanger*. Cuando ella me preguntó de parte de quién, murmuré algo ininteligible y colgué. Al menos, estaba en casa.

Traté de ponerme en su lugar.

Olvidándome de Lucía Bernardi de momento, me imaginé al bribón profesional que había hecho fortuna en su oficio y había invertido sus ganancias en casas. Podía haberse retirado o no del asunto de las estafas, pero, de momento al menos, vivía cómoda y respetablemente, bajo su propio nombre, en Francia y como ciudadano francés. ¿Y por qué no? Según la información de Nueva York, hasta el momento nadie le había podido demostrar nada, ni siquiera en Francia y Alemania donde había actuado. En Francia tenía razones para sentirse razonablemente seguro.

Pero tenía que haber debilidades, puntos vulnerables en la situación de un hombre así. Yo ya tenía indicios de uno.

Cuando compró las tres casuchas de Séte, dio la dirección de una de ellas como la suya propia. No había ninguna razón legal para que no pudiera hacerlo, aun cuando la casa en cuestión era inhabitable; era una dirección postal totalmente válida. Pero también era, con toda seguridad, una tapadera; como tapadera era también la dirección del banco de Marsella a donde le remitían la correspondencia. Aunque Sanger había usado su nombre real al comprar las casas (el empleo de un nombre falso le traería problemas más adelante si quería probar su calidad de propietario), había actuado, por instinto o a propósito, de tal modo que resultase un poco difícil encontrarle.

Podía sentirse razonablemente seguro, pero se mostraba cauto y valoraba la protección adicional de la oscuridad.

Creí descubrir un modo de utilizar este punto débil.

Inmediatamente después de las seis empieza a oscurecer. Llamé a París y les informé de mi número de teléfono, pero no pedí hablar con Sy. Me tomé una copa y luego volví a la Sourisette. Al bajar por la carretera, vi luces en la casa por entre los árboles.

La casa era mucho mayor de lo que yo me había imaginado desde la carretera; evidentemente, había edificado sobre la estructura original. El viejo corral de la granja se había convertido en un jardín cercado con altos muros; atravesado el jardín se llegaba a la entrada principal, adornada a ambos lados por varias jardineras de piedra tallada en las que crecían diversas plantas rastreras. Un par de faroles eléctricos alumbraban la avenida que llevaba a las puertas de roble tallado. Al resonar mis pisadas en las losas del jardín, un perro empezó a ladrar dentro de la casa. Apreté el botón del timbre y los ladridos se hicieron más fuertes y furiosos. Al cabo de unos segundos, oí la voz de la criada, con su acento del Midi, que le decía al perro que se callase.

Al abrir la puerta, tenía una mano en el collar del perro. Esto me tranquilizó sólo en parte; era una mujer pequeña y el animal era un corpulento Airedale. Volvió a ladrar hacia mí. La mujer le dio un manotazo con aire ausente.

—¿*Monsieur*?

—Quisiera hablar con *Monsieur Sanger*.

—¿Le espera?

—No. Pero creo que me recibirá.

Le di una de las tarjetas de la oficina.

—Espere un momento, por favor.

Cerró la puerta y yo esperé. Volvió al cabo de un minuto o dos, esta vez sin el perro. Me devolvió la tarjeta.

—*Monsieur Sanger* lamenta mucho que le sea imposible recibirle.

—¿Cuándo podrá hacerlo, *Madame*?

—*Monsieur Sanger* no desea relacionarse con periodistas —lo dijo en tono vacilante como si estuviera repitiendo una lección mal aprendida—. Lamenta mucho...

Y al mismo tiempo empezó a cerrar la puerta.

—Un momento, *Madame*. Déle esto, por favor.

Escribí al dorso de la tarjeta: «*Para discutir sobre Mr. Patrick Chase*», y se la di.

La criada titubeó y volvió a cerrar la puerta.

Esta vez la espera fue larga, pero cuando volvió a abrir la puerta, se echó a un lado para dejarme entrar.

—Sólo unos minutos, por favor. *Monsieur y Madame* tienen compromisos para esta noche, compréndalo.

—Naturalmente.

Había un vestíbulo, unas escaleras que subían a los dormitorios y un pasaje abovedado que daba a la sala de estar. Dos puertas correderas acristaladas separaban la sala de estar de una terraza contigua.

Al entrar yo, venía por el pasaje abovedado una mujer con pantalones anchos y una camisa de seda.

Tendría unos treinta y cinco años, un magnífico porte y el pelo gris, casi blanco. En las muñecas llevaba unas gruesas pulseras de oro, y en la mano un ejemplar de *Realites*.

Al hacerme a un lado para dejarla pasar, levantó la vista hacia mí. Las líneas de su cara eran las de una persona que tiene una sonrisa fácil y atractiva, sólo que ahora no sonreía. Trataba de dar la impresión de que no le interesara lo más mínimo el por qué de mi estancia allí.

Yo murmuré:

—Buenas noches, *Madame*.

Estaba justamente a mi altura casi. El tono de su respuesta me decía que ya se había olvidado de mi presencia.

Subió las escaleras. El perro, que venía detrás de ella, hizo una pausa para husmearme con desconfianza y luego echó una carrerilla detrás de ella.

—Por aquí, *Monsieur*.

Seguí a la criada a través de la sala de estar —suavemente alfombrada en parte con una Aubusson, muebles cómodos, un gran Braque en una pared— hasta un rincón cubierto de libros con una chimenea de piedra tallada en la que ardían varios troncos. En un sillón, un hombre dejó el libro que tenía en las manos, se quitó las gafas y se puso de pie para salir a mi encuentro.

Phillip Sanger, alias Patrick Chase, era un hombre de aspecto agradable, alto y delgado, de sonrisa fácil y encantadora. Tenía puestos unos pantalones flojos de franela y un jersey de casimir con un pañuelo de seda anudado descuidadamente en torno al cuello. Su tez era pálida, pero sana, y su pelo negro y rizado sin una cana. Los ojos eran vivos y expresivos; los rasgos de su boca indicaban firmeza y sentido del humor.

Eché un vistazo a la tarjeta y me alargó la mano.

—*Monsieur* Maas, encantado de conocerlo, aunque estoy un poco desconcertado. Por la razón que usted da para nuestro encuentro, quiero decir. Siéntese, por favor.

Hablaba el francés con un tono ligeramente cantarino, lo cual producía el efecto de que cada frase pareciese una pregunta.

—Gracias. Es usted muy amable al recibirme.

Mientras yo me sentaba, él continuó:

—Mougins está muy lejos de París. Tengo curiosidad por saber por qué una importante revista americana cree que yo puedo conocer algo de interés para sus lectores.

Yo le dije en inglés:

—Todo lo relacionado con Lucía Bernardi es noticia en este momento, *Mr. Sanger*.

Él hizo como si no hubiera oído el nombre de la chica. Se sonrió cortésmente y dijo:

—Ah, habla usted inglés. Sin embargo, su nombre...

—Soy holandés, *Mr. Sanger*. ¿Qué prefiere hablar, inglés o francés?

Su sonrisa se desdibujó ligeramente.

—Me da igual, *Mr. Maas*. Francés o inglés, es lo mismo. Siempre y cuando usted me diga cuál va a ser el objeto de nuestra conversación.

—Lucía Bernardi.

Consiguió dar la impresión de hallarse levemente interesado y confuso al mismo tiempo. Estaba haciendo una estupenda escena; si es que *era* una escena. La información de que Patrick Chase y Phillip Sanger eran la misma persona podía estar equivocada.

—¿Lucía Bernardi? —dijo—. ¿No es esa chica que anda buscando la policía? Creo haber leído algo sobre el caso.

—Estoy seguro que así es, *Mr. Sanger*. El asunto ocupó las páginas de los periódicos durante varias semanas.

Sanger se encogió de hombros.

—Aquí llevamos una vida muy tranquila. De todos modos, no acabo de comprender qué tiene que ver eso conmigo.

—Lucía Bernardi conoció al coronel Arbil en Suiza, en St. Moritz. En aquel tiempo, la chica estaba en compañía de un americano llamado Patrick Chase. Yo tengo entendido que Patrick Chase es amigo de usted, *Mr. Sanger*. Me gustaría hablar con *Mr. Chase* sobre la chica.

Me miró con ademán de suave impotencia.

—Bueno, sí, supongo que si él la conocía bien, usted querrá entrevistarle, pero me temo que usted y su revista se han tomado muchas molestias para nada. Yo conozco a un hombre llamado Patrick Chase, sí. Estaba ligeramente relacionado con un asunto de unas propiedades en que yo trabajé durante cierto tiempo. Al final no saqué nada limpio, a decir verdad. Pero Chase no era exactamente un amigo, sino simplemente conocido. Deben haberle informado mal. Creo que no puedo ayudarle.

—¿No podría decirme cómo entrar en contacto con él, *Mr. Sanger*?

Meneó la cabeza como sintiéndolo mucho.

—Yo actuaba como agente para una cadena de hoteles italiana. Tal vez escribiendo a dicha cadena... —se interrumpió—. Lo que no comprendo es por qué decidió venir usted a mí. ¿Quién le dio mi nombre... y esta dirección?

Su representación seguía siendo tan buena como siempre, pero súbitamente tuve la sensación de que la información de Nueva York tal vez no fuera un error al fin y al cabo. «¿Quién le dio mi nombre?» podía ser una pregunta muy natural. Pero las otras tres palabras «¿y esta dirección?», no eran tan naturales, si él no era más que Phillip Sanger. Porque si también era Patrick Chase, ahora estaría preocupado por la tapadera. En este caso, tenía que descubrir dónde estaba el agujero y qué magnitud tenía; y tenía que descubrirlo por mí.

Yo puse cara de circunstancias.

—Lo siento, *Mr. Sanger*, usted ya sabe que nosotros nunca divulgamos nuestras fuentes de información.

—Ah, sí. La llamada ética profesional.

Por un momento su aspecto fue cualquier cosa menos agradable. Luego, como si quisiera alejar los pensamientos molestos, se puso de pie inesperadamente.

—Todo esto ha resultado tan sorprendente —dijo— que olvidé preguntarle qué quería beber. ¿Qué será, *Mr. Maas*: whisky, ginebra, aguardiente?

—Whisky, si es tan amable, gracias.

—¿Soda, agua, hielo?

—Soda y hielo, por favor.

Le observé mientras me servía el whisky. Parecía que sólo fuera a preparar uno: el mío. Todos sus movimientos eran muy sencillos y económicos. Sus manos nunca daban la sensación de inseguridad. Todo estaba perfectamente controlado. Decidí apretarle un poco.

—Gracias —le dije cogiendo el vaso—. ¿Qué tipo de hombre es Patrick Chase, *Mr. Sanger*?

—¿Cuál es su apariencia exterior, quiere decir?

—Bueno, ¿cómo le describiría usted? No me refiero a su aspecto físico necesariamente, sino a la impresión en general.

—Oh, el típico hombre de negocios americano, supongo.

—¿Mucho dinero?

—Eso es difícil de decir. Estaba interesado en inversiones en Europa, pero más bien como intermediario, diría yo.

—¿Un corredor de bolsa?

—Posiblemente.

—Creo que usted no es ciudadano americano, ¿verdad, *Mr. Sanger*?

—No. Me eduqué en América durante la guerra —se sonrió—. Estoy seguro de que sus fuentes de información también le dijeron esto. ¿A qué viene realmente esta pregunta?

—Simple medida de precaución, *Mr. Sanger* —dije dejando el vaso—. Comprenda, me dijeron que entre usted y Patrick Chase existía una íntima conexión. Ahora, usted me dice que no es cierto. Naturalmente, me gustaría saber hasta qué punto el resto de mi información sobre usted es falsa también.

La presión pareció empezar a dar resultado; Sanger se dirigió de nuevo al mueblebar y se puso un Campari con soda para él. Luego se volvió y dirigió su vista hacia mí.

—No tengo mucho tiempo, *Mr. Maas* —dijo—, así que si usted me dice brevemente qué información le han dado, con mucho gusto le diré si es cierta o no.

No le respondí inmediatamente. Tenía que darle a entender que, ayudándome, su posición sería más segura que si mantenía la boca cerrada, y no sabía cómo plantearle la situación.

—Antes, me gustaría tener la seguridad de que usted confía en mí —le dije.

Volvió a su silla, pero no se sentó. Ahora me observaba atentamente.

—¿Confiar en usted cómo?

—Diciéndome la verdad tal y como usted la ve, *Mr. Sanger*. Creo que la información que yo tengo puede serle útil e importante. De hecho, estoy seguro que lo sería. Pero tengo que tener la seguridad de que, en contrapartida, voy a conseguir cierta información de usted.

Sanger sonrió de nuevo.

—Planteando así las cosas, más bien parece que sea *usted* quien deba confiar en mí, ¿no cree?

—No exactamente. Mire, la persona por la que yo estoy interesado es por Lucía Bernardi. No usted, *Mr. Sanger*, ni Patrick Chase. Pero si no puedo conseguir las declaraciones que pretendo de Lucía Bernardi, haré todo lo que pueda con un artículo acerca de ustedes tres.

Se sentó. Me alegré de que lo hiciera, porque por un momento creí que me iba a tirar el vaso a la cabeza. Y no podía reprocharle nada si lo hubiera hecho.

—Eso tiene un cierto sabor a chantaje —me dijo.

Yo cogí mi vaso de nuevo, lo necesitaba.

—Sospecho que eso fue exactamente lo que quise darle a entender. Lo siento. No crea que a mí me gusta esto más que a usted, le aseguro.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo enfadado—. ¡No me llore por encima! ¡Venga!, se lo exijo. Adelante con la información. ¡Y será mejor que sea buena, porque si no lo es, le romperé la boca!

Había aparecido un *Mr. Sanger* diferente, un *Mr. Sanger* decididamente menos cortés que el otro. Era una aparición confortable.

—Muy bien —le dije—. Le diré primero cómo he descubierto esta dirección. Hace seis meses compró usted unas casas en Séte.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Se encontró correspondencia sobre esa compra cuando un agente del Tesoro de los USA registró el equipaje de Patrick Chase en aquel tiempo. Yo ignoro dónde se efectuó el registro. Tal vez usted no. Esa información fue archivada y se pasó una copia a la Interpol. En ella se decía que Sanger y Chase eran el mismo hombre.

—¿Entonces por qué no han caído antes sobre mí esos bastardos?

—Porque la investigación de la policía de St. Moritz sobre usted fue hecha mucho antes de que el informe fuera archivado. Así que nunca conectaron a Lucía Bernardi con Phillip Sanger. Sólo la conectaron con Patrick Chase.

Me miró con amargura, pero no dijo nada.

—Naturalmente —continué—, más pronto o más tarde, cuando los suizos empiecen a hacer comprobaciones, su nombre saldrá a relucir y la policía, así como mucha otra gente, invadirá su vida privada. A menos que...

Hice una pausa.

—¿A menos que qué?

—A menos que aparezca Lucía Bernardi. Tan pronto como ella aparezca, perderán interés por sus antiguos asociados.

Su respuesta fue ambigua.

—¡Claro! —murmuró en voz baja.

Se acercó al mueble-bar y se puso un poco de ginebra en el Campari.

Yo me puse de pie, de tal modo que pudiese observar su reacción a mi pregunta:

—¿Tiene usted idea de dónde puede estar?

No hubo absolutamente ninguna reacción. Sanger ignoró mi pregunta y llamó dirigiéndose a la puerta de la sala de estar:

—¡Chérie, viens!

La mujer de los pantalones flojos entró en la estancia procedente del vestíbulo donde evidentemente había estado escuchando la conversación.

—¿Le digo a Marie que seremos tres para cenar? —preguntó.

—Sí, cariño, será mejor que lo hagas —dijo él lentamente.

La mujer se dio la vuelta, pero volvió la cabeza y sonrió.

—Espero que *pueda* quedarse a cenar, *Monsieur* Maas.

—Gracias. Será un placer.

Volvió a sonreírse. Su sonrisa me molestó. No era simplemente de cortesía. Por alguna razón, parecía auténticamente complacida.

Phillip Sanger, alias Patrick Chase, había conocido a Lucía Bernardi en París.

—Yo estaba trabajando en un asunto entonces —dijo.

—¿Qué tipo de asunto?

Sanger suspiró.

—Oiga, *Mr.* Maas, es sobre Lucía sobre quien desea saber cosas, ¿verdad? Si va a hacer preguntas irrelevantes, todos nos vamos a aburrir mucho. Como usted mismo ha descubierto ya, yo me dedico a negociar con bienes raíces: compro casas, las remozo y luego las vendo o las alquilo. Ése es mi negocio, y en el informe no se dirá nada diferente, ¿de acuerdo?

—Supongo, si usted lo dice... ¿Utilizaba ya entonces el seudónimo de Patrick Chase?

—No, nunca lo hice en Francia —adoptó su actitud más cándida y convincente—. Francamente, utilizo el nombre de Chase sólo en transacciones efectuadas en el extranjero por razones de impuestos. Quiero que esto quede claro. No es un apodo.

—Un *nom de guerre* —dijo *Madame* gentilmente.

—Eso es —asintió Sanger—. Nadie llama a una sociedad anónima un apodo, ¿verdad? No. Bien pues lo mismo.

Pensé en recordarle que las sociedades anónimas no incluyen el uso de falsos pasaportes americanos, pero decidí dejarlo correr. Al fin y al cabo, yo era un huésped en la casa; un huésped chantajista, es cierto, pero huésped de todos modos. No había razón para no dejarle mantener un poco de fachada.

—Así que la conoció en París. ¿Qué hacía ella entonces?

—Trabajaba en una tienda. ¿Conoce usted esos sitios de los Campos Elíseos y cerca de la Magdalena donde venden perfumes con descuento a los turistas

extranjeros? Pues uno de esos. Yo entré en la tienda con un amigo alemán que andaba comprando cosas para llevárselas a su mujer. Fue entonces cuando la descubrí. Me interesó.

—Es muy guapa —dijo *Madame* secamente—. Las fotos publicadas en los periódicos y en las revistas no le hacen justicia, sabe, *Mr.* Maas.

—¿Usted también la conoce, *Madame*?

—¡Oh, sí, la conozco! Phillip valora mucho mi juicio en estas cuestiones. Al fin y al cabo, es un elemento necesario para nuestros negocios, y no va a utilizar la esposa para estas cosas.

Lo dijo tranquilamente, absolutamente consciente de sus palabras y con una sonrisa. No se percibía ninguna amargura, aunque se adivinaba. Evidentemente, *Madame* Sanger había sido compañera de delito de su marido alguna vez. Era natural que sintiera un poco de celos de las diversas jóvenes que habían sido sus sucesoras.

Miré a Sanger. Se estaba poniendo melifluo.

—Ya sabe cómo son estas cosas —dijo como sin darle importancia.

Lo sabía, pero quise que me lo explicara.

—No —le dije—, sospecho que no le sigo.

Sanger hizo un ademán de desaprobación.

—Usted está en tratos con un hombre. Usted quiere vender, él quiere comprar, o viceversa —pero sobre todo vender, pensé yo, sobre todo vender—. Es una especie de juego —continuó Sanger—. Con alguien que tiene una mano miserable, claro. ¿Pero sabe una cosa? Si consigue que el otro crea que le está poniendo los cuernos a usted, su posición de usted es ventajosa. Así pues, usted le deja ver algo que él desea y trata de quitarle.

—¿Por ejemplo, la amante?

—Exacto. Haga que se sienta culpable y nervioso, y no pensará con demasiada claridad en los negocios —sus ojos parpadearon en dirección a su mujer—. Sólo que la joven no es lo que el otro se cree, claro. Ella es simplemente un... un elemento. Es la guerra psicológica —concluyó en tono frívolo.

Su mujer le dedicó una sonrisita cariñosa, y con gesto rápido tocó el timbre para que la muchacha nos sirviera el café.

Volvimos a la sala de estar.

—¿Cuándo conoció a Lucia?

—Oh, veamos. Hace unos dos años, tal vez un poco menos. Ella había estado trabajando aquí en el Sur durante la temporada y no llevaba más que un mes o así en París.

—¿Trabajando en la tienda de perfumes?

—Sí y le diré lo que más me llamó la atención en ella. Sí, claro, su gran hermosura física, pero tenía algo extraordinario. El modo de manejar las cifras.

—¿El dinero, quiere decir?

—En cierto sentido. ¿Sabe usted lo que pasa cuando se ponen a hacer la cuenta en esas tiendas? Primero han de calcular los descuentos en trozos de papel, luego han de convertir los francos en dólares o en lo que sea, después añaden los impuestos y suman. Habitualmente les lleva un siglo. Pues bien, a Lucia no. Lo hacía de memoria, con más rapidez de lo que podía escribir. Una auténtica rapidez aritmética.

—Pues no le valió de mucho cuando tenía la tienda en Antibes.

—Apostaría a que fue culpa de su amiga, no de ella.

—¿Después, qué pasó?

—Adela y yo hicimos amistad con ella y charlamos de negocios.

—Y hubo coincidencia de puntos de vista.

—Lucía es muy rápida. Y nada loca. Le gusta el dinero.

—Así que se fueron a St. Moritz.

—No. Hicimos un asunto en Munich primero. De aquí nos fuimos a St. Moritz.

—Y aquí encontraron al coronel Arbil. Él fue el próximo primo, ¿no?

Sanger me miró con los ojos inmensamente abiertos como si yo hubiese dicho un magnífico chiste.

—¿Arbil un primo? ¿Quién le dio esa idea?

—Eso es lo que piensa la policía. Por eso fue por lo que le pidieron a la Interpol un informe sobre usted. Usted sabía que le vigilaban, ¿verdad?

Sanger dejó escapar una carcajada.

—Los suizos vigilan a todo el mundo. Eso no significa nada.

—¿Entonces por qué se largó a Italia?

—¿Largarme? —suspiró nervioso—. Me fui simplemente. Oiga, ¿quiere que se lo cuente o no?

—Adelante.

—Lo que pasó fue lo siguiente. Arbil había ido a St. Moritz con idea de practicar el bobsleig, pero cuando vio a Lucia se olvidó por completo del deporte. No podíamos quitárnoslo de encima. Y luego, al cabo de unos cuantos días, también a Lucía le dio la enfermedad y no quería que lo echáramos de nuestro lado. Quería que me fuera yo.

—¿Y usted se fue, claro?

—Lo discutimos. Lucía no es ninguna pérdida, sabe. No se acuesta con el primero que pasa. Estaba chiflada por él simplemente. Se ofreció a devolverme su parte por el asunto de Munich, si la dejaba libre. Yo me di cuenta que no tenía sentido tratar de persuadirla para que permaneciera junto a mí.

—Y cogió el dinero.

Sanger negó con la cabeza.

—Lucía es una buena chica, pero...

Se interrumpió como si hubiera olvidado lo que iba a decir.

Su mujer había vuelto a la habitación y terminó la frase por él.

—Ella no tiene malicia, comprende, pero era mejor que guardara discreción sobre nuestros negocios, tanto por su bien como por el nuestro.

—Los impuestos sobre los ingresos personales, eso es a lo que se refiere Adela — explicó Sanger claramente.

La señora se sonrió.

—Los impuestos, claro. Todo el mundo tiene que ser discreto en cuanto a los ingresos personales, ¿no es eso?

La criada entró con el café. Sanger sacó las copas para el coñac.

—¿Cuándo vio a Lucía por última vez? —le pregunté yo.

—El día que me fui de St. Moritz.

Su mujer me estaba sirviendo una taza de café. Su mano se detuvo por un instante, y ella medio giró la cabeza como si quisiese completar la afirmación de él. Luego pareció cambiar de idea. Yo cogí el café, le di las gracias y puse la taza en la mesita que estaba a mi lado.

Sanger estaba de pie, al otro lado de la habitación, poniendo el coñac. Yo bajé la voz, de tal modo que él hubiera tenido que estirar las orejas para oír.

—Oiga *Madame*, estoy en un apuro. Nuestra oficina de Nueva York me está presionando para que consiga unas declaraciones de Lucía Bernardi. Ya oyó usted a su marido decirme que era un chantajista. Y también oyó que no se lo negué. No me gusta la situación, pero no puedo hacer otra cosa. Necesito la ayuda de su marido.

—Estoy segura que hará todo lo que pueda.

—Naturalmente que lo haré.

Puso un coñac a mi lado.

Yo levanté la vista hacia él.

—¿Está usted seguro de que no sabe dónde está?

—Si lo supiera, se lo diría.

—¿De verdad?

—¿Por qué no?

—Entonces, si realmente no lo sabe, ¿cómo piensa ayudarme?

Se sentó frente a mí y cogió su café.

—Ayudándole a encontrarla, naturalmente.

—¿Cómo sabría dónde buscarla?

—Tengo unas cuantas ideas.

Dio unos sorbitos a su café y luego lo dejó de nuevo sobre la mesita.

—Le ayudaré todo lo que pueda —dijo—; le ayudaré porque me interesa hacerlo por mi propio bien. Pero nos llevará tiempo.

Yo no hice caso de la última frase. Evidentemente, iba a jugar con el factor

tiempo. Si no sabía dónde estaba, lo único que podía hacer era entretenerme y esperar a que los acontecimientos evolucionasen a su favor.

—Hábleme de esas ideas que usted tiene.

No me respondió directamente, sino que miró a su mujer.

—Cielo, ¿recuerdas cuando conociste a Lucía y la invitamos a cenar en Fouquet's? ¿Te acuerdas que habló de esquiar y lo que le gustaba practicar este deporte?

Su mujer asintió.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, cuando decidí ir a St. Moritz hablamos de ello otra vez. Estaba preocupada porque había dejado todo su equipo de esquiar en casa de su tía en Mentón. Quería bajar allí a buscarlo. Naturalmente, yo no quería que lo hiciese y le prometí que podría comprarse uno nuevo en St. Moritz. La idea no le gustó demasiado. Me dijo que sus botas eran mejores que las que podría comprar nuevas en cualquier sitio. Mientras hablábamos de esto, me contó que hasta que se había ido a París, todos los años se iba a esquiar desde que era niña. Sus padres solían llevarla a un sitio llamado Peira-Cava en las montañas de Niza. Era un pueblecito, decía, barato y nada a la moda, pero aunque las pistas no eran muy buenas a ella le encantaban. Está en territorio francés, cerca de la frontera italiana por Sospel, a unos cuarenta kilómetros de Niza.

—¿Cree usted que se fue allí, donde todo el mundo la conocería?

—Desde luego a un hotel no, ni a una pensión o algo por el estilo; por supuesto que no.

—¿Es que tiene amigos allí?

Sanger se sonrió sardónicamente.

—No amigos exactamente. Pero me contó una anécdota sobre aquel sitio que me llamó poderosamente la atención. ¿Recuerda usted lo de su compañera de negocio, la de Antibes?

—¿Henriette Colin?

—Eso es... Henriette. Bien, hace tres años, antes de que su negocio diese en quiebra, Lucía se llevó a Henriette a Peira-Cava durante una semana o así por Navidades. Henriette no sabía esquiar y lo odiaba todo. Se les estropeó la calefacción en el hotel de mala muerte donde estaban, y la dirección tenía que poner ladrillos calientes envueltos en periódicos para que los huéspedes se pudieran calentar las manos. Henriette no salía de casa en absoluto. Se sentaba envuelta en mantas y calentaba un ladrillo junto a la estufa que habían encendido en el bar del hotel.

Lucía quiso que regresara a Antibes, pero ella no quería volver sola. ¿Lucía deseaba esquiar? Bien, ella podía esquiar. Henriette aguantaría. Y entonces encontró una amiga.

Sanger se puso de pie y me sirvió otro coñac.

—¿Henriette encontró una amiga?

—Exacto. Una vieja que solía ir por el bar a comprar cigarrillos. Entablaron conversación. Henriette se enteró de algunas cosas por el dueño del hotel. La vieja era viuda de un gran industrial y rico apestoso. Tenía un gran chalet a un kilómetro del pueblo y vivía sola, con un viejo matrimonio, sus criados. Solitaria, naturalmente, y un poco rara, le dijeron a Henriette. El dueño del hotel no le dijo nada de sus rarezas y Henriette siguió intimando con la vieja. Cuando ésta le dijo lo caliente que estaba su casa y le preguntó si a ella y a Lucía no les gustaría trasladarse con ella durante los días que aún iban a permanecer allí, a Henriette le faltó tiempo para aceptar. Lucía aceptó también. Todo lo que contribuyera a que Henriette se aburriera menos le parecía bien. Además, la vieja le caía simpática y sentía pena por ella. Por otra parte, ahorrarían el dinero del hotel. Y esto a Lucía siempre le interesa. Así que se trasladaron.

Hizo una pausa.

—Y resultó que la vieja era realmente muy rara, supongo.

Sanger asintió con la cabeza.

—Bebía éter.

—Bebía ¿qué?

—Éter. Estaba totalmente acostumbrada a él. Podía beber quinientos gramos en un día de juerga.

—Eso no me lo habías contado nunca, Phillip —dijo *Madame* Sanger.

Su tono no era de reproche, sino de interés simplemente.

—Yo mismo me había olvidado hasta que empecé a preguntarme dónde podría haberse escondido Lucía —dijo él.

—¿Pero por qué iba a esconderse allí?

—No ha oído usted la otra parte del caso. La vieja no estaba siempre con su mejunje. Durante una semana o diez días estuvo normal. Luego se fue a Niza y volvió con una gran botella azul. La borrachera duró unos dos o tres días. Quienes sólo buscan en la bebida el abandono y la inconsciencia, sin preocuparse por el gusto del brebaje, el éter no es una mala bebida. Es más rápido que el licor y menos tóxico, y casi no deja consecuencias. Quiero decir relativamente, claro. Naturalmente, mucha gente vomitaría sólo con pensarlo. Pero hay gente que no. Cuando Henriette comprobó dónde se había metido, no pudo soportarlo y regresó a Antibes. Lucía se quedó.

—¿Pero por qué?

Era *Madame* la que hacía las preguntas ahora. Yo la dejé. Eran las mías, de todos modos.

Sanger se quedó pensativo por un momento.

—Bueno, yo diría que por una cosa: se alegraba de verse libre de Henriette. En realidad, no me hubiera sorprendido que este fuera el momento en que su negocio empezó a hundirse. Además, porque le gustaba esquiar. Y por otra parte... bueno, yo no creo que la vieja y su éter molestaran mucho a Lucía. La gente no la asustaba. No es de las que echan a correr.

—Pues del chalet de Zürich sí que echó a correr —le recordé yo.

—Debió tener buenas razones —replicó él.

—Usted dijo que había un matrimonio en la casa —dije yo—. Si Lucía estuviera allí ahora, los criados podrían hablar.

—Esto es lo curioso —dijo él—; no lo harían. Lucía me dijo que aquellos dos nunca decían una palabra en el pueblo sobre lo que hacía la vieja. El pueblo lo sabía, naturalmente, porque de vez en cuando la vieja aparecía por allí cargada hasta las agallas y oliendo como un quirófano ambulante. Pero los criados nunca chistaban. No eran de la localidad, sabe —se encogió de hombros—. De todos modos, creo que vale la pena intentarlo.

—Yo sé cómo llegar hasta Henriette Colin —le dije—. Supongo que podré conseguir de ella la dirección.

Sanger apretó los labios.

—Es un poco arriesgado para usted, ¿no cree? Le daría a ella la idea. Supóngase que ella se lo dice a otra persona. Incluso puede decírselo a la policía. No, yo creo que lo mejor es ir allí simplemente y hacer unas cuantas averiguaciones. Ahora ya ha pasado la temporada; ya no habrá nadie más que la gente del pueblo. No será difícil. Puede ir usted mañana por la mañana.

Y regresar por la noche, después de haber perdido todo el día, pensé yo. Era una reacción poco razonable, yo lo sabía. Le había pedido ayuda en términos muy precisos, y él daba la impresión de prestármela. Pero había algo en aquel «usted» de la frase «puede ir usted por la mañana» que no me gustaba nada. Cruzó mi mente la desagradable imagen de peregrinación en coche por el Sur de Francia buscando pueblecitos remotos, mientras él estaba cómodamente sentado junto al fuego de su chimenea tramando el juego de la oca del día siguiente.

—Me dijo que tenía varias ideas —le dije yo—. ¿Cuáles son las otras?

—Podría estar en una clínica privada. ¿Había pensado usted en ello?

—No podría estar allí sin que lo supiesen varias personas. Esto significaría mucha complicidad.

—Ha circulado el rumor de que la policía sabe dónde está, pero que no lo dice.

—Un par de periódicos han hecho esa sugerencia. ¿Tiene usted algún medio de saber si es cierta?

—Si se refiere a que yo colaboro con la policía de aquí, mi respuesta es no. De todos modos, sigo pensando que Peira-Cava es su mejor posibilidad.

Yo dejé el coñac sobre la mesita.

—*Nuestra* mejor posibilidad, *Mr. Sanger*. Tengo de plazo hasta el viernes, a las once de la noche, hora europea. Ahora ya tengo suficiente material sobre usted para componer un artículo en relación con la chica del bikini. Y, si no consigo nada mejor, eso es lo que pienso hacer. Hoy es martes. Le sugiero que vayamos los dos mañana a Peira-Cava. Si por suerte Lucía Bernardi está allí, su presencia hará que colabore con más facilidad, ya que puede usted explicarle la situación. Mi idea no es entregarla a la policía. Yo sólo quiero su versión de los hechos de Zürich y la razón de los mismos. Luego puede seguir escondida si así lo desea.

Madame Sanger se inclinó hacia adelante.

—¿Lo dice en serio, *Monsieur Maas*?

—Naturalmente. Por lo que yo sé, ella no ha cometido ningún crimen... por lo menos en Francia o en Suiza. Yo sólo quiero su versión de los hechos. Pero si se lo digo yo, puede que no me crea. Pienso que es más fácil que crea a su marido.

—¿Y si no la encuentra en Peira-Cava? —preguntó ella.

—Entonces no puedo seguir perdiendo el tiempo. Regresaré a París.

Sanger dejó escapar una corta carcajada.

—Y se pondrá a trabajar para echar a perder nuestras vidas, supongo.

No era una pregunta, realmente. Yo no dije nada.

Sanger suspiró.

—Muy bien. Iré con usted. ¿A las diez?

—Vendré a buscarle.

Me levanté para irme y vi que *Madame Sanger* se estaba sonriendo. Era la misma sonrisa que mostró su satisfacción cuando yo dije que me quedaría a cenar. Ahora parecía alegrarse de que me fuera. Yo no podía reprochárselo.

Cuando regresé a la fonda, llamé a Sy a su apartamento. Él y su mujer tenían fama de dar buenas fiestas y, a juzgar por las risas y voces de fondo, en aquel momento estaban celebrando una.

—¿Sí, Piet? ¿Cómo te va?

Daba la impresión de que tuviera unas cuantas copas encima.

—Creo que tengo una pista.

—No hagas bromas. Bien, ¿cómo lo ves?

Estaba cautelosamente contento.

—He dicho «creo» y no quiero decir nada más por el momento. Tal vez sabré algo seguro mañana por la noche.

—¿No me quieres decir nada más?

—Prefiero no hacerlo. Te diré una cosa. Puede que haya un artículo sobre el caso. Pero si va a ser o no el artículo esperado, eso todavía no lo sé.

—Al viejo no le va a gustar un simple artículo sobre el caso, me temo.

—Pues a lo mejor ni eso tenemos. No lo puedo decir. Ah, y una cosa. ¿Te importa que me compre una cámara fotográfica?

—¿Para fotografiar a la chica?

—Más bien un chico. Pero no quiero recurrir a un fotógrafo de la localidad.

—¡Eso no, por el amor de Dios!

Hizo una pausa.

—¿Tú sabes manejar una cámara, Piet? Manejarla bien, quiero decir.

—Bueno, no hay más que apuntar y hacer *clik*, ¿no es eso? Espero que el tipo de la tienda me enseñe cómo cargarla.

Súbitamente levantó la voz.

—¡Corta ya, hombre! Te hice una pregunta.

—La respuesta es que sí, y no me gusta que me griten. ¿Me puedo comprar la cámara o no?

—Muy bien, muy bien. Pero, oye... yo tengo que saber lo que está pasando. Ya sé que tienes que tener cuidado por teléfono, pero tampoco necesitas explicármelo de pe a pa. ¿Qué has hecho? ¿Has localizado a nuestro hombre?

—Mañana lo sabré.

—Entonces ni siquiera sabes si realmente habrá un artículo sobre el caso.

—Mañana te lo diré.

—Por Dios, Piet, si has conseguido algo y lo has estropeado por ser demasiado terco para discutirlo...

Le corté antes de dejarle terminar.

—Hice algunos progresos. Mañana sabremos si vale la pena discutir sobre algo. No puedo aclararte más. Buenas noches.

Colgué y esperé que llamara él. Pero no lo hizo. Mientras la cosa olierá, aunque fuera sólo débilmente, a fallo y descrédito, me dejarían solo. Y esto era lo que me convenía.

Antes de salir de París había comprado unas cuantas pastillas para dormir. Me tomé tres y al cabo de cinco horas estaba de nuevo despierto.

Todavía era de noche, y me quedé un rato en la cama, pensando en los Sangers y en Lucía Bernardi, que se había chiflado por Arbil. Luego me levanté y eché otra ojeada a la copia del dossier sobre el caso, que había traído conmigo.

El material biográfico sobre el coronel Arbil no era especialmente relevante.

Había nacido el 1917. Era hijo de un comerciante de algodón, natural de Kirkuk, al Sur del Kurdistán, que entonces formaba parte del imperio otomano. Después de la Primera Guerra Mundial paso a formar parte del Irak. En 1932, cuando finalizó el mandato británico y el Irak se convirtió en un estado independiente, Arbil fue admitido como cadete en el ejército. Recibió el título de oficial en 1936 y más tarde

fue enviado a Inglaterra para especializarse en comunicaciones y en el servicio de información. En 1946, capitán ya, volvió a Inglaterra, esta vez para asistir a un curso en el British Staff College. Durante su estancia en Inglaterra, se casó por lo civil con una inglesa. Ésta se divorció más tarde de él alegando desamparo. En 1958, participó en el golpe de estado del ejército dirigido por el brigadier Kassem que destronó al rey Faisal y estableció la república en el Irak. Poco después fue nombrado director de los Servicios de Seguridad Interior, cargo que abarcaba tanto poderes civiles como militares. En calidad de tal, asistió a la conferencia de Ginebra durante la cual había decidido no regresar al Irak.

Un investigador había hecho algunas pesquisas en el seno del movimiento nacionalista kurdo, del que el coronel Arbil había sido partidario.

Los kurdos, decía el informe, son un antiguo pueblo de origen montañoso que pueblan una región que se extiende desde la Armenia Soviética, pasando por la esquina nordeste del Irak y Siria, y desde Kermanshah en el Irán, hasta Erzurum, en Turquía. Forman, por lo tanto, minorías en cinco estados diferentes. Son aproximadamente unos cuatro millones, la mayoría de ellos de religión musulmana, pero pertenecientes a la secta sunnita, es decir, ortodoxa. El territorio kurdo del Irak incluye los ricos yacimientos petrolíferos de Kirkuk y Mosul.

En 1920, el tratado de paz de los Aliados con Turquía, conocido como Tratado de Sevres, creó un estado kurdo autónomo; pero este tratado nunca fue ratificado y fue sustituido al año siguiente por el tratado de Lausana, que dividía el Kurdistán.

En 1927, surgió el movimiento de independencia kurdo, el Khoibun. Solamente en Irak hubo cinco grandes rebeliones kurdas. En 1946 surgió en el Irán la autodenominada república soviética independiente de Mahabad. Duró once meses. Al cabo de ellos el ejército iraní logró reconquistar la zona.

Según el investigador, Alejandro Magno, Jenofonte, Marco Polo y la Comisión del tratado de Paz de 1919, todos habían tratado con los kurdos y todos habían llegado a conclusiones similares acerca de ellos. Según palabras de la Comisión, los kurdos era «un pueblo feroz y rapaz, y jugar con él resulta peligroso». Un experto en cuestiones del Oriente Medio había señalado que «su tendencia a disparar al primer objeto que veían moverse había mantenido al mínimo las interferencias externas en sus asuntos». Por otra parte, siempre habían estado más que dispuestos a interferirse en los asuntos de sus vecinos. Las matanzas periódicas de armenios habían sido casi siempre obra de los kurdos.

El coronel Arbil era kurdo y además director de los Servicios de Seguridad Interior, cargo con poderes políticos. Una combinación que no resultaba muy agradable. Yo me preguntaba qué conocería realmente Lucía Bernardi sobre él.

Poco después de las nueve, me fui a la ciudad a pie y encontré una tienda de aparatos fotográficos que tenía una Rolleiflex de segunda mano en venta. La cargué

en la tienda y metí en el bolsillo otros carretes de película. Luego regresé a la fonda, cogí el coche y me fui a La Sourisette.

Me detuve a medio camino de la entrada de coches y saqué una serie de fotos de la casa. A continuación cambié el carrete y continué hasta la entrada principal.

Dejé la cámara en el coche y me dirigí a la puerta de la casa. El perro ladró y la criada apareció en la puerta con la mano en el collar como la víspera. Al reconocerme me pidió que pasara. Yo le dije que comunicase a *Monsieur* Sanger que estaba allí y que le esperaría fuera, en el coche.

No tuve que esperar mucho. Sanger apareció con aspecto de «caballero de campo», con un traje de cheviot. Yo conseguí dos buenas instantáneas de él antes de que se diera cuenta siquiera de que lo estaba haciendo. Cuando empezó a protestar, tomé otra más cerca con la cara completamente iluminada por el sol y *Madame* Sanger al fondo junto a la puerta de la entrada. Esperaba que hubiera bastante profundidad de enfoque para que salieran los dos, pero al menos sabía que él había salido bien.

—¿Qué persigue con eso? —preguntó.

—Seguridad.

La señora se retiró apresuradamente hacia el interior de la casa. Comprendí que Sanger estaba sopesando la idea de quitarme la cámara de las manos, pero decidió no hacerlo. Yo sabía que mi persona no le impresionaba lo suficiente para detenerle; simplemente había creído más prudente no oponerse a mí en aquel momento.

Eché un vistazo a mi coche alquilado y dijo:

—¿Pretende usted llevarme a Peira-Cava en eso?

—Funciona perfectamente.

—Tengo un Lancia en el garaje. Sería más cómodo.

—No vamos a ir tan lejos.

—Como quiera.

Se sonrió paternalmente mientras yo ponía la cámara en la guantera y la cerraba con llave.

—¿Me equivoco si le digo que creo percibir una nota de desconfianza? —me preguntó.

—No. No se equivoca.

Sugirió que debíamos pasar por Cannes y coger la autopista en Antibes. Después guardamos silencio hasta llegar a Niza. Aquí me condujo, por las calles apartadas, a la carretera de Sospel.

El tráfico era ligero. Por encima de Escarene la carretera estaba cubierta de nieve fangosa que se fue haciendo más firme a medida que subíamos. Se hizo necesario poner la calefacción del coche. En Peira-Cava la nieve había sido quitada a pala, pero las laderas estaban completamente cubiertas y los árboles estaban blancos. Aquí aún

era invierno.

—Por Pascua habrá aquí esquiadores si dura la nieve —observó Sanger.

Peira-Cava es una serie dispersa de hoteles pequeños y pensiones con vistas alpinas. Cuando nosotros llegamos, era casi la hora de comer. Por sugerencia de Sanger nos detuvimos en uno de los hoteles que tenía un letrero de bar-restaurant.

El bar estaba caliente, pero vacío. En el restaurante, un camarero con un delantal estaba poniendo una solitaria mesa para seis, posiblemente para el personal. Asintió cuando le pedimos unas copas, nosotros volvimos al bar.

—¿Quiere hacer usted las preguntas o las hago yo? —dijo Sanger.

—Usted conoce el terreno mejor que yo. Tal vez lo hará mejor.

—Como quiera.

Su método resultó interesante. Si hubiera hecho yo las preguntas, hubiera comenzado por inventar cualquier excusa para mi curiosidad. Había estado en Peira-Cava el año pasado; había conocido a una señora rica con un matrimonio que le servía; todos habían sido encantadores y hospitalarios conmigo y ahora estaba pensando en volver para Pascua, pero había olvidado completamente el nombre de la vieja.

El método de Sanger no fue menos indirecto, pero mucho más eficaz. Tan pronto como oyó acercarse al camarero, levantó la voz ligeramente y se puso a dar golpecitos en la mesa.

—Tú, como abogado, me dices que eso es imposible, que una persona así se envenenaría. Pues yo, como médico, te digo que una persona así puede inmunizarse. El éter es menos tóxico que el alcohol. Me podrás decir que es poco corriente encontrarse con una persona que beba éter, pero no por eso tiene que tratarse de una loca por beberse cuatrocientos gramos de éter. Si está acostumbrada, podría beberse hasta quinientos gramos sin que le pase nada.

El camarero estaba de pie a nuestro lado, escuchando fascinado sin perder palabra. Sanger levantó la vista hacia él.

—Gracias, amigo mío.

Mientras el camarero servía las copas, se dirigió a mí de nuevo.

—Y puede seguir haciéndolo, además. ¿No me crees?

De pronto, pareció ocurrírsele una idea. Levantó la vista hacia el camarero y le preguntó:

—Ah, pues te lo voy a demostrar. Camarero, ¿oyó hablar usted alguna vez de una persona que bebiera éter?

El camarero se sonrió.

—Sí, doctor.

Sanger se sonrió también.

—Pues claro que sí. ¿Cómo se llama, la viuda, *Madame*...?

Hizo restallar los dedos, tratando de recordar el nombre que tenía en la punta de la lengua.

—*Madame* Lehman, Doctor.

—Sí, *Madame* Lehman. Quinientos gramos en un día a veces, ¿no es eso? Dígaselo a mi amigo.

El camarero nos miró un poco desconcertado.

—Oh sí, ésa es la cantidad que solía tomar de vez en cuando.

—¿Solía? —dijo Sanger con intención.

—*Madame* Lehman murió hace seis meses, *Monsieur*. Tuvo un ataque al corazón.

Hubo un breve y tenso silencio; luego Sanger recobró su máscara de profesional otra vez.

—Lo siento mucho —dijo tranquilamente—. Naturalmente, yo ya le dije que tenía tendencia a sufrir del corazón cuando vino a verme el año pasado. Pero no me esperaba un final tan rápido. ¿Qué ha sido del chalet y los criados?

—Ah, Doctor, los criados se volvieron al Norte, de donde eran. Ella les dejó un poco en su testamento, sabe. El resto lo heredó su sobrino, que vendió el chalet a una familia belga.

Por causa del camarero, Sanger siguió representando su papel inflexiblemente hasta el final. Me dirigió una mirada significativa y golpeó la mesa de nuevo.

—Pero murió de un ataque al corazón, amigo mío, ya lo ves. No por el éter.

El camarero se sonrió y desapareció.

Yo me tomé la copa de golpe.

—Creo que sería mejor bajar a comer a Niza —dije yo—. A no ser que usted quiera comer aquí.

Sanger negó con la cabeza.

Fuimos a un restaurante donde le conocían, en la *rue* de Francia. Al bajar, Sanger había permanecido sombrío y silencioso, pero el cálido saludo del *maître d'hôtel* pareció levantarle los ánimos un poco. Una vez pedida la comida, se recostó en su silla y me dirigió una breve sonrisa, llena de reproches.

—¿No quiere que hablemos acerca de la idea del sanatorio? —me preguntó.

—Lo único que puedo decir es que se trata de una simple idea.

—Supongo que no irá en serio eso de complicarnos a Adela y a mí.

—Totalmente en serio.

—Una pequeña faena, ¿no cree? ¿Qué gana usted con ello? ¿Una palmadita en el hombro? ¿Una pequeña bonificación? Piense en lo que nos perjudica a nosotros.

—Sólo un poco su vida privada y su reputación local, cosas ambas que no se merecen realmente.

—¡Sólo! Por Dios, hombre...

Se interrumpió y bajó la voz.

—Oiga, Maas, no creo que a usted le guste esto más que a mí. En realidad, estoy convencido de que no. ¿Por qué seguir, pues?

—¿Dio usted a alguna de sus víctimas una oportunidad semejante alguna vez, *Mr. Sanger*?

Sanger negó lentamente con la cabeza.

—Es inútil, Maas, no es usted un tipo duro, rudo. Usted es europeo. Usted no piensa así.

—Parece usted muy seguro de mí.

Pareció sorprenderse.

—Pues claro que estoy seguro. ¿Por qué no iba a estarlo? Me pasé media noche pegado al teléfono hablando con París, para conseguir una idea sobre usted.

—Comprendo. ¿Invadiendo mi vida privada, eh?

Volvió a negar con la cabeza.

—Usted no tiene vida privada. Tiene amigos, gente que siente pena por usted, pero no tiene vida privada, al menos en el sentido en que yo la entiendo. Cuatro llamadas telefónicas, eso fue todo lo que necesité.

Esto no me hacía gracia, no me hacía absolutamente ninguna gracia, pero no tenía nada que decir.

—Naturalmente, no he conseguido enterarme de todo —continuó—. No he tenido tiempo.

—¡Cuánto lo siento!

No hizo caso del sarcasmo.

—Naturalmente —dijo—, ha tenido usted una niñez difícil; muerte de los padres en el bombardeo de Rotterdam, evacuación a Inglaterra como huérfano de guerra y todo lo demás; pero ya no era usted tan niño y tuvo más suerte que otros. Gracias al socio londinense de su padre que se hizo cargo de usted. Fue enviado a una buena escuela. Y después de la guerra pudo reclamar las propiedades de sus padres. No era mucho dinero, quizás, pero la suma era bastante apreciable para un joven que aún estaba estudiando. ¿Qué es lo que falló?

—Estoy seguro que se trata de una pregunta retórica.

—De verdad que no. Oh, ya sé cómo se le fue el dinero. Es lo del suicidio lo que me preocupa.

Yo no dije nada. Sanger tomó un sorbo de su Campari con soda y continuó:

—Comprendo que estuviera usted deprimido. La culpa la tuvo la bancarrota del semanario. Pero me han dicho que no fue una bancarrota ruinosa. Gente muy importante lo apreciaba mucho. Incluso fue citado en las Naciones Unidas. Si falló, fue por negarse a romper la línea de conducta que usted mismo había establecido. Su capital era insuficiente para soportar una honestidad completa. Cierto que usted sólo

era uno de los accionistas, pero tenía que saber que la mayor parte de los semanarios experimentales siempre son aventuras financieras altamente especulativas. Además, es usted joven y tiene talento y amigos. ¿Por qué trató de destruirse a sí mismo?

¿Qué le iba a responder? «Es muy sencillo, *Mr. Sanger*. No ha sido sólo el semanario. Ocurrió simplemente que aquel día regresé a casa más temprano y encontré a la mujer que vivía conmigo acostada en mi propia cama con otro hombre. Intenté matarlo y descubrí que no podía. En realidad, fue él quien me pegó sin compasión. Tres fracasos en el mismo día eran demasiados. Así que me dispuse a sufrir el cuarto». No hubiera sido una respuesta honesta, pero hubiera resultado convincente de momento. Pero entonces vendría la pregunta inevitable: «Seguramente, otros muchos hombres han sufrido humillaciones peores sin que por eso intentasen matarse. ¿Por qué tenía que hacerlo usted?».

Y a esta pregunta había dos respuestas corteses; una, suave, envuelta en el lenguaje aséptico de la psiquiatría; la otra, en el lenguaje de los moralistas. Pero mi respuesta personal sería: «*Váyase al infierno*».

—No creo que esa sea una cuestión que piense discutir con usted, *Mr. Sanger*.

Él asintió con la cabeza con gesto comprensivo.

—En una ocasión conocí a un hombre que intentó pegarse un tiro. Estaba un poco bebido y ocurría además que no tenía idea de cómo manejar un revólver pesado, cómo dispararlo, quiero decir. En resumen, falló completamente. Esto le hizo sentirse muy mal y después nunca quiso hablar de ello. Sin embargo, el hecho debió significar para él una especie de catarsis porque nunca lo volvió a intentar. Vivió durante diez años y murió en un accidente de aviación.

El servicio de la comida le interrumpió durante un rato, pero cuando el camarero se fue, volvió al ataque.

—¿Ha pensado usted alguna vez en volver a publicar su semanario?

—Muchas veces.

—Pero, claro, necesitaría un buen pellizco de capital.

—Y seguiría siendo una empresa altamente especulativa.

—Pero ahora menos, seguro. Al fin y al cabo, debió haber aprendido muchas cosas del primer fracaso. No cometería los mismos errores dos veces.

Yo empezaba a estar harto de esto.

—Si yo fuera usted, *Mr. Sanger* —le dije—, seguiría invirtiendo en la propiedad inmobiliaria. Es mucho más segura que el periodismo.

Pero él no estaba decidido a ceder.

—¿Usted cree? —dijo dejando escapar una risita burlona—. Bueno, tal vez no le falte razón. He de confesar que me gustan los ladrillos y el cemento, y la tierra más. Son objetos tangibles. Pero a uno también le gusta especular alguna vez —levantó la mirada y la clavó en la mía—. Y si al mismo tiempo se puede evitar cierta notoriedad

desagradable, esto convierte la inversión en algo más agradable todavía.

De pronto, sentí curiosidad.

—¿Sabe usted realmente de cuánto dinero está hablando? —le pregunté.

—Conozco la cantidad con la que usted contaba en principio, la primera vez. Desde entonces, los costes han subido. Posiblemente ahora necesitaría más. Sobre unos treinta mil dólares, diría yo.

Tardé unos segundos en responderle. Si hablaba en serio, y al menos eso parecía, o bien era mucho más rico de lo que yo había supuesto, o estaba mucho más desesperado. Si era esto último, entonces es que estaba en juego mucho más que su vida privada y que su reputación en la localidad. Podía ser que se hubiera fiado demasiado de la protección de un nombre supuesto, y que el conocimiento público de Phillip Sanger como Patrick Chase pudiese llevarle a ser declarado culpable de algún delito.

Sanger me estaba observando atentamente. Casi podía percibir su tensión. Era un estafador y un timador, claro, y se supone que uno no va a tener compasión de los bribones. De todos modos, sentí pena por él. Siempre siento pena cuando el éxito, aunque se trate de un éxito económico logrado de malos modos, se torna fracaso. Es el tañido de la campana, sin duda.

Suspiré y le dije:

—Es una oferta tentadora, *Mr. Sanger*. No puedo decirle cuánto. Pero es mejor que comprenda la situación. Ya le he dicho a la oficina de París que si no puedo conseguir el artículo con la versión de los hechos dada por Lucía Bernardi, habrá un artículo referente al caso. Así que ellos ya saben que usted existe. Así que...

Sanger me interrumpió rápidamente.

—¿Conocen el contenido del artículo, los detalles sobre mí?

—Todavía no.

—Pues entonces...

—*Mr. Sanger*, si yo no se lo envío, se supondrán lo que ha pasado y enviarán a cualquier otro aquí en el término de unas cuantas horas. Alquilarán aviones privados, asolarán el lugar hasta conseguir dar con usted. Aunque estuviera dispuesto a hacerlo, no podría enterrar todo el asunto por mí mismo a estas alturas.

—Ni si...

—Perdería el dinero, *Mr. Sanger*. Si le sirve de consuelo, le diré esto. El hecho de que yo escriba el artículo no significa necesariamente que vaya a publicarse. Pueden decidir que, como el caso Arbil no ha estado presente en las noticias recientes, el nuevo material no es suficiente para sacarlo a relucir otra vez. Pueden enfocarlo así, pueden enfocarlo de otro modo. No lo sé.

Trató de cogerse al cabo que yo le tendía involuntariamente.

—¿Quién lo decidirá? ¿La gente de París?

Ya le vi ofreciendo sus treinta mil dólares a Sy, y me pregunté si yo conocía lo suficiente a nuestro director como para predecir su reacción.

—No —repuse—; eso se decide en Nueva York.

Se quedó cabizbajo por un momento, luego su rostro cobró un aspecto obstinado.

—Tendrán que tener cuidado con la ley del libelo —murmuró.

—Siempre lo tienen, sobre todo en la edición europea.

—Un ciudadano francés puede ponerle las cosas muy difíciles a un semanario americano en un tribunal francés.

—¿Por decir que usted, Phillip Sanger, es también Patrick Chase? Oh, no. Eso es una cuestión en la que se puede recurrir a la Interpol ahora. La explicación de por qué es usted Patrick Chase puede ser objeto de libelo, pero si lo es, la pasarán por alto.

Guardó silencio por un momento y luego alejó su plato de él.

—¿Le importa que regresemos ya? —dijo—. Adela estará preocupada. Podría llamarla pero oirían la conversación.

Hizo una pausa.

—No es que tenga nada bueno que decirle —continuó lentamente—, pero ella estará esperando para conocer lo peor.

Me miró a los ojos de nuevo y añadió:

—Si se tratara sólo de mí, no me preocuparía demasiado. Es por ella.

Tal vez estuviera diciendo la verdad.

El regreso a Mougins fue tan silencioso como había sido el resto de nuestro viaje durante la mañana. En una ocasión, le vi mirando la guantera donde estaba la cámara. Supongo que estaría pensando si valdría la pena esta vez utilizar la fuerza para destruir las fotografías que yo le había hecho. Evidentemente, decidió que no. Cuando me detuve al pie de la entrada de coches de La Sourisette, Sanger bajó del vehículo y se dirigió a la casa sin decir palabra.

Yo le observé y me quedé sentado por un momento una vez que ya él había desaparecido. Me hubiera gustado coger sus treinta mil dólares. Era una pena que no tuviera modo de apoderarme de ellos.

Regresé a la fonda.

Sanger había tenido razón acerca de la ansiedad de su esposa.

Me estaba esperando sentada junto a una de las mesas del jardín de la fonda. Frente a ella había una copa.

Al acercarme se puso de pie. Llevaba un vestido en vez de los pantalones flojos de la víspera. Esto la hacía parecer más joven.

Comencé a hilvanar una frase de cortesía, pero ella me cortó en seco.

—Tengo que hablar con usted, *Monsieur*.

—No faltaba más, *Madame*. Sospecho que mi habitación no sea muy grande. Será mejor que entremos en el bar.

Ella echó un vistazo en derredor al jardín. El conserje nos podía ver desde su ventanilla, pero no había nadie que pudiera oírnos.

—Aquí estaremos bien —dijo.

Nos sentamos en su mesa. Yo pensé que sería mejor terminar cuanto antes.

—Siento tener que decirle, *Madame*, que nuestro viaje de hoy fue completamente infructuoso —comencé.

—Oh, ya lo sabía —trató de sonreír sin esforzarse demasiado—. Pero mi marido pensaba que realmente podía haber una posibilidad de que estuviera allí. No podía decirle que no estaba.

—¿Quiere decir que usted sabía que la vieja del éter había muerto?

Mi actitud estaba resultando muy estúpida. La noche anterior ella no sabía de la existencia de la vieja hasta que Sanger hablo de ella.

—Quiero decir que sabía que Lucía no estaba en Peira-Cava.

—¿Por qué sabía que está en otra parte?

—Sí.

—¿Y su marido no?

La aguda mente del gran reportero se estaba abriendo camino hacia lo evidente.

Ella asintió con la cabeza.

—Anoche —me dijo—, yo le hice una pregunta. Usted dijo que no tenía ningún interés en entregar a Lucía a la policía ni en que otros se apoderasen de ella, que todo lo que usted deseaba era entrevistarla; que luego podía volver a su retiro de nuevo. Yo le pregunté si realmente lo decía en serio. ¿Lo sigue diciendo?

—Desde luego. ¿Usted sabe dónde está Lucía, *Madame*?

Titubeó y luego asintió con la cabeza.

—Sí, lo sé. Acudió a mí para que la ayudase... a mí, que casi no la conocía. Tal vez es que le había caído simpática y confió en mí, aun cuando no la había visto más que un par de veces, y entonces sólo durante unas cuantas horas.

—¿Dónde está, *Madame*?

Ella meneó la cabeza, pero fue un movimiento de indecisión más que una negativa. Yo esperé. Ella dio un sorbito a su copa y se quedó mirando a una maceta de jacintos que había sobre la mesa contigua.

—Su marido me dijo anoche que no la había visto desde que se fue de St. Moritz. Esto no es cierto, ¿verdad?

Sus ojos volvieron a mirarme.

—No. Mi marido es demasiado precavido a veces. No hubiera importado que se lo hubiera dicho. La vimos en Zürich hace unos tres meses. Fue un encuentro casual en el vestíbulo de nuestro hotel. Ella había ido de compras. El coronel Arbil no estaba con ella. Comió con nosotros. Durante la comida, resultó evidente que estaba preocupada por algo.

—¿Algo relacionado con el coronel Arbil?

—En cierto modo, pero no en el sentido de que no fuera feliz. Claro, ahora sé que estaba asustada. Fue por el tiempo en que el coronel empezó a colocar alarmas contra los ladrones en el chalet. Ella no nos habló de esto, pero cuando mi marido se ausentó del comedor para llamar por teléfono, me preguntó si sería muy difícil que el coronel Arbil obtuviese un permiso de estancia en Francia. Yo le dije que sería mejor que hablara primero con el Cónsul General de Francia en Berna. Luego me preguntó si podía escribirme a Francia y yo le di mi dirección de aquí.

—¿Con su auténtico nombre?

—Sólo a nombre de la criada. Pero a mi marido ni siquiera le hubiera gustado esto, por eso no se lo dije —hubo otro conato de sonrisa—. Entonces no me pareció importante. Ahora, quizá pueda salvarnos.

—¿Salvarles?

—Si Lucía no hubiera sabido cómo ponerse en contacto conmigo, yo no hubiera podido arreglar las cosas para que usted hablara con ella.

Se apretó una mano con la otra y me miró.

—Esto nos salvará, ¿verdad, *Monsieur* Maas? ¿Usted no hablará a nadie, su editor, la policía, a nadie, de nosotros?

—Si logro ver a Lucía Bernardi y hablar con ella, eso es todo lo que deseo. Por lo que a mí respecta, usted y su marido permanecerán completamente olvidados.

—¿Aun cuando eso signifique que no puede mostrar al mundo lo listo que es usted para conseguir lo que otros no han podido?

—No he sido listo, señora, he tenido suerte. Sin embargo, si no digo nada, *parecerá* tal vez que he sido listo. Deduzco que no quiere que su marido lo sepa tampoco.

—Ahora se lo diré. Primero tenía que estar segura de poder confiar en usted. ¿Puedo hacerlo, *Monsieur*?

Yo le dije con toda la amabilidad que pude:

—Creo que no tendrá otro remedio. Supongo que Lucía vive en alguna de las casitas de ustedes. ¿Está en Roquebrune o en Cagnes-sur-Mer?

Ella puso cara de sorpresa.

—Eso no puedo decírselo.

No tenía sentido presionarla. Si era absolutamente necesario, podía investigar en los archivos de Niza las casas que tenían y descubrir la que era por un proceso de eliminación.

—No es realmente importante —le dije—. Usted se ocupa de alquilar las casas de su marido, tengo entendido. ¿Es así como ha podido acogerla, alquilándole una casa simplemente?

Ella asintió con la cabeza.

—En esta época del año, algunas están vacías.

—¿Y ella está de acuerdo en ser entrevistada?

—Comprende que yo necesito su ayuda.

—¿Cuándo puede tener lugar la entrevista?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Ella le telefonará tan pronto yo la llame. Utilizará mi nombre, Adela, por si el operador está escuchando.

—Supongo que ella comprenderá que yo quiero verla e identificarla. Esto no se puede hacer simplemente por teléfono, compréndalo.

—Ya he pensado en eso. Siempre y cuando usted esté dispuesto a hacer lo que ella le pida, Lucía accederá a reunirse con usted —*Madame Sanger* se puso de pie—. Si usted me espera aquí, utilizaré el teléfono de ahí dentro.

Estuvo fuera unos cinco minutos. Cuando volvió, cogió el jersey que había dejado sobre la silla, pero no volvió a sentarse más.

—Adela le llamará dentro de cinco minutos —dijo—. Ahora tengo que irme a casa y hablar con mi marido.

Titubeó un segundo y luego añadió:

—Estaré interesada en leer su artículo, *Monsieur*.

—Su nombre no aparecerá en él, *Madame*. Se lo aseguro.

Ella meneó la cabeza.

—Me alegro de oírsele decir de nuevo, pero no me refería a eso. Quería decir que tal vez Lucía le diga a usted más cosas que las que me ha dicho a mí.

—¿A usted no le dijo nada?

—Simplemente que si no lograba esconderse en alguna parte, la matarían —se sonrió mientras levantaba la mano—. Sí, debe resultar difícil creer que no sé más que eso, pero me dijo que sería más seguro que no supiera más. Más seguro para mí, quería decir. El modo cómo me lo dijo hizo que la creyese.

Tan pronto como ella salió, entró el conserje y me dijo que me llamaban por teléfono.

Su francés tenía un ligero acento de Niza. Su tono era autoritario.

—Soy Adela. Tengo entendido que tiene usted noticias personales de mi hermano para mí.

—Deseo ayudarla, sí. ¿Dónde podremos vernos?

—¿Tiene coche?

—Sí.

—¿Qué tipo?

—Un Simca azul.

—¿Conoce usted el Relais Fleuri en la Moyenne Corniche, sobre Villefranche?

—Creo que podré encontrarlo. ¿Qué es, un restaurante?

—Sí. Esté allí esta noche a las diez en punto. Cuando llegue, entre y telefonee al 825169.

—¿Por quién he de preguntar?

—Por Adela.

—¿Eso es todo?

—Sí. Espero que esté usted solo. Nada de cámara fotográfica, pero tráigame las fotografías que ha tomado esta mañana.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo...?

Pero ya había colgado.

Breve, formal y precavida. El restaurante que había elegido debía estar a medio camino entre Cagnes-sur-Mer y Roquebrune. Un vistazo a la guía me confirmó que el prefijo del número telefónico pertenecía a la zona de Cap Ferrat-Villefranche. Pero, por lo demás, esto no me decía nada.

Tenía seis horas libres antes de acudir a la cita. Pensé en llamar a Sy, pero decidí esperar. Mis noticias eran demasiado buenas; no me daría más oportunidades, a no ser que no le quedara otro remedio. En seis horas tendría tiempo para destacar a Bob Parsons desde Roma.

Supongo que si yo hubiera sido esa clase de periodista que Sy tanto valoraba, hubiera colocado los intereses del semanario por encima de los míos, según la acreditada tradición. En realidad, no tenía intención de hacerlo así. Ni Sy ni *Mr. Cust* me inspiraban el menor sentimiento de lealtad. Si tenía suerte, *Cust* atribuiría el éxito, con razón en cierto modo, a su gran inteligencia. Si daba un mal paso, se daría el gusto de decirle a Sy que me despidiese. No teniendo nada que ganar y muy poco que perder, podía hacer lo que me diese la gana. Había empezado a intrigarme el misterio de Lucía Bernardi. Quería saber lo que había detrás de él, y quería escuchar la verdad de sus propios labios.

Me pasé dos horas relejendo el informe, para tener fresco en la mente todo lo que ya conocía, y anoté algunas de las preguntas claves. Hecho esto, bajé al bar y me tomé una copa. Mientras estaba aquí, entró el conserje a decirme que había una llamada para mí de París. Sy se estaba poniendo impaciente. Le dije al conserje que contestara que había salido y abandoné la fonda inmediatamente.

Había llovido a cántaros a primera hora de la tarde y la carretera de Cannes estaba resbaladiza. Un coche que iba delante de mí patinó suavemente en una curva y de pronto empecé a sentirme dominado por la ansiedad.

¿Y si no podía llegar al Relais Fleuri? ¿Y si tenía un accidente? ¿Y si el coche, que había marchado estupendamente hasta entonces, se estropeaba de pronto? ¿Y si no veía una señal de dirección prohibida y me detenían? Eran muchas las cosas que podían salir mal.

Había pensado cenar opíparamente en La Bonne Auberge, llamar a Sy inmediatamente después y luego acudir a la cita. Ahora decidí ir directamente a Niza, despacio y con mucho cuidado. Si llegaba sin novedad, tendría tiempo más que suficiente para cenar, sabiendo que estaba a sólo unos minutos del Relais Fleuri. Por otra parte, si tenía dificultades, me quedaría más tiempo para resolverlas.

En Niza no había llovido y las calles estaban secas. Me tomé una copa en el Bar del Ruhl, esperé hasta las siete y media y entonces llamé a Sy a su piso.

Empezó a decirme que había tratado de localizarme hacía una hora, pero yo le corté en seco.

—Oye —le dije—, estoy en Niza, y acabo de hablar con ella.

Sy dejó escapar un grito salvaje de emoción.

—¿Dónde la has encontrado? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué te ha dicho?

—Todavía no la he visto y, de momento, no ha dicho nada de valor para nosotros. Tengo una entrevista con ella para esta noche a eso de las diez. Sólo yo, sin cámara, con las consabidas precauciones de las comedias de capa y espada. El intermediario dice que está asustada.

—¿Asustada de qué?

—Espero que me lo diga.

—¿Cuándo lo has conseguido?

—Hace unos minutos.

Sy dejó escapar un juramento de frustración.

—¿Qué es lo que la ha decidido a prestarse a nuestro juego?

—Chantaje moral aplicado indirectamente. Pero esta parte del caso no vamos a utilizarla. Ése es el trato que yo hice con el intermediario.

—¿Mr. Chase?

—No. Otra persona completamente distinta. A no ser que sea necesario aplicar otras presiones —si la chica no se presenta, quiero decir—, su nombre ya lo he

olvidado.

Hubo una pausa.

—Bueno, más tarde hablaremos de eso —dijo al fin—. Dices que nada de cámara. ¿Y un magnetófono?

—De eso no hemos hablado.

—Nada de testigos, nada de fotos. Tenemos que tener algo así como una prueba por si después hay desmentidos. ¿Tienes algún magnetófono contigo?

—No.

Aunque hubiera tomado en serio la misión al salir de París, dudo que me hubiera molestado en traer un magnetófono.

Sy logró disimular su exasperación; quería que yo me sintiera tranquilo y confiado.

—¿Crees que podrías adquirir uno ahí? —me preguntó—. El mejor sería ese aparatito alemán a pilas. Lo podrías esconder en el bolsillo.

—¿Y grabar sin decírselo?

—Eso es cosa tuya. Observa su actitud, si se muestra en plan de cooperar o no. En este caso, tendrás que tocar de oído. ¿Estás bien de dinero?

—Sí.

—Llámame más tarde a la oficina, ¿eh? Tan pronto como puedas.

—Lo haré.

—Oye, Piet. No pierdas el contacto, ¿quieres? Asegúrate que podremos entrar en contacto con ella de nuevo. Si la bofia se pone tonta, a lo mejor tenemos que presentársela. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Oye, Piet...

Hizo una pausa. Le sabía mal dejar el asunto en mis manos. Deseaba ardientemente que se encargara de ello alguien con experiencia y clase como él. Le hubiera gustado hacerlo él mismo.

—Dime.

—Hazlo bien y no sólo tendrás una bonificación colosal sino que además podrás borrar la inquina del viejo bastardo.

—Si he de comprar un magnetófono, tendré que darme prisa porque las tiendas van a cerrar.

—Sí, claro. Hablaremos más tarde. Yo estaré en la oficina con la gente que está de guardia, esperando.

Al fin le convencí de que colgara.

Salí y logré encontrar una tienda de alta fidelidad que vendía magnetófonos de miniatura. Con él, el hombre me vendió un micrófono que se podía camuflar como reloj de pulsera y me enseñó cómo poner el hilo por la manga y conectarlo con el

aparato, que podía estar en el bolsillo interior de la chaqueta. Se sonrió maliciosamente ante la ingenuidad del artilugio. Salí de la tienda con el aparato listo para accionar y con la sensación de hacer el ridículo.

Mi coche estaba aparcado ante el Ruhl. La idea de una cena opípara ya no me atraía, así que dejé el coche donde estaba y encontré un pequeño restaurante en una callejuela lateral.

A las nueve y media ya estaba en la carretera camino de la Moyenne Corniche. Llegué al Relais Fleuri con quince minutos de adelanto.

Era un pequeño café restaurante contiguo a una gasolinera. Probablemente los dos establecimientos eran del mismo dueño. No había casas cerca. El restaurante tenía un cartel *Routier* en la puerta y mucho sitio para aparcar. Evidentemente, era el sitio donde solían comer muchos camioneros que pasaban por la Corniche.

Aparqué junto a una pequeña furgoneta y entré en la zona del café. Una solícita camarera me trajo un café y una copa de *fine*.

El tiempo pasó muy lentamente. A las diez menos cinco pregunté donde estaba el teléfono y pedí una ficha. El teléfono estaba delante de los lavabos y esperé dos minutos antes de hacer la llamada.

Me respondió una voz de hombre.

—Quiero hablar con Adela, por favor —le dije.

—¿Con quién?

—Con Adela.

—Aquí no hay ninguna Adela. Se equivoca de número.

—¿Qué número es ese?

El número que me dio era el que yo tenía.

—¿Adela?

—Ya se lo he dicho. Aquí no hay ninguna Adela. Se equivoca de número.

Y colgó.

Pedí otra ficha y lo intenté de nuevo con el mismo resultado.

Era absurdo. Volví junto a mi café. Estaba seguro de no haberme equivocado al anotar el número. O bien ella se había equivocado, o no había podido entrar en contacto con el hombre que me había respondido y que me iba a dar el recado que se suponía que yo iba a recibir. Yo sabía que existía una tercera posibilidad: que todo el asunto era un ardid tramado con el objeto de alejarme lo suficiente para que los Sanger tuvieran tiempo de ponerse a salvo; pero todavía no estaba dispuesto a enfrentarme con esta posibilidad. Además, ponerse a salvo de mí no les solucionaba nada a los Sanger realmente; yo ya tenía todo lo que necesitaba sobre los Sanger, incluso las fotografías.

Decidí esperar un cuarto de hora y luego intentarlo de nuevo. Otra copa de aguardiente me ayudaría a pasar el tiempo, pero en el estado que yo me hallaba me

produciría también una indigestión. Me fumé dos cigarrillos y volví al teléfono.

Me salió el mismo hombre. Esta vez se mostró irónico y se ofreció a darme la dirección de un burdel. Tal vez allí encontraría a alguna llamada Adela, me dijo, y colgó de nuevo.

Creí que no tenía sentido seguir allí. Pagué el café y la copa y me fui.

Me hallaba tan aturdido por la decepción que hasta que tuve la mano puesta en el manubrio de la puerta del coche no noté que había una mujer en el asiento del conductor.

Cubría su cabeza con un pañuelo de seda con dibujos geométricos y llevaba un delgado impermeable. Unas gafas de sol me miraron al abrir la puerta.

—Ha tenido usted mucha paciencia, *Monsieur* —me dijo—. ¿Cuántas veces llamó al número que yo le di?

—Tres, *Madame*.

—Espero que no le importe que conduzca yo. Necesito estar segura de que no me llevan a donde no deseo ir.

Alargó la mano hacia mí y dijo:

—¿Me da la llave?

Se la di.

—Gracias.

Me hizo una seña para que me sentara a su lado.

Di la vuelta alrededor del coche y me senté. Al cerrar la puerta, puse en marcha el magnetófono que tenía en el bolsillo.

—¿Puedo preguntarle a dónde vamos?

—A un sitio donde se puede hablar —me contestó—. Siento mucho que tuviera usted que hacer las llamadas telefónicas, pero no quería que me estuviera esperando para observar cuando llegaba.

—¿De quién era el número que me dio?

—No lo sé. Fue el primero que se me ocurrió.

—Usted es Lucía Bernardi, supongo.

Se sacó las gafas y las metió en un bolsillo del impermeable. Luego se volvió y me miró sonriéndose ligeramente.

—Naturalmente —dijo—, ahora no llevo bikini y el pelo que hay debajo del pañuelo pertenece a una peluca americana de moda, pero creo que podrá reconocer a Lucía Bernardi por las fotografías publicadas.

Yo encendí las luces del coche y el destello del panel de instrumentos bañó su rostro.

Sus ojos tropezaron con los míos.

—¿Está usted satisfecho, *Monsieur*?

Yo asentí con la cabeza. Luego, pensando en el magnetófono, dije:

—Sí, estoy satisfecho. Nuestro amigo tenía razón. Sus fotografías no la favorecían mucho ciertamente.

Lucía condujo hacia el Este, a lo largo de la Corniche durante un kilómetro; luego giró a la derecha por una carretera secundaria muy empinada que iba a Beaulieu y Villefranche. Tras una serie de curvas espeluznantes, llegamos a un cruce. Lucía giró a la izquierda y luego, casi inmediatamente, se salió de la carretera hacia un rellano estrecho que había en la falda de la colina. Parecía que hubiera habido un deslizamiento de rocas en otro tiempo; el rellano debió haber sido hecho cuando construyeron los bancales de la colina para evitar otro deslizamiento.

Se detuvo, pero dejó las luces de posición encendidas y el motor en marcha.

—No quiero permanecer aquí mucho tiempo —dijo, y puso el reloj cerca del panel para poder ver la hora—. Pero antes debemos llegar a un acuerdo, *Monsieur Maas*.

—Muy bien.

—Antes de responder a cualquier pregunta, quiero que quede clara cierta cuestión. Las fotografías que tomó usted hoy en Mougins. Las quiero, por favor.

Estaban en la guantera. Le dije:

—Ya le prometí a su amiga Adela que no serían utilizadas.

—Claro. Por eso es por lo que yo estoy aquí. Pero ¿cómo sé yo que usted mantendrá su promesa?

—Porque si consigo las declaraciones que espero de usted, Mademoiselle Bernardi, las fotografías no tendrán auténtico valor.

—Adela habló conmigo otra vez esta noche. Su marido no opina como usted. Está muy enfadado con ella.

—Se equivoca en lo de las fotografías. En cualquier caso, ¿no cree que sería una buena idea confiar en mí?

—¿Confiar en un periodista?

Casi dejó escapar una carcajada.

—Mucha gente lo hace. Los periodistas pueden ser muy útiles a veces. Piense en su caso. Todavía no sé por qué cree usted que ha de esconderse, pero ahora comprenderá que no puede estar oculta toda la vida. Yo la he encontrado. Otros la encontrarán también; es decir, mientras tengan un incentivo para hacerlo. Al contarme a mí lo que ha pasado, hace desaparecer usted ese incentivo. Una vez que las preguntas hayan sido contestadas, deja de ser usted noticia.

Ella me miró fijamente.

—Me da la impresión que eso lo ha dicho muchas veces.

—Otros lo han dicho muchas veces, yo no. Ésa es la verdad. Y además, es cierto. Fundamentalmente cierto.

Ella guardó silencio; pensaba; e intentaba decidirse. Pero fui yo quien se decidió antes.

Cogí la llave del encendido y abrí la guantera.

—Muy bien —le dije—. Aquí están las fotografías. Será mejor que se lleve los dos carretes. Uno tiene unas cuantas instantáneas de la casa.

Ella me echó un rápido vistazo, luego cogió los carretes y se los metió en el bolsillo del impermeable, pero seguía desconfiando.

—¿Cómo puedo estar segura de que estas son realmente las fotos?

—No puede estar segura hasta que las revele, pero de todos modos son las fotos. Y hay algo más —alargué el brazo y le mostré el micrófono que tenía en la muñeca—. Esto es un micrófono y en mi bolsillo hay un magnetófono. Me gustaría grabar lo que usted diga, pero si usted no quiere que lo haga, no lo haré. No pretendo hacer trampas con usted. En realidad, me gustaría ayudarla si pudiera. Pero hasta que no me diga de qué se trata, no puedo. Bien, antes dijo que no quería pararse aquí durante mucho tiempo, ¿a dónde vamos ahora?

Ella titubeó, luego cerró con llave la guantera y encendió de nuevo el motor.

—A una casa.

Estaba a un cuarto de milla de la carretera donde nos habíamos parado. Se desvió hacia una estrecha abertura que había entre dos paredes de piedra medio desmoronadas y luego nos encontramos en una rampa llena de guijarros que conducía a un garaje. Las puertas del garaje estaban cerradas con un candado. Lucía se detuvo frente a ellas y sacó una linterna del bolsillo antes de apagar las luces del coche.

—Sería mejor que usted viniera detrás de mí —me dijo.

Al bajar del coche, pude ver la casa debajo de nosotros, un pequeño edificio en forma de L con el techo de teja. Un tramo de escaleras de ladrillo bajaba del garaje a un patio pavimentado y medio cerrado por los dos brazos de la L. El lado abierto miraba al mar por encima de las luces de Beaulieu y St. Jean-Cap Ferrat.

Lucía atravesó el patio y se dirigió a la puerta de la entrada. Sus movimientos querían dar a entender que el lugar le era familiar, pero noté que la llave que usó para abrir la puerta no era la única que había en el bolso y que la eligió fijándose en una etiqueta que tenía atada con una cuerdecita. Una vez que abrió la puerta, tuvo que utilizar la linterna para encontrar el interruptor de la luz.

Dentro había una sala de estar con una chimenea en un rincón y una mesa de comedor en el otro. Las paredes eran blancas, en las ventanas habían cortinas de arpillera brillantemente coloreadas, y cómodas sillas cubiertas del mismo género. En verano debía ser una estancia fresca y alegre, pero ahora resultaba fría y olía a desocupada.

Lucía encendió una estufa eléctrica de una sola resistencia y se dirigió a un aparador que había junto a la mesa de comedor. Sacó una botella de coñac, y dos

copas y un sacacorchos y los puso sobre una mesa que había cerca de la estufa.

—Abra la botella, por favor —dijo.

Mientras yo la obedecía, ella se sacó el impermeable, el pañuelo de la cabeza y luego la peluca. Tenía puestos unos pantalones flojos y un jersey negro de lana. Se pasó las manos por el pelo alisándoselo, luego cogió la botella y sirvió dos copas.

—Puedo permanecer aquí media hora —dijo rápidamente—, luego tengo que irme.

Cogió una copa de coñac y se sentó en el extremo del sofá que estaba más alejado de la lámpara.

Yo cogí la fotocopia del artículo de Partout que tenía en el bolsillo y se la mostré.

—¿Ha leído usted esto? —le pregunté.

—Sí.

—¿Qué le pareció?

Se quedó pensando un momento.

—Me ha dado náuseas —dijo finalmente—. Y me hizo reír, además —añadió.

Yo encendí el magnetófono.

Me resulta difícil, ahora, escribir objetivamente acerca de Lucía; pero lo intentaré. Todavía tengo un ejemplar de la cinta grabada en aquella entrevista, con las verdades, mentiras, medias verdades y evasivas en sus propias palabras.

—¿Qué es lo que le hizo reír en el artículo de Partout? —comienza mi voz.

—Dice que Ahmed no tenía ninguna actividad política desde que estaba en Suiza.

—¿Ahmed es el coronel Arbil?

—Sí.

—¿Y *tenía* actividades políticas?

—Oh, sí, siempre, menos las últimas semanas antes de que lo mataran. Venían hombres al chalet a altas horas de la noche. Celebraban reuniones secretas cuando habían dos o tres al mismo tiempo. Siempre venían separados, sin embargo, y siempre después que los criados se habían ido a la cama. Todo lo hacían de un modo muy discreto, sabe.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Kurdos iraquíes en su mayoría. Miembros del Comité Militante.

—¿Qué comité era ese?

—El de los Derechos Autónomos del Pueblo Kurdo. Tiene su sede central en Ginebra. Son exiliados que trabajan para la creación de un estado kurdo independiente que se beneficiaría de las ganancias del petróleo de Kirkuk y Mosul.

—Dijo usted que eran iraquíes en *su mayoría*. ¿Quiénes eran los otros?

—Había dos que eran sirios, creo. Y había un inglés, o quizás era americano. No hablaba su lengua. Con él hablaban en francés, pero no era francés. Tenía un acento

como el de usted.

—¿Venía con frecuencia?

—Dos o tres veces.

—¿Sabe usted de qué hablaban? ¿Asistía a sus reuniones alguna vez?

—Oh, no. Son musulmanes estrictos. Entre ellos, las mujeres no participan en los asuntos de los hombres. Yo tenía que estar alejada.

—¿Y el coronel Arbil también pensaba de ese modo acerca de las mujeres?

—Cuando ellos estaban en casa, sí.

—¿Pero en otras ocasiones confiaba en usted?

—A veces decía cosas, sí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Solía contarme cómo el pueblo kurdo fue engañado y perseguido tras el Tratado de Sevres. Era un patriota.

—¿Cree usted que fue por eso por lo que lo mataron?

—Naturalmente.

—¿Agentes del Gobierno iraquí?

—Tal vez. O agentes de la compañía petrolífera.

—¿De la compañía petrolífera? ¿Por qué?

—Ahmed decía que tenían miedo a la independencia kurda.

—¿Tenían?

—Los americanos, los británicos, los holandeses, los franceses. Todos estaban en el ajo.

—¿Cree usted en serio que esa compañía internacional de petróleo organizó un asesinato político?

—¿Por qué no? Las grandes compañías son como los gobiernos. Pueden hacer lo que les venga en gana. Además, los hombres que lo hicieron no eran iraquíes. Eso lo sé. Les oí hablar.

—¿Qué eran?

—Con él hablaban alemán, pero entre ellos hablaban otra lengua, una lengua que yo no conocía. No era árabe.

En aquel momento cambié de tema. Todavía no estaba dispuesto a entrar en los detalles del asesinato propiamente dicho. Primero quería aclarar otros dos puntos.

—En este artículo —continué yo— dice que el coronel Arbil percibía ingresos, al parecer, de los negocios que la familia poseía en el Irak. ¿Es cierto eso?

—Sí, creo que sí. Pero conmigo nunca hablaba mucho de esas cosas. Tenía mucho dinero. No había razón para hablar de ello.

—¿A usted no le resultaba extraño que un exiliado, enemigo declarado del Gobierno del Irak, no tuviese ninguna dificultad para sacar dinero del país?

—Si el dinero era de la familia...

—En un país como el Irak se necesita un permiso para hacer transferencias monetarias al extranjero.

—Quizá lo enviaban secretamente. O lo hacían utilizando el soborno. No lo sé.

Durante este período de la conversación el nivel de su voz experimentó frecuentes cambios. Había comenzado a pasearse por la habitación mientras yo la interrogaba.

—Muy bien. Otra cosa: unos cuantos meses antes de la muerte del coronel Arbil, éste recibió una especie de aviso de que su vida estaba en peligro, ¿no es cierto?

—No.

—¿No?

—Le avisaron de que alguien podía intentar robarle ciertos documentos importantes que él guardaba.

—¿Qué tipo de documentos?

—Documentos relacionados con actividades políticas.

—¿Quién le avisó?

—No lo sé.

—¿Qué tipo de aviso recibió?

—Un telegrama.

—¿De dónde?

—No lo sé. Lo quemó.

—Y a raíz de eso instaló los reflectores, las cerraduras especiales y las alarmas. ¿No le hubiera sido más fácil depositar los documentos en una caja fuerte? Además, hubiera sido más seguro.

—No solía discutir esas cosas conmigo —recuerdo la forma como se encogió de hombros para cambiar de tema—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Cuando comió usted con Adela en Zürich, ésta tuvo la impresión de que estaba usted preocupada por algo. Incluso le preguntó acerca de la posibilidad de que las autoridades francesas concedieran al coronel Arbil un permiso de estancia. ¿Qué se proponía?

—Pensaba que sería más agradable para él, para los dos, vivir en Francia que en Suiza.

—¿Más agradable o más seguro?

—Faltaban sólo unos meses para que se terminase el contrato de arriendo de la casa. Ahmed estaba indeciso si renovarlo o no. Me habló de un sitio en el Sur, cerca del mar. En verano sería mejor que Zürich, y en invierno la nieve de Chamonix es tan buena o mejor que la de St. Moritz.

—¿Le habló alguna vez de volver al Irak?

—No.

—¿Ni siquiera si el Gobierno de su país cambiaba? Es algo que ocurre con frecuencia.

—Pero la actitud hacia el pueblo kurdo no suele cambiar.

—Antes me dijo que durante las semanas que precedieron inmediatamente a su muerte, Arbil había suspendido sus actividades políticas, ¿sabe usted por qué?

—No.

—¿No podría ser que había decidido que sería demasiado peligroso celebrar reuniones en el chalet precisamente entonces?

—No lo sé.

—¿Asistía a reuniones en alguna parte... en Ginebra, por ejemplo?

—Es posible. No lo sé.

—¿Salía de casa por la noche alguna vez?

—A veces.

—¿Durante el último mes?

—No lo creo.

—¿Y la última semana?

—No. Tenía la gripe.

—Muy bien. Ahora cuénteme lo que ocurrió la noche del asesinato.

Para esto es para lo que ella venía preparada. Hay una pequeña pausa mientras se concentra; luego comienza.

—Como acabo de decirle, Ahmed tenía la gripe. Le había afectado al pecho, y el médico le hizo tomar unos antibióticos. Cuando estaba enfermo, yo dormía en otra habitación, al final del pasillo, junto a una de las torretas.

Una pausa. El recuerdo es doloroso. Luego continúa:

—Ahmed había estado levantado casi todo el día, pero todavía seguía tomando antibióticos y no se sentía bien del todo. Se acostó temprano. Yo me senté junto a él en su habitación durante un rato. Ernesto había instalado allí el pequeño aparato de televisión. Había un programa de Eurovisión que Ahmed quería ver. El programa se terminó a eso de las nueve y media. Ahmed dijo entonces que quería dormir. Yo le di las pastillas que estaba tomando y me despedí. Luego me fui a mi habitación.

—¿Los reflectores exteriores estaban encendidos?

—Sí.

—¿Quién cerró las puertas?

—Ernesto. Tenía una llave para poder entrar por la mañana y cerraba todas las noches cuando él y María se iban a su casita.

—¿Qué ocurrió a continuación?

—Como Ahmed y yo no habíamos salido de casa durante varios días, yo tenía un fuerte dolor de cabeza. Pensé que tal vez estaba incubando la gripe yo también. Me hice una tisana, tomé un par de aspirinas y me fui a la cama. Era temprano, pero me quedé dormida inmediatamente.

—¿Qué la despertó?

—Ahmed. Lloraba de dolor.

—¿Qué hizo usted?

—Salté de la cama con intención de dirigirme a su habitación. Entonces vi que los reflectores estaban apagados. Había uno justamente delante de aquella habitación, en la esquina de la casa. La lámpara era muy potente y aun con las cortinas corridas la luz penetraba en la habitación a través de ellas.

—¿Qué más?

—Oí a un hombre que gritaba furioso: *Los! Los!*, y Ahmed volvió a llorar. Y luego oí otra voz que decía algo en alemán. No pude oír lo que decía.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Nada de momento —una leve pausa—. ¿Hice mal? Estaba aterrorizada —añadió en tono defensivo—. Intentaba pensar. Pensé en la pistola que Ahmed había comprado y que me había enseñado a manejar, pero estaba en un cajón de su habitación. Me acerqué a la puerta de mi habitación. Yo no sabía cuántos hombres había allí. Había oído a dos, pero podía haber más. No sabía tampoco si ellos sabían dónde estaba yo, ni si sabían de mi presencia en la casa. En mi habitación no había ningún teléfono. Pensé en que tal vez podría abrir la puerta sigilosamente, pasar por delante de la otra habitación sin que me oyeran y llegar hasta el teléfono que estaba en la planta baja. Entonces oí gritar a uno de los hombres otra vez: «¿Quién es? ¿Quién es?» y de pronto un alarido de Ahmed.

Empezó a sollozar y durante medio minuto no hay nada grabado en la cinta. Al fin continuó, bajando el tono:

—Ya no lloró más. Supongo que debió desmayarse entonces.

—¿Qué hizo usted entonces?

Una pausa.

—Hice la cama.

—¿Hizo la cama?

Mi voz sonaba a incredulidad, y con razón quizás.

—Sí. Compréndalo. Yo sabía a qué habían venido y dónde estaba lo que ellos buscaban. Y entonces había comprobado que, aunque hubieran esperado encontrarme con él, al no hallarme en su habitación, habían supuesto que aquella noche estaba solo en la casa. Pero una vez que empezaran a buscar lo que querían, me encontrarían y me amenazarían como habían amenazado a Ahmed. Sabía que desde aquella habitación podía esconderme en un sitio. Pero si veían una cama revuelta, se supondrían que yo tenía que estar en la casa y cerca de la habitación, y no desistirían de buscar hasta que me encontrasen. Así que hice la cama rápidamente y limpié la habitación. Al acostarme, tenía puesto un mono de esquiar, así que no había mucho que hacer porque el resto de mis cosas estaban en la otra habitación. Pero me pareció que me había llevado una eternidad. Oía a los dos hombres que discutían acerca de

algo. Luego dejaron de discutir y oí dos disparos.

—¿Sólo dos?

—Entonces sólo dos. En principio, creí que quizás Ahmed había podido echar mano del arma y matarlos. Pero luego los oí hablar de nuevo y comprendí que habían sido ellos los que habían disparado contra Ahmed. Habían salido al pasillo. Entonces no esperé más y me escondí.

—¿Dónde?

—En la torreta.

—No creí que fueran de verdad. En las fotos parecen de adorno.

—Lo son. Es una estructura de madera cubierta con planchas de zinc y pintada simulando piedras. Pero tiene ventanucos como si fueran torretas de verdad y esto le dio una idea al dueño de la casa. En una de ellas empotró un gran altavoz y lo conectó con un micrófono colocado abajo para poner discos de un carillón. Es absurdo, pero lo hizo. Y para ello necesitó abrir un boquete en la torreta. Así pues, practicó un agujero detrás del armario de la habitación y luego lo disimuló con un pequeño panel.

—Comprendo. Así que usted se metió allí.

—Sí. Y me llevé mi mono de esquiar conmigo. Más tarde me alegré de ello, porque en la torre hacía mucho frío. El boquete no tenía más de un metro de ancho o así, y el viento que entraba por los ventanucos silbaba al tropezar con el lío de cables del altavoz.

—¿Cómo conocía usted la existencia de este pasadizo a la torreta?

—Porque allí era donde Ahmed había escondido la maleta que contenía todos los papeles que buscaban aquellos hombres.

—¿Arbil le había dicho a usted que la había escondido allí?

Una pausa. Titubeó y luego dijo débilmente:

—Sí.

—¿Confiaba en usted completamente?

—Sí.

—¿Qué papeles eran esos?

—Documentos.

—¿Qué tipo de documentos? ¿Relativos a sus actividades políticas?

—Relativos a muchas cosas.

—¿Los ha leído usted?

—Estaban escritos en árabe.

—Así que se quedó usted en la torreta mientras ellos registraban la casa en busca de la maleta. ¿Registraron la habitación donde había dormido usted?

—Oh, sí. Estaba muy asustada. Me había olvidado de esconder la taza de la tisana. Afortunadamente no se dieron cuenta. Después volvieron a la habitación de Ahmed. Fue entonces cuando dispararon por tercera vez. Debieron encontrarlo vivo

todavía.

—Esa lengua que hablaban entre ellos, ¿a qué sonaba? ¿Podía ser una lengua eslava?

—Tal vez. No lo sé.

—¿Cuánto tiempo permaneció en la torre?

—Mucho rato. No lo sé seguro. Cuando se fueron a la planta baja, no les oía muy bien y no supe exactamente cuándo se fueron. Tenía miedo de abandonar la torre por si todavía estaban allí.

—¿Pero al fin salió y encontró al coronel Arbil muerto?

—Sí.

—Antes dijo que, cuando se despertó y oyó a aquellos hombres, pensó en alcanzar el teléfono que había en la planta baja. ¿A quién iba a llamar? ¿A la policía?

—Supongo que sí.

—¿Entonces por qué no lo hizo ahora que podía?

—Ahmed había muerto, y yo tenía la maleta con sus documentos. La policía no podía hacer nada por él y, en cambio, podía hacerle mucho daño a sus asociados, a sus amigos. Así que hice lo que Ahmed hubiera querido que hiciese. Cogí la maleta y me fui a donde la policía no pudiera encontrarme y aquellos hombres tampoco. Tenía que irme pronto. Tenía miedo de que los hombres pudieran volver para registrar la casa de nuevo. Cuando vi las luces de la furgoneta en la calle, pensé que se trataba de un coche con ellos dentro. En el aeropuerto, mientras esperaba el avión, me escondí en el lavabo. Fue entonces cuando pensé en recurrir a Adela y pedirle que me ayudara.

—¿Así que ahora tiene escondida la maleta en lugar seguro?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se sigue escondiendo?

—Tengo que hacerlo. ¿No lo comprende? —su tono era impaciente—. Ahora saben que yo estaba en la casa aquella noche. Saben que debo tener los documentos que ellos iban a buscar. Si me encuentran, me tratarán como trataron a Ahmed.

—Entonces, ¿por qué no destruye los documentos y me deja publicar el hecho?

—No lo creerían. Además, creerían que yo los había leído o que había hecho copias.

—Muy bien. Pues envíeselos a ese comité de Ginebra.

—¿Cómo voy a confiar en ellos ahora? Debió de ser uno de éstos quien traicionó a Ahmed. Es evidente.

—A mí no me lo parece.

—Usted no lo entiende.

—Trato de hacerlo con todas mis fuerzas. A mi entender, el asunto se puede resumir así: Usted está convencida de que unos agentes misteriosos (no sabe

realmente quiénes son ni a quién representan) andan tras la maleta que usted sacó de la casa con los documentos dentro y que harán todo lo posible por conseguirla. Usted no sabe realmente lo que hay en los documentos de la maleta, pero el enemigo se supondrá que sí lo sabe. Sus sentimientos de lealtad hacia el coronel Arbil le impiden poner las cosas en manos de la policía y pedirle protección. ¿Es esto?

—Sí.

—¿No será que está viendo peligros imaginarios? ¿No exagera usted al hablar de las consecuencias para los amigos del coronel Arbil si la policía se hace cargo del asunto?

—La muerte de Ahmed no fue imaginaria. Tengo que hacer lo que considero mejor.

—Pero todo esto no tiene sentido, ¿no cree? A menos, claro, que haya otras cosas que no me ha dicho.

—Le he dicho todo lo que puedo, *Monsieur*.

—Entonces, ¿qué piensa hacer ahora? ¿Seguir escondida durante el resto de su vida?

—Tengo otros planes.

—¿Qué planes?

—Si se los contara a usted, ya no me valdrían para nada. Ahora he de irme.

—Otra cosa. ¿Cómo puedo entrar en contacto con usted de nuevo?

—No hay razón para ello.

—¿Esos planes de usted incluyen la posibilidad de trasladarse del sitio donde está ahora?

—Tal vez.

—¿Adela seguirá sabiendo dónde encontrarla?

—Sí. Termine la copa, por favor. Tengo que irme.

—Muy bien.

Hasta aquí llegaba la cinta.

Se limpió las gafas y se las puso, y limpió el cenicero que yo había utilizado antes de marcharnos. Traté de quitarle más sobre sus planes, pero no pude.

Volvimos a la Corniche, conduciendo ella como antes. A medio kilómetro poco más o menos del Relais Fleuri, se desvió hacia la cuneta y se detuvo. Su mano derecha se quedó en la llave del encendido mientras se volvía hacia mí.

—Me gustaría que llegara al Relais Fleuri a pie desde aquí, por favor.

—¿Y qué va a ser de este coche? No es mío, sabe.

—Se lo dejaré en el Relais. Tengo el mío aparcado allí. Preferiría que no me cogiese la matrícula ni tratase de seguirme.

—Ah, comprendo.

Abrí la puerta y bajé del coche.

—Si se le ocurre añadir algo a lo que me dijo esta noche y quiere ponerse en contacto conmigo, Adela sabe cómo encontrarme. *Au revoir, Madame*, y gracias.

—Adiós, Monsieur.

Cerré la puerta y ella arrancó. Diez minutos más tarde llegué al Relais. Estaba todo a oscuras. Mi coche estaba allí aparcado. Regresé a Niza. Pensé en la posibilidad de pararme en alguna parte y llamar a Sy, pero luego cambié de idea. Tendría que ponerle la cinta por teléfono y esto es difícil hacerlo en una cabina. Además, las carreteras estaban desiertas y secas. A Sy no le importaría esperar otra media hora.

Llegué a Mougins un poco después de la media noche. El conserje nocturno me puso la llamada al cabo de una espera de diez minutos. Sy ya estaba al aparato cuando yo cogí el teléfono de mi habitación.

—¿La viste?

—Sí.

—¡Fabuloso! ¿Dónde?

—En una casa desocupada cerca de Niza.

Le conté los mecanismos del encuentro y luego continué:

—Tengo una cinta. ¿Quieres escucharla?

—Espera un momento para que conecte el magnetófono. Muy bien, adelante.

—La primera parte es en mi coche. Luego estuvimos en la casa.

—Perfecto.

Pasé la cinta con el altavoz miniatura pegado al teléfono. Al terminar, lo apagué y le dije:

—Esto es todo.

Sy tardó un momento en contestarme; le oía discutir con alguien en la oficina, probablemente con Ed Charles, el encargado de hacer la transcripción escrita. No comprendía lo que decían. Luego, Sy volvió al aparato.

—¿Piet?

—¿Qué?

—¿Qué valor le concedes a esto? ¿Es imparcial? ¿Qué impresión te ha dado?

—Creo que su relato de lo que ocurrió en la casa en el momento del asesinato de Arbil resulta verdadero.

—Eso creemos nosotros también. ¿Qué más?

—Como habrás podido deducir por las preguntas que yo hago, lo demás lo encuentro poco convincente.

—Puede que *ella* se lo crea. Una impresión prolongada y todo eso. Las chicas neuróticas ven asesinos debajo de la cama.

—Creo que ésa es la impresión que intentó dar.

—Puede ser. Muy bien, analizaremos todo esto una vez transcrito. ¿Y cómo

hacemos con los detalles de ambiente? Supongo que la Adela mencionada en la cinta es la intermediaria. ¿Cómo entró en contacto con ella nuestro hombre de Mougins? Tienes que contarme todo eso.

—No tengo pensado hacerlo. Ya te lo dije, hice un trato.

—Bien, ahora olvídale. Venga. Lo grabaremos.

—Lo siento.

Su tono se hizo más agudo.

—Oye, Piet, piensa un poco con la cabeza. Has llevado a cabo una dura tarea, has hecho un gran trabajo. Ahora tenemos que presentarlo con todo su valor. Venga.

Hubo una pausa. Luego Sy continuó:

—Dos cosas, Piet. Primero, no tienes autoridad para hacer ningún trato sin consultar conmigo antes. Segundo, has conseguido estas declaraciones porque te han dado una pista tremendamente buena. Si crees que el jefe va a dejar pasar esta ocasión sin un relato detallado de cómo hemos ganado a *Paris Match* en su propio terreno, estás loco.

Yo pensaba con toda la rapidez posible.

—Me dijiste que me asegurase la posibilidad de poder entrar en contacto con la chica de nuevo —le repliqué—. Si no mantengo la palabra dada a la intermediaria, no habrá más contactos.

Sy dejó escapar una breve carcajada.

—Pero piensa un poco, muchacho. La intermediaria no sabrá nada hasta que lea el semanario. Esto nos da cuatro días para mantener ulteriores contactos y completar el asunto. Después de esto, el caso será del conocimiento de todo el mundo y nos importa un rábano si ella piensa que eres un hijoputa o no, porque ya no la necesitaremos más. Ahora deja de cabalgar y desembucha.

—Me pensaré lo que acabas de decir.

Después de esto hubo una larga pausa. Sy había puesto la mano sobre el micrófono del teléfono y yo no podía oír lo que decía. Pero me lo imaginaba. Cuando habló de nuevo, su tono era cuidadosamente cordial.

—Muy bien, Piet, piénsatelo. Aún disponemos de unas cuantas horas y podemos avisar a Nueva York de que estamos haciendo el artículo. Mientras tanto, apostararía a que te iría bien un sueñecito, ¿eh?

—Sí.

—Bien, te diré lo que vamos a hacer. Necesitaremos mucho material para completar esto, así que creo que debemos poner manos a la obra y ayudarte. Me voy a dar una vuelta por ahí abajo en uno de los vuelos de la prensa que salgan de Orly. Tú duerme dos o tres horas y vete a esperarme al aeropuerto de Niza a eso de las siete. ¿De acuerdo?

—Bien.

—Oh, y consígueme una habitación en tu hotel, ¿quieres? No, espera. Dos habitaciones. Probablemente haré venir a Bob Parsons de Roma también. Llegará casi tan pronto como yo. Mientras tanto, puedes ir haciéndote a la idea de esa bonificación extra que vas a percibir. ¿Correcto?

—Oh, sí, naturalmente.

—Te veré a las siete.

Y colgó.

En una cosa tenía razón: yo estaba cansado. Sin embargo, no tenía intención de irme a dormir.

Hice las maletas y bajé a buscar al conserje de noche.

—Lo siento —le dije—, pero tengo que salir para París inmediatamente dentro de una hora. Entérese de lo que cuesta esta llamada telefónica e inclúyala en la cuenta. Ahora voy a volver a salir, estaré de vuelta dentro de media hora. Quisiera tener la cuenta lista cuando regrese.

El conserje protestó diciendo que la única persona que podía hacerme la cuenta ya estaba en cama. Sin embargo, un billete de veinticinco francos le persuadió de que era un asunto de extrema urgencia que requería medidas de emergencia. Le dejé accionando una clavija en la centralita telefónica y me fui a La Sourisette.

Me hubiera gustado telefonar antes, pero tuve miedo de que el conserje se acordara del número.

La casa estaba a oscuras, sólo estaban encendidos los dos focos de la entrada. Sin embargo, el perro había oído el coche y empezó a ladrar antes de que yo tocase el timbre. Al cabo de un rato apareció la criada, que abrió la puerta pero sólo el espacio que daba la cadena.

Monsieur y Madame estaban dormidos y no se les podía molestar. Yo insistí; el perro ladraba; finalmente, Sanger gritó desde el piso superior:

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—Maas. Es importante que le vea ahora mismo.

La criada y el perro salieron de la puerta. Al cabo de unos segundos, Sanger quitó la cadena y abrió la puerta del todo. Estaba en pijama y por encima tenía una bata de seda.

—Pasa de la una —dijo él en tono quejumbroso—. ¿No podía esperar a mañana?

—No. Es importante. Importante para usted, quiero decir, no para mí. ¿Puedo entrar?

Me condujo a la sala de estar.

—¿Está despierta su mujer?

—Lo dudo. Ha tenido un día agotador. Se ha tomado algo para dormirse —añadió con un poco de tristeza.

—Pues entonces creo que sería mejor que mandase hacer un poco de café negro y

que la despertase.

Sus cejas se arquearon.

—Usted consiguió lo que quería: hablar con Lucía. Ella nos telefoneó y nos lo dijo. ¿Qué quiere ahora?

—¿Les dijo que yo le había dado esas fotos que les saqué a ustedes esta mañana?

—Sí. ¿Qué pasa con eso?

—Yo traté de mantener la parte del trato que hice con su mujer, pero me temo que mi director no sea muy considerado con los tratos. Quiere que se lo cuente todo, sin omitir detalle.

—¿Y usted se lo ha contado?

—No. Me negué.

—¿Se qué...?

—Me negué, y he venido para avisarle. Está en camino hacia aquí, en avión procedente de París. Estará en Niza a las siete. Y hay otro hombre que se dirige aquí desde Roma. Vendrán directamente a Mougins. Ahora escuche, *Mr. Sanger* —había empezado a pasearse por la estancia—, ellos no saben que yo entré en contacto con Lucía a través de su mujer, yo engañé deliberadamente al director cuando me interrogó al respecto. Pero conocen su nombre y saben lo de Patrick Chase. A mí sólo me costó veinte minutos encontrar donde vivía usted. Cuando ellos lleguen aquí, probablemente lo encontrarán en diez.

—Puedo negarme a recibirles.

—No es tan fácil como conmigo, *Mr. Sanger*. Si no quiere verlos, tendrá que llamar a la policía para que los eche de aquí. He venido para aconsejarle que se vaya mientras está a tiempo.

Su cerebro estaba funcionando rápidamente pero con suspicacia.

—¿Por qué lo hace? ¿Qué pretende? ¿Qué está tramando ahora?

—Por lo que a usted respecta, mantengo simplemente la promesa que hice a su mujer. Mi director espera que yo vaya a esperarle al aeropuerto de Niza a las siete. No iré. Tampoco me quedaré aquí. En estos momentos me están haciendo la cuenta en la fonda. Pienso trasladarme a un pequeño hotel de Niza esta noche.

—¿Quiere decir que está traicionando a su revista? Le echarán.

—Eso espero, pero lo dudo. Por lo menos, no me echarán inmediatamente. A menos que puedan entrevistarle personalmente, no pueden publicar nada sobre usted en conexión con este caso. Por eso cuando vean que no pueden encontrarle a usted, tratarán de buscarme a mí. Si me encuentran, apelarán a mi orgullo profesional y a mi buen sentido.

—¿Y conseguirán algo?

—Por lo que a ellos respecta, no tengo orgullo profesional, y mis ideas acerca del buen sentido son muy diferentes de las suyas. Continuaré protegiéndole mientras

pueda. Con una condición.

Sanger suspiró.

—Lo esperaba.

—Tengo que poder establecer contacto directo con Lucía Bernardi. Sin intermediarios.

—Ah, es eso.

Pareció quedar aliviado.

—Bueno, será mejor que vaya a despertar a Adela —inició el movimiento de irse, pero titubeó—. Todavía no entiendo por qué hace usted esto. Una simple determinación de mantener una promesa, no puedo entenderlo. Por lo demás, excuso decirle que se lo agradezco de verdad. Pero... ¿es *realmente* así de sencillo? Usted no se deja comprar por treinta mil dólares y, sin embargo, dice que no tiene orgullo profesional. Hace este trabajo como si fuera importante para usted y, sin embargo, dice que espera perder su empleo. ¿Qué le pasa, Maas? ¿Sigue teniendo deseos de autodestrucción, o es un nuevo tipo de angustia?

Una buena pregunta. Yo no sabía muy bien cómo contestarla.

—Tal vez esto último —le dije—. Un día hablaremos de eso con calma. ¿Ahora no cree que debemos empezar a movernos?

Sanger se encogió de hombros.

—Sí desde luego.

Y empezó a subir las escaleras.

—Usted mismo póngase una copa.

Me serví un buen whisky y empecé a pensar en las precauciones que había que tomar. La criada, por ejemplo. Sanger le tendría que avisar que yo sólo había estado allí una vez; que diera la impresión que Sanger me había dado una pista y me había enviado a buscar información a otra parte. También se le tenía que advertir que no dijera que la señora Sanger se llamaba Adela de nombre de pila.

Al cabo de un rato Sanger volvió a bajar, esta vez completamente vestido. Traía en la mano un maletín y empezó a llenarlo con papeles procedentes de una caja fuerte que tenía en el rincón de la chimenea de la sala de estar. Le hablé de las precauciones en las que había estado pensando.

Sanger asintió.

—Ya he hablado de todo esto con Adela —dijo—. María está acostumbrada a ser discreta cuando nosotros estamos fuera. Dirá que hemos ido a Peira-Cava. Y usted también, claro. El camarero de aquel hotel puede acordarse de usted si sus amigos hacen pesquisas allí.

—¿Y cómo quedamos para que yo pueda establecer contacto con Lucía?

—Adela le hablará de esto.

Se quedó pensando un momento y añadió:

—Tratarán de encontrarle a toda costa, ¿verdad?

—Probablemente. Pero no creo que puedan.

—Ese coche que tiene es alquilado, ¿no?

—Sí.

—¿Sabe lo que haría yo si fuera ellos?

—¿Qué?

—Le buscaría a través de las agencias de alquiler de coches; no hay muchas. Y una vez que tuviera el número de matrícula, iría a la policía y le acusaría de cualquier fechoría fingida (hurto, quizás). Luego, cuando le encontraran, le pediría disculpas, retiraría la acusación y diría que todo había sido una confusión. Si no quiere tenerlos encima, yo me desharía del coche rápidamente.

—¿Ustedes a dónde piensan irse? —le pregunté.

Me dirigió una mirada suspicaz.

—Creo que será mejor que no lo sepa. Cuando hay por medio motivos poco claros, las cosas suelen ir mal. Puede decidir cambiar de parecer.

Vi que había puesto dos pasaportes franceses en el maletín con los demás papeles.

—¿Van a salir de Francia? —volví a preguntar.

—Sólo si es necesario. Y no creo que lo sea.

Adela Sanger apareció atravesando el salón. Su rostro estaba bastante compuesto, teniendo en cuenta que la acababan de despertar de un sueño profundo para enfrentarse con un asunto de emergencia.

—María está haciendo café —dijo, y se volvió hacia mí—. Espero que mi marido le haya dado las gracias por su consideración, *Monsieur*.

—No se merecen, *Madame*. Lamento haber tenido que molestarla de este modo.

—La alternativa hubiera sido mucho peor —de pronto adquirió un tono mucho más formal—. Bien, acabo de hablar con Lucía y he hecho lo que pude con ella. No está muy tranquila, por supuesto. Sólo he podido persuadirla para que me dejara darle a usted el número de teléfono de la casa, no la dirección —me pasó una hoja del bloc de teléfonos—. Ése es. Además, me ha dicho que puede decidir irse a otra parte. Pero en este caso, se lo comunicará. Me ha asegurado que lo hará así. Y tengo que volver a llamarla para decirle dónde puede encontrarle a usted.

—Todavía no lo sé seguro.

Sanger alargó la mano a uno de los estantes de la librería y me entregó una Guía Michelin.

—Antes me dijo que pensaba irse a un hotel de Niza. Es mejor que decida a cuál.

—Muy bien.

Ahora tenía que pensar en el dinero. Me había gastado un montón de lo que me habían dado de dietas y era poco probable que siguiera recibiendo los cheques del salario procedentes del *World Reporter*. Elegí un hotel barato entre los que venían en

la lista, sin restaurante, y le di a Adela Sanger el número.

Ella lo anotó y dijo:

—Muy bien. En esta época del año, no le será difícil encontrar una habitación ahí. Si, por cualquier casualidad, ocurriese esto, váyase al siguiente en la lista. Yo le diré a Lucía que ésta es la clave.

—Comprendido.

Ella suspiró.

—Supongo que no sabré nunca porqué estaba tan asustada.

—Pronto sabrá usted lo que yo sé, *Madame*. Lo podrá leer en la revista de la semana que viene. Publicarán una parte del caso. En cuanto a lo de que estaba asustada, no creo que esté usted en lo cierto.

—¿Qué dijo ella?

—Algunas verdades, *Madame*, pero muchas mentiras, creo.

Miré a Sanger que estaba cerrando la caja fuerte.

—Usted me preguntaba antes por mis motivos. No son realmente confusos. No tengo nada que perder sino un empleo que no me gusta y tengo una enorme curiosidad. ¿No es suficiente?

A Sanger la razón le pareció divertida.

—Ahora creo que lo comprendo. Aunque tal vez no lo entienda igual que usted.

—¿Oh?

—Lucía le interesa y le atrae. Hasta tal punto, que está usted dispuesto a engañar a sus jefes para continuar el asunto con ella en su propio provecho. Ése es su nuevo tipo de angustia. Adela sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad, cielo? ¿Por qué cree usted que elegimos a Lucía para que nos acompañara a Munich y St. Moritz? Era el tipo apropiado de chica para lo que nosotros la necesitábamos. Son difíciles de encontrar, y ella era una de las mejores. No es exactamente por su físico. Tampoco es por su inteligencia. Es que produce un efecto curioso sobre los hombres. Desean irse a la cama con ella, sólo que hay algo en su modo de ser que los pone nerviosos. No están bastante seguros de conseguirla. Incluso los grandes conquistadores experimentan esa sensación. Yo lo he visto. Mire Arbil. Se portaba como un mozalbete.

—Suele ocurrirle a los hombres maduros —observé yo con intención.

—¡Uup! —dijo Sanger con una sonrisa forzada.

No estaba desconcertado, pero sabía que yo si lo estaba.

—Dice usted que estaba asustada, *Madame* —dije yo volviéndome a la mujer—. ¿Cree usted que se trata de una persona neurótica que se imagina que corre grandes peligros sin ser cierto?

—No. De ningún modo.

—¿Podría fingir estar asustada sin estarlo?

—¿Por qué iba a fingir?

Adela miró a su marido y añadió:

—Tengo que reunir mis cosas.

—Sí, cielo, hazlo.

Sanger levantó la mano y dijo dirigiéndose a mí:

—Ha sido tremendamente fastidioso conocerle, Maas. Espero que no volvamos a vernos más. No se trata de nada personal, compéndalo.

—Lo comprendo.

Su apretón de manos fue formal y sincero.

Mientras me iba, le oí gritar a su mujer que se asegurase de ponerle la ropa interior en la maleta.

Cuando llegué a la fonda, me tenían la cuenta preparada. Antes de irme, hice las reservas para Sy y Bob Parsons y escribí una nota para Sy dándole a conocer mi postura personal en el asunto.

Querido Sy:

Lo siento, pero aún no hay más material. Hice un trato para conseguir esta cinta y creo que debo cumplir las condiciones.

Evidentemente, esto constituye alta traición para con el World Reporter y me desliga de todo compromiso con la revista. Devolveré el coche alquilado tan pronto pueda y te enviaré una hoja detallada de gastos con las facturas del hotel, etc. Puede que la revista me deba algún dinero, pero ya arreglaremos esto más adelante cuando el caso se enfríe y tú hayas regresado a París. Mientras tanto, me tomo esas vacaciones no pagadas que tú mencionaste el otro día.

A propósito, ¿qué ocurrirá si durante estas vacaciones consigo más material publicable sobre el caso Arbil? ¿Te lo envío, o me olvido simplemente del asunto? No recuerdo lo que dice el contrato. Tendré que tocar de oído.

Recuerdos.

P. M.

P. S. Te adjunto la cinta original con la entrevista de la Bernardi para el archivo. Para que no pierdas el tiempo innecesariamente, la casa de Sanger aquí es un chalet llamado La Sourisette. Cualquiera te dirá donde está. Pero Sanger no está en casa estos días. No tengo idea de cuándo piensa regresar.

El hotel que elegí en Niza se hallaba cerca de la Gare Central y el conserje estaba acostumbrado a que los viajeros llegasen a altas horas de la madrugada. Yo me inscribí como «Pierre Mathis» y conseguí dormir cuatro horas sin tomar ninguna pastilla.

La casa que me había alquilado el coche en Marsella tenía una representación en Niza y la primera cosa que hice después del desayuno fue devolverles el Simca. Como tenía el recibo del depósito, éste casi cubría los gastos extra que tenía que pagar. Luego me fui junto al hombre que me había vendido el magnetófono y se lo volví a vender con un descuento. Una tienda de aparatos fotográficos que había en las cercanías me hizo un buen precio por la Rolleiflex. Ahora podía alquilar un coche más barato a una casa de menos importancia. Pronto encontré una. Me alquilaron un decrepito Renault cuatro caballos. El hombre sólo me pidió el permiso de conducir. Cuando le di mi nombre como Pierre Mathis, lo anotó sin molestarse en cotejarlo con mi carnet de identidad.

A continuación me fui al Ayuntamiento.

El prefijo del número de teléfono de Lucía correspondía a una zona situada al oeste de Niza, así que deduje que la casa en la que ella estaba entonces se hallaba probablemente en, o cerca de Cagnes-sur-Mer. Sin embargo, Adela Sanger me había advertido que Lucía le había hablado de trasladarse y yo quería estar preparado para tal eventualidad. El agente de Sète había mencionado sólo Cagnes, Mougins y Roquebrune; pero la casa donde yo le había hecho la entrevista estaba cerca de Beaulieu. Tenía que suponer que podía haber casas de Sanger en otras zonas de la costa.

Mi experiencia de Montpellier me había familiarizado con los procedimientos de catalogación e índices empleados en los archivos de los registros de la propiedad, y podía pedir los volúmenes que necesitaba y pagar las tasas exigidas por consulta sin hacer antes una serie de preguntas. En el registro habían otras personas; no es que la oficina de los archivos fuera un enjambre de actividad, pero por la mañana había un gran número de consultantes. Algunas eran mujeres. El archivero mayor y los otros empleados saludaban a los clientes por su nombre, y yo deduje que debían ser empleados de abogados y topógrafos o de los departamentos de hipotecas de los bancos. Casi todo el mundo conocía bien la rutina.

Sin embargo, había un hombre a quien le tuvieron que enseñar, como a mí en Montpellier, cómo funcionaba el sistema de los archivos. Tenía, además, la traba adicional de que hablaba muy mal el francés, con un fuerte acento extranjero. Al principio, yo me hallaba concentrado en mis propias pesquisas y sólo le prestaba una

ligera atención, y esto porque me pareció que discutía con el archivero. Sólo al cabo de un rato comprobé cuál era la naturaleza del equívoco.

Sólo se podía coger un volumen de cada vez, y antes de volver a dejarlo tenían que anotar que había sido devuelto por el consultante anterior. Posiblemente, esto lo hacían para que los auditores del Departamento pudiesen verificar más fácilmente las tasas de consulta. Aquel hombre había hecho una lista de los volúmenes que deseaba consultar y tenía que esperar demasiado por cada uno: o eso es lo que él creía. La explicación que el archivero le dio de las demoras era menos lúcida de lo que pudiera haber sido porque se hallaba molesto. El defectuoso francés del extranjero era una complicación más. Pero, al escuchar, comprobé de pronto lo que había ocurrido. La lista de los volúmenes que el hombre deseaba consultar era exactamente la misma que la mía. Las demoras procedían del hecho de que yo había empezado antes.

Podía ser una coincidencia que la lista fuera la misma, pero yo sabía que era poco probable. Decidí que sería mejor examinar al individuo antes de que él se diera cuenta de lo que pasaba y empezase a fijarse en mí.

El mostrador del público del archivo del registro estaba inclinado como un enorme facistol, de tal modo que los gruesos volúmenes podían entregarse sin forzar las ataduras, y dividido en una serie de casillas mediante delgadas divisiones. En consecuencia, no se podía ver todo a lo largo del mostrador. Sin embargo, junto a la entrada de la estancia había una mesa donde se pagaban las tasas de consulta y se cogían las fichas para pedir los volúmenes.

Tan pronto como terminé con el volumen de la zona correspondiente a La Turbie (donde no había ninguna casa a nombre de Sanger), pedí el volumen correspondiente a Eze y volví junto a la mesa a comprar otras cuantas papeletas. Desde allí pude ver la casilla donde estaba el hombre.

Estaba de espaldas a mí. Lo único que yo podía ver era que se trataba de un tipo alto y delgado, de cabeza estrecha y con mechones de pelo gris peinados sobre una gran calva. Tenía gafas y un traje gris oscuro. El traje no parecía francés; no había ningún detalle por el que pudiera adivinarse su nacionalidad.

Volví a mi casilla y esperé el volumen de Eze. Ya era casi mediodía y las oficinas del Ayuntamiento pronto cerrarían para el período de dos horas de la comida. En el otro extremo del mostrador, el archivero se había hecho entender al fin y en la estancia reinaba un silencio total. Yo me preguntaba quién podía ser aquel hombre. Si hubiera sido de la localidad, hubiera pensado que se trataba de alguien enviado apresuradamente por Sy. Al no ser así, la explicación más razonable parecía ser la de que se trataba de otro periodista extranjero que, sin saber cómo, había seguido la misma pista que yo.

Cuando el ayudante volvió con el volumen de Eze y lo dejó frente a mí, al hacerlo miró inquisitivamente por encima de mi hombro. Yo volví la cabeza. El extranjero

estaba de pie detrás de mí.

Se sonrió, mostrando una hilera de dientes largos y amarillos. Los ojos de detrás de las gafas eran castaños, con grandes bolsas arrugadas debajo de ellos. La sonrisa, aunque pretendía evidentemente ser afable, quedaba estropeada por los dientes, que le daban una apariencia rapaz.

Me dijo con extrañísimo francés:

—Por favor, excúseme, *Monsieur*. Me han dicho que nuestras respectivas pesquisas siguen caminos similares o paralelos. Sin duda los objetivos son totalmente diferentes, pero me pregunto si, hasta que nuestros caminos se separen, no podríamos, para ahorrar tiempo, colaborar en nuestros empeños respectivos.

Y al concluir, me enseñó sus dientes de nuevo y enarcó las cejas interrogadoramente.

Me había cogido por sorpresa y me sentía estúpido. Por lo demás, parecía aconsejable, mientras me tomaba tiempo para pensar, aparentar cierta estupidez. Yo me quedé mirando inexpresivamente. El ayudante que estaba al otro lado del mostrador también colaboró, pues se lo quedó mirando igualmente.

Al cabo de unos segundos, me encogí de hombros y dije:

—Posiblemente.

Sus labios se cerraron sobre los dientes.

—Bien. Ya tenemos una base para la negociación. Podríamos continuar junto a un vaso de vino, si le parece.

No pasaría nada, pensé, por descubrir quién era y qué deseaba. Asentí con la cabeza y dije:

—Muy bien.

Me llamo Skurleti.

—Mathis —dije yo.

Me hizo una pequeña reverencia.

—¿Nos vamos, pues, *Monsieur Mathis*?

—De acuerdo.

Recogí todas las notas que había tomado y las metí en el bolsillo interior de la chaqueta.

Teníamos que pasar a través de una serie de puertas para salir del Ayuntamiento, y Skurleti demostró ser uno de esos hombres supercortesés y temerosos de que alguien les ataque por la espalda, que nunca atraviesan una puerta delante de la persona con la que van, aun cuando es mucho más sencillo hacerlo así. Nuestro avance hacia la calle fue una especie de estúpido minueto de «usted-primero-no-usted-primero» que terminó por darme la sensación de que estaba abandonando el lugar escoltado.

El Ayuntamiento está a sólo unas yardas de la Plaza Massena y nos fuimos al primer café de la esquina. Nos sentamos y Skurleti pidió un vermut.

—¿No cree que deberíamos presentarnos? —me preguntó volviéndose hacia mí con otra exhibición de dientes.

—Creo que sí.

Sacó del bolsillo una cartera de piel de cocodrilo y me pasó una tarjeta que decía:

MR. KOSTAS POLITIS-SKURLETI

Agente Autorizado

Transmonde Information Agency,

Miembro de la Asociación

Apartado 1065. Muski Road

Internacional de Detectives El Cairo, R.A.U.

—Supongo que habrá oído hablar de la Transmonde —dijo.

—Sospecho que no.

Pareció sorprenderse.

—Es una de las mayores y más conocidas agencias de información internacionales.

Esperé que se fuera el camarero antes de responder.

—Yo siento no tener tarjeta para darle, pero mi trabajo también es ampliamente confidencial. Hago investigaciones sobre bases crediticias para una organización financiera. Si no le importa, preferiría no darle el nombre. En cuestiones de crédito, compréndalo, hay que ser discreto.

—Lo comprendo. Nosotros también tenemos un departamento que hace ese trabajo... a escala internacional, por supuesto. Mi trabajo personal, sin embargo, se refiere más bien a negociaciones. Quiero decir, negociaciones confidenciales en las que, por varias razones, las partes interesadas prefieren tratar a través de intermediarios.

—Comprendo.

—Es más —continuó—, le diré que, en este momento, estoy tratando de establecer cierto contacto y sospecho que la persona sobre cuyas bases crediticias está usted investigando y las personas con las que yo deseo establecer contacto posiblemente pueden estar relacionadas.

En su rostro apareció de nuevo la sonrisa, pero con una mirada de expectación, como si acabase de contar un chiste y esperase la carcajada.

Yo puse toda la cara de escepticismo que pude.

—Una posibilidad bastante remota, ¿no cree?

—El hombre de esa persona es Phillip Sanger, *Monsieur Mathis*, y tiene una serie de casas a lo largo de la costa. ¿Estoy en lo cierto? Sí, veo que sí. Bien, pues adelante. Usted ya me ha dicho su objetivo. No hay ningún conflicto de intereses entre

nosotros. Por lo tanto, como colegas en cierto sentido, tal vez podamos ser francos el uno con el otro, ¿no cree? Yo puedo conseguir la información que deseo sin gran dificultad, naturalmente, pero me llevará tiempo, y el tiempo es un factor importante para nuestros clientes en este caso. Para ahorrar tiempo, estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—¿Por la dirección de la casa de *Monsieur Sanger*?

—*Monsieur Sanger* no tiene una sola dirección. Tiene muchas. Las necesito todas y pronto.

—Dice usted que no hay ningún conflicto de intereses entre nosotros. ¿Cómo puedo estar seguro de eso? ¿Quiénes son esos clientes suyos y qué quieren?

Skurleti levantó la mano protestando.

—¿No esperará en serio que yo le vaya a decir eso? Un grupo de hombres de negocios que desean hacer una negociación con urgencia. Eso es todo lo que puedo decir. Pero no tiene nada que ver con préstamos ni créditos, eso puedo asegurárselo.

Había dicho que deseaba establecer contacto con «personas», en plural; pero luego sólo había mencionado un nombre, el de Sanger. Si él sabía o sospechaba que Sanger era también Patrick Chase, sus palabras no resultaban nada improbables. Resultaba perfectamente creíble que hubiera un gran número de hombres que deseaban hacer negocios urgentes con Phillip Sanger, alias Patrick Chase, y que podían emplear a un detective privado para encontrarlo. También resultaba posible que, más que préstamos y créditos, el objeto de las negociaciones deseadas fuera la recuperación del dinero. ¿Pero lo sabía Skurleti? ¿O la persona en quien él pensaba era alguien distinto? ¿Adela Sanger? ¿Lucía Bernardi? ¿Decía la verdad acerca de su misión, o estábamos mintiendo los dos?

De momento, le seguí la corriente.

—¿Cuánto?

—Mil francos nuevos —respondió sin dudar.

—Hay mucho trabajo por medio, y todavía no he terminado.

—Le daré mil por la lista incompleta y otros quinientos cuando tenga el resto.

Fingí pensármelo. Skurleti volvió a sacar su cartera y empezó a contar billetes de cien francos. Le detuve con un ademán.

—No, no. Por favor. No tengo la lista. Y además...

—Tiene la lista que hizo esta mañana —me interrumpió rápidamente—. Por ahí podemos empezar.

—Esta mañana no encontré nada. Fue trabajo inútil. En cualquier caso, me lo tengo que pensar detenidamente.

—Dos mil francos.

Yo titubeé y dije, meneando la cabeza:

—Más tarde le daré una respuesta.

—¿Cuándo? El tiempo es importante. Quizá podamos trabajar juntos en el Ayuntamiento esta tarde.

—Lo siento, pero tengo que atender otros asuntos. Podríamos vernos aquí de nuevo a las cuatro.

No le respondí inmediatamente. Terminé el vermut, dejé el vaso sobre la mesa con un golpe seco y, como si acabara de tomar una decisión, le miré directamente a los ojos.

—Dos mil quinientos —le dije en tono desafiante.

Skurleti se sonrió. Era el tipo de conversación que comprendía.

Tan pronto como llegué al hotel, llamé al número que Adela Sanger me había dado.

El teléfono estuvo sonando durante casi un minuto antes de que Lucía levantara el auricular. No dijo nada hasta que yo hablé.

—Soy Maas.

—Diga.

—Es importante que pueda verla.

—Ya me ha visto.

—Tenemos que hablar de nuevo.

—¿Sobre qué?

—Le dije que si yo la había encontrado, otros podrían hacerlo también. Creo que es posible que esto esté a punto de ocurrir.

—¿Otro periodista?

—No estoy seguro, pero no lo creo. Alguien que representa a un grupo quizás.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo diré cuando la vea.

—Un grupo, dice usted —dijo ella pensativamente—. ¿De qué nacionalidad?

—No lo sé. Pero su representante es un griego que procede de El Cairo.

Hubo un largo silencio. Tan largo que, aunque sabía que no había colgado, le dije al fin:

—¿Oiga? ¿Sigue usted ahí?

—Estaba pensando —y continuó en tono resuelto—. Muy bien. Le veré de nuevo. El mismo procedimiento que la primera vez. Esta noche a las diez.

—No. Tiene que ser dentro de las próximas tres horas. Cuanto antes mejor. Tengo que ver a ese hombre a las cuatro otra vez. Por su propio bien, tengo que saber lo que he de decirle. Le sugiero ir yo junto a usted.

—Imposible.

—Nada de eso. Yo sé donde está usted, pero no sé la casa. Dígame simplemente el número de casa y ya sabré a qué calle ir.

—Podrían seguirle.

—Procuraré que no lo hagan. ¿Cuál es el número?

—El ocho.

—Bien. Iré en un coche diferente, un Renault gris. ¿Puede ver la calle fácilmente?

—La calle que pasa por delante de la casa no, pero la del pie de la colina sí.

—Bien, aparcaré al pie de la colina.

—Frente al número cinco será lo mejor.

—De acuerdo. Vigile mi llegada. Estaré allí dentro de una hora. ¿Entendido?

—Entendido. Pero...

Colgué antes de que pudiera cambiar de parecer y saqué la lista de las casas de Sanger que había hecho por la mañana.

En la zona de Cagnes había cuatro casas en la lista, sólo una con el número ocho. Cagnes-sur-Mer se compone de tres pueblos diferentes: Haut-de-Cagnes, que es medieval, Bas-de-Cagnes, que es fundamentalmente del siglo XVIII, y Cros-de-Cagnes, una serie de horribles casitas de una sola planta y edificios de apartamentos extendidos a lo largo de la costa a ambos lados de la carretera de Niza. Las sumarias descripciones de los libros del registro no tienen en cuenta estas distinciones estéticas; pero, por lo que yo sabía sobre los gustos de Sanger en cuanto a edificaciones y por el hecho de que sus casas de Cagnes todas tuvieran números y no nombres, deduje que estaban en la parte vieja de Cagnes.

Ahora tenía que pensar en la posibilidad de que me siguieran. No me la tomé muy en serio. A *Mr.* Skurleti lo había dejado sentado en el café. Sy y Bob Parsons casi con toda seguridad que estarían haciendo ciertos esfuerzos para localizarme, y yo no infravaloraba su ingenio y paciencia; pero en aquel momento aún no habían tenido tiempo suficiente. Por lo demás, había prometido tomar mis precauciones e hice lo que pude.

Me fui a pie hasta la estación central y me compré una bolsa de comida de las utilizadas por los viajeros del ferrocarril; luego regresé al coche y me dirigí hacia la autopista. Atravesé Cros-de-Cagnes sin detenerme. Inmediatamente antes del desvío hacia Antibes la carretera es recta durante un kilómetro o así. Entré en la solitaria gasolinera y le dije al mecánico que me pusiera un nuevo juego de bujías. Mientras lo hacía, me comí la comida de la bolsa y me fijé si alguno de los coches que venían de Niza se detenían en la carretera. Ninguno lo hizo; a no ser en la gasolinera, no había ningún sitio donde pudiera detenerse sin ser visto. Si me habían seguido, el conductor del coche que me seguía tenía que haber pasado de largo y detenerse más adelante para esperarme. Terminé de comer, pagué las nuevas bujías y regresé por la misma dirección por la que había venido. Llegué a Bas-de-Cagnes un poco antes de las dos.

La calle a la que yo iba era la Rue Carponière y no me fue difícil encontrarla. Era un callejón sin salida, empinado y con las casas escalonadas, adyacente a la carretera de Haut-de-Cagnes. Las ocho casas del callejón estaban ocultas tras las cercas de sus

jardines o tras balaustradas de hierro cubiertas por altos arbustos. La tendencia de Sanger a la discreción debió animarse al verlas.

Aparqué frente al número cinco y subí a pie hasta el final de la calle. El número ocho tenía una balaustrada con grandes mimosas detrás de los arbustos. Por entre las puntas de los árboles se veían trozos del tejado de la casa y la ventana de la buhardilla. A un lado había una cancela doble con espacio suficiente para que pasase un coche. Junto a la cancela había el botón de un timbre. Lo apreté y descubrí que no funcionaba. Traté de abrir la cancela y vi que no estaba cerrada, así que entré.

Lo primero que vi fue un coche, un Citroën negro. Estaba aparcado bajo un toldo de lona extendida sobre una estructura de metal. A la izquierda, un sendero llevaba hasta la puerta de la entrada. La casa estaba hecha en ladrillo y estuco y daba la impresión que hubiera sido construida a mediados del siglo diecinueve para algún profesional de la localidad, un médico o un abogado. No era de muchas pretensiones, pero no tenía nada de rústico.

Todo lo que los Sanger habrían tenido que hacer en ella, probablemente, sería dotarla de agua corriente y pintarla un poco. Tenía aspecto confortable.

Cerré la cancela y avancé por el sendero entre los árboles. Al llegar ante la puerta, ésta se abrió.

Entré y la puerta se cerró detrás de mí.

—¿Le vio alguien en la calle frente a la casa?

—No lo creo. ¿Qué importa que me hayan visto? Los vecinos deben saber que aquí vive alguien.

—Creen que soy una suiza de lengua alemana y que me estoy recobrando de un accidente como consecuencia del cual he tenido que hacerme la cirugía plástica en la cara. Se supone que no deseo ver a nadie. Un hombre entrando en la casa puede despertar su curiosidad.

Se puso en camino hacia la parte trasera de la casa.

—¿Y la gente de las tiendas? —pregunté yo.

—Oh, hay una mujer que viene a limpiar. Está enferma de cataratas y no puede ver mucho. Es ella la que me hace la compra diaria. Le prometí pagarle la operación cuando los médicos digan que ha llegado la hora de operar.

—Es usted muy generosa.

Lucía se encogió de hombros.

—Fue idea de Adela. Creyó que esto ayudaría a la mujer a creer lo que se le decía.

Se volvió hacia mí y me dijo:

—Ahora cuénteme lo que ha pasado.

Me llevó a una habitación cuya existencia no era de esperar dada la apariencia de la fachada del edificio. En principio, debió haber sido una terraza. Ahora se hallaba

cerrada por gruesas paredes con ventanas de alféizar abovedado. En un rincón, le habían puesto una soberbia chimenea de piedra. En una de las paredes había un nicho con una Virgen y el Niño de tamaño casi natural. Otra sección de pared había sido revestida con cerámica española componiendo un gran cuadro, de colores vivos, que representaba el martirio de San Sebastián. Un crucifijo, también de cerámica, adornaba la pared que estaba en frente de la chimenea. Los muebles eran modernos sin ser extravagantes. En la chimenea ardía un gran fuego. El efecto total era desconcertante y deprimente; parecía como si uno hubiese entrado por equivocación en una capilla privada.

Lucía, con unos pantalones verdes y una chaqueta de ante, se había acostumbrado al decorado evidentemente. Sus labios se pusieron rígidos al ver que yo echaba un vistazo en derredor.

—Sí, sí, todo es muy extraño. Adela aún no ha podido hacer los cambios deseados. Y ahora, por favor, quisiera saber lo que ha pasado.

Le conté lo de Skurleti.

Ella me escuchó con intención, luego me mandó que le describiera su aspecto físico con detalle.

Yo se lo dije.

—¿Tiene usted su tarjeta?

—Sí.

Se la entregué.

Lucía la examinó, por delante y por detrás.

—¿Y sólo estaba interesado en Patrick?

—¿En Phillip Sanger quiere usted decir? Sí.

—No mencionó ningún otro nombre.

—No, pero tampoco yo lo hice cuando trataba de encontrarla a usted. Puede ser una coincidencia, supongo, pero no acabo de creerlo. ¿Usted sí?

—No —miró la tarjeta de nuevo—. Pueden ser los italianos —dijo pensativa.

—¿Qué italianos?

No hizo caso de mi pregunta y súbitamente reasumió su actitud inquisitorial.

—¿Y qué hacía *usted* en el Ayuntamiento? —me preguntó con intención.

—Buscaba esta dirección, en primer lugar. Y buscaba además otras direcciones de casas de Sanger.

—¿Porqué?

—Adela Sanger me dijo que tal vez usted se trasladara a otra casa. Quería tener la posibilidad de encontrarla rápidamente si lo hacía.

—Ya le dije que se lo haría saber si me trasladaba —dijo como defendiéndose—. Además, ya le concedí la entrevista que deseaba.

—Me concedió una entrevista, sí. ¿Pero no esperará que yo me haya creído todo

lo que me dijo?

Se me quedó mirando por un momento, luego se sonrió.

—Muchas gracias por la cortesía.

—Oh, estoy seguro de que tiene usted excelentes razones para cuidar mucho lo que dice.

Volvió a sonreírse. Su cara era deliciosa cuando lo hacía.

—Sí —dijo—; sobre todo a usted.

Una expresión burlona apareció en sus ojos, burlona y calculadora; luego dejó escapar una risita burlona.

—Incluso Patrick se lo creyó, sabe.

—¿Se creyó, qué?

—El cuento de que por guardar la promesa hecha a Adela había mandado usted al diablo a su revista.

—No los he mandado al diablo. Me he apartado de ellos simplemente.

—Es lo mismo. Ha sido un gesto noble por su parte —apartó los ojos hacia la Virgen y puso la mano sobre el corazón—. El periodista fiel.

—Sospecho que usted no cree en esos gestos.

Yo traté de no dar muestras de mi irritación.

—Sí, claro, por supuesto.

Ahora su sonrisa era insolente.

—Pues resulta que es la verdad. ¿Para qué iba a inventar un cuento así?

Lucía fingió tomarse en serio la pregunta.

—Bien, veamos. Adela me contó algunas cosas sobre usted. Me dijo que era usted un tipo rubio y elegante, y muy inteligente, pero también serio y un poco triste porque le habían ocurrido cosas, algunas cosas malas. Lo que no me dijo es que fuera usted imbécil.

—Ha sido una gran amabilidad por parte de ella.

—Y sobre todo no me dijo que fuera usted un imbécil sentimental.

—Lo cual, por supuesto, podría ser cierto.

Lucía continuó hablando como si yo no hubiera dicho nada, subrayando los puntos como si estuviese contando por los dedos.

—Un hombre sincero —me dijo— e íntegro. Cuando Patrick le ofreció una gran suma de dinero para protegerse, usted la rehusó. Entonces no quiso traicionar a su periódico. ¡Es curioso!

—Es diferente.

—Naturalmente. Aquello fue de día y usted sólo traiciona su revista por la noche.

La sonrisa desapareció de sus labios y su mirada se hizo más dura.

—Usted vino aquí a buscar material para un artículo y estaba decidido a conseguirlo. Incluso dijo a Patrick el plazo que tenía para ello: antes de las once de la

noche del viernes, hora de Nueva York. Hoy es viernes. Aún le quedan unas doce horas, ¿no es eso?

Estúpidamente, le dije:

—Oh, no había pensado en eso.

Mi respuesta debió haberle parecido torpe y deshonesto al mismo tiempo. Se rió enfadada.

—Yo no soy imbécil, *Monsieur*.

—Nunca he pensado que lo fuera. Lo siento, pero, aunque parezca muy estúpido, no preví que sería muy lógico y razonable que usted desconfiara de mí. Usted cree que yo fingí ayudar a los Sanger simplemente para ganarme su confianza y conseguir que me contara más cosas pensando en el semanario. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Qué otra cosa puedo pensar?

—Phillip Sanger me hizo la misma pregunta, aunque de un modo diferente.

—¿Y qué le respondió usted?

—No le respondí nada, porque él mismo lo hizo.

Lucía me seguía mirando cautamente, pero yo había despertado su curiosidad.

—¿Y bien?

—¿Le importa que me sienta?

Me señaló una silla, pero ella no se sentó; pensaba mejor estando de pie; esto ya lo había notado yo en la primera entrevista.

—¿Y bien? —repitió.

—Sanger no creía que yo estuviera haciendo una comedia —le dije—. Quería saber qué es lo que me ocurría. «¿Qué le pasa, Maas?» me preguntó. «¿Sigue teniendo deseos de autodestrucción, o es un nuevo tipo de angustia?». ¿Sabe usted por qué se refería a la autodestrucción?

—No.

—Una de esas cosas malas que Adela le mencionó fue que una vez intenté suicidarme tomando un montón de pastillas para dormir.

Ahora tenía todo su interés. Se acercó y bajó los ojos hacia mí.

—¿Quiere decir que falló, o fue un accidente? —preguntó.

Esto me dijo mucho sobre ella. La mayoría de la gente sólo desean saber por qué. «¿Por qué la vida es tan intolerable que quiere deshacerse de ella?». Algunos, los que han leído los libros de texto, hacen agudas preguntas sobre el autodesprecio. Hay pocos que conozcan personalmente el nadir de la desolación. Éstos son los que no necesitan hacer preguntas abriendo desmesuradamente los ojos; sólo hacen la pregunta esencial: «¿Lo intentó realmente?».

—No quise decir que hubiera fallado —repuse—; me llevaron al hospital una hora demasiado pronto.

—¿Lo volvió a intentar alguna vez después?

—No. Lo que Sanger quería decir, sin embargo, era que yo podía haber descubierto otros medios de autodestrucción. Pudo haberse convertido en un hábito, ¿comprende? La gente dice: Porque una cosa le vaya mal simplemente, no es razón para hacerlo. Pero están muy equivocados. Puede ser una razón, y muy sólida.

—¡Psiquiatría! —se cogió la nariz con los dedos como si tratara de apartar un mal olor—. ¿Cuál es el nuevo tipo de angustia?

—Me pareció que Sanger creía que tenía que ser usted.

—¿Angustia conmigo? ¿Por qué?

—No angustia *con* usted, sino *por* usted. El fiero dragón lo abandona todo para correr en ayuda de la bella damisela en peligro.

—Pero eso sería ridículo.

—Es la explicación de Sanger, no la mía. También cree que me hallo bajo el hechizo de sus encantos personales.

Lucía puso cara de guasa.

—Oh, sí, seguro; Patrick suele pensar eso siempre. Es un romántico —luego volvió a su tono formal—. Se contó a sí mismo algunos cuentos bonitos y se los creyó. Yo no.

—Muy bien —dije yo—. Mi respuesta es diferente. La razón por la que no acepté el dinero de Sanger fue porque no podía largarme con él. Así de sencillo. La razón por la que mandé la revista al diablo, como dice usted, es porque quiero romper un contrato con ellos y quiero que me echen. Así, hice algo que, profesionalmente, es imperdonable: abandonar una misión en el peor momento posible y del peor modo posible. Mi estancia aquí en este momento no tiene nada que ver con el *World Reporter* ni con cualquier otra revista. Estoy aquí por interés hacia usted y por curiosidad hacia su caso, y si le he de ser franco, porque no tengo nada que hacer de momento. No me atrevo a regresar a París todavía. El lunes, cuando aparezca la entrevista, puede que la policía me busque a mí también. Tengo que esfumarme. ¿Lo comprende?

Se lo pensó un momento antes de responder.

—¿Por qué desea romper el contrato?

—Porque me han ofrecido un empleo mejor, naturalmente. ¿Por qué iba a ser si no?

Esta última mentira la convenció. Se sonrió con expresión burlona, pero sin desaprobación.

—¿Otro hijo-de-puta simplemente, eh? —dijo, utilizando la expresión americana. Yo le sonreí también.

—Eso es. Y ahora permítame que le haga una pregunta. Si usted pensó realmente que mi intento de proteger a los Sanger era un farol y que lo único que buscaba era obtener más declaraciones de usted, ¿por qué dejó que Adela Sanger me diera su

número de teléfono?

Mi pregunta pareció divertirla.

—Ya me extrañaba que aún no hubiera pensado en hacerme esa pregunta —me dijo.

—Entonces estoy seguro que ya tiene la respuesta.

—Por supuesto —se sentó; ya no necesitaba pensar rápidamente de momento—. Lo hice porque deseaba estar en contacto con usted después de que la entrevista apareciese en la revista. Al irse Adela, ya no podía establecer el contacto a través de ella. Por eso le di el número de teléfono.

—Y que ella le diera el mío también. ¿Lo hizo porque pensaba realmente trasladarse o por si yo no la llamaba?

—Ya se lo he dicho.

—Hace unos momentos, me acusaba usted a mí de tratar de sonsacarla más declaraciones mediante engaños. ¿He de suponer que usted desea hacer más declaraciones?

—Quizá. Me lo tengo que pensar más detenidamente.

Sus ojos tropezaron con los míos. Luego continuó lentamente y poniendo más cuidado en lo que decía:

—Pensaba, sobre todo, en que, una vez publicada la entrevista, puedo necesitar cierta ayuda para tratar con otras personas que quizás deseen hablar conmigo.

—¿Otros reporteros, quiere decir?

—Sí, claro. Otros reporteros y —levantó la tarjeta de Skurleti— gente como esta.

—Comprendo.

—Éste ha llegado demasiado temprano. ¿Qué piensa decirle?

—¿Qué quiere usted que le diga?

—El dinero que le ofrece es serio —se sonrió ligeramente—. Puede venderle la lista que desea pero con la ausencia de algunas direcciones... esta casa, y la de Beaulieu, quizás.

—Esto le retrasaría ciertamente. ¿Qué le gustaría que hiciera yo después?

—Podría quedar con él para darle otras cuantas direcciones después del lunes.

—Después que aparezca el semanario con la entrevista. ¿No es eso?

—Sería interesante saber si está buscando realmente a Patrick o a mí. Interesante para usted también —añadió en tono persuasivo.

Yo me puse de pie.

—Creo que es hora de irme.

—¿No quiere tomar algo, por ejemplo, un vaso de Oporto, antes de irse?

—No, gracias. Creo que es mejor que regrese a Niza.

Ella se puso de pie también. Ahora su sonrisa era un poco forzada. Tenía miedo de haber demostrado con demasiada claridad que intentaba utilizarme, sin darme a

entender con el mismo énfasis que yo debía esperar que habría compensaciones.

Me cogió por un brazo y me dijo con cierta ansiedad:

—Tendrá usted mucho cuidado, ¿verdad?

—¿Con Skurleti?

—Consigo mismo —sus ojos se clavaron en los míos—. Se olvida usted que ahora los dos somos fugitivos.

—Supongo que así es.

Mi tono era intencionadamente evasivo. Tuvo que intentarlo de nuevo.

—Por eso es por lo que ha de tener cuidado. Ha de tomar ciertas precauciones.

—Me temo que mi aspecto resultaría un poco sospechoso con una peluca postiza.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Ella se encogió de hombros, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de la salida. Allí hizo un esfuerzo final.

—Si desea telefonarme, es mejor que lo haga por la tarde o por la noche. Por la mañana está aquí la mujer de la limpieza.

—Lo tendré en cuenta.

—Me encuentro muy sola aquí —me dijo—; y ahora que Adela se ha ido, aún me encontraré más. Tal vez pueda volver mañana, si no corre ningún riesgo.

—Me gustaría —le dije con una sonrisa forzada—. Así le contaría lo que he podido sacarle a Skurleti. ¿Qué le parece?

Ella soltó una carcajada. Evidentemente le parecía estupendo. Al fin y al cabo, no había por qué preocuparse; me tenía donde quería.

Al llegar a Niza me dirigí antes de nada al hotel y preparé la lista de las direcciones de Sanger.

No era muy larga. Pensé en omitir La Sourisette además de las dos casas que Lucía me había sugerido. Casi con toda seguridad, Sy tendría a alguien vigilando la casa de Sanger a estas horas, tal vez utilizaría al corresponsal de Marsella. Si Skurleti empezaba a meter la nariz por allí, posiblemente habría un fondo común de recursos e información. A Sy sólo le costaría una décima de segundo adivinar quién era «Pierre Mathis». Por otra parte, a no ser que omitiera todas las direcciones de Mougins, era seguro que Skurleti oiría hablar de La Sourisette tan pronto empezase sus pesquisas allí. Además, ¿podía yo omitirlas todas? Skurleti había hecho ya algunas pesquisas y era muy posible que supiese de la existencia de las casas de Mougins. En realidad, yo mismo había estado comprobándolas mientras él discutía con el archivero. Desde aquel momento, Skurleti había tenido tiempo para hacer su propia lista, aunque fuera incompleta. Si yo quería que confiara en lo que le iba a dar, y en mí, tendría que correr el riesgo de que encontrara a Sy.

Pensé en una posibilidad de reducir el riesgo, sin embargo, y puse un asterisco junto a La Sourisette.

Skurleti ya estaba en el café cuando llegué. Yo lo hice con diez minutos de retraso y él estaba mirando su reloj. Asintió con la cabeza mientras me sentaba y esperó impasible mientras yo llamaba a un camarero y pedía algo de beber. Cuando el camarero se fue, Skurleti se inclinó hacia adelante.

—¿Tiene la lista?

—Sí.

Sacó un sobre del bolsillo y me lo puso delante sobre la mesa.

—Mil quinientos francos —dijo.

—Dos mil quinientos fue el precio acordado —repuse yo.

—Por la lista completa, una vez terminada la investigación y si lo hace rápidamente.

—No puede estar completa hasta el lunes por la tarde.

—¿Por qué no mañana?

—La oficina del registro cierra los sábados y domingos. ¿No leyó usted el cartelito?

Una mueca de contrariedad atravesó su rostro.

—Bueno, bueno, está bien. Y ahora deme la lista, por favor.

Yo conté los billetes del sobre descuidadamente y luego le di la lista. Constaba de quince direcciones, entre ellas las de Séte.

Al llegar aquí, Skurleti arrugó el entrecejo y levantó la vista hacia mí.

—¿Séte?

—En el Departamento de Hérault, al otro lado de Marsella. Le hubiera costado mucho tiempo encontrar esas —le dije en tono de complacencia.

—¿Y qué me dice de los otros Departamentos a lo largo de la costa: Bouches du Rhône, Var?

—Ya los he mirado. Nada.

Yo comprendía su desaliento ante la perspectiva de perder un día visitando Séte. Comprobar todas las casas de la lista le costaría como mínimo tres días. Pensé que era un buen momento para mostrarme servicial.

—Como puede ver —le dije—, he puesto una marca junto a esta casa de Mougins, La Sourisette. Es la casa de Sanger.

—Todas son casas de Sanger, supongo.

—Quiero decir que es la casa donde él vive cuando está en Francia.

—¿De verdad?

Sus labios se separaron para dar paso a una exhibición de dientes.

—Pero me enteré que no está aquí en este momento. Hay una criada que me dijo que estaba fuera. No sabe cuándo volverán los señores.

—¿Los señores?

—El señor y la señora Sanger.

—¡Ah! —otra exhibición de dientes—. ¿Hay una señora Sanger?

—Naturalmente. Está casado.

—¿Ha visto usted a la señora Sanger?

—No. Pero en el informe del crédito figura el dato de que está casado.

Skurleti golpeó la mesa pensativo con la lista.

—Dígame una cosa —dijo—. ¿Cómo sabe usted que los Sanger están fuera?
¿También usted ha intentado entrar en contacto con él?

—¿Con él? ¿Para qué? —me sonreí tontamente—. Era la criada la que me interesaba. A veces los criados saben más de qué va la cosa que los datos formales que figuran en el informe. ¿Bebe mucho, juega, tiene amante? Los criados lo saben.

Su mirada se hizo más viva.

—¿Y qué averiguó en este caso?

Yo titubeé.

—¿Sobre él? No mucho. Está continuamente fuera, en viajes de negocios. Se preocupa mucho por su salud. No se divierte mucho cuando está en casa, y cuando lo hace es sólo con parejas de la localidad. Juega al bridge. Un tipo serio. Por otra parte...

Titubeé de nuevo y luego me encogí de hombros.

—¿Por otra parte?

Se sonrió para animarme.

—Simples habladurías. No le interesan.

—Todo me interesa, *Monsieur Mathis*. Soy como una esponja. Lo absorbo todo.

Sus dientes estaban en plena exhibición ahora.

—Oh, bueno... Fue de la mujer de quien supe más cosas.

—¿Sabe usted que es ella la que corre con el alquiler de las casas, no es el marido?

—No, no lo sabía. Eso es muy interesante. ¿Qué más?

—Parece que en una de las casas tiene una amistad, una amistad especial de la que su marido no está enterado.

Skurleti pareció desilusionado y dio un resoplido despectivo.

—Es natural —dijo—. Si el marido no está nunca en casa, tenía que haber algo: un joven musculoso de la playa, un gigoló de uno de los grandes hoteles. Era de esperar.

Yo negué con la cabeza y le miré de soslayo con ademán convincente, creo.

—No, es algo diferente. No es un joven. La criada les oyó hablar por teléfono. ¡Es otra mujer!

Skurleti se quedó súbitamente quieto, casi rígido. Fue un momento difícil. No

apartó los ojos de los míos. Tuve que dejar que mi sonrisa expectante se fuese deteriorando hasta convertirse en la expresión avergonzada de alguien que comprende que su chiste no ha hecho ninguna gracia.

Al fin, Skurleti asintió con la cabeza y dijo:

—¿Sí?

—Eso es lo que me dijo la criada.

Yo vacié de un trago mi copa.

Skurleti me seguía observando cuidadosamente.

—¿Cómo se enteró la criada de que era una mujer? ¿Cómo sabe que no se trata de un hombre?

—Por el nombre: Lucille, Lucy o algo así era.

—¿Lucía, quizás? —preguntó bajando la voz.

—Quizás. De todos modos, era una mujer.

Hubo otro silencio embarazador.

—¿Y el marido, Sanger, no lo sabe? —preguntó al fin.

—¿Es que los maridos suelen enterarse en esos casos?

Me eché a reír tontamente e hice un gran revuelo llamando al camarero para que nos trajera otras copas. Aunque había preparado el cebo con cierto cuidado, todo lo que había esperado era un mordisco cauto, posiblemente sugerente. Lo que no me esperaba era que él se tragase anzuelo, plomo y sedal. Resultaba enervante.

Afortunadamente, había dejado de mirarme fijamente. Su cara había adquirido una curiosa expresión demacrada; su mirada estaba fija en el aire, pensando. Tenía en la mano su copa vacía y no se dio cuenta de que el camarero estaba esperando para llevársela. Al fin dejó que el camarero la cogiese y miró de nuevo la lista de las direcciones.

—¿Dónde vive usted, *Monsieur Mathis*? —preguntó de pronto.

—Aquí en Niza.

Y le di el nombre del hotel.

—¿Es su residencia permanente?

—Ah, no. Mi residencia es en Lyon, aunque sólo voy los fines de semana. En mi profesión necesito viajar mucho.

—Comprendo. ¿Está usted casado?

—Sí. Dos pequeños, niño y niña.

—Es una pena.

—¿Qué?

Nueva exhibición de dientes, esta vez con encías incluidas.

—Esperaba poder persuadirle para que renunciara a unas cuantas horas de vida familiar durante este fin de semana —dijo afablemente—. A cambio de una cierta cantidad de dinero, se entiende.

Yo puse cara de circunstancias.

—Bueno, no sé. Mi mujer me espera esta noche.

—¿Hace el trayecto en coche?

—No, cojo el tren azul. Es más rápido y puedo descabezar un sueño si quiero.

—El tren azul tiene parada en Marsella, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Y Séte esté cerca de Marsella.

—No mucho. Está a casi doscientos kilómetros.

—De todos modos, podría estar allí esta noche si quisiera.

—Supongo que sí.

—Y después de estar unas cuantas horas en Séte, ¿podría estar en su casa de nuevo mañana por la noche?

—Bueno, evidentemente sí —dije con expresión titubeante.

—¿Lo haría usted por quinientos francos quizás?

—¿Qué quiere que haga? ¿Que mire a ver si Sanger está en alguna de esas casas?

—No exactamente. Me interesa Sanger, por supuesto, ya se lo dije. Pero lo que yo quiero saber ahora es quién vive en cada una de sus casas. Número de personas, si son hombres o mujeres, edad, nombre.

—Averiguar eso lleva más de unas pocas horas.

—¿A un hombre con su experiencia? Seguro que no. Los dueños de los cafés y los empleados de los garajes siempre saben esas cosas.

Parecía que fuese Sy el que hablaba. Continué mostrándome reactivo.

—Habrás gastos —dije—: hotel, comidas, taxis, billetes suplementarios de tren.

—Cien francos extra para gastos. Puede coger el tren azul mañana por la noche en Marsella. Desde allí puede telefonarme a mi hotel con la información. Yo le estaré esperando. ¿De acuerdo?

Me di por vencido.

—Oh, bien, de acuerdo —miré el reloj—. Tendré que telefonar a mi mujer. A ella no le hará ninguna gracia. Se pensará que me quedo aquí con otra.

—No cuando le cuente lo de los quinientos francos.

—Si se lo cuento, se querrá comprar un vestido nuevo.

Y así terminó la negociación, con esta nota agradable, familiar. Me anotó el nombre de su hotel y el número de teléfono en otra de sus tarjetas, y me la entregó.

Al ponerme de pie, sin embargo, me cogió por un brazo para detenerme.

—Otra cosa.

—¿Sí?

Sus ojos se detuvieron fijamente en los míos por un momento antes de continuar:

—Ya le dije que se trata de un asunto muy urgente y muy importante. Estoy seguro, por lo tanto, que procurará esmerarse. Nada de descuidos ni chapuzas.

—Por supuesto.

Intenté poner cara de indignación ante la sugerencia.

—Ni indiscreciones tampoco, espero. Sus pesquisas no pueden poner alerta a los interesados.

—No solemos poner alerta a las personas cuyos créditos estamos investigando — dije ofendido.

—Bien, bien. No quería molestarle. Espero su llamada mañana por la noche, pues.

—De acuerdo.

Regresé al hotel preguntándome si debía llamar a Lucía y decirle lo que había pasado. Finalmente decidí no hacerlo. Quería estar en una posición ventajosa para negociar con ella cuando la viera al día siguiente. Si ella quería que yo diera satisfacción a su curiosidad sobre Skurleti, primero tendría ella que satisfacer la mía respecto a sí misma.

Por otra parte, tendría que ausentarme del hotel durante cuarenta y ocho horas. Aunque Skurleti pareció creerse totalmente mis palabras, evidentemente no era tonto. Desde su punto de vista, aquel había sido un día excepcionalmente bueno. Ahora que tenía tiempo para meditar en lo que había pasado, quizá podría empezar a preguntarse si no sería demasiado bueno para ser enteramente cierto. Podía empezar a hacer comprobaciones acerca de mí. Me había avisado que procurase esmerarme. Sería una buena idea, pensé, si tomaba en serio su consejo.

Busqué el hotel en la lista de *Michelin* y telefoneé a Lucía.

Esta reconoció mi voz en seguida.

—¿Le ha visto? —preguntó inmediatamente.

—Sí.

—¿Y?

—Mañana le contaré. La llamaba para decirle simplemente que me traslado de hotel.

—¿Porqué?

—Se lo contaré mañana también.

—¿Algún problema?

—No. Una simple precaución. ¿Tiene el número siguiente?

—Sí. ¿Le ha...?

—Ahora tengo que irme. La veré mañana.

Hice las maletas y bajé a recepción. Mientras pagaba la cuenta expliqué que me iba a Lyon a ver a mi familia y que regresaría el lunes por la noche. Les dije que se lo comunicasen a todo el que preguntase por mí, y pregunté si podría tener la misma habitación cuando regresase. Me contestaron que no había ningún inconveniente. Abandoné el hotel, dejé el coche en un parking cercano y me fui a pie, con las

maletas en la mano, hasta la estación. Tenía que esperar una hora aproximadamente hasta que llegara mi tren. Dejé las maletas en consigna, saqué un billete de ida y vuelta para Cannes y me fui a comer algo.

Estaba reclamando las maletas en consigna cuando vi a Skurleti. Estaba de pie junto al kiosco de los periódicos, observando el andén por donde iba a entrar el tren azul. No hacía ningún esfuerzo para ocultarse. Miraba en derredor como si estuviese esperando a un amigo.

Supongo que debía haberme complacido el hecho de haber previsto la posibilidad de que me controlase y el haber tomado las precauciones adecuadas para ello. Pero en realidad no fue así. Al contrario, una desagradable sensación invadió mi estómago y empecé a dudar de si las precauciones eran realmente adecuadas. Estaba en mi bolsillo el condenado billete de ida y vuelta a Cannes, por ejemplo. ¿Y si Skurleti le echaba un vistazo por casualidad? ¿Y si me pedía el número de teléfono de mi casa de Lyon? ¿Qué iba a hacer yo entonces? ¿Darle el primer número que se me ocurriese y esperar lo mejor, o darme simplemente media vuelta y echar a correr? De pronto me sentí espantosamente incompetente y un cierto temblor invadió mis rodillas. Estaba a punto de cometer el fatal error para mi personalidad de decir a un mozo que me llevara las maletas cuando Skurleti me vio.

Se me acercó inmediatamente.

—Ah, me estaba temiendo que fuese a perder el tren —me dijo casi en un susurro—. Se espera dentro de un momento.

—Lo sé.

—Quería decirle una última cosa y en su hotel me dijeron que se había ido.

Control a toda prueba.

—Me fui a cenar. Los precios que cargan en el tren...

—Lo comprendo. Era por si yo no estaba en el hotel en el preciso momento en que usted telefonee desde Marsella mañana. He llegado a un acuerdo con la telefonista del hotel, una mujer encantadora, para que coja con todo cuidado un largo mensaje que usted le dictará lentamente.

Los dientes centellearon bajo los focos de la estación.

—Sí, por supuesto.

Mi estómago empezó a ponerse normal de nuevo. Si esta era la mejor excusa que podía tener para explicar su presencia en la estación, yo le había supervalorado.

—Que se divierta —me dijo.

Estaba entrando el tren en aquel preciso momento.

—Siempre lo intento.

—Es hermoso ser joven. Mañana hablaremos.

—Por la noche.

Eché a correr con pasos cortos y rápidos a lo largo del andén, buscando

ostensiblemente la parte del tren con destino a «Marsella únicamente».

Skurleti no esperó a que el tren arrancase, por lo menos en el andén; pero yo debía suponer que podía estar esperando fuera, así que continué con mi plan original. Cuando el tren se detuvo en Cannes, me apeé y cogí el primer tranvía que iba a Niza.

El hotel en el que iba a estar aquellos dos días se hallaba cerca del puerto y daba la impresión de estar destinado especialmente a los transeúntes que utilizan los *paquebots* de Córcega. El portero nocturno era un tipo puntilloso, de labios delgados y ojos suspicaces. Me hizo sacar mi carnet de identidad y así tuve que firmar la ficha de policía con mi propio nombre. No me hizo ninguna gracia, pero no me quedó otro remedio. Hubiera sido muy capaz de llamar a la policía e informar del incidente si, en aquel momento, yo hubiera decidido cambiar de opinión y no quedarme allí.

Eran entonces las diez y media de la noche, cuatro y media de la tarde en Nueva York. A Sy y a Parsons les quedaban todavía seis horas y media antes de que se les acabase el plazo. Me pregunté qué estarían haciendo en aquel momento. Uno de ellos, probablemente Bob Parsons, seguiría intentando encontrarme y buscando pistas. El corresponsal de Marsella le estaría ayudando. En aquel momento, Sy tendría línea permanente con la oficina de París. Me preguntaba si ya habría contado a Nueva York lo de mi defeción, o si, confiando en la suerte, sólo había informado que había perdido el contacto conmigo. Lo más probable, pensé, era que les hubiera contado la verdad. Al fin y al cabo, había sido *Mr. Cust* quien me había elegido para la misión, no él; a Sy nadie podía echarle la culpa. Si se nombra a un amateur psicópata para una misión que requiere un profesional con experiencia, le podría decir, es de esperar que ocurran algunas sorpresas. En cualquier caso, tenían lo esencial del caso, la parte realmente interesante; y tenían la cinta para demostrarlo. Podría ser un pequeño inconveniente que yo no hubiera aparecido, o que no me hubieran localizado, en el momento en que el caso estallase, pero ya sabrían cómo enfrentarse a la situación cuando se presentase, si es que se presentaba. Habían dado el golpe en la competición y cuanto más ruido, mejor.

Pero no para mí.

Hay casos en que un periódico o un semanario pueden negarse a revelar sus fuentes de información alegando los privilegios de la prensa; pero este no era uno de esos casos. En esta ocasión, el *World Reporter* estaría dispuesto y gustoso a colaborar con otros medios de información y con las autoridades. Tendrían que hacerlo así, no sólo con objeto de refutar la inevitable sugerencia de que el artículo era un bulo, sino también para explicar por qué no podían presentar al hombre que había entrevistado a Lucía Bernardi para que la policía pudiese interrogarlo.

Sería interesante saber cómo solucionaba Sy ese problema. Muy bien podía alegar que yo era un inestable psíquico, sin desacreditar por ello ni el artículo ni el semanario. Probablemente, pensé, asumiría una actitud de franqueza noble e inocente

y diría que no sabía realmente lo que había ocurrido; que esperaba encontrarme en el aeropuerto de Niza y que yo no había aparecido. Seguro que no mencionaría la nota que yo le había dejado. Diría que al descubrir que yo había abandonado Mougins apresuradamente, naturalmente supuso que había habido algún acontecimiento inesperado en el caso y que yo estaba siguiendo la pista. Ahora estaba seriamente preocupado por mí y agradecía cualquier ayuda que la policía o la prensa pudieran prestarle para encontrarme. En los archivos de la oficina había una fotografía mía para uso de las tarjetas de prensa. Les serviría. Estaba bastante bien. En Niza había mucha gente que me reconocería inmediatamente.

La edición europea del *World Reporter* se imprime en Francfort y se distribuye, en general, por avión. Era más que posible que algún periodista de agencia tuviese acceso a las declaraciones antes de que el semanario estuviese en la calle; posiblemente el lunes por la noche, cuando los cargadores aéreos empezasen a efectuar la distribución. En este caso, los periódicos matutinos franceses traerían el esqueleto desnudo de las declaraciones en algunas de sus ediciones, y los periódicos de la tarde tendrían tiempo para publicar amplios reportajes. El lunes por la tarde, como máximo, yo sería noticia.

Como había dicho Lucía, ahora los dos éramos fugitivos. El lunes tendría que buscarme un escondrijo tan bueno como el de ella.

Y sólo se me ocurría uno.

Faltaba muy poco para las diez y yo me estaba tomando mi segundo café.

Había decidido quedarme en mi habitación durante casi toda la mañana y después ir a coger el coche y comprarme un sombrero. Estaba seguro que Skurleti estaría fuera trabajando en su lista de casas; y, como yo le había dado dos direcciones en Cagnes, había una posibilidad de que su visita a dicho lugar coincidiese con mi cita con Lucía. Si por casualidad me veía pasar conduciendo, un sombrero haría que fuera más difícil de reconocerme. También podía ponerme gafas de sol, pero lo haría únicamente si, sabia decisión por mi parte, despejaba la niebla matutina y salía el sol.

Lo último que había llevado en la cabeza había sido una gorra de escolar en Inglaterra. Me preguntaba vagamente qué tipo de sombrero me compraría (fieltro o paja, bueno o barato, de color claro u oscuro) cuando sonó el teléfono.

El sonido del aparato me hizo dar un salto. La única persona que sabía que yo estaba allí era Lucía y no esperaba su llamada. Es más, Lucía ni siquiera sabía que había tenido que inscribirme con mi propio nombre. Ella hubiera preguntado por Pierre Mathis y luego comprobaría que...

Eché mano del aparato y dije:

—¿Diga?

—¿*Monsieur* Maas? —era el telefonista del hotel—. Hay una llamada para... — se interrumpió bruscamente—. Lo siento —dijo en tono de disculpa—, la persona que llamaba no esperó.

—¿Qué persona?

—No dio el nombre.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre, *Monsieur*.

—¿Cómo era la voz? ¿Era francés?

—Sí, sí. Un marsellés, quizás.

—¿Pidió hablar conmigo?

—Preguntó si estaba usted en el hotel. Yo no lo sabía, y tuve que mirar la lista. Cuando vi su nombre, le dije que iba a llamar a su habitación, pero no esperó. Si vuelve a llamar...

—Sí, claro. Muchas gracias.

Evidentemente, el corresponsal de Marsella había recibido la orden de telefonar a todos los hoteles. Ahora había encontrado el que buscaban y había colgado rápidamente para no ponerme sobre aviso.

Tenía que irme, que irme rápidamente. Si todavía estaban en Mougins, tenía tiempo más que suficiente. Si ya se habían trasladado a Niza, las cosas iban a resultar

muy difíciles.

No me había afeitado, ni siquiera me había lavado la boca. Me puse apresuradamente la misma ropa que me había puesto el día anterior, metí el resto de mis cosas en la maleta y bajé las escaleras. No debió llevarme más de cinco o seis minutos. Me llevó otros cinco esperar a que me hicieran la cuenta y pagar.

Era inútil esperar coger un taxi rápidamente frente al hotel. Atravesé corriendo la calle y seguí a lo largo del Quai Papacino. Me sentía horriblemente desamparado. Había un transbordador amarrado allí con un enorme letrero en la popa: «ATTENTION AUX HELICES». Me pareció una indicación muy adecuada. Cuando llegué a una callejuela lateral con una señal de dirección prohibida, me metí por ella inmediatamente. Ahora me estaba alejando del puerto y no podían utilizar el coche para seguirme por aquella calle. En la Plaza Garibaldi cogí un taxi que me llevó al primer hotel donde había estado, el que se hallaba cerca de la estación.

Afortunadamente tenían una habitación para mí. Murmuré algo ininteligible sobre un cambio de planes y un momento más tarde estaba registrado de nuevo como Pierre Mathis.

Una vez que me hube bañado y cambiado, salí de la habitación y pregunté dónde podía encontrar la tienda de caballeros más cercana. Estaba en el departamento correspondiente de unos almacenes baratos, y no había una gran selección de sombreros para escoger. Además, todos eran pequeños. Me quedé con el primero que me sirvió, uno de fieltro gris, vulgar, de ala ancha y con una cinta negra. El vendedor me dijo que tenía tono, y era el único de aquel modelo que les quedaba; era evidente que el hombre estaba ansioso de deshacerse de aquella cosa. Me daba un aspecto andrajoso y vulgar. El vendedor apenas si pudo ocultar su desprecio hacia mi locura.

De los almacenes me fui al garaje, cogí el coche y me dirigí hacia Antibes luciendo mi flamante sombrero. Me quedaba bastante tiempo que perder antes de ir a ver a Lucía, pero prefería perderlo fuera de Niza. Además, tenía que decidir cómo iba a enfocar la entrevista; tenía que meditarlo cuidadosamente, sin tener que estar mirando por encima del hombro mientras lo hacía.

Una botella de vino y una buena comida me parecieron simplificar mucho el asunto. Lucía deseaba información y yo tenía alguna para darle. Lucía deseaba utilizarme y yo no tenía inconveniente en que lo hiciera. Pero antes tenía que haber entre nosotros una conversación franca y sincera. En aquel momento, yo sabía lo suficiente como para sospechar que la mala gana con que se dejó entrevistar había sido fingida. Había engañado completamente a Adela Sanger. Y yo no tenía intención de que me tomara el pelo. Quería la verdad.

Después de comer me dirigí hacia Vence por St. Paul y entré en Cagnes por la carretera de la montaña. Al dar este rodeo, pude entrar en la Rue Capornière sin pasar por el centro de la ciudad. Aparqué frente el número 5 como la primera vez y me fui a

pie hasta el número 8.

La puerta de la entrada estaba abierta y ella me estaba esperando. Me miró el sombrero mientras yo me lo quitaba.

—¿Por qué se ha puesto eso? Le da aspecto ridículo. Cuando bajó del coche apenas pude reconocerlo.

—Ésa es la idea.

—¿Que yo no pueda reconocerle?

—Que no pueda hacerlo otra gente.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Muchas cosas.

Lucía esperó a que yo continuase. Como no lo hice, se encogió de hombros y se dirigió a la habitación de la terraza. Yo la seguí.

—Ha estado muy misterioso por teléfono —me dijo—. ¿Qué ha descubierto acerca de ese Skurleti? ¿Qué quiere?

—Verla a usted.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo claramente?

Yo me senté antes de contestar y encendí un cigarrillo.

Lucía se me quedó mirando con impaciencia.

—¿Y bien?

—¿Le importa que le llame Lucía? Esto haría más fácil la conversación.

—Como quiera. Es mi nombre.

—Pues bien, Lucía, antes de que le cuente nada, tendrá que contarme usted a mí algunas cosas. Ese fue nuestro trato de ayer, ¿se acuerda?

—Quizá. Se dijeron muchas cosas ayer.

—Ayer hizo usted una alusión a «los italianos». Creo que trataba de hacerme creer que se le había escapado accidentalmente. Pero yo no creo que fuera un accidente. Más bien pienso que intentaba sugerirme algunas ideas, para que fueran germinando en mi cabeza.

Ella puso cara de guasa.

—¿Qué ideas?

—Que no estaba usted tan asustada y desamparada como Adela Sanger me había hecho creer. Que no estaba usted a merced de una situación, sino que la dominaba.

—¿Y por qué iba a querer sugerirle eso?

—Por que es un modo de despertar mi curiosidad para darme luego nuevas noticias.

—No le comprendo.

Ahora ya no parecía divertida.

—¿Qué noticias? —preguntó.

—Que la entrevista que usted me concedió es realmente un anuncio escrito

cuidadosamente para dar a conocer algo que usted tiene que vender.

—Eso lo dice usted, no yo.

—Pero es cierto, ¿o no? Usted tiene algo para vender: una maleta llena de documentos, quizá. Pero antes tiene que hacer saber a los posibles compradores que está en venta. Al mismo tiempo, tiene que tener mucho cuidado en no darles a conocer demasiadas cosas, de lo contrario, puede que intentaran cogerla sin pagar, como hicieron aquellos dos en Suiza. Así, usted esperó a que la encontrara alguien que pudiera publicar que la venta estaba en marcha. Y ese alguien resultó ser yo. El lunes, la noticia estará en el *World Reporter*. El martes se reunirán en Niza y alrededores los futuros compradores. Lo que necesita usted ahora es un recadero, alguien que se preste a establecer comunicación con los compradores, que acepte las ofertas y cierre el trato. Creo que ese alguien también resulta que soy yo, ¿no?

Se quedó mirando al aire por un momento, luego se dejó caer hacia atrás en una silla y estalló a carcajadas. Al fin se puso de pie otra vez, sin dejar de reír ahogadamente, y se fue hacia un mueble bar.

—Bueno, esta vez —dijo— creo que necesita usted un trago. ¿Cómo quiere que le llame, Pierre o Piet?

—Pierre está bien. Sí, me tomaré algo. Es decir, si usted deja de jugar al escondite y habla razonablemente. Si no lo hace, me voy y tendrá que buscarse a otro para tratar con *Monsieur Skurleti*.

Lucía alargó las manos hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—Pues claro que hablaré en serio. Lo que pasaba era que tenía miedo de que si le hablaba con demasiada franqueza, no aceptaría usted la situación, se sentiría ofendido y quizá volviera junto a su editor, o incluso a la policía.

—Bien —le dije secamente—, ahora puede hablar con toda franqueza. ¿Qué hubiera hecho si yo no me hubiera presentado aquí?

Me trajo una botella de coñac y una copa.

—No lo sé exactamente. La espera me ponía cada vez más nerviosa. Trataba de pensar en otro modo de arreglar el asunto, sin utilizar la prensa, pero esos modos serían demasiado peligrosos. Tengo que tener mucho cuidado, ¿comprende? Si no hubiera venido usted, creo que hubiera telefoneado al corresponsal en Niza del *Paris Match* —hizo una pausa—. Nunca pensé en una publicación americana. Fue una estupidez por mi parte.

—Podía haber recurrido a Sanger.

—¿A Patrick? —puso una cara rara—. ¡Ah, no! Conozco a Patrick demasiado bien. Hubiera hecho las cosas a su modo. Utilizaría maniobras demasiado complicadas. Al final, yo recibiría un bocadito, mientras él se compraba algunas casas más.

Se sentó y bebió un sorbito de su vaso de Oporto.

—Es interesante lo de este Skurleti —continuó Lucía—; interesante que trate de encontrarme a través de Patrick como hizo usted. ¿Qué ocurrió cuando usted habló con él?

—Se lo contaré después —le dije—. Antes quiero que me cuente usted a mí algunas cosas.

Ella titubeó.

—Todavía no me ha dicho si me ayudará.

—Y usted tampoco me ha dicho qué quiere que haga yo.

—Pero usted lo sabe. Lo adivinó.

—Con la ayuda de unas fuertes sugerencias tuyas, sí, lo hice. Pero si me está pidiendo que corra los riesgos necesarios para hacer ese trato por usted, quiero saber más cosas.

Ella se mordió el labio.

—Yo no he dicho que hubiera riesgos.

—Si no hubiera riesgos, no necesitaría un intermediario, Lucía. Haría usted misma el trato.

—Una mujer no puede negociar con hombres como esos. Sólo escucharán a otro hombre.

—¿Igual que escucharon al coronel Arbil?

—No me entiende.

Se había sonrojado un poco.

—No, no, claro. Por eso, mientras no me diga exactamente en dónde me voy a meter, no puedo decidir si la ayudaré o no.

—¿Y cómo sé yo que habla usted en serio, que no trata de satisfacer simplemente su curiosidad?

—Tiene que correr el albur en esto, creo. O llamar al individuo de París Match. Tal vez él sea más dúctil.

Me miró fríamente por un segundo, luego se encogió de hombros.

—Eso está mejor —dije yo—. Bien. ¿Qué hay en la maleta?

—Ya se lo he dicho. Los papeles de Ahmed.

—¿Qué tipo de papeles?

—Documentos sobre las actividades secretas del Comité.

—El otro día me dijo que cuando usted los cogió y se marchó del chalet, hacía lo que el coronel Arbil hubiera deseado que hiciese. ¿Era deseo de Arbil que usted los vendiese?

Lucía tenía la vista fija en su vaso. Por un momento pensé que iba a empezar a mentir otra vez; sin embargo, cuando al fin respondió, comprendí que no era una mentira lo que trataba de expresar, sino la explicación de una relación.

—Tiene que comprender usted lo de Ahmed y yo —dijo en tono cauteloso—. A

mí me gustaba mucho de verdad. A una mujer le resulta difícil no sentirse atraída por un hombre agraciado, rico e inteligente, en su edad madura; un hombre que la adora y que, sin embargo, no pierde su buen sentido y su dignidad insistiendo en que ella debe adorarlo a él en contrapartida. ¿Me comprende?

—Sanger me dijo que estaba usted chiflada por él.

Hizo un ademán despectivo con impaciencia.

—Sí, sí, eso fue lo que yo le dije a Patrick. Esto me evitaba discusiones. Si yo estaba enamorada, esto significa para él que emocionalmente ya no podía confiar en mí y que, por lo tanto, ya no le era útil.

—Comprendo.

Yo me preguntaba si había sido el respeto de Sanger por la rapidez de su cálculo mental lo que no le había dejado apreciar su habilidad para calcular en otros aspectos.

—Por eso —continuó Lucía—, yo era feliz con Ahmed. Me divertía, me hacía sentirme mujer, y era generoso. No había malentendidos entre nosotros. Se suponía que un día él había de volver junto a los suyos, a ocupar un alto puesto en el Gobierno; tal vez, incluso, el más alto, si llegaba la ocasión. Una esposa francesa católica sería impensable, aunque hubiera cambiado de religión. Los kurdos son muy estrictos, sabe.

—Eso tengo entendido.

Se apartó el pelo de la frente y sus ojos tropezaron con los míos.

—Usted sabe muchas cosas de mí, creo.

Era una simple afirmación; no había ninguna segunda intención en el modo como lo dijo.

—Sé lo que he leído. Y lo que Sanger me dijo.

—Y lo que usted ha visto por sí mismo, además.

—Algunas cosas he aprendido, cierto.

—Entonces, quizás haya deducido ya que a mí el dinero es una cosa que me importa mucho.

—A casi todo el mundo le importa, creo, sobre todo a los franceses.

—No quiero decir que me preocupe de ahorrar. Quiero decir que me asusta mucho el no tener dinero. Cuando era niña, mi padre perdió el negocio. Fue exactamente después de la guerra. Aunque era muy pequeña, siempre me acuerdo de lo asustados que estaban él y mi madre.

—Pero su padre montó otro negocio.

—Nunca volvió a ser lo mismo. Mis padres eran hijos de familias trabajadoras los dos. Habían subido con mucho esfuerzo y esto significaba mucho para ellos. Siempre tenían miedo de dar un resbalón otra vez. Cuando me fui a vivir con mi tía en Menton, comprendí por qué. Fue ella la que me enseñó a trabajar con mis manos. Este era todo su ideal de vida: poder trabajar por unos cuantos francos la hora y, al fin

casarse con un vendedor de ultramarinos —hizo una pausa—. Supongo que me creará una esnob.

—Algunos vendedores de ultramarinos viven muy bien, supongo. Pero comprendo lo que quiere decir. Supongo que lo habrá pasado muy mal cuando se les hundió aquel negocio de Antibes.

Lucía asintió con la cabeza.

—Para mí fue una lección. Un negocio pequeño nunca va bien, a no ser que haya una gran cantidad de dinero detrás, es decir los medios para crecer. Ahmed y yo hablamos muchas veces de ello. Aunque era militar, era muy listo en cuestiones de dinero. Todos sus hermanos se dedicaban a los negocios, sabe —una mirada lejana apareció en sus ojos—. Uno de ellos es el concesionario de una gran fábrica de automóviles americana. Obtiene unos beneficios enormes. Coches, camiones, máquinas arrasadoras, tractores: recibe un porcentaje por cada venta realizada en el país.

Su cara adquirió una expresión deliciosa al decir esto, como si estuviera describiendo los exquisitos movimientos de una obra de arte. Luego sus ojos se detuvieron en los míos.

—Naturalmente, los gastos generales son enormes también.

Yo me sonreí y ella me dirigió una mirada recelosa. No estaba segura si me sonreía con ella o de ella.

—Lucía —le dije—, no creo que tenga usted miedo de no tener bastante dinero. Más bien creo que de lo que tiene miedo es de no tener mucho.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Es lo mismo, Ahmed me entendía. Esto es lo que quería decirle. Me dijo que cuando volviera a su país, me dejaría cierto capital para que yo hiciera uso de él. Fue idea suya. Los dos planeamos juntos lo que podía yo hacer con él.

—¿Cuánto capital?

La mirada lejana retornó a sus ojos.

—Oh, medio millón de francos más o menos. Tal vez más.

Su tono era casi indiferente.

Aquel fue el momento en que mis motivos empezaron a ser poco claros.

—¿Y el dinero iba a salir de lo que hay en la maleta? —le pregunté.

—Sí.

—¿Cómo?

—Eso es lo que le quería explicar también, pero usted no hace más que interrumpirme.

—Lo siento.

Se sirvió un poco más de Oporto y se acomodó en la silla.

—Ahmed nunca tuvo dificultades monetarias —dijo—. El otro día me lo

preguntó usted. Cuando se refugió en Suiza, había un convenio con los de Bagdad. Algunos eran todavía sus amigos, naturalmente, y otros eran enemigos, pero todos conocían a Ahmed bien. Todos le respetaban mucho, incluso los enemigos. Además, había estado al frente de los servicios de espionaje. Cuando salió para la conferencia de Ginebra, sabía que habría disturbios durante su ausencia, así que se llevó ciertos documentos con él.

—Comprometedores para sus enemigos, sospecho.

—Y para sus amigos. Fue una simple precaución. Esa fue la explicación que él me dio. Ahmed siempre fue un hombre práctico. Así que no había dificultades cuando deseaba dinero en Suiza. Tanto sus hermanos como el negocio de la familia estaban protegidos, y podían enviarle dinero. Todo se podía arreglar siempre.

—¿Dónde están esos documentos ahora?

—Oh, los tengo yo —hizo un gesto despectivo dejando esa cuestión aparte—. Pero no es eso lo importante. Lo importante es lo que ocurrió entre Ahmed y el Comité Kurdo. Ahmed era un patriota, sabe.

—Eso me dijo el otro día.

—Pero no un patriota estúpido.

—De eso estoy seguro.

—Durante mucho tiempo, mientras estaba en Zürich, trabajó con el Comité. Era un hombre de experiencia y gran reputación, un oficial de alta graduación, un militar sumamente respetado en el ejército. Era una persona consecuente, ¿comprende?

—Sí.

—Al principio, el Comité no confiaba en él totalmente. Me dijo que había algunos miembros que creían que su exilio en Suiza no era auténtico, sino una trampa del Gobierno de Bagdad para introducir un espía dentro del movimiento. Con el paso del tiempo, sin embargo, y al hacerse más influyente su papel, también estos miembros terminaron por confiar en él cada vez más. Y después, hace un año o así, ocurrieron algunas cosas que le hicieron empezar a desconfiar de ellos.

—¿Qué tipo de cosas?

—¿Usted sabe algo acerca del movimiento nacionalista Kurdo?

—¿Lo del Tratado de Sevres y todo eso?

—Sí, todas las desilusiones. Ahmed decía que había habido demasiadas y que el Comité estaba cansado. Decía que cuando hombres así (exiliados con un gran sentido de la injusticia y una causa por la que luchar) tienen que esperar demasiado para satisfacer sus deseos, se opera en ellos un cambio. Algunos se desaniman y ya nada les importa; pero otros se desesperan y están decididos a utilizar cualquier medio que les lleve al poder, aun cuando esto signifique una traición a los principios por los que han luchado siempre. «Seamos prácticos», dicen. «Primero tomar el poder, y después ya reharemos nuestra política». Hombres así, decía Ahmed, o están corrompidos, o se

engañan a sí mismos. En todo caso, son peligrosos y hay que detenerlos.

—Y él decidió detenerlos.

—Sí. Como usted sabe, tras el colapso de la República Kurda de Mahabad en mil novecientos cuarenta y seis, siempre ha sido política del Comité rechazar la ayuda rusa al movimiento. Los rusos les fallaron entonces, dicen, y les volverían a fallar. Además, comprendían que un estado Kurdo bajo la órbita rusa nunca sería aceptado por las potencias occidentales. Al menos lo comprendían la mayoría de ellos. Cuando Ahmed se fue introduciendo más en las intimidades del Comité, empezó a ver que había varios miembros que, mientras pretendían aceptar la política oficial, hablaban de ella en privado como si se tratase de una broma. Al principio, interpretó esto como una expresión normal de amargura y frustración. Pero se interesó por los hombres en cuestión y les dio a entender que él participaba de sus puntos de vista. Finalmente, se le acercó uno de ellos y le propuso una reunión secreta... secreta, quiero decir, respecto a los dirigentes del Comité. Se celebró en el chalet. Al final de la velada, Ahmed sabía que el Comité había sido traicionado por completo y que era utilizado simplemente como tapadera para una conspiración con los rusos.

—¿Qué tipo de conspiración?

—Levantamientos armados simultáneos en las zonas kurdas de Turquía, Siria y el Irak. Pero preparados minuciosamente por adelantado. Iban a ser organizados grupos militantes y entrenados en el uso de armas modernas. Se iban a preparar escondrijos para depósitos de armas. Grupos especiales de terroristas se encargarían de mantener el secreto y la disciplina. Los planes eran muy amplios. En conjunto se conocían con un nombre cifrado, *Dagh*. Es una palabra turca que significa «montañero». A los Kurdos se les llamaba también «turcos de la montaña». Ahmed decía que el plan *Dagh* era inteligente y de largo alcance, y que había sido elaborado teniendo en cuenta los puntos fuertes y débiles de los Kurdos. Pensaba que tendría grandes probabilidades de triunfar.

—¿Y qué hizo?

—Naturalmente, se unió a los conspiradores.

—¿Naturalmente? Creí que no estaría de acuerdo con ellos.

—Claro que no. ¿Pero qué otro modo tenía de hacerse valer? Estaba «en el ajo», como dicen. Durante dos meses aproximadamente asistió a todas las reuniones secretas del *Dagh*, escuchó lo que decían e investigó todo lo que pudo: nombres, sitios, cadenas de mandos, medios financieros, comunicaciones, todo.

—¿Eran esas las reuniones de las que me habló el otro día, las celebradas en el chalet?

—Sí, pero hubo otras, en Lausana y en Basilea. Eso fue antes de que le avisaran, claro; me refiero al aviso de que se le consideraba sospechoso. Después del aviso, no asistió a más reuniones. Hubiera sido demasiado peligroso.

—Entonces la gente del plan Dagh se habrá dado cuenta de que le habían avisado.

—No inmediatamente. Les dijo que había sido interrogado por la policía federal Suiza y que creía que podía estar vigilado. Esto le daba cierta base al hecho de alejarse de ellos, y ellos de él. Pero Ahmed sabía que la situación no podía durar. Más pronto o más tarde se darían cuenta de lo que había pasado y tratarían de matarlo. Pero creía que no serían capaces.

—¿Usted no sabe realmente quién le avisó?

—No. Pero el aviso vino de Bagdad. Alguien allí había hablado demasiado. Habían cometido un descuido.

Yo empezaba a no ver nada claro:

—¿*Habían*, en plural?

—Sus viejos amigos del gobierno de Bagdad. Naturalmente, por aquel entonces estaba en contacto con ellos otra vez. Ya les había informado algo sobre el plan *Dagh* y sobre sus actividades al respecto.

Lucía se sonrió con aire picaresco.

Ahora empezaba a comprender yo.

—Oh, ya veo. Quiere decir que Arbil pensaba utilizar el asunto Dagh para comprar su regreso al favor de los dirigentes, ¿no?

—¿*Comprar*, dice? —puso cara de ofendida ante la sugerencia—. Nada de eso. Iba a vender.

—Pero evidentemente...

—¿Qué sentido tendría ofrecer a Bagdad la información a cambio de nada? —preguntó ella—. Obteniéndola gratis, resultaría inmediatamente sospechosa. En Bagdad sabían que Ahmed vivía muy cómodamente en Suiza, que no *tenía* que volver. Se hubieran preguntado inmediatamente: «¿Por qué? ¿Por qué este Kurdo se ha vuelto súbitamente tan amable con nosotros? ¿A qué juega ahora?». Pero si tenían que pagar una fuerte suma de dinero, su punto de vista sería diferente. Los motivos de Ahmed serían comprensibles. Así es como piensa esta gente.

—¿Y accedieron a pagar?

—Sí. Ya estaba todo arreglado. Vendría un hombre de Bagdad a examinar los documentos que Ahmed había preparado y para negociar la compra. Ahmed sólo ponía una condición: que el hombre que viniera fuera una persona en la que él pudiera confiar. Le iban a mandar a un antiguo compañero de armas en el ejército, el brigadier Farisi. Debería llegar a Zürich al día siguiente de la muerte de Ahmed. Yo iba a ser el intermediario.

Me dirigió una mirada expectante. Yo me serví otro coñac e hice el comentario de rigor:

—Supongo que el brigadier Farisi es el comprador a quien espera usted, ¿no?

Lucía asintió:

—Uno de ellos. Tan pronto como lea mis declaraciones en su revista comprenderá que yo deseo entrar en contacto con él.

—¿Para quién trabaja Skurleti?

—Para el consorcio italiano, creo. En realidad, estoy casi segura.

Encendió un cigarrillo con cierta dificultad y luego continuó:

—Ahmed pensó de este modo: Bagdad ha sido advertido de la operación *Dagh*. Él estaba dispuesto a venderles información confidencial y otros documentos que obraban en su poder referentes a dicho plan. Al hacerlo así, se comportaba como una persona responsable y como un patriota.

Hizo una pausa para dejar que la frase reposara.

—Por otra parte... —adelanté yo.

—Sí. Por otra parte, podía ser que la gente de Bagdad no fuesen los únicos interesados en echar un vistazo a los documentos.

—Venderlos dos veces, en realidad.

—No perjudicaba a nadie con ello. Ahmed descubrió durante una de las reuniones del plan *Dagh* que un nuevo consorcio italiano del petróleo estaba sumamente interesado en cualquier posibilidad de un cambio político en la zona de Mosul-Kirkuk. Quizá podría llevar a una anulación de las actuales concesiones petrolíferas al cincuenta-cincuenta y la consecución de nuevas concesiones en el plan de setenta y cinco-veinticinco. Una compañía italiana hizo ya un trato semejante en el Irán. Ahora, los demás países petrolíferos desean adoptar también este plan. Las concesiones americanas y británicas están seguras en el Irak mientras la situación política del país sea estable. Pero si se hace inestable, este consorcio italiano pretende estar allí el primero. Por eso también a ellos les gustaría conocer por adelantado la operación *Dagh*: qué posibilidades tiene, quienes serían los nuevos dirigentes con los que tendrían que tratar.

—Si Skurleti está trabajando ya, supongo que es porque el coronel Arbil había dado a entender al consorcio que estaba dispuesto a negociar.

—Oh, sí. Lo sabían.

—Así que hay dos compradores en el mercado. ¿Y qué me dice de la gente que mató a su amigo? Si saben leer, también andarán por el medio, me imagino.

La expresión de su cara se hizo más dura.

—Sí, se presentarán aquí. La operación *Dagh* está claramente en peligro, por eso ahora tendrán que procurar ponerse a salvo, ellos personalmente y también la organización, si pueden. Esto significa destruir los documentos. Ahora tal vez tengan otros que les ayuden, los rusos, quizás. Por eso es por lo que tengo que tener tanto cuidado. Al principio, pensé en ponerme en contacto con Farisi a través de la embajada iraquí en París, pero sé que a Ahmed no le hubiera parecido prudente correr ese riesgo. Bagdad había sido indiscreto una vez. Podían volver a serlo. ¿Lo

entiende? Estaba aterrorizada, pero tenía que andarme con cuidado.

—Sí lo comprendo.

Y era cierto. Había estado aterrorizada; pero no demasiado pues había mantenido firme la cabeza para esconderse y esperar y, en último término, encontrar el modo de obtener su capital de la inversión de Arbil. Hasta entonces, me había sentido fascinado por ella. Aún no había llegado al punto de que me gustara; pero sí al momento en que empezaba a respetarla.

—Y *tenemos* que andar con cuidado —añadió—. Es decir, si quiere ayudarme.

Me dirigió una mirada de ansiedad, dispuesta a persuadirme; pero yo ya estaba decidido.

—Muy bien —le dije—. Pero creo que será mejor que deje ahora claramente sentado ante usted que padezco una profunda neurosis moral y que soy un cobarde absoluto.

Lucía lanzó una carcajada.

—Usted mandó al diablo a su jefe.

—Soy muy valiente sobre el papel.

—Es usted un hombre gracioso —me miró como si me estuviera tasando—. Creo que me cae usted bien.

—Tal vez cambie de parecer. Aún no hemos hablado de mis honorarios.

—Oh, eso...

Se quedó pensando por un momento, luego hizo un gesto como si hubiera adoptado una decisión valiente.

—Bueno, realmente —dijo—, sólo es cuestión de unas cuantas llamadas telefónicas. Creo que con el cinco por ciento la cosa sería satisfactoria.

—No para mí.

—¡Veinticinco mil francos nuevos! —exclamó indignada—. ¡Es una fortuna!

—A cambio de unas cuantas llamadas telefónicas, posiblemente. Pero no a cambio de lo que yo tendría que hacer, Lucía. Los documentos han de ser verificados. Esto significa dos encuentros. Luego, el resto de los documentos han de ser entregados a cambio del dinero. Cuatro reuniones en total. Cuatro ocasiones de ser asesinado por el Comité.

Ella hizo un gesto despectivo.

—Oh, exagera usted. Le dije que hay que andar con cuidado. Tomando unas ciertas precauciones, ¿cómo van a saber de las reuniones?

—En su lugar, yo sabría cómo hacer.

—¿Cómo?

—Esperar la llegada de los compradores y entonces vigilar para ver con quiénes se ponían en contacto.

—¿Y cómo van a identificar a los compradores?

—Skurleti puede que no les sea demasiado fácil, pero al brigadier Farisi seguro que lo conocen. Creo que no basta con andarnos con cuidado al concertar esas entrevistas. Creo que debemos utilizar la inteligencia además. Y aun así, será sumamente peligroso para las dos partes. Yo no le echo en cara que utilice un mediador —concluí yo amigablemente—, pero me temo que tenga que pagarlo decentemente.

Lucía se tomó otro trago de Oporto.

—¿Y qué considera usted decente?

—Treinta mil dólares.

Me miró con los ojos inmensamente abiertos, estupefacta.

—Treinta mil... ¡pero eso son ciento cincuenta mil francos!

—Aproximadamente, sí. Es el capital que yo necesito. Si quiere mi ayuda, es eso lo que le va a costar.

Se puso de pie rápidamente.

—¡Está usted loco!

—Estaría loco si lo hiciese por menos. Probablemente estoy loco de todos modos, pero si puedo poner las manos sobre tal cantidad de dinero, estoy dispuesto a correr el riesgo. Una especie de acuerdo de todo-o-nada, dirá usted.

—Le daré cincuenta mil francos.

—Llame al hombre del *Paris Match*.

—Setenta y cinco mil.

—Ciento cincuenta mil, o no lo hago.

—Salaud!

Esperé a que me dirigiera unos cuantos insultos más. Cuando empezó a cansarse, la interrumpí:

—Lucía, tienen que ser ciento cincuenta. Ya se lo dije. Pero le prometo lo siguiente: le haré el negocio todo lo mejor que pueda. Puede que aún le quede el medio millón limpio. Si tenemos suerte y podemos utilizar el licitador turco contra los iraquíes, a lo mejor aún es más.

—Es usted peor que Patrick.

—Antes dijo que él sólo le dejaría un pellizco.

—Y eso es lo que usted me deja, ni más ni menos —repuso con amargura.

—Tonterías.

Se retorció las manos, abrumada y se volvió a sentar.

—Es usted un chantajista.

—Eso es lo que Sanger me llamó también. De todos modos le resulté muy útil.

—Antes utilizó usted la palabra capital. Usted es periodista. ¿Para qué necesita capital?

—Para lo mismo que usted: reparar un fallo. Si le he de ser sincero fue Sanger el

que me calculó la cantidad total que necesitaba.

Suspiró profundamente y dijo:

—Muy bien.

—¿Está de acuerdo? ¿Ciento cincuenta mil?

—Sí, sí, acepto. Cuénteme lo de Skurleti.

Se lo conté.

Ella quería saber todos los detalles de la conversación que yo había tenido con él. El detalle de que Skurleti me vigilara en la estación le hizo gracia. La facilidad con que pagó generosamente mis servicios le impresionó mucho.

—Le han dado carta blanca —comentó en tono de aprobación.

—En cuanto a los gastos, quizás —le dije—. ¿Cuánto espera sacar de él?

—Le pediré doscientos mil francos y espero que me dé por lo menos la mitad. Tiene que saber que hay otras personas interesadas.

—Si le va a vender sólo copias, esto no le impresionará. Podría venderle a otro los originales.

—Él no sabrá si son copias o no. Las hizo el propio Ahmed con su propia letra.

—¿Y qué me dice del brigadier Farisi? ¿Cómo nos pondremos en contacto con él? Siempre suponiendo que sea él la persona que envíen a Niza.

—Seguro que lo será. De eso no me cabe duda. Y Ahmed dijo que no era tonto. Yo sé lo que él hará aquí para facilitarnos la tarea.

—¿Qué hará?

—En Zürich yo me iba a poner en contacto con él en el hotel Schweizerhof. Aquí no hay ningún hotel con ese nombre, pero hay muchos con nombre suizo: el Helvétique, el Frank-Zürich, el Suiza y otros. Yo creo que elegiría uno de esos. No tiene que hacer más que telefonar. No es difícil encontrar a alguien que para en un hotel.

—Lo sé por experiencia.

Y le conté mi aventura del hotel aquella mañana.

Le encantó.

—¿Lo ve? Será fácil encontrarlo.

—Y más fácil será encontrarme a mí. El lunes posiblemente aparecerá mi fotografía en los periódicos. Mañana por la noche tendré que abandonar el hotel.

—¿A dónde piensa ir?

—Esperaba que usted tuviese alguna idea.

Ella se quedó pensando por un momento:

—Aquí hay una habitación —dijo al fin—, pero está la mujer de la limpieza que viene por las mañanas. Encontrará raro que me eche un amante mientras me estoy recuperando de una operación de cirugía plástica.

—¿Y la casa de Beaulieu donde estuvimos la noche de la entrevista? ¿Aún tiene

la llave?

—Sí, pero tendría que tener mucho cuidado allí. Se supone que está vacía y hay casas ocupadas en los alrededores.

—¿Hay alguna comida allí?

—Adela dejó algunas latas de sopa por si yo tenía que trasladarme súbitamente. Pero será mejor que se compre usted algunas cosas más hoy antes de que cierren las tiendas. No hay ropa para las camas, pero hay aquí alguna que se puede llevar. Le daré también la llave del garaje para que no deje el coche a la vista.

—No, tendré que deshacerme del coche antes del lunes. Si salgo en los periódicos, el hombre del garaje que me lo alquiló podría reconocerme; entonces se preocuparía por el coche y daría parte a la policía. Sospecho que tendrá que llevarme usted allí.

—No a la luz del día, desde luego.

—Por lo que a mí respecta, cuando más tarde mejor. Eso de hacerme la comida no se me da demasiado bien.

Me interrumpí y añadí:

—Creo que es hora de que telefonee a Skurleti.

—Ah, sí. El teléfono está ahí.

Ella escuchó la conversación desde la extensión del dormitorio.

—¿*Monsieur* Skurleti? Aquí Mathis en Marsella.

—¿Ha estado en Séte?

—Sí. Todas las casas están vacías.

—¿Todas? ¿Está usted seguro?

—Totalmente. Nadie podría vivir en ellas.

—¿Por qué no?

—Las están reconstruyendo.

—¿Las tres?

—Las tres. Están inhabitables.

Hubo una pausa.

—Muy bien —dijo al fin—. Le veré el lunes en el Ayuntamiento.

—Puede que me retrase, pero le veré o le llamaré al hotel. Adiós.

Y colgué.

Lucía se sonreía al volver del dormitorio.

—¡Qué acento! —dijo—. Pero supongo que lee y habla el árabe. Por eso debe ser por lo que le han elegido.

Miró su reloj y añadió.

—Ahora será mejor que se vaya y haga las compras.

Mientras nos dirigíamos a la puerta de la salida, yo le dije:

—Hay una cosa que aún no hemos discutido. ¿Qué ocurrirá después?

—¿Después de qué?

—Supongamos que Skurleti acepta pagar de buena gana, que llega el coronel Farisi y también accede pagar, que por casualidad evitamos que el Comité nos mate...

Ella me cortó en seco:

—No haga bromas siniestras con eso.

—No era una broma. Pero, bueno, dejaremos aparte lo del asesinato. Supongamos que todo sale según nuestros planes, y que logramos reunir el dinero... ¿después, qué? ¿Usted continuará escondiéndose?

—Sólo hasta que la gente de la operación *Dagh* sepa que los documentos están en Bagdad, y lo sabrán pronto. Después de esto, ya no estarán interesados en mí.

—Pero la policía si lo estará.

Ella hizo un gesto vago.

—Oh, entonces dejaré que me encuentren. Y les contaré lo que le conté a usted para la revista. Me procuraré un abogado y les entregaré el resto de los papeles de Ahmed. Haré el papel de mujer destrozada, histérica. No tienen de qué acusarme.

—Pero a mí sí —le recordé—. El no prestarse a dar información acerca de una persona buscada para interrogarla, puede ser un delito si deciden meterse conmigo.

—Ah, sí.

Se quedó pensativa por un momento, luego su cara se iluminó.

—Claro. Me llevará usted a la policía. Será usted la persona que me persuadió para que me entregara. Usted será el que lleve los otros papeles de Ahmed.

—Pero que no dice nada de la venta de los informes sobre la operación *Dagh*, por supuesto.

—Oh, no. Eso no les gustaría nada, creo.

—¿Se da usted cuenta de que, sin la información que consta en esos documentos, la policía suiza no tiene la menor posibilidad de capturar a los hombres que torturaron y asesinaron a su amigo?

Ella se encogió de hombros.

—De todos modos, no tienen ninguna posibilidad. Además, a Ahmed no le hubiera interesado. Enviar a esos hombres a prisión no le devolvería a él la vida. Para él lo importante sería que los documentos fuesen a dónde él quería que llegasen. Además, su voluntad era que el dinero fuera para mí.

—Sí, claro.

Lucía creyó percibir una nota de crítica en mis palabras. Sus labios se pusieron rígidos.

—He llorado muchas veces por Ahmed —dijo serenamente—; pero ahora eso ya pasó, y no voy a fingir cosas que ya no siento. Sobre todo, no voy a fingirlas con usted. Puesto que somos compañeros de negocios, podemos actuar sin hipocresía ni

fingimientos. Dije que me caía simpático, pero no me gusta cuando se pone encopetado.

Quería decir cuando me ponía pedante.

Yo me sonreí.

—Discúlpeme. Podemos tirar el copete al instante.

—Bien. ¿A qué hora aproximadamente, cree? Puedo trasladar mis maletas y las provisiones de comida a su coche. Luego volveré a coger el Renault y lo devolveré a la casa que me lo alquiló. Usted me recogerá en Niza más tarde, una vez que haya anochecido.

Ella aprobó el proyecto.

Me puse el sombrero y me fui. Ahora no tenía que preocuparme porque Skurleti pudiera estar en Cagnes, así que me dirigí directamente a Niza por la autopista. En la calle Gambetta hay una tienda de ultramarinos perteneciente a una cadena de grandes almacenes. Compré huevos, sardinas en aceite, latas de verduras y frutas y artículos de charcutería de los que menos se estropean. Y unas cuantas botellas de vino. Tuve que hacer dos viajes para meterlo todo en el coche. Desde allí me dirigí al garaje cercano a la estación y aparqué el coche. El cielo amenazaba lluvia, así que me acerqué al hotel para coger un impermeable.

Estaba pensando que si me iba a encerrar en solitario en la casa de Beaulieu durante varios días, debía pasar por una librería y posiblemente adquirir un aparato de radio pequeño. Al traspasar la puerta giratoria hacía el vestíbulo, estaba añadiendo cigarrillos a mi lista de compras para la hora siguiente.

Vi a Bob Parsons antes de que él me viera a mí. Estaba junto al mostrador del conserje mostrándole una fotografía. El conserje levantó la vista automáticamente al oír el ruido de la puerta. Por un instante, el sombrero evitó que me reconociera; pero sólo por un instante. Dejó escapar una exclamación y Bob Parsons volvió la cabeza.

Yo me di la vuelta y me precipité a través de la puerta otra vez. A mis espaldas oí la voz de Bob Parsons que me gritaba:

—¡Piet! ¡Oye, no seas loco! ¡Espera un minuto!

Pero yo ya estaba en la calle de nuevo. Hubo un chirrido de frenos y llantas contra el suelo al pasar corriendo frente a un coche. El conductor me gritó no sé qué. Oí de nuevo la voz de Bob Parsons que me llamaba a lo lejos.

Ni siquiera volví la vista. Seguí corriendo simplemente.

Afortunadamente, la lluvia que antes amenazaba se había convertido ahora en una fina llovizna. Un hombre corriendo por una calle seca llama la atención y puede interesar a la policía; pero un hombre corriendo con el cuello de la chaqueta subido para mejor protegerse de la lluvia resulta totalmente comprensible. Corrí hasta que estuve exhausto.

Hay un gran café al final de la Rue Rossini. Entré en él y llamé a Lucía.

Afortunadamente había anotado su número de teléfono al dorso de mi permiso de prensa, que siempre llevaba en el bolsillo.

Le conté lo que me había pasado. Ella no me hizo preguntas estúpidas ni perdió el tiempo en lamentar la situación.

—¿Dónde está ahora?

Le di la dirección del café y esperé a que la anotase. Luego continué:

—El coche, con la comida dentro, está en un parking cerca del hotel. Creo que no debo regresar allí a pie. Pienso que lo mejor sería que esperase usted un rato, hasta que anochezca, y luego venga a recogerme para llevarme al garaje. Tan pronto como pueda deshacerme del coche alquilado, tengo que irme a Beaulieu.

—¿Y cómo va a hacer con la ropa?

—Puedo utilizar la próxima hora para comprarme lo que necesito para salir del apuro.

—Muy bien. Pero yo no puedo entrar en el café. Habrá demasiada luz. Tendrá que estar pendiente de la llegada de mi coche.

—¿El Citroën? Muy bien. ¿Dentro de una hora?

—Sí.

Primero fui a la farmacia y me compré lo esencial: maquinilla de afeitar, cepillo de dientes, etc. También intenté comprar algún somnífero, pero la dependiente no me los quiso vender sin receta. Después logré dar con los almacenes donde me habían vendido el sombrero. Estaban a punto de cerrar, me compré unos pares de calcetines y ropa interior, tres camisas de nylon, un impermeable de plástico y una maletita también de plástico. Al salir, añadí un horrible radio reloj a la colección. No tuve tiempo de encontrar una librería. De vuelta al café, mientras esperaba a Lucía, me compré cigarrillos.

A aquella hora llovía copiosamente y pronto resultó imposible ver nada a través de las vidrieras que cerraban la terraza del café. Abandoné el local y me metí en el portal de un edificio de oficinas que había al lado. Lucía llegó un minuto o dos después de la hora prevista. Yo tiré la maleta en el asiento trasero y me senté a su lado.

—¿Dónde está el garaje? —me preguntó.

Se lo dije.

—¿No sería mejor dejar el coche allí? —preguntó—. Yo conozco un supermercado que está abierto hasta muy tarde. Podría comprar otras provisiones allí.

—No. Yo no pienso así. Quiero devolver el coche a los dueños. Está alquilado a nombre de Mathis, y Bob Parsons sabe que ese soy yo. Podría crearme problemas con la policía si alguien denuncia su desaparición. Prefiero devolverlo mientras puedo.

—Sí, me parece bien.

Le indiqué la dirección del garaje y ella se detuvo frente a la entrada del mismo.

Yo saqué el Renault y ella vino detrás. Poco antes de llegar al garaje de la casa propietaria, me detuve y trasladamos los paquetes de comida al Citroën. Ella me esperó a que devolviese el coche y recobrase mi depósito. Minutos más tarde estábamos en la Moyenne Corniche en dirección al Este.

Casi no hablamos. Yo le pregunté si el teléfono de la casa de Beaulieu estaba conectado y ella me dijo que sí. Aparentemente, Adela Sanger siempre lo dejaba todo listo para uso inmediato en sus casas; había descubierto que era más práctico hacerlo así.

Lucía había llevado ropa de cama, toallas, y un poco de pan. Tan pronto como abrió la puerta de la casa, yo empecé a llevar las cosas que había en el coche. La lluvia, la oscuridad y los escalones me hacían ir lento. Cuando terminé, ella ya tenía un fuego encendido en la chimenea.

—En un momento —me dijo—, prepararé algo de comer, una tortilla quizá.

Mi sorpresa fue demasiado evidente y no le pasó desapercibida. Ella arqueó las cejas.

—¿Creía que le iba a dejar en medio de todo este lío y largarme directamente a Cagnes?

Eso era precisamente lo que yo había pensado que haría.

—Pensaba si alguien se fijaría en el coche que está afuera —dije.

—¿Cree que alguien lo verá en la oscuridad?

No esperó a que yo le contestara.

—Bien —continuó—, ahora veamos dónde puede dormir. Arriba hay un amplio dormitorio, que Adela me aconsejó que utilizase si me trasladaba aquí. Las ventanas de esta fachada no se ven directamente desde la casa de los vecinos. Y con las cortinas, nadie puede ver ninguna luz desde fuera. Pero tenemos que asegurarnos de las cortinas primero. Debí haber traído una linterna.

Yo saqué cerillas y subimos las escaleras. Le alumbré con una desde el marco de la puerta mientras ella entraba en el dormitorio y corría las cortinas. Luego encendió la luz y apareció una amplia cama de matrimonio y un amplio espacio de cretona a rayas amarillas y blancas. El estrecho vano de una puerta daba al cuarto de baño. Lucía echó un vistazo en derredor en actitud crítica. En un rincón había un armario de pino estilo siglo XIX. Se dirigió a él y empezó a sacar mantas y almohadas.

—No está mal —dijo—. Las casas de Adela son caras de alquilar, pero valen el dinero que cuestan.

—No hay ninguna posibilidad de que venga nadie a molestar, supongo.

—Como mínimo durante un mes, no. Algunas casas están alquiladas todo el año, pero la mayoría sólo lo están durante el verano, de mayo a septiembre. ¿Estará cómodo aquí?

—Seguro que sí.

—No hace mucho calor ahora, pero si sube la estufa eléctrica que hay abajo, le secará un poco las mantas. Ahora podremos tomar una copa. Usted la necesita. La cama se puede hacer más tarde.

Lucía como ama de casa era una sorpresa. Sus modales, la soltura con que se movía, cambiaron de un modo súbito pero imperceptible. En cuestión de cinco minutos reunió los elementos necesarios de la desconocida cocina como si estuviera en su casa.

Recibió con una sonrisita burlona mis compras de comida (me había olvidado, entre otras cosas, de comprar mantequilla, con lo que la tortilla quedaba descartada), pero no se preocupó demasiado. No sé cómo, pero consiguió hacer un delicioso plato a base de huevos con la ayuda de una lata de tomate frito y unas rodajas salteadas de embutido de ajo. Los cominos acompañándolos con pan y una botella de vino tinto, en una mesa baja de café situada junto al fuego.

Yo había esperado que ella tendría ganas de seguir hablando de nuestros planes cara a la semana siguiente, pero me equivoqué. La autoridad para hacer planes, al parecer, me la había dejado a mí; su misión, por lo tanto, sería la de proporcionar provisiones, apoyo táctico y cuidar de mi estado moral. Había recogido algunos datos acerca de mi vida privada de boca de Adela Sanger; ahora deseaba saber cosas de mis amigos: sus ocupaciones, edad, estado civil, dónde vivían, cuanto ganaban, qué decían, qué pensaban. Cuando mencioné a una mujer a quien yo conocía bien porque trabajaba para un semanario, su interés se hizo mayor y sus preguntas resultaron más prudentes. ¿Es ese tipo de mujeres con las que uno se acuesta?, se estaba preguntando. Al comprender que esto no era posible, su actitud se hizo más directa.

—¿Qué pasará la semana que viene cuando todo el mundo le esté buscando? —preguntó—. ¿No estarán preocupados sus amigos por usted?

—Supongo que sí. Pero no puedo hacer nada.

—¿Y su amiga particular?

—¿Mi amante, quiere decir?

—Ah, no me había contado nada de ella.

—Porque no existe.

—¿No tiene *nada* por el estilo?

La incredulidad de su tono hubiera resultado insultante si yo no me hubiera estado preguntando cómo podía salir airoso del atolladero.

—De momento, no.

—¿Por propia voluntad?

—En parte, supongo.

Sus cejas se arquearon en ademán burlón.

—Ah, comprendo. Es usted uno de esos muy difíciles de contentar —se sonrió—. ¿Qué fue de la última?

Yo me tomé un trago de vino antes de contestar.

—Ya casi la he olvidado —le dije—. El hombre del hospital me dijo que la olvidaría por completo al cabo de poco tiempo.

Su sonrisa se esfumó.

—¿Qué ocurrió? ¿Murió?

—Que yo sepa, está con más vida que nunca. En aquel hospital, el paciente era yo.

—¿Y usted no tiene ganas de hablar sobre ella?

—Ni de pensar en ella si puedo.

—Ya comprendo. Esa mujer formaba parte de los tiempos difíciles.

—Sí.

Por fortuna, Lucía no siguió con el mismo tema. Terminó el vino que tenía en el vaso y empezó a limpiar la mesa. Yo empecé a ayudarla, pero ella me lo impidió.

—No, lo hago más rápido yo sola. Termine el vino. Haré un poco de café. Un minuto o dos más tarde la oí salir de la cocina y subir las escaleras para hacer la cama. Yo me quedé donde estaba. Me encontraba muy cansado, y la conversación sobre Madeleine me había deprimido horriblemente.

En esas ocasiones en que me hallo tan deprimido, algo raro se me nota en la cara. Lo sé. Ella lo notó en el momento en que entró con el café. Le cogí la bandeja y ella se dirigió al armario y trajo la botella de coñac que yo había abierto la noche de la entrevista.

—¿Cree que podrá dormir bien aquí? —me preguntó—. Personalmente, por alguna extraña razón, encuentro diferencia entre una casa extraña y la habitación de un hotel. Incluso una casa como esta es algo muy personal.

—Me atrevería a decir que el coñac me ayudará.

Lucía se sentó y sirvió el café.

—Cuando Adela me acogió —dijo—, yo era presa, como se puede imaginar, de una especie de crisis de nervios. Consiguí que su médico le diera una receta y me trajo unas pastillas sedantes. Me quedan unas pocas. Ya sé que no son lo mismo que un somnífero, pero se las podría traer mañana, si quiere.

—¿Sabe de qué tipo son?

—Luminal, creo. O algo así.

—Gracias. Me vendrán bien.

—Si me hubiera dado cuenta —dijo secamente—, las habría metido en el bolso esta noche.

Esto me hizo sonreír.

—No está usted acostumbrada a tratar con inestables psíquicos.

Lucía se ruborizó enfadada.

—Si puede sonreírse al referirse a usted mismo en esos términos, uno ha de

suponer que, o bien no cree en lo que dice, o goza humillándose a sí mismo. En cualquier caso, no resulta atractivo.

—No era mi intención serlo. Trataba de describir simplemente una situación. Me sonreí porque puso usted una cara como si el olvido del Luminal fuera una cosa tan ordinaria como el de la mantequilla que me ocurrió a mí. ¿Me comprende?

Ella trató de asimilar mi frase y luego se encogió de hombros.

—Antes dijo que era usted un cobarde; ahora dice que es un inestable psíquico. Sólo se acuerda siempre de los malos ratos y sólo cuenta cosas malas de usted mismo. ¿Por qué? ¿Porque es estúpido? No me lo parece. Tal vez, sin embargo, porque piensa que cuando una persona tiene miedo de muchas cosas, esto le hace ser un cobarde. Tal vez porque, al pensar continuamente en las ofensas que ha recibido, ya cree que es un anormal definitivamente.

Había estado mirando al fuego, pero ahora levantó la cabeza y me miró directamente.

—Pero no espere que yo le siga el juego —continuó—. Para mí es usted un hombre completamente normal. Puede que no sea usted feliz, pero eso es asunto suyo. No tengo intención de comportarme con usted como si se tratara de «una especie de». No tengo intención de «comportarme» con usted como si fuera un anormal. Nunca me han gustado los seres deformes.

—Entonces supongo que no tendrá problemas en negar su existencia. Al fin y al cabo —añadí en tono más razonable—, lo nuestro es simplemente una relación de negocios.

—Exactamente —dijo, y se puso de pie—. Creo que es hora de irme. ¿Hay alguna otra cosa que deba traerle, aparte de lo que ya hemos hablado?

—Si se me ocurre algo, ya le telefonearé.

Se puso el abrigo, la peluca y el pañuelo de la cabeza. Yo apagué la luz antes de abrir la puerta de la calle. Lucía salió sin decir otra palabra.

Nuestra aversión mutua era casi completa.

6

Un hombre, X, llega a un hotel y coge una habitación.

Un segundo hombre, Y, está en una casa en las afueras de la misma ciudad. X desea encontrarse con Y, e Y desea encontrarse con X. Sin embargo, deben encontrarse sin exponer a X e Y (sobre todo a Y) a las intenciones hostiles de una tercera parte, Z.

Pregunta: Descríbase adecuada y convincentemente: 1) las circunstancias en que puede tener lugar el deseado encuentro sin correr riesgos ninguna de las dos partes, y 2) cómo disimular dichas circunstancias. Dense los detalles precisos. Si es necesario, ilústrese la respuesta con diagramas, croquis, etc. La buena fortuna no puede ser utilizada como factor determinante de la solución.

Me pasé la mayor parte del domingo tratando de resolver este intrincado problema.

Las respuestas a la primera parte de la pregunta eran casi evidentes. Suponiendo, como suponía yo, que el brigadier Farisi fuera conocido por los agentes del Comité y sometido a estrecha vigilancia, dicha vigilancia tenía que ser burlada con eficiencia antes de que el encuentro tuviera lugar. Era necesario que Farisi no pudiera servirles de pista que los condujera a mí. Es más, debido a las peculiares relaciones entre yo, la policía y los periódicos que surgirían durante el período en discusión, el encuentro debería llegar sin ser visto ni identificado. Idealmente, Farisi y yo deberíamos hacernos invisibles durante una hora o dos.

En cuanto a la segunda parte, no era capaz de encontrar respuestas satisfactorias en absoluto. Yo había visto películas en las que alguien burlaba la vigilancia de sus seguidores saltando de un tren en marcha o escabullándose a través de un edificio con varias salidas; pero tenía que suponer que los hombres enviados por el Comité para encontrar y destruir los documentos eran tipos decididos a todo y con mucha experiencia. Cualquier intento rudo y evidente de burlar la vigilancia sería tanto como notificarles que estábamos a la defensiva y, más peligroso todavía, que había un trato por medio. Lo que tenía que hacer yo era un plan sin fallos para el encuentro y que se le pudiera explicar a Farisi simple y concisamente por teléfono; además, dicho plan no debía exigir al brigadier un comportamiento extraño por su parte, que pudiera llamar la atención de los posibles vigilantes.

A última hora de la tarde, había llegado a la conclusión de que el problema era virtualmente insoluble, a no ser que aceptáramos un cierto elemento de riesgo. Era relativamente sencillo imaginar modos de apartar a Farisi de la vista directa de sus seguidores durante un cierto tiempo mientras se hallaba fuera del hotel. Podía desaparecer en la sala de espera de un médico, o en los lavabos de un café, o podía

hacer una visita al burdel más próximo. La verdadera dificultad estaba en concertar una cita con él sin que, al hacerlo, yo no corriese ningún peligro.

Telefoneé a Lucía, que se mostró formalmente cortés.

—¿Ha dormido usted bien? —me preguntó.

—Bastante bien, gracias.

—¿Está caliente la casa? Debí haberle dicho que hay leña en el armario de la escalera.

—Ya la encontré. La llamo por lo siguiente. ¿Tiene usted un buen mapa de la zona? ¿O algún tipo de guía?

—Adela me dejó un mapa en el coche, creo, ¿por qué?

—Luego se lo explicaré. Pero es importante.

—Muy bien. Estaré ahí tan pronto pueda.

Cuando llegó, traía un paquete de provisiones, una cacerola con un pollo que había preparado ella misma y dos botellas de vino. Puso la cacerola en el horno y me rogó que abriera la botella de borgoña.

—Ayer teníamos demasiado alcohol —me dijo—. Yo dije algunas necesidades.

—Dijo lo que pensaba.

—Lo cual a veces es una necesidad.

—¿Ha traído el mapa?

Lo tenía en el bolsillo del abrigo. Era una combinación de mapa y guía de calles de los alrededores de Niza, con varios pliegues y listas con los nombres de las calles. Sólo se podía usar con la ayuda de una lupa. Yo lo abrí sobre el suelo y lo examiné con expresión huraña.

—¿Para qué necesita eso?

Le expliqué el problema en el que había estado enfrascado.

Pareció agradarle esta prueba de que yo estaba adoptando una actitud de negocios. Se sentó en el suelo junto a mí y escuchó con atención.

—Una cosa es segura —dijo cuando yo terminé mi explicación—. No tenemos que preocuparnos por Skurleti. Este ya está aquí. Con él podremos terminar el trato antes de que la gente del Comité tenga tiempo de ponernos dificultades.

—Creí que su idea era hacerle creer que tenía competidores para hacerle pagar más. No podemos acelerar las cosas demasiado sin debilitar nuestra posición. Puedo llamarle mañana y abrir el fuego de las buenas noticias para él. Incluso puedo concertar la primera entrevista con él para mañana por la noche. Pero hasta el martes por la noche, como mínimo, no podemos esperar cerrar la venta. Tendrá que consultar al grupo para el que trabaja. Tendrá que reunir el dinero en metálico. Porque supongo que lo queremos en metálico, ¿no?

—Oh, sí. Francos franceses o suizos, o dólares. Eso no me importa demasiado. Pero debe ser en metálico.

—Puedo quedar de acuerdo con él respecto a ciertos detalles en la primera entrevista, lo cual hará que la segunda resulte completamente segura. Si abandonara Niza inmediatamente, por ejemplo, el Comité no tendría ninguna posibilidad de cogerle. Pero esto no valdrá con el brigadier Farisi. Le pueden estar esperando en el aeropuerto.

—Tal vez no sean tan rápidos ni tan listos.

—Yo prefiero suponer que lo serán. Si Farisi tiene que volar desde el Irak, tendrán doce horas de adelanto.

—Si está en la embajada de Ankara, no tardará tanto. De allí es de donde iba a venir la primera vez.

—No podemos correr ningún riesgo. No importa de donde venga —dije yo—. El *World Reporter* puede comprarse en Ginebra el lunes por la mañana. El Comité puede tener gente en Niza mañana por la noche. Debemos elaborar un plan para las entrevistas con Farisi que sea bastante seguro para todos nosotros. Tiene que haber algún edificio en Niza donde Farisi, pueda entrar sin levantar sospechas ni ser seguido, y donde yo pueda entrar sin que nadie me vea ni dentro ni fuera. Es así de sencillo, y así de difícil.

Lucía guardó silencio, pensativa. Al cabo de un minuto o dos, se levantó y entró en la cocina para ver si la cacerola estaba lista. Cuando salió, dijo:

—La clínica Prophylax.

—Eso ¿qué es?

—Recuerdo que mi padre solía ir allí a veces. Cuando tenía dificultades con el hígado, el médico solía enviarlo allí para que le hicieran irrigaciones de colon. Solía hacerle gracia.

—¿Las irrigaciones?

Ella se rió.

—La clínica. Allí daban diversos tratamientos para hombres de cierta edad, usted ya me entiende, algunos de ellos se referían a dificultades de funcionamiento de ciertas glándulas. A un hombre no suele hacerle gracia que se sepa que va a esos sitios, ni le gusta encontrarse con nadie conocido allí si puede evitarlo. Por eso estaba dispuesto de tal modo que fuera lo más discreto posible. Se entraba a través de una farmacia y se subía a la clínica por unas escaleras. Al salir, se bajaba por una escalera diferente que daba a un patio situado en la parte trasera de una casa de pisos.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos nueve años quizás.

—¿Aún está allí la clínica?

—Eso es fácil de saber.

Echó la mano de la guía telefónica y buscó el nombre de la clínica.

—Sí, aún está.

Miró la fecha de la guía y añadió:

—Por lo menos estaba hace dos años. Mañana por la mañana podemos telefonar.

—Dice usted que el patio estaba por la parte de atrás. ¿Era un patio cerrado o se podía entrar en coche?

—Se podía entrar en coche. Había una puerta cochera.

—¿Hasta qué hora estaba abierta la clínica? ¿Se acuerda?

—No, pero la farmacia está abierta hasta las ocho y media. Supongo que la clínica también. Es bastante tarde.

Me quedé pensando un momento.

—Puede valer para la primera entrevista —dije al fin—. Si puedo aparcar en el patio, él podría entrar por la farmacia, bajar hasta el coche y luego volver por el mismo camino. Si es que no han cambiado las cosas.

—Podríamos darnos una vuelta por allí esta noche y verlo. No estará abierto, pero tal vez pueda hacerse usted una idea.

—Sí, será lo mejor que podemos hacer.

Me quedé pensando otra vez.

—Sólo hay una cosa que no me gusta mucho. Un iraquí llega a Niza. Y lo primero que hace es visitar una clínica que da irrigaciones de colon y trata a los viejos con problemas de próstata. ¿No le parecerá sospechoso?

—¿Sospechoso que Farisi entre en una farmacia? Es una gran tienda que tiene droguería además de farmacia. ¿Y cuánto tarda en salir? Diez minutos como máximo.

—Puede que tenga razón. Pero la segunda entrevista tendremos que pensar en otra cosa.

De pronto arrugó el ceño.

—Me acabo de acordar de una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ahmed me dijo que el brigadier Farisi no habla francés. Unas cuantas palabras, todo lo más.

—¿Y el inglés?

—Oh, sí. Es la segunda lengua del Irak.

—Bien yo también lo hablo.

—Estaba pensando en cuando entrara en la clínica. Tendrá que decir algo, concertar una visita para el día siguiente posiblemente.

—Yo puedo apuntarle lo que ha de decir, supongo.

—O quizá lleve con él alguien que hable francés.

—Yo no quiero tratar más que con un hombre. Por lo menos, uno cada vez. Sobre todo en la segunda entrevista. Pueden optar por hacerse con los documentos sin entregar el dinero a cambio.

—¿Tiene revólver?

—No.

—Bien en el coche hay uno que yo uso. Es de Adela. Puede usarlo.

Llevar un revólver cargado en el coche es una vieja costumbre francesa. Siempre creí que era una costumbre absurda, pero no me pareció el momento más oportuno para mencionar esta opinión mía.

—Muy bien —le dije—, pero sigo pensando que es más prudente negociar con un solo hombre cada vez. No es sólo por cobardía —añadí con intención—. Es también por avaricia y sentido común.

Lucía se rió burlescamente; no reparaba en hablar de cobardía cuando podía adornarlo con una broma graciosa. Me puso un poco más de vino; volvía a encontrarse a gusto conmigo otra vez.

—Hay otra cosa de la que no hemos hablado —continué yo—; los documentos en sí. ¿Dónde están, y cómo vamos a elegir las muestras?

—Ah, sí. Tengo que hablarle de eso. No habrá dificultades. Ahmed había elegido ya ciertas páginas para enseñárselas a las personas que quisieran hacer compra. Pero dijo que era necesario ser cauto. Pueden ver y leer esas páginas una vez y sólo una vez. Y no deben tomar notas. Lo que pueden coger de memoria en una sola lectura no puede ser mucho, decía Ahmed.

—¿Cuántas páginas son?

—Seis. Mañana por la noche las traeré.

—¿Y el resto de los documentos? Supongo que aún están en la maleta.

—Sí.

Su cara se puso rígida y yo me sonreí tímidamente.

—Es horrible, ¿no, Lucía? Si todo sale de acuerdo con nuestros planes, el momento decisivo pronto llegará y entonces tendrá que dejarlo todo en mis manos: los documentos y el dinero.

Se ruborizó ligeramente y se puso en pie.

—Creo que será mejor que cenemos en la mesa, como dos señores —dijo, y se dirigió hacia la cocina.

Al pasar junto al sofá, se detuvo. Tenía el bolso allí. Lo cogió y sacó de él un tubito de pastillas que dejó con innecesaria firmeza sobre la mesita del café.

Me dirigió una mirada fugaz.

—El Luminal —dijo.

La clínica estaba en un barrio de la ciudad cruzada por calles con nombres de compositores: Gounod, Verdi, Berlioz, Glazounov. Estaba muy alejada de las zonas donde se hallaban los grandes hoteles del turismo. La farmacia era, tal como había dicho Lucía, un gran establecimiento. Es más, sus grandes escaparates estaban completamente llenos de anuncios o cubiertos con papel de plata y resultaba casi

imposible ver el interior desde la calle.

Lucía dio la vuelta a la esquina y detuvo el coche justamente en la parte trasera de la entrada del bloque de pisos. Yo me bajé del coche y penetré en el patio a través de la puerta cochera. En las habitaciones del portero se veían los destellos de un aparato de televisión. Nadie me vio entrar.

En el patio había dos coches aparcados y espacio para otros dos con un letrero que decía que el sitio era privado. No tuve que buscar mucho por la puerta trasera de la clínica; estaba en el rincón de la izquierda. Pegada a la pared, junto a ella, una pequeña placa grabada con el nombre de la clínica y la información de que aquella entrada era únicamente para uso del personal profesional.

Regresé al coche y me senté junto a Lucía.

—Parece que todavía funciona —le dije—. Sólo hay una cosa que me preocupa. Ninguno de los hoteles en los que, según su idea, puede alojarse Farisi está cerca de aquí. ¿Por qué había de venir hasta aquí para encontrar una farmacia? Habría varias cerca de su hotel. ¿Para qué necesita venir a este barrio?

Lucía se quedó pensando por un momento.

—¿Para ir a un cine?

—¿Hay alguno cerca de aquí?

—Ahora se lo enseñaré.

Dio la vuelta al coche y pasó por delante de la farmacia otra vez hacia la calle principal, la Avenida Respighi. En la esquina había un cine.

Yo tomé nota de la dirección.

—Estuve pensando —dijo ella cuando volvíamos a Beaulieu— que sería mejor si tuviera una receta médica para presentar en la farmacia. Por si está realmente vigilado.

—¿Qué quiere decir?

—Como señaló usted, este caballero iraquí llega del oriente medio. Muy bien. La hora es diferente. Quiere dormir. Pide un médico en el hotel que le dará una receta para que se compre unas pastillas. Si la vigilancia es eficiente, se enterarán de esto. Una vez que tenga la receta todo irá bien. Decide ir a un cine a pasar una hora o dos antes de cenar. Al salir del cine, se acuerda de la receta. La lleva a la farmacia más cercana y espera. A nadie le sorprenderá si espera veinte minutos o más. Nadie se preguntará qué hace dentro tanto tiempo. Es normal que tarde. ¿Qué le parece?

—Me parece que es usted mucho mejor que yo planeando estas cosas.

Ella sospechó ironía o sarcasmo en mis palabras y se enfadó.

—¿Por qué es usted tan malo? Hablo en serio.

—Yo también. Creo que es una idea muy buena. La primera entrevista será la más importante, porque decidirá el precio. Cuanto más fácil y relajada sea, mejor.

Hubo un corto silencio. Luego Lucía dijo:

—Estuve pensando en mañana.

—Yo también.

—¿En lo de la prensa y la radio?

—Sí. ¿Cómo consigue los periódicos?

—La mujer me trae el *Nice Matin* y, a veces, si se acuerda, uno de los periódicos de París.

—¿De la tarde nada?

—No. Se va a mediodía. Tendremos que estar pendientes de las noticias de la radio y esperar a que se haga de noche por los periódicos. Me pararé en la estación al venir hacia aquí. No hay mucha luz en ella. De todos modos, es preciso correr el riesgo.

Bajó la vista hacia el panel del cuentakilómetros.

—Hay una cosa que debemos hacer esta noche.

—¿Qué?

—Llenar el depósito del coche. Adela me dejó dos bidones para una emergencia, pero es mejor guardarlos. Esta noche no corre usted ningún peligro entrando en un garaje. Hay uno en el depósito de la Michelin en la calle Arson.

Se detuvo cerca de la intersección de la calle Bonaparte y la calle Arson y bajó del coche. Yo entré en el garaje y llené el depósito mientras ella se dirigía con paso rápido al cruce de carreteras que hay al pie de la colina que sube hacia la Corniche. Yo la recogí cinco minutos más tarde y regresamos a casa.

Al bajarme del coche, ella se colocó en el asiento del conductor y cogió de la guantera algo que parecía un trapo viejo para limpiar.

—Será mejor que se lleve esto ahora —me dijo.

—¿Qué es?

—El revólver.

Yo lo cogí con el trapo grasiento en que estaba envuelto y cerré la puerta del coche.

—A dormir bien, Pierre —me dijo sonriendo.

—¿Me telefonará si hay algo en el *Nice Matin*?

—Por supuesto. Tan pronto como se vaya la mujer.

Observé cómo daba la vuelta a la calle, esperé hasta que el ruido del motor desapareció y entonces me dirigí a la casa vacía. El fuego casi se había apagado. Puse otro leño y utilicé el fuelle hasta que empezó a arder. A continuación, desenvolví el revólver. Estaba totalmente cargado.

Yo había hecho el servicio militar en Holanda. Como era licenciado universitario, me pasé la mayoría del tiempo enseñando idiomas en una unidad educativa. Durante la instrucción, me habían iniciado en los misterios de desmontar, limpiar y disparar el rifle Armalite AR10; pero allí terminaba mi conocimiento de las armas de fuego.

Personalmente, tenía la idea de que las pistolas y los revólveres era cosa de los oficiales del ejército, policías y criminales.

Examiné el arma con curiosidad, buscando el seguro. Pero no lo tenía. Al cabo de un rato conseguí dar con el cerrojo que sujetaba el cilindro y lo descargué. Esto me permitió hacer sin peligro para mí y para los muebles, el importante descubrimiento de que, al apretar el gatillo, el cilindro daba vueltas y el percutor subía y bajaba.

Ahora, el fuego ardía animadamente otra vez; pero, cosa rara, yo seguía teniendo frío. Dejé de jugar con el revólver y lo metí, cargado, en un cajón. Había empezado a pensar en mañana.

El Luminal estaba donde Lucía lo había dejado, sobre la mesita del café. Había seis pastillas de 15 mg. en el tubito. Me tomé tres y me acosté.

Me desperté poco después del amanecer. Desde la ventana de la habitación podía verse la Pointe St. Hospice en Cap Ferrat. Soplaba una fuerte brisa del sur y la oscura superficie del mar de allende la bahía estaba salpicada de blanco. No había la típica niebla de madrugada; el cielo estaba ya brillante claro. Allá abajo, por una pequeña curva de la carretera de la costa que yo podía ver, pasaba una camioneta blanca de reparto. Casi podía leer las letras que llevaba en el costado. De pronto, tuve un absurdo sentimiento de incomodidad. Con un día así, pensé, no se podía ocultar nada. Si el cielo estuviera encapotado, también hubiera sido presa de ansiedad, por supuesto. Lloviera o hiciera sol, iba a ser un mal día de todos modos.

Bajé las escaleras, me hice café y puse la radio. Radio Mónaco estaba recomendando un agua mineral: «L'eau qui fait Pfshit!... Pfshit!... Pfshit!». Intenté, sin éxito, encontrar una emisora que estuviera dando un programa de noticias y al fin volví a Mónaco, que era la que se oía mejor.

Tosté lo que quedaba del pan que Lucía había traído la noche anterior y me lo tomé con el café. Después me bañé, me afeité y me vestí.

Las noticias las dieron a las nueve en punto. En la sesión de apertura de la conferencia internacional sobre tarifas, se esperaba que el delegado francés se opusiera a la elección de un presidente permanente. Se informaba que un avión de línea belga con sesenta personas a bordo llegaría con retraso a Brazzaville. Otro satélite de comunicaciones iba a ser lanzado aquella mañana desde cabo Kennedy. En el barrio St. Georges de Marsella había tenido lugar el segundo asesinato con hacha en el espacio de una semana. Según las averiguaciones de una comisión de seguros que había estado investigando las causas de los accidentes de tráfico, la carretera nacional 7 era la más peligrosa de las carreteras europeas. En Lyon iba a comenzar el proceso de un hombre y una mujer acusados de desfalco en el capital de su hija que ellos custodiaban.

El locutor continuó: Nos ha llegado también eco del misterioso caso Arbil. Los

oyentes recordarán que una bella muchacha de Niza, Mademoiselle Lucía Bernardi, estaba buscada por la policía para interrogarla acerca del asesinato de su amante en Zürich. Hasta ahora, la policía no había podido descubrir su paradero. Pues bien, esta mañana una noticia de agencia procedente de los Estados Unidos informa que la semana pasada un periodista americano logró encontrar y entrevistar a Mademoiselle Bernardi en una casa situada en los alrededores de Niza. Se dice que ha dado una versión íntegra de las circunstancias que rodearon el asesinato. De momento, no se conocen más detalles, pero un funcionario de la policía perteneciente a la Comisaría Central ha declarado hace una hora que tienen el reportaje, que lo están investigando y que a última hora de la mañana tal vez hagan alguna declaración. Esperamos contar con dicha declaración en nuestro espacio de noticias del mediodía.

Y continuó dando los resultados deportivos del fin de semana.

Era más o menos lo que yo había esperado, con la excepción de la información de agencia. Había olvidado que había quioscos en Nueva York donde se podía comprar el *World Reporter* el domingo por la noche. Las alusiones a la policía no me hicieron ninguna gracia. La imagen de un periodista americano que tiene éxito donde había fracasado la policía francesa no iba a favorecer en nada al «americano» ante los ojos de los funcionarios de la Comisaría Central. Bueno, cuando llegaran los «futuros detalles» se aclararía la situación. Me preguntaba dónde estaría Sy Logan y cuánto tardaría la policía y los periodistas suizos y franceses en empezar a hacerle preguntas. Si había regresado a París, posiblemente habrían empezado ya.

Intenté localizar de nuevo otra emisión de noticias; pero sin éxito otra vez. No había nada que hacer sino esperar. Examiné los libros de la sala de estar. Había el típico surtido que era de esperar en una casa amueblada de cualquier parte del mundo: una enciclopedia vieja, incompleta, libros de reminiscencias coloniales, algunas novelas francesas e italianas ilegibles, los catorce volúmenes de una edición de Víctor Hugo, encuadernada en piel, y un curioso manual pensado para ayudar a los padres a elegir el nombre de sus hijos: *Un nom pour le Bébé*. Busqué en él el nombre de Lucía.

Me enteré que era, o bien el derivado femenino del latín *Luctus* que significa luz, o bien el diminutivo de Lucrecia. Este último, admitía cándidamente el manual, se usaba poco ahora, debido a «desafortunadas asociaciones históricas».

Durante un rato, para pasar el tiempo, estuve contando mis polluelos antes de incubarlos. Empecé por organizar la resurrección de *Ethos* como revista mensual. Como le había dicho a Lucía, había sido la concepción quincenal, demasiado ambiciosa, el origen de todos los males. Estando como estaban los gastos de producción, no había ni para empezar. Por otra parte, una publicación mensual sería económicamente viable. Sólo necesitaría una tercera parte del personal. Y el nuevo formato que tenía en la mente ofrecía las perspectivas más halagüeñas para unos

considerables ingresos por propaganda. Y esta vez me aseguraría un contrato de distribución más efectivo y provechoso.

Tras diez minutos de esta especie de sueño despierto, comprobé que el retorno a la realidad sería más penoso si continuaba por el mismo camino. Encendí la radio de nuevo y escuché un programa de música ligera mezclada con anuncios comerciales.

El mediodía llegó a su debido tiempo, y pronto empecé a desear que ojalá no hubiera llegado.

El locutor empezó con un comunicado sobre la conferencia tarifaria de Ginebra y luego continuó:

En el sensacional asunto Arbil hubo hoy revelaciones sensacionales. En nuestra emisión informativa de las nueve horas, hemos informado que Lucía Bernardi, la bella muchacha de Niza buscada por la policía francesa y suiza durante meses, en relación con el asesinato de su amante iraquí, el coronel Arbil, en Zürich, había sido encontrada y entrevistada por un periodista que trabaja para un semanario americano en una casa situada en los alrededores de Niza. Esta información ha sido confirmada ahora. La entrevista fue publicada hoy por el semanario americano de noticias World Reporter. En él, Mademoiselle Bernardi, en unas extensas declaraciones, describe los hechos de la noche del asesinato, cuenta cómo hizo para no compartir el destino de su amante y para salvar los documentos secretos de éste, que fueron buscados por los asesinos en la noche del crimen.

Esta mañana, en algunos medios relacionados con el caso, había una tendencia a considerar la entrevista como un cuento policíaco ideado por alguien que se hizo pasar por Lucía Bernardi con la intención de ganar publicidad, y quizá también un poco de dinero. Pero informaciones procedentes de Suiza han eliminado esta posibilidad. Según el jefe de la policía criminal de Zürich, el comisario Mülder, la entrevista revela el conocimiento de detalles no publicados y hechos sobre el escenario y los modos del crimen que no dejan duda alguna de que la persona entrevistada era Lucía Bernardi.

Como era de esperar, las autoridades de la policía local desearon inmediatamente conocer más cosas acerca de esta entrevista y acerca de Mademoiselle Bernardi, el testigo desaparecido que han estado buscando infructuosamente. La persona que evidentemente podía informarles acerca de todo esto era el periodista que hizo la entrevista.

Pero aquí, un misterio se añade a otro misterio. En la oficina de París del World Reporter, un portavoz autorizado dijo esta mañana que no tenían de momento ninguna información sobre dónde pudiera encontrarse dicho periodista. Este les comunicó por teléfono la entrevista el jueves por la noche y luego dijo que iba a tomarse unos días de vacaciones. Todos los intentos de establecer contacto con él han resultado un fracaso hasta el momento.

Según la policía, el nombre del periodista es Piet Maas, de nacionalidad holandesa y residente en Francia, que también utiliza el nombre de Pierre Mathis. Tiene treinta y cuatro años de edad y mide un metro ochenta y un centímetros. Tiene el pelo rubio, ojos de color azul-gris, frente ancha y piel clara. Se dice que es delgado y de aspecto elegante. La policía está ansiosa de asegurarse su colaboración en sus investigaciones, y ruega a cualquier persona que tenga conocimiento de su paradero informe de ello inmediatamente. Se cree que Monsieur Maas se halla en la zona de Niza.

El locutor concluyó con una nota de ironía:

Un colega americano de Monsieur Maas que se halla actualmente en Niza le ha descrito hoy con la palabra «screwball», expresión del argot americano que significa que es una persona excéntrica e imprevisible. Teniendo en cuenta, además, la elegancia de Monsieur Maas y los indudables encantos de Mademoiselle Bernardi, no es de extrañar esa súbita decisión de tomarse unas vacaciones. Al misterio se añade ahora, en la mejor tradición de Hollywood, un elemento cómico. Esperamos poder ofrecer una mayor información al respecto en nuestra emisión de las seis.

En Lyon, esta mañana...

Apagué la radio.

Casi inmediatamente, sonó el teléfono. Era Luda. Se moría de risa.

—¿Ha oído radio Mónaco?

—Sí.

—¿Y no se ríe?

—Pues no estoy reventado precisamente, no. ¿Había algo en el *Nice Matin*?

—Nada. Pero vendrá, seguro, en los periódicos de la noche y en la televisión, con su foto quizá.

—No me cabe duda.

—Ah, ya comprendo. A usted no le gusta la publicidad.

—Pues no.

—Ahora podrá comprender lo que significa para mí.

—No del todo. En mi fotografía no aparezco en bikini.

—Pero tiene una cierta elegancia. Eso dicen.

—No en la foto que van a utilizar.

Cambié de tema con firmeza.

—¿Hay otras emisoras de radio locales que den boletines de noticias?

—Oh, sí. Espere que tengo aquí el periódico.

Anoté las horas y las frecuencias que ella me leyó. Acordamos que me telefonaría de nuevo después de la emisión de noticias de las cinco de radio Niza.

A las dos, la policía hizo una detallada descripción mía y repitió la de Lucía conocida ya tras el asesinato de Arbil. En un comunicado añadían que a Lucía se la

buscaba sólo con el objeto de pedirle que hiciera una declaración. No decían exactamente para qué me buscaban a mí, pero mencionaban, con intención, que un extranjero residente en Francia, sobre todo un extranjero con credenciales de prensa, tenía obligaciones especiales respecto a las autoridades legales francesas... obligaciones que sería incorrecto e imprudente ignorar.

A las tres, una emisora tenía información acerca de mi carrera incluida mi relación con *Ethos*. Tenían una pequeña confusión en cuanto a esto, sin embargo, y hablaban de un semanario dedicado al estudio científico de la conducta animal.

A las cuatro, el *World Reporter* había creído necesario hacer pública otra declaración subrayando el hecho de que ellos estaban cooperando con las autoridades con todas sus fuerzas, que mi desaparición de ningún modo había sido provocada por ellos para estorbar el trabajo de otros medios informativos, que ellos del paradero de Lucía Bernardi sólo sabían lo que decía la versión publicada en la entrevista, y que voluntariamente habían entregado la cinta de la entrevista a un representante de la Prefectura de Policía de París.

Evidentemente, Sy había sido cuidadosamente interrogado por la Prefectura. Me preguntaba cómo habría explicado el hecho de que hubiera sido yo el enviado en primer lugar para descubrir el paradero de Lucía y si había contado a la policía la confidencia acerca de Sanger-Chase. Probablemente habría recibido instrucciones de Nueva York al respecto. Dadas las circunstancias, supuse que probablemente habrían decidido que sería demasiado peligroso contar toda la verdad. Así lo esperaba. Sabría más cosas al ver cómo habían arreglado el artículo para publicar en la revista.

A las cinco, una agencia de noticias había sacado a relucir el hecho de que yo era huérfano de guerra. Entonces comprendí que no tardarían en saber lo del hospital mental y el tratamiento.

Cuando volvió a llamar, Lucía estaba bastante más calmada.

—No son muy agradables esas cosas que están diciendo sobre usted.

—De momento, no han dicho nada que sea mentira.

—Es lo mismo...

—Tienen que decir algo. Es su cometido —hice una pausa—. ¿A qué hora puede venir por aquí esta noche?

—No podrá ser muy temprano. Tengo que pasar por la estación primero. A eso de las ocho.

—Creo que ya es hora de llamar a Skurleti. Cuanto antes concierte la entrevista con él, más segura resultará. Ya hemos hablado de esto.

—Sí.

—Si trae usted las muestras consigo, podría concertar la entrevista para las nueve.

—Muy bien. ¿Dónde piensa verle?

—El sitio donde le vi a usted por primera vez puede ser bueno, creo.

—Está cerca, sí, —dijo ella lentamente.

Mentalmente vi la indecisión reflejada en su cara. Tenía que aceptar el hecho de que, en cuanto a las cuestiones prácticas, había llegado el momento en que no le quedaba otro remedio que delegar su autoridad de principal y confiar en mi juicio.

—¿Qué le dirá? —me preguntó.

—Eso depende de lo que él me diga primero.

—¿Me lo contará tan pronto como le haya hablado?

—Naturalmente. Ahora mismo le voy a llamar.

—Buena suerte para los dos, Pierre.

Un ligero temblor empañó su voz al decir esta última frase. Colgó antes de que yo contestara.

Me fumé un cigarrillo y pensé cuidadosamente las cosas que no debía decir, antes de coger el teléfono de nuevo y marcar el número del hotel de Skurleti.

Contestó en el momento mismo en que el operador llamó a su habitación; pero había una nota de recelo en su voz al principio.

—¿Diga?

—Le prometí que le telefonaría hoy, *Monsieur*.

—Ah, sí —el alivio era evidente—. Estuve esperando su llamada. ¿Es correcta la información de que habla usted inglés?

—Sí.

—Entonces, por conveniencia, hablemos este idioma.

Su acento en inglés era tan horrible como en francés, pero la sintaxis era mejor.

—No hay ningún inconveniente.

—Me ha interesado mucho lo que ha escrito usted en una revista.

—Me imaginaba que así sería.

—Es una pena que no hubiéramos hablado del asunto el viernes. Hubiéramos ahorrado tiempo y habría sido más fácil y menos peligroso para los dos.

—Me alegro que sea usted consciente del peligro.

—Oh, sí. Supongo que no se habrá molestado en ir a Séte, después de todo.

—Ya había estado allí.

—Comprendo. Entonces la razón del retraso fue una simple táctica. A la chica sólo le interesa el mejor postor.

—Exacto.

—¿Y cuánto me pedirá usted por la presentación?

—No hay ninguna presentación, *Mr.* Skurleti. Yo soy el agente exclusivo en este asunto.

—Con plenos poderes, supongo.

—Sí.

—¿Y con credenciales que demuestren que así es?

—Ciertamente.

—¿Cuál es su plan?

—Antes de nada, que adopte usted las medidas necesarias para evitar los posibles peligros que antes mencionaba.

—Ah —la sugerencia pareció agradaarle—. Creo que nuestros pensamientos siguen caminos paralelos.

—Sugiero que se traslade usted fuera de Niza, a Villefranche quizás, o a St. Jean.

—Para su satisfacción, le diré que ya me había anticipado a esa sugerencia. Mi maleta ya está preparada. Sólo estaba esperando su llamada. Pero creo que un poco más lejos será más seguro. Antibes posiblemente.

—¿Qué hotel?

—Tengo una habitación reservada a nombre de Kostas en el Motel Cote D'Azur. Pero creo que no necesitamos esperar a que yo esté allí para concertar una entrevista en privado.

—¿Tiene coche?

—Sí.

—¿Qué marca?

—Un Ford Taunus.

—En la Moyenne Corniche, encima de Villefranche, hay un café llamado Relais Fleuri. Si me espera allí, solo, a las nueve de la noche, en el aparcamiento, me reuniré con usted.

—¿Con las credenciales?

—Con las credenciales. Y otra cosa, *Mr. Skurleti*.

Hice una pausa.

—¿Diga?

—Es absolutamente inútil nuestra entrevista si no estamos seriamente dispuestos a hablar de negocios.

—Naturalmente.

—Y a hablar en el mismo idioma.

La metáfora le despistó por un momento. Comenzó a decir que no entendía, pero de pronto se detuvo.

—Ah, se refiere usted al aspecto financiero.

—Sí. El precio andará por los doscientos mil nuevos francos.

Hubo un silencio antes de que me contestara.

—Hasta que no esté seguro de lo que se me ofrece, es inútil discutir la cuestión del precio. Pero le diré ya ahora que no estoy autorizado a negociar con una suma tan elevada.

—Entonces creo que sería mejor que pidiese autorización para hacerlo. Si es necesario podemos retrasar la entrevista. Ahora que hemos reestablecido el contacto

ya no hay urgencia inmediata. ¿Quiere que le vuelva a telefonar mañana?

—Preferiría no cambiar los planes de esta noche. ¿Hay algún número de teléfono donde pueda encontrarle?

—No, me temo que no. Si nos reunimos esta noche, espero que usted haya decidido si a sus representantes les interesa comprar o no y si acceden a pagar ese precio. Puesto que es usted el primer interesado, tiene de momento una ventaja. Si está dispuesto a perderla, es asunto suyo. De una cosa estoy seguro. El precio no bajará, sino que muy bien puede aumentar.

Skurleti dejó escapar un gruñido.

—Y también el peligro... el peligro para usted.

—Por eso es por lo que se le ofrece a usted esta temprana oportunidad. Tanto la chica como yo somos perfectamente conscientes del peligro. Sin embargo, en caso de necesidad, estamos dispuestos a afrontarlos para obtener el precio deseado. De esto no le quepa la menor duda, *Mr. Skurleti*.

Hubo una pausa.

—Muy bien —dijo al fin—. Le veré esta noche. Dadas las circunstancias, sin embargo, tengo que pedirle que retrase un poco la hora. Si he de consultar a mis representados, tengo que hacer varias llamadas telefónicas.

—¿Cuánto tiempo necesitará?

—Creo que con media hora más será suficiente.

—Muy bien. A las nueve y media.

Colgué. A continuación me acerqué al mueble bar y me puse una buena copa de coñac. Luego telefoneé a Lucía y le conté brevemente la conversación.

Su reacción fue característica.

—¿No puso objeciones al precio?

—No, pero las pondrá. De esto puede estar segura.

—Pero ¿no pareció sorprendido?

—No dijo que le sorprendiera, tampoco dijo que no. No hizo ningún comentario. Quiere verme.

—Tal vez hayamos pedido demasiado poco.

—O tal vez hayamos pedido demasiado mucho. Luego lo sabremos.

—Estaré con usted tan pronto pueda.

Acaricié la copa de coñac y me dispuse a escuchar otra información de noticias. Esta vez se trataba de un resumen de los boletines anteriores; pero la lectura de las noticias fue seguida por un comentario. El comentarista era un tipo agrio, cuya función parecía ser la de desacreditar las noticias de las que acababa de informar. Tras sus reticencias sobre las «absurdas» pretensiones de la gestión francesa en la conferencia de Ginebra, se detuvo en los últimos acontecimientos del caso Arbil.

En Suiza, torturan y asesinan a un exiliado kurdo —dijo con tono molesto—; en

Francia, la joven francesa que escapó de su casa espera agazapada con el terror a que los mismos asesinos la encuentren para torturarla y asesinarla también. Aquí en Niza, un periodista responsable y respetado tiene el valor de escribir el relato de su apurada situación y luego desaparece.

La voz destilaba desprecio al continuar.

¿Y qué hace nuestra valiente policía? Anuncia que tiene que hacer algunas preguntas. ¿Qué hacen nuestros colegas de la prensa? Hacen algunas bromitas. Nosotros no encontramos divertidas esas bromas. Monsieur Maas encontró a Mademoiselle Bernardi, cosa que la policía no fue capaz de hacer. Monsieur Maas ha demostrado ser más astuto que sus desdeñosos colegas. Esperamos sinceramente que él y la mujer, a quien sin duda protege, sean encontrados y puestos a salvo antes de que los asesinos los torturen y maten. Tal vez la policía se deje convencer de que olvide su orgullo herido de momento y cumpla con su deber... si es que saben cuál es.

Sus sentimientos eran estimables, ciertamente; pero sus palabras me preocuparon, y en muchos sentidos.

Lucía llegó un tanto aturdida, poco después de las ocho. Había tenido problemas para comprar el *World Reporter*. En la estación se había agotado. Había habido una avalancha sobre el semanario. Y no se había atrevido a comprarlo en un kiosco iluminado. Al cabo de un rato, logró encontrar un ejemplar en un kiosco de la Avenida de la Victoria.

Me lo dejó leer mientras ella preparaba la cena.

Sy Logan, o alguien de la oficina de Nueva York, o los dos, habían arreglado el reportaje de un modo ingenioso. Tras una breve recapitulación de los hechos de Zürich y la infructuosa búsqueda de Lucía, continuaban:

La semana pasada, un empleado de nuestra oficina de París, destacado al Sur de Francia con otra misión, nos llamó para decirnos que había tropezado por casualidad con una posible pista sobre el paradero de Lucía Bernardi. ¿Debía seguirla?

Sospechando una broma, el *World Reporter* se mostró cauto, pero dio instrucciones al reportero de que investigase más. El jueves por la noche, en una casa cerca de Niza, nuestro enviado grabó una entrevista con una mujer que decía llamarse Lucía Bernardi, pero que se negó a dejarse fotografiar o a que un testigo imparcial estuviese presente. Esta es la entrevista.

A continuación venía la versión de la entrevista, resumida con la habitual maestría del *World Reporter* para que sólo ocupara dos columnas. También había una foto de Lucía con su bikini. El pie decía: LUCIA BERNARDI. ¿Es ella o no?

El trabajo concluía con una nota juguetona:

Si la Dama de la Entrevista es realmente Lucía Bernardi, la policía suiza ya tiene material para analizar; si no lo es, entonces Francia tiene un nuevo escritor de relatos

de misterio.

En otras palabras, el *World Reporter* había sido frívolo y discreto aconsejado sin duda por las circunstancias.

Nice Soir citaba ampliamente el reportaje y subrayaba especialmente aquellas partes que la policía suiza había apuntado como circunstanciales. Aparecía la esperada fotografía mía. Y con un pie redactado en estos términos: «MAINTENANT C'EST: CHERCHEZ L'HOMME».

No me molesté en leer lo que decían sobre mí.

Lucía había vuelto de la cocina y se sirvió algo de beber.

—¿Lo ha leído? —le pregunté.

Ella afirmó con la cabeza.

—Me detuve en la Corniche y lo hice a la luz de un farol. Lo siento pero no podía esperar, me interesaba saber lo que decían sobre los documentos.

—Creo que han dicho bastante al respecto.

—Oh, sí. Farisi comprenderá.

—Y el Comité.

—Sí, el Comité también.

Me dirigí al cajón en el que había guardado el revólver y lo cogí.

—Supongo que es conveniente que lleve esto conmigo esta noche.

—Si usted cree, sí. Pero antes me dijo que Skurleti se había ido a Niza. El Comité no le habrá encontrado tan pronto.

—No pensaba en el Comité. Pensaba en el propio Skurleti que puede que haya pensado en que hay un modo más barato de obtener lo que desea. Yo estaré solo. ¿Quién puede evitar que envíe una banda de matones por delante? Hay montones de lugares tranquilos en que pueden atacarme. Pronto me ablandarían.

Lucía me miraba de un modo curioso ahora.

—¿Cree usted realmente que puede ocurrir una cosa así?

—Si lo pienso fríamente, no. No creo que ese sea el modo de hacer las cosas de Skurleti. Tiene demasiado aspecto de hombre de relaciones públicas, de negociador.

—Pues entonces...

—Puedo equivocarme. Sus ideas de lo razonable pueden ser diferentes a las mías.

Intenté poner el revólver en el bolsillo de atrás del pantalón, pero abultaba demasiado.

Lucía se rió. Sin saber por qué, yo también me reí, aunque no tenía ganas ni mucho menos. Lucía se dirigió a su abrigo, sacó de él un sobre grande doblado en dos y me lo dio.

—Esto le hará entrar en razón —me dijo.

Yo dejé el arma y abrí el sobre.

Dentro había dos carpetas archivadoras de tamaño legal, de papel manila, cada

una con unas cuantas hojas de papel dentro. Por fuera de cada una de las carpetas había tres líneas en árabe. Parecían idénticas.

Las hojas que había dentro estaban completamente escritas en árabe también, con letra muy pequeña y muy clara, y con tinta verde. En las esquinas había varios números a lápiz. Era lo único que yo podía leer. Le pregunté qué significaban aquellos números.

—Son los números de la hoja y de la sección a donde pertenece la página —me dijo.

—¿Sabe lo que dice el texto?

—No pero Skurleti sí que lo sabrá, y lo que lea le gustará. Las páginas fueron escogidas cuidadosamente para suscitar su interés. Son los dos ejemplares de que le hablé.

—Comprendo.

Dejé una carpeta en un cajón y metí la otra en el sobre.

Lucía dio un sorbito a su bebida y me observó.

Aunque había dejado el revólver, seguía pendiente de él. Había sido limpiado cuidadosamente antes de envolverlo en el trapo, y el aceite de máquinas utilizado dejaba un olor agrio, penetrante, parecido al de un desinfectante. Mi mano derecha olía también. Volví a cogerlo y lo puse en uno de los bolsillos de mi impermeable de plástico. El sobre lo metí en el otro bolsillo. Después, me fui a lavar las manos.

Cuando volví, Lucía estaba en la cocina revolviendo una olla de sopa.

—Mi padre decía —comentó ella— que, en la guerra, algunos tenían mucha hambre cuando estaban nerviosos o asustados, en cambio otros no tenían ninguna. Yo soy del tipo de los que no la tienen. Sólo voy a tomar una taza de sopa. ¿Y usted?

—Lo mismo, por favor.

Lucía me dirigió una significativa mirada.

—También decía que se podía adivinar quiénes serían los primeros en escapar cuando las cosas se ponían feas. Los que no comían absolutamente nada.

Salí de casa a las nueve en punto. El Relais Fleuri estaba sólo a unos cuantos minutos en coche, pero yo quería estar allí bastante antes de la hora de la entrevista, por si Skurleti llegaba temprano.

Lucía me había explicado dónde podía dejar el coche; había un espacio detrás de la gasolinera que no se veía desde el aparcamiento del Relais. Allí es donde ella había dejado el coche la noche de la entrevista.

La luna estaba en cuarto menguante, pero proyectaba grandes sombras; no me sentía inseguro allí. Me sentía solo. Oía voces y los ocasionales estallidos de risa procedentes del Relais. También había un individuo con una tos tremenda; pero el sitio resultaba cálido y agradable. Mientras esperaba, tuve ganas de entrar y pedir un

café, y que me lo sirviera la misma amable camarera que me había atendido hacía cinco noches.

En el Relais había más gente que cuando yo había estado la otra noche, supongo que debido a ser comienzos de la semana. Había tres enormes camiones con remolque aparcados delante. Uno, el que veía mejor desde donde estaba, tenía la palabra «RHONE» pintada en los lados con letras enormes. Los otros dos no tenían nada. Empecé a preguntarme qué serían. Podían ser los caballos de Troya, grandes espacios llenos de hombres que saldrían de las puertas traseras en el momento en que yo asomase la cabeza.

A las nueve y veinte, cuatro hombres salieron del Relais y se dijeron buenas noches por encima del hombro. Se subieron a las cabinas de los dos camiones. Zumbido de motores, silbido de los frenos de aire, y los caballos de Troya se fueron.

Cuatro minutos más tarde, un camión cisterna de la Esso entró en el aparcamiento. Esto me intranquilizó un poco. No creía que las compañías petrolíferas hiciesen servicios de llenado por la noche, pero no estaba seguro. Si las luces de la gasolinera se encendían, yo tendría que salir corriendo. Sólo cuando el conductor hubo bajado, se estiró, bostezó y se dirigió hacia el Relais, vi que, mientras había estado pendiente del camión cisterna, había llegado el Taunus. Ya había apagado las luces.

Esperé unos segundos y escuché para asegurarme que no se acercaban otros coches por la carretera; luego, me bajé del Citroën, cerré la puerta sin hacer ruido y atravesé el patio de la gasolinera en dirección al Taunus. Me pareció que estaba muy lejos y no aparté la mano del bolsillo del impermeable donde tenía el revólver, pero me contuve y no corrí.

Me acerqué al Taunus por detrás para asegurarme de que el conductor era Skurleti y que no tenía a nadie con él. Skurleti oyó mis pasos y volvió la cabeza. Yo abrí la puerta de atrás y entré en el asiento trasero.

Skurleti me obsequió con una de sus sonrisas y me dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches, *Mr.* Skurleti.

—Es un gran placer volver a verle.

—El placer es mutuo. ¿Le importa que hablemos de negocios?

—¿Aquí?

—No. Aquí sólo vamos a discutir el modo de llevar el asunto. Dadas las circunstancias, supongo que no le importará que sea yo quien determine el procedimiento.

—Estoy seguro que no me pedirá cosas absurdas.

—Ni mucho menos. Primero, tengo que decirle que estoy armado.

—¿Viene usted armado a una reunión amistosa de negocios?

Se había retorcido en el asiento delantero para mirarme a la cara. La luz del letrero del Relais le daba un aspecto deforme.

—¿Usted no va armado, *Mr. Skurleti*?

—Ciertamente que no —la sugerencia pareció irritarle—. He tenido que hacer un gran viaje, y las armas suelen ser un gran problema con las autoridades de aduanas. De todos modos, la Agencia Transmonde sólo acepta asuntos serios. Es costumbre nuestra evitar la violencia.

—Encantado de oírle eso. Lo que propongo es que se dirija a Niza. Al cabo de medio kilómetro encontraremos un sitio donde podrá detenerse. Entonces podrá examinar las credenciales de que hemos hablado. Después hablaremos. ¿De acuerdo?

Era un conductor meticuloso pero torpe; yo me alegraba de no tener que ir lejos con él. El sitio que yo había elegido para detenernos era un pequeño entrante en la falda de la colina, utilizado por las cuadrillas de mantenimiento de la carretera como depósito para dejar el cemento roto y la grava. Me había fijado en el sitio dos noches antes. Skurleti lo examinó con ademán de aprobación, y apagó las luces.

—Si algún policía curioso quisiera saber por qué nos habíamos parado aquí —dijo él—, siempre se le puede decir que fue para satisfacer una necesidad de la naturaleza. Se retirará usted detrás de ese montón de piedras. ¿De acuerdo?

—Lo tendré en cuenta —dije yo—, pero espero que no estemos mucho tiempo. El próximo paso del plan consiste en que yo le dé a usted unos documentos para que los lea.

—Eso es lo que yo espero, naturalmente.

Sacó una pesada linterna de la guantera y una pequeña lupa del bolsillo.

—Para leer estos documentos, ha de someterse a ciertas condiciones.

—¿Condiciones?

Los labios cayeron rápidamente sobre los dientes.

—Sólo puede leerlos una vez, sin tomar notas, y devolverlos a continuación.

Se quedó pensando un momento antes de contestar.

—Eso no es enteramente aceptable. Tengo que hacer un examen detallado, como mínimo, de uno de ellos.

—¿Para qué?

—¿Me equivoco suponiendo que se pretende sobre estos documentos que son los que pertenecieron al coronel Arbil y están escritos por su propia mano?

—Exacto.

—¿Y son los documentos originales?

—Ciertamente.

—Bien. Mis representados, naturalmente, estarían interesados en esto. Por lo tanto, es mi misión asegurarme de que no reciban otra cosa —levantó una mano en señal de protesta—. No dudo de su buena fe, *Mr. Maas*. Me parece que es usted un

hombre formal. Pero usted, al fin y al cabo, no es el principal interesado. Los dos somos intermediarios que defendemos los intereses de nuestros representados. ¿No es así?

—Supongo que sí.

—Yo tengo aquí —dijo dándose un golpecito en el pecho— una muestra de la escritura del coronel Arbil. Lo que le pido, lo que insisto en pedir, me temo, es la oportunidad de hacer una comparación entre la muestra y los documentos.

Fingí pensármelo un poco antes de asentir.

—Muy bien. No es una petición descabellada.

Skurleti se sonrió.

—¿Ve? Nuestra negociación progresa.

—Con una concesión por mi parte, sí. Pero por este camino no continuará progresando.

Sus dientes volvieron a brillar.

—Es usted un chico muy interesante, *Mr. Maas* —dijo—; muy interesante. Es un placer trabajar con usted.

—Muy amable por su parte. Espero que nos entendamos. Puede examinar los documentos y compararlos con la muestra que obra en su poder. Y luego leerlos otra vez. Pero sin tomar notas. Me los devolverá inmediatamente que los haya leído.

—De acuerdo.

Le di el sobre y le observé mientras trabajaba. Sacó la muestra de su cartera de cocodrilo, la dejó en el asiento a su lado y encendió la linterna.

La muestra parecía una carta. Estaba escrita en papel timbrado de un hotel, pensé, aunque no podía leer el nombre del hotel. La tinta era verde como la de las páginas que yo había dado. Sacó la carpeta del sobre, echó un vistazo a lo que tenía escrito por fuera, luego la abrió con cuidado y colocó la carta frente a la primera página.

Había dejado la linterna sobre el respaldo del asiento. Ahora, al inclinarse hacia adelante, la linterna se cayó.

—Tal vez le sería más fácil si yo sostengo la linterna.

—Sí, sí. Se lo agradezco.

Me dejó la linterna y yo la enfoqué hacia abajo con el brazo apoyado en el respaldo del asiento.

Skurleti continuó su trabajo con la lupa. Durante un minuto o así, los dos guardamos silencio. La primera página pareció satisfacerle. Al ir examinando las demás, comenzó a hablar.

—Magnífico. Sí, magnífico. Con la letra árabe queda mucha menos posibilidad de error en la autenticación de documentos que cuando están en letra occidental, ¿sabe, *Mr. Maas*? Como dice Scheneickert, el viejo método caligráfico de comparar los rasgos externos de la letra es totalmente inseguro. Pero con la escritura árabe

nunca se le ocurriría a uno emplearlo. En cada símbolo está la firma personal del que escribe. Esto ha sido indudablemente escrito por el coronel Arbil.

—Entonces, puesto que la prueba ha resultado satisfactoria, quizá pueda empezar con la lectura.

Y aparté la linterna para subrayar la afirmación.

—Ah, sí.

Metió la carta y la lupa otra vez en el bolsillo, cogió los papeles y empezó a leer.

Yo había decidido no darle más de dos minutos por página, pero no hizo el menor intento de detenerse demasiado. Le llevaría unos cinco minutos leerlo todo. Luego, volvió a poner las páginas dentro de la carpeta y la cerró.

Se quedó en silencio durante otro medio minuto aproximadamente. Estaba pensando.

Al fin yo le dije:

—¿Y bien *Mr. Skurleti*?

Se giró hacia mí.

—¿Sabe usted lo que hay en esos documentos, *Mr. Maas*?

—No. Sé, naturalmente, que son páginas tomadas al azar de una serie de informes escritos por el coronel Arbil. También sé, en general, de qué se tratan dichos informes. Pero nada más. No leo árabe.

—¿Ha traducido alguien dichos informes?

—Que yo sepa, no.

—¿Y hecho fotocopias?

—Creo que no. Como usted sabe, me imagino, esos informes fueron escritos por el coronel Arbil para entregar al Gobierno iraquí. Pero dicha entrega no llegó a realizarse. Desde la muerte del coronel, han estado en poder de *Miss Bernardi*, que siempre estuvo oculta. Puede asegurarle que no ha podido fotocopiar ningún documento.

—Pudo hacerlo Phillip Sanger.

—Phillip Sanger no conoce siquiera su existencia.

—¿No se lo dijo la chica?

El tono de la pregunta parecía de incredulidad.

—Si se lo hubiera dicho, sería Phillip Sanger quien estuviera hablando con usted en este momento y no yo. *Miss Bernardi* tenía miedo de que los servicios de Sanger resultasen demasiado caros. Le conoce bien y no confía en él.

—Ah, comprendo.

Se cogió una de las cejas y la retorció como si estuviera manejando un interruptor eléctrico.

—Muy bien, *Mr. Maas*, creo que podemos continuar nuestras negociaciones.

—¿Sí?

Volvió a meter la carpeta en el sobre y me devolvió éste.

—Le devuelvo los documentos como habíamos acordado.

—Gracias.

Me mostró los dientes por un momento.

—Es costumbre de muchas personas cuando quieren hacer un trato rebajar el valor de la cosa que desea comprar. En Transmonde no creemos en esos métodos trasnochados. Si esos informes están completos y son tal como usted dice, tendrían un incuestionable interés para mis representados y estarían dispuestos a pagar una fuerte suma por ellos. Todo esto se puede admitir. La cuestión consiste ahora en saber cuál es esa fuerte suma.

—Ya se lo dije por teléfono.

—Sí, me lo dijo. Sin embargo, nuestros clientes piensan que la suma que usted mencionó está totalmente desorbitada.

—Entonces, me temo que...

Su mano se elevó en el aire hacia mí.

—No, por favor. Aguarde. Examinemos estas cuestiones. Primero, la cuestión de otras posibles partes interesadas a las que usted se refirió. Una de ellas sería el Gobierno del Irak.

—Evidentemente.

—No le pagarían la mitad de lo que usted pide.

—Me parece que se equivoca. Estoy casi seguro que pagarían más. Si dependiera de mí, yo esperaría y veríamos. Pero *Miss Bernardi* opina de modo diferente. Está cansada de tanta inseguridad. Quiere coger el dinero y olvidarse del asunto lo antes posible. Pero tampoco lo está tanto como para dejarlos por nada. Si usted no quiere pagar y los iraquíes tampoco, entonces quizá los turcos lo hagan.

Skurleti se sonrió burlonamente y yo comprendí que había cometido un error.

—Ahora, *Mr. Maas*, el que se equivoca es usted —dijo—. Los turcos no harán ninguna oferta contra los iraquíes. ¿Para qué lo iban a hacer? El petróleo está en el Irak. El problema está en el Irak. Los turcos recibirían gratis toda la información que necesitasen de los iraquíes. Si hubiera mencionado el Comité, puede que yo le hubiera dicho «quizás». Estos podían ser compradores, si tuvieran dinero, o si pudieran convencer a sus amigos rusos para que se lo prestasen. Pero creo que tiene usted demasiado sentido común para negociar con ellos desde una posición tan débil como la suya. Tiene que guardar el secreto. Por lo tanto, es usted vulnerable. Le hablarán de dinero, pero usted no lo recibirá nunca. Su método de pago será una cuchillada en el vientre. Conmigo, por otra parte, todo se hace de un modo civilizado. Nosotros somos hombres honrados.

—El brigadier Farisi, representante del Gobierno iraquí, también es un hombre honrado.

El nombre de Farisi le borró la sonrisa de los labios. Sus dedos agarraron el volante.

—Comprendo. Está usted bien informado. Pero Farisi no puede haber llegado.

—Pero lo hará.

—¿Entonces aún no está en contacto con él?

—Todavía no.

Volvió a cogerse la ceja.

—No veo ninguna razón por la que no podamos seguir negociando.

—Yo tampoco... siempre y cuando esté usted dispuesto a hacer una oferta ahora.

—Antes dijo que el precio andaría por los doscientos mil, *Mr. Maas*. ¿Qué significaba «andar por»? Que la suma es una cantidad negociable, supongo.

Súbitamente sentí gran confianza en mí mismo. Meneé la cabeza y le dije:

—Oh, no. Lo que quise decir fue simplemente esto. Si el precio se ha de pagar en francos franceses, entonces es esa cantidad. Si el pago se efectúa en monedas fuertes (dólares americanos o francos suizos, pongamos por caso), entonces podría aceptar el equivalente de ciento setenta y cinco mil francos. La moneda se ha de entregar en metálico, naturalmente, y toda la transacción debe ser efectuada mañana por la noche.

Skurleti suspiró y luego levantó las manos.

—No estoy autorizado para hacer una elección de ese tipo —dijo—; puede que no sea posible conseguir una transferencia de semejante cantidad de francos suizos para mañana por la noche. Hay que seguir ciertos trámites para estas transferencias. Tengo que consultar con mis clientes.

—¿Puede hacerlo esta noche?

—Sí.

—Cuando llegue a Antibes serán las diez cuarenta y cinco. Si yo le telefono a las once y media, ¿tendrá usted la respuesta?

—Creo que podré saber algo.

Puso en marcha el coche y encendió las luces.

—Un momento —dije yo abriendo la puerta—. Yo tengo el coche en el café. Puedo regresar a pie. Es poca distancia.

Skurleti no dijo nada al bajarme del coche.

Yo le observé mientras se dirigía a Niza y, una vez que se perdió de vista, me di la vuelta y comencé a caminar hacia el café.

Lucía había oído el coche al detenerse al pie de la rampa y me estaba esperando en la oscuridad del patio.

—¿Pierre?

—Sí.

—¿Está usted bien?

—Sí.

Extendió sus brazos en un movimiento espontáneo y nos abrazamos por un momento. Luego entramos en la casa. No me preguntó nada sobre el dinero ni sobre otra cosa. Al contrario, me sirvió una copa y se quedó de pie observándome.

Yo me tomé casi toda la copa de un trago y me desembaracé del sombrero, el impermeable, el revólver y el sobre. Luego me acerqué al fuego. La situación debió resultar muy tensa para ella, pero yo era presa de una especie de reacción y no sabía por dónde empezar.

Al fin dije:

—Dentro de una hora lo sabremos.

—¿Si compran o no?

—Cuánto han de pagar. Doscientos mil francos franceses o el equivalente a ciento sesenta y cinco mil en dólares o en francos suizos. Lo uno o lo otro. El pago, mañana por la noche.

Se me quedó mirando fijamente por un segundo y luego se dejó caer en una silla de golpe. Yo me acerqué, volví a llenar la copa y le serví una a ella. Luego le conté cómo había sido la entrevista.

Cuando terminé, todavía parecía confundida.

—Deben tener muchas... —empezó.

Pero no terminó la frase.

Yo la terminé por ella.

—Sí deben tener muchas ganas de esos informes. Aunque se trate de un consorcio petrolífero, es una suma muy fuerte a cambio de una simple información. Hay una cosa que me llamó la atención, sin embargo. Insistió mucho en que debía ser la única copia, que no debía haber ninguna fotocopia. Yo le aseguré que así era.

—¿Y le creyó?

—Creo que sí. Puesto que le decía la verdad en que no había ninguna fotocopia, probablemente mis palabras resultaron convincentes. En cualquier caso, no le queda otro remedio que creerme, más o menos. Aun cuando no tenga la absoluta seguridad de que lo que le digo es cierto, no puede hacer nada.

Pero en esto me equivocaba.

El número de teléfono del Motel Cote d'Azur de Antibes venía en la guía. Hice la llamada exactamente a las once y media. El conserje nocturno me dijo que *Monsieur Kostas* estaba hablando por teléfono en aquel momento. Esperé cinco minutos y volví a llamar. Esta vez me pusieron con él.

—¿Monsieur Kostas?

—Ah, sí —reconoció mi voz inmediatamente—. La decisión es efectuar el pago en moneda francesa. El otro sistema no sería conveniente.

—Serán doscientos mil, entonces.

—Sí. ¿Qué planes tiene para cerrar el negocio?

—Mañana se lo diré. ¿Qué le parece si le telefono a las seis?

—¿De la tarde?

—Sí.

—Es una hora prudente. Hay una cosa importante que debe conocer.

Hubo una pausa.

—¿Sí?

—Me han autorizado a decirle que, según información de mis superiores, tres representantes del Comité han salido de Ginebra por avión esta tarde con destino a Niza.

—Comprendo. Gracias.

—No crea que se trata sólo de un gesto de buena voluntad. A mis clientes les interesa que nosotros (usted y yo) tomemos todo tipo de precauciones para conseguir que nuestro trato se cierre sin novedad. ¿Quiere que le dé un consejo?

—Adelante.

—El plan utilizado para nuestra entrevista de esta noche era sencillo pero funcionó perfectamente. Gracias. Le llamaré mañana a las seis.

Habíamos estado hablando en inglés, lengua que Lucía no entendía muy bien. Aun así, había mantenido su cabeza pegada a la mía tratando de entender el sentido de la conversación.

—¿Qué dice? ¿Pagará?

—Sí. Los doscientos mil.

Me echó los brazos al cuello y me besó.

Yo también la besé.

Al cabo de un rato, me dijo:

—¿Qué más decía?

—Oh, era acerca de la entrevista de mañana. Tengo que llamarle a las seis.

No me hizo más preguntas. Súbitamente, los dos habíamos perdido el interés por *Mr. Skurleti* e incluso, creo, por los doscientos mil francos. Nuestros cuerpos empezaban a descubrir un interés más inmediato.

Al cabo de una hora aproximadamente, en la gran cama de matrimonio, sentí que Lucía se iba. Al abrir los ojos, vi que se estaba vistiendo.

Empecé a levantarme, pero ella me detuvo.

—No. No tienes nada que ponerte. Vas a coger un resfriado. Me arreglaré sola. Te telefonaré mañana, cuando se haya ido la mujer.

A pesar de sus protestas, me enrollé una manta por los hombros y bajé las escaleras con ella. No me hacía gracia que volviera sola a Cagnes, pero no podía hacer nada.

Pareció haberme adivinado el pensamiento. Me puso las manos en la cara y me

dijo:

—Ya has hecho bastante por una noche, *Chéri*.

Radio Mónaco dio las noticias cuando yo estaba desayunando. Informó que yo había sido visto la noche anterior en St. Raphael conduciendo un Simca Etoile en compañía de una mujer cuya descripción correspondía a la de Lucía.

—Tras el desayuno, estuve pensando en la entrevista con Skurleti que iba a tener lugar aquella noche.

Skurleti me había invitado a que confiara en él; y yo le haría caso hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto. La perspectiva de dar aquel largo paseo para volver al Relais a coger el Citroën con doscientos mil francos encima no me hacía ninguna gracia. Por otra parte, si utilizaba el Citroën y él me lo veía, y que luego fuera él quien diera el paseo, seguro que se fijaría en la matrícula. Aun cuando hubiéramos cerrado el trato en la entrevista, y aun cuando él ya no tuviera ningún interés en Lucía y en mí, no me gustaba la idea de que supiera sobre nosotros más de lo necesario. Algo podría ir mal.

Y entonces tuve lo que me pareció una especie de inspiración. Skurleti me había dicho que el primer plan era «sencillo y había funcionado perfectamente». Pues, bien, había un modo de hacerlo todavía más sencillo y al mismo tiempo más seguro para mí. Consistiría en tapan la matrícula del Citroën durante cierto tiempo, pero no mientras el coche estuviera en la carretera.

Cogí las llaves que Lucía me había dejado, me dirigí sigilosamente al garaje y abrí la puerta.

Dentro había la consabida acumulación de chatarra: un paraguas roto, una vieja cámara de neumático, botes de pintura seca. Lo que yo buscaba era una grasa o algo así, oscuro y pegajoso. Mi idea era extenderlo sobre los números y luego borrarlo con facilidad.

No había grasa. Lo que encontré fue un par de placas de una matrícula turística inservible. Su fecha de validez había expirado el año anterior, pero para Skurleti valdrían. Aunque notase que estaban caducadas, este dato no le serviría de nada.

También encontré un trozo de alambre del utilizado para amarrar plantas. Cogí las placas TT y el trozo de alambre y regresé a casa.

Lucía telefoneó a las doce y cuarto.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿Sin Luminal?

—Sí. ¿Y tú?

Se echó a reír.

—Yo aún estoy en cama. ¿Quieres saber lo que dice el periódico?

—¿Es interesante?

—Dice que tú eres un hombre misterioso.

—Eso quiere decir que todavía no tienen nada de nuevo. Hablemos de esta noche. ¿Es muy grande el paquete que vas a traer?

—Hay otras cincuenta páginas como las que tú tienes, todas colocadas en orden. Sólo tenemos que colocar en su sitio las que están ahí y todo está completo. Llevaré también la otra copia.

—Bien. Creo que esta tarde puedo empezar a llamar a los hoteles. Nuestro segundo cliente ya tuvo tiempo de haber llegado.

—Estuve buscando en la Guía de Hoteles. Hay un gran número de hoteles con nombres suizos. Ayer hice una lista. Podríamos partírnosla entre los dos para ahorrar tiempo.

Me dio una lista con dieciocho nombres y sus números respectivos; en ella venían varias pensiones que decidí dejar para el final. Tenía la impresión de que el brigadier Farisi probablemente habría elegido un hotel de los que vienen en las guías populares, la *Michelin* o la *Europa Touring* por ejemplo, y que, aun cuando su elección estaría en función de un nombre, su nivel de vida era constante. Era poco probable que al Hotel Schweizerhof de Zürich siguiese la pensión Edelweiss de Niza.

Lucía tenía sus dudas, pero coincidía conmigo en que debíamos dedicarnos a los hoteles primero.

A las tres de la tarde comparamos resultados. Ninguno de los dos tenía ninguna novedad que comunicar. Lucía empezó a perder confianza en la idea del nombre suizo.

—Es demasiado pronto para saberlo —dije yo—. No ha podido hacer una reserva por adelantado. Habrá llegado hace muy poco. Debemos tener paciencia y seguir intentándolo.

—De todos modos, puede que yo esté equivocada. Tal vez él ha pensado de otro modo. Tengo que pensar.

No le dije que yo había empezado a pensar en otra dirección. Ella estaba tan segura de que Farisi respondería a la publicación de la entrevista, que yo, automáticamente había aceptado su punto de vista. Ahora me empezaban a asaltar las dudas. Cierto que Skurleti también esperaba que Farisi llegase a Niza. Pero podían estar equivocados los dos; el Gobierno iraquí podía haber decidido enfrentarse al problema de otro modo, hacer las cosas a alto nivel, a través de los cauces diplomáticos con el Gobierno francés, pongamos por caso, o pidiendo a El Cairo que hablase con los rusos.

Seguí haciendo llamadas telefónicas, pero mi corazón ya no estaba en lo que hacía. Me preguntaba cuánto tardaría en compartir mis dudas con Lucía; quizá mañana, cuando ella tuviera el dinero de Skurleti en las manos y se podía permitir el

lujo de ser más filosófica.

Al cabo de catorce minutos, volvió a llamarme.

—Está aquí —me dijo.

Jadeaba con la emoción.

Tuve la suficiente presencia de ánimo para no preguntarle qué quería decir y cambié la pregunta.

—¿Dónde? —le contesté.

—Déjame que te explique. Volví a pensar en cómo podía haber razonado él. Schweizerhof significaba castillo o casa grande en Suiza. Así que busqué un hotel que pudiera tener la misma asociación en Niza. Y encontré el Hotel Windsor. En Inglaterra existe el castillo de Windsor, ¿no? Así que llamé al Hotel Windsor.

—¿Y está allí?

—No. Quedé muy desilusionada, y volví a pensar otra vez.

—¿Y? El suspense me mata.

Ella se echó a reír.

—Pensé que tal vez Farisi tuviera una mente muy literal. El nombre del hotel de Zürich es Grand Hotel Schweizerhof. ¿Cuáles son los Grandes Hoteles de Niza?

—¿El Ruhl? ¿El Negresco?

—No. Uno dice Hotel Ruhl, Hotel Negresco. Sólo hay un Gran Hotel en Niza, el Gran Hotel de la Paix. Es interesante que la palabra «Grand» signifique tanto para él. Está aquí.

—¿Hablaste con él?

—Por supuesto que no. Corté tan pronto me conectaron. ¿Me contarás lo que te diga?

—Al instante. Eres una chica inteligente.

—Estoy de acuerdo.

El individuo que atendió mi llamada era un tipo que parecía enfadado y receloso al mismo tiempo. Hablaba un francés correcto, con un fuerte acento extranjero, y un tono de voz agudo y monótono.

—*Monsieur* Farisi no se puede poner en este momento. ¿De parte de quién?

—No sería prudente dar nombres por teléfono. *Monsieur* Farisi ha venido a Niza para discutir un asunto de negocios con una amistad de un antiguo compañero de armas, creo. Yo hablo en representación de ella.

—Yo puedo darle el recado.

—Preferiría hablar yo con él.

—Eso no es posible.

—¿Cuándo será posible? Puedo volver a llamar.

—*Monsieur* Farisi no habla el francés.

—Yo hablo el inglés tan bien como él.

—Un momento.

Hubo un silencio mortal; había tapado el teléfono con la mano. Luego se oyó la misma voz otra vez.

—¿Usted quiere concertar una entrevista para que *Monsieur* Farisi vea a la chica?

—No, nada de eso. Yo soy el que representará a la chica en las negociaciones.

—Un momento.

Hubo otra consulta inaudible antes de que volviera a hablar.

—¿Puede venir al hotel esta noche?

Yo empecé a perder la paciencia.

—No, no puedo.

—¿Por qué no? Si como usted afirma, representa a la persona en cuestión...

Yo no le dejé terminar.

—¿Cuántas horas hace que han llegado a Niza? —le pregunté.

—¿Por qué quiere saber eso?

—Coja un periódico de la ciudad, el de esta mañana le servirá. Léalo con atención y entonces comprenderá. Llamaré al brigadier Farisi dentro de media hora.

—¿Cómo se llama usted?

No le respondí. Llamé a Lucía. Mis palabras no parecieron sorprenderla.

—Si creen necesario enviar un intérprete, podían haber enviado alguien con sentido común —me lamenté.

—Son militares —dijo ella con resignación—; necesitan gritar y dar taconazos.

Pero cuando volví a llamar, hubo menos gritos y menos taconazos.

—¿Dice usted que puede hablar en inglés?

—Sí.

—Un momento.

El tono del brigadier Farisi no resumaba buena voluntad precisamente, pero hablaba con calma y fue directamente al grano. Le tuve que volver a explicar que no iba a tratar directamente con Lucía, sino a través de mí como intermediario; pero una vez que él aceptó esto, las cosas fueron mucho mejor. Incluso pareció aliviado.

—Muy bien. Lo comprendo. Ahora, vayamos al grano —dijo—. Deduzco que es peligroso para usted atraer la atención de la policía. Por lo tanto, el plan más sencillo me parece que es el de que yo vaya a verle. Si me dice dónde, saldré inmediatamente.

—Me temo que las cosas no sean tan sencillas, brigadier. Si usted ha llegado hoy a Niza, y creo que así es, estoy seguro que también usted está vigilado ya.

—¿Por la policía? ¿Y por qué?

—No, por la policía no. Por el Comité, la gente interesada en la operación *Dagh*.

—Me cuesta creerlo. ¿Cómo me iban a encontrar?

—Yo le encontré sin molestarme mucho. Ellos se habrán molestado menos todavía. Probablemente le han seguido ya desde el aeropuerto. En cualquier caso,

debemos suponer que lo hicieron.

—No pudieron haber actuado con tanta rapidez.

Su tono era un tanto despectivo.

—¿Usted cree que no? Tengo información fidedigna de que tres miembros del Comité salieron de Ginebra ayer por la tarde. Esto les da mucho tiempo de ventaja. Todos ellos saben que usted iba a venir. En Zürich llegaron hasta su amigo antes que usted. Aquí intentarán hacer lo mismo.

—Dice usted que salieron ayer. ¿Cómo ha podido obtener esa información?

Al menos, no era tonto.

—Me la dio el representante de un consorcio petrolífero italiano que está interesado como usted en conseguir la información de la Operación *Dagh*. También llegó ayer.

—¿Y ya pudo hablar con él?

—Sí, como ve, Brigadier, los acontecimientos se suceden rápidamente.

Farisi soltó un juramento; por lo menos, eso pareció; a lo mejor, sólo pidió la ayuda de Alá.

—Supongo que se habrá negado a discutir el asunto con él, por supuesto —dijo en inglés.

—Al contrario, hemos discutido el asunto extensamente. Y él hizo una oferta en metálico muy sustanciosa.

—Ese material es propiedad de mi gobierno —estalló—, y yo he venido para reclamarlo. Si es necesario, recabaré la ayuda de las autoridades francesas.

—En este caso, brigadier, nunca lo verá delante. Mañana mismo estará en Italia.

Farisi hizo un ruido de mal genio, pero yo continué:

—Es más, no es propiedad de su gobierno. Era una propiedad de su amigo muerto en Suiza. Su gobierno se lo iba a comprar a él. Ahora ha pasado a otras manos. Su gobierno todavía puede comprarlo si quiere. Vamos, brigadier, para eso es para lo que ha venido, ¿verdad? ¿O no?

Farisi suspiró profundamente.

—Estoy autorizado a dar ciertas compensaciones a la persona a quien usted representa —dijo en tono altanero—. Dichas compensaciones son a cambio de las dificultades, problemas y gastos que esa persona ha padecido por preservar el material de ciertos enemigos del Estado.

—Muy bien. Pero he de decirle que esas dificultades, problemas y gastos han sido, en conjunto muy grandes. Además, esa persona ha estado, y lo está todavía, en considerable peligro. Evidentemente, la compensación ha de ser sustancial.

Hubo una pausa y luego preguntó:

—¿Como cuánto?

—La oferta inicial de los italianos ha sido de doscientos cincuenta mil.

—¿Liras italianas?

—Nuevos francos franceses.

Celebró una consulta con el intérprete para ver cuánto era en dinares iraquíes. Eran casi dieciocho mil.

Cuando tuvo la cifra, hubo ecos de risas burlonas. Yo continué rápidamente:

—Naturalmente, se trata solamente de una oferta inicial. Mi impresión es que estarían dispuestos a pagar el doble de esa cantidad.

—¡Tonterías! Para ellos no vale ni la mitad.

—Mi impresión es diferente. Sin embargo, he de tener una entrevista con su representante esta noche. Después de ella decidiremos si aceptamos o no su oferta.

—¿Esta noche?

—Cada hora de retraso aumenta el peligro. Si las cosas se ponen difíciles, puede que tengamos que pedir la protección de la policía. De todos modos, al fin tendremos que presentarnos a ella, pero a la chica le gustaría deshacerse del material primero, a cambio de todo lo que pueda obtener por él. De no ser así, todo sería simplemente confiscado por la policía francesa. Me imagino que sus compañías petrolíferas también estarían interesadas.

—Pero yo estoy dispuesto a entrevistarme con usted esta noche. Ya se lo he dicho.

Le empezaba a cansar todo aquello.

—Brigadier, no tengo intención de presentarme voluntariamente para que me maten, y supongo que usted tampoco. Cualquier entrevista entre nosotros debe ser minuciosamente planeada. Y aun así, resultará peligrosa. A menos que sea con un objetivo concreto, no pienso correr el riesgo. ¿Para qué?

—Ya le dije que estoy dispuesto a pagar.

—Pero los italianos pagarán más.

—Yo pagaré veinticinco mil dinares. Espere un momento —lo calculó para mí—. Unos trescientos cincuenta mil francos a catorce francos el dinar.

—Estoy seguro de que los italianos pagarán más. Todo lo que yo sugiero, brigadier, es un posible compromiso.

—¿Un compromiso?

Pronunció la palabra como si le hubieran ofrecido un vaso de quinina.

—Le diré con franqueza que la chica preferiría que fueran ustedes los que adquirieran el material.

—¡Ah!

—Por razones sentimentales, usted ya comprende. Porque su amigo de usted y de ella era un patriota y ella querría vengar su muerte. Es comprensible.

—Sí, existen otras compensaciones aparte del dinero.

El tono de su voz indicaba que le hubiera gustado seguir esta línea de

razonamiento. Pero ya era hora de volver a hablar de negocios.

—Por lo tanto —dije yo—, retrasaremos la decisión unas cuantas horas. Una vez que yo me haya reunido con el representante de los italianos esta noche, le telefonaré a usted y le informaré del estado de las negociaciones. Si usted decide entonces intervenir, podremos tener una entrevista mañana.

—¿Qué quiere decir eso de «intervenir»?

—Incrementar su oferta, naturalmente.

—Comprendo.

Farisi estaba pensando rápidamente. Quería estar seguro de no perder el contacto conmigo.

—Muy bien —continuó—. Estoy dispuesto a incrementar nuestra oferta ahora mismo a treinta mil dinares.

—Eso es muy tentador, brigadier, pero creo que debemos mantener la palabra dada a los italianos. Al menos, escuchar lo que tienen que decirme.

—No tengo ningún inconveniente, siempre que quedemos de acuerdo en que no tomará una decisión sin consultarme.

—Estaré en contacto con usted otra vez esta noche.

—¿A qué hora?

—A las ocho o un poco más tarde.

—¿Cómo se llama ese agente italiano?

—No creo que sea honrado por mi parte el decírselo, brigadier.

—Muy bien —respiró profundamente otra vez—. Espero sus noticias.

—Las tendrá.

Informé a Lucía.

—¿Cuánto es treinta mil dinares?

—Un dinar vale catorce francos nuevos. Treinta mil dinares hace unos...

—Cuatrocientos veinte mil.

—Sí.

Había olvidado sus facultades de cálculo.

—Yo me hubiera conformado con eso —dijo ella.

—Yo estoy seguro de que está autorizado a pagar más. Además, aunque hubiera aceptado, no podríamos concertar la entrevista para esta noche. Es demasiado tarde para lo del médico y el cine. ¿Has llamado a la clínica?

—Sí. Dicen que tiene abierto hasta las ocho y media.

—Esto nos facilita el plan de mañana. Le dije que le llamaría a las ocho de la noche. ¿Podrás estar aquí a esa hora?

—Pues claro.

—No parece que estés muy contenta.

—Me estoy poniendo nerviosa. Está demasiado cerca.
—¿Qué es lo que está demasiado cerca? ¿La entrevista?
—No. El éxito.
—Si eso lo hubiera dicho yo, me habrías acusado de que esperaba fallar.
Lucía se echó a reír.

Me tomé una copa y pasé el aspirador por el suelo de la sala de estar. A las seis, llamé al Motel Cote d'Azur. Skurleti me contestó al instante.

—Seguiré su consejo —le dije—. El mismo procedimiento que anoche.
—Excelente. ¿Y a la misma hora?
—Sí, a la misma hora también. A las nueve y media.
—Todo en orden. Hasta la vista.

Al llegar Lucía, traía dos botellas de champán con las provisiones de comida y un paquete con las dos copias de los documentos.

El champán no estaba muy frío, pero abrimos una botella de todos modos.
Luego telefoneé a Farisi.

Esta vez él mismo cogió el teléfono.

—Lo que yo le dije, brigadier —le aseguré yo—. Los italianos ofrecen cuatrocientos cincuenta mil. Es decir, treinta y dos mil dinares.

—Muy bien nosotros pagaremos treinta y cinco.

—Un momento por favor —me volví a Lucía—. Ahora ofrece treinta y cinco mil dinares.

Su cara se quedó inmóvil por un momento. Luego dijo:

—Eso son cuatrocientos noventa mil francos.

—¿Aceptamos?

—Sí.

Me dirigí al auricular otra vez.

—Nos parece bien, brigadier.

—Hay condiciones —dijo él secamente.

—¿Sí?

—No ha de informar de esta oferta a los italianos y utilizarla para aumentar aún más el precio. Tengo que tener la seguridad de que la transacción está acordada. No habrá regateos ulteriores o sacaré la conclusión de que no es usted digno de fiar e informaré al Gobierno francés por medio de nuestro encargado de negocios en París sobre lo que está pasando. Esas son las órdenes que me han dado mis superiores.

—Comprendo, brigadier. Ha hecho usted su oferta y esta ha sido aceptada por la persona a quien represento. No habrá tratos ulteriores con los italianos ni con nadie más.

—Muy bien. También he recibido instrucciones de que no debo hacer ningún

pago de ningún tipo, ni retirar el dinero del banco, hasta que me haya asegurado personalmente de que el material es auténtico.

—No hay ningún inconveniente en eso. ¿Conoce usted la letra del coronel Arbil?

—Sí.

—Puedo mostrarle unas páginas del material para que las examine.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—¿Dónde y cómo? Creo que debo decirle que, tras nuestra conversación de esta tarde, he tomado las medidas necesarias para ver si efectivamente estábamos vigilados. Su sospecha en este sentido resultó correcta.

Su pomposidad resultaba contagiosa.

—El plan que le voy a proponer para la entrevista fue realizado pensando que así sería, brigadier.

—Muy bien.

Le conté lo que tenía que hacer. El médico, el cine y la farmacia no suscitaron ningún comentario por su parte; pero cuando llegamos a lo de la clínica, empezó a hacer preguntas.

—¿Irrigación del colon? ¿Qué es eso?

—Un tratamiento, brigadier. Un tipo de tratamiento muy corriente. Una especie de enema.

La palabra no le resultaba conocida. Tuve que explicársela. Cuando la entendió, se puso furioso.

—¿Y por qué tengo yo que someterme a ese tratamiento?

—Nadie ha dicho que tenga usted que someterse al tratamiento, brigadier. Estaba tratando de explicárselo. Lo único que tiene que hacer es pedir hora para una visita. Su intérprete le dirá lo que tiene que decir.

—Mejor que lo diga él mismo.

—Oh, no. Lo siento. La entrevista debemos celebrarla solos.

—El mayor Dawali es mi ayudante.

—Lo siento muchísimo. Tendrá que esperar en la farmacia. En realidad, nos puede prestar un buen servicio. Puede dar la impresión de estar mirando las cosas que están en venta mientras usted espera a que le despachen. A él se le podría ver perfectamente desde la calle.

—¿Y usted estará en el patio?

—Sí, a las ocho.

Volvimos a repasar el plan mientras él tomaba notas. Después yo tuve que repetirlo por tercera vez, ahora para el mayor Dawali, el intérprete-ayudante. Finalmente, me dijo que el brigadier deseaba hablar conmigo otra vez.

—Muy bien.

El brigadier había estado pensando.

—Supongamos que quedo satisfecho de lo que vea en nuestra entrevista de mañana —me dijo—. ¿Qué planes tiene para cerrar la operación? Yo no puedo volver a esa clínica otra vez.

—No. Ya pensaremos otra cosa distinta. Eso lo decidiremos más tarde.

—Muy bien. Sólo una cosa que quiero que sepa —añadió en tono hostil—. Soy un magnífico tirador de pistola. Por favor, no lo olvide.

—Descuide, brigadier. Si nos vemos envueltos en algún tiroteo, dejaré la cuestión de los disparos para usted. Buenas noches.

Le conté a Lucía lo que me acababa de decir.

Ella se encogió de hombros.

—Un militar.

—¿Qué aspecto tendrá?, me pregunto. Por el modo de hablar, me parece que debe ser un tipo alto y delgado, el clásico individuo con úlcera de estómago.

—Ahmed me dijo que era bajo y gordito. ¿Qué importa eso?

Se puso un poco más de champán, bebió un sorbito y suspiró.

—¿Sigues preocupada? —le pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que es porque no tengo otra cosa que hacer.

—Puedes pensar en lo que vas a hacer con tanto dinero.

—Oh, eso ya lo sé.

—¿Qué?

Me besó suavemente en la frente.

—Comprar casas, naturalmente. ¿Qué pensabas?

Llegué al Relais a las nueve y cuarto y aparqué en el mismo sitio que el día anterior, detrás de la gasolinera. Era una noche oscura y muy cálida. Podía haberme pasado sin el impermeable de plástico y sin el sombrero, pero creí más prudente llevarlos puestos. Sin embargo, dejé el revólver en el suelo del coche; tenía más facilidad de movimientos sin ese estorbo.

Me llevó menos de cinco minutos amarrar las placas de la matrícula TT, de tal modo que taparan los números de la matrícula normal. Hecho esto, me senté en el coche y me fumé un cigarrillo. Con cierta sorpresa, me di cuenta de que no me sentía excesivamente nervioso. Me pregunté por qué. Podía ser, pensé, que la ansiedad de Lucía hubiera conjurado la mía. Quizás me estaba acostumbrando al ambiente de conspiración y entrevistas clandestinas. ¿O era, quizá, que había aceptado totalmente a *Mr. Skurleti* en su papel de padre digno de toda confianza? Tras una breve reflexión, tuve que admitir que la tercera era la explicación más plausible.

Skurleti llegó puntual, igual que la noche anterior, y se detuvo en el mismo sitio.

Esta noche se hallaba al lado de un camión italiano de muebles procedente de Génova. Tan pronto como apagó las luces, yo me dirigí hacia su coche aproximándome por detrás como lo había hecho la otra noche.

La misma cabeza se volvió desde el mismo ángulo; los mismos dientes brillaron en la oscuridad; las mismas gafas despidieron los mismos destellos procedentes del letrero del Relais. No había nadie agazapado en la parte trasera del coche esperando para darme una cuchillada cuando abrí la puerta.

—Buenas noches —dijimos los dos casi al mismo tiempo.

—Un pequeño cambio de plan esta noche, *Mr. Skurleti* —continué yo—. Mi coche está ahí detrás de la gasolinera. ¿Quiere acompañarme?

—Naturalmente.

Nada de titubeos. Cogió una cartera que tenía en el asiento a su lado y salió del coche.

Volvimos al Citroën. Skurleti ni siquiera se fijó en las placas de la matrícula turística; estaba demasiado ansioso en llegar al coche antes que yo para abrirme la puerta del conductor.

—Oh, no, por favor —yo le empujé hacia el asiento delantero junto al del conductor.

Al verme entrar en el asiento trasero, se giró en redondo hacia mí.

—Oh, comprendo. Vamos a hacer aquí nuestro negocio.

Su tono era de decepción.

—¿Cree que no es seguro?

—Oh, sí, es bastante seguro, ya lo creo. Pero había pensado que puesto que esta será nuestra última entrevista y los dos confiamos el uno en el otro, tal vez hubiera decidido llevarme a la casa donde ha estado viviendo —los dientes aparecieron otra vez—. Al fin y al cabo, Beaulieu sólo está un poco más abajo en la carretera y Cagnes está en el camino de Antibes; me hubiera gustado conocer a *Miss Bernardi*.

—Creo que podremos arreglarnos aquí.

Pero debió notarme que estaba desconcertado.

Se rió en voz baja.

—¿Supongo, *Mr. Maas*, que no pensará usted que estuve perdiendo el tiempo el lunes? Tan pronto comprobé quien era realmente usted, examiné de nuevo la lista de direcciones que usted me había vendido tan solícitamente y comprobé que no estaba tan completa como debiera. Así que volví al Ayuntamiento y la completé.

—Comprendo.

—En aquel momento, me sentí un poco molesto, naturalmente. Tanto correr de un lado para otro llamando a tantas puertas todo el sábado y el domingo había resultado realmente agotador.

—Lo siento.

—Oh, no se lo reprocho —dijo rápidamente—; de verdad que no. Tengo en alta estima su inteligencia. Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Bien, ¿hablamos de negocios ahora?

Abrió la cartera, sacó de ella un voluminoso sobre y me lo mostró.

—Cien mil francos, *Mr. Maas*.

—¿Cien mil?

—Tengo aquí otro sobre del mismo tamaño. Mientras usted cuenta el contenido de éste, quizá yo pueda examinar el paquete que veo en su mano. Creo que es un arreglo equitativo.

—Muy bien.

Me entregó el sobre y yo le di el paquete. Sacó de la cartera la lupa y la linterna y se puso a trabajar.

Contar el dinero fue fácil. Estaba en fajos de diez billetes de quinientos francos, algunos casi nuevos, otros viejos, sujetos por una esquina según la costumbre de las bancos franceses. Había veinte fajos.

Metí el sobre en uno de los bolsillos interiores y esperé mientras él seguía examinando los informes. Le llevó mucho tiempo.

Cuando terminó, apagó la linterna y se recostó contra la puerta. Me miró pensativo.

—¿Satisfecho, *Mr. Skurleti*?

—¿Con los documentos? Oh, sí.

—Entonces...

—Estoy un poco preocupado por otra cosa —continuó lentamente—. O mejor, digamos que lo están mis clientes. Les informé que a mí me parece usted una persona digna de toda confianza y que usted me había dicho que esta era la única copia existente de los informes del coronel Arbil... la única copia que usted conocía, quiero decir.

—Sí.

Yo me alegraba de que hubiera demasiada oscuridad y no pudiera verme la cara. Skurleti carraspeó.

—Pues bien, he de explicarle algo de tipo confidencial. Sé que puedo confiar en su discreción. ¿Por qué? Porque no podría contar en un periódico lo que le voy a decir, sin revelar la existencia de esta pequeña transacción.

Dio un golpecito con la punta de los dedos en el paquete de informes, y los dientes hicieron otra de sus exhibiciones.

—Yo no creo que esto sea de su agrado —concluyó.

—Pues no.

—Entonces permítame que le diga que mis clientes *pueden* decidir, una vez que hayan considerado la información de estos documentos, *pueden* decidir, repito, dejar

que la operación *Dagh* siga adelante. Es posible que favorezca sus intereses el hacerlo así, usted ya me entiende. En realidad puedo decirle que, como consecuencia de nuestra entrevista de ayer y como resultado de lo que pude informarles, recibí instrucciones de ponerme en contacto con los miembros del Comité que se hallan en Niza en este momento y darles ciertas seguridades.

Empecé a sentir náuseas. Conseguí sobreponerme y le dije con tono razonablemente indiferente:

—¿Ah, sí?

—Por eso comprenderá —continuó él en tono amistoso— que la certeza de que ésta es la única copia de los informes, y que no hay ninguna posibilidad de que algún otro ejemplar o fotocopia pueda ser entregada al brigadier Farisi o a cualquier otro representante del gobierno iraquí, es una cuestión de vital importancia para mis clientes.

—Lo comprendo perfectamente. Pero como le dije...

—Sí, sí, *Mr. Maas*. Como usted dijo, y yo informé, todo parece estar en regla. Pero mientras mis clientes parecen estar dispuestos a creer que tal vez usted sea sincero en lo que dice, no por eso están totalmente convencidos. Está *Miss Bernardi*, ¿comprende? ¿Supongamos que no está usted enterado de todo lo que se trae entre manos?

—Yo creo que sí.

—Naturalmente que lo cree —ahora se sonreía ampliamente; era un hombre de mundo—. Pero con las mujeres nunca se puede estar seguro de nada, *Mr. Maas*.

Dio unos golpecitos en el respaldo del asiento y añadió:

—Ahora los dados están echados.

—¿Qué quiere decir?

La sonrisa se transformó en una mueca.

—Si éste es el original y único ejemplar de los documentos —dijo—, entonces, una vez cerrado nuestro trato aquí, usted y *Miss Bernardi* ya no tendrán motivos para seguir escondidos en secreto. ¿De acuerdo?

—Yo diría que sí.

—¿Y bien?

—Nuestra intención era ir a la policía.

—Y contarle ¿qué?

—Que yo había persuadido a *Miss Bernardi* de que sus temores por su propia vida eran infundados e histéricos, y que los documentos que obraban en su posesión debían ser entregados a la policía.

—¿Existen tales documentos?

—Sí. Son informes que el coronel Arbil se llevó de los archivos de Seguridad cuando huyó de Bagdad antes de pedir asilo político en Suiza. Creo que se refieren a

altos funcionarios del gobierno iraquí y podrían ser molestos para ellos si se hicieran públicos. El coronel Arbil tenía parientes en el Irak. Se llevó los documentos como una forma de asegurarse contra las represalias.

—Ah, claro. Comprendo.

Se quedó pensando por un segundo.

Yo también pensaba. Tenía que estar preparado para lo que iba a venir a continuación.

—Parece una explicación satisfactoria —dijo Skurleti lentamente—. ¿Cuándo se piensan presentar a la policía?

—Mañana por la mañana, creo.

—¿Por qué no esta noche?

—*Miss Bernardi* quiere dejar este dinero en el banco primero.

Skurleti volvió a pensar.

—Sí, comprendo que sería embarazoso tener que explicar su existencia a la policía. Eso es razonable. Pues bien —su voz se hizo más dura— tengo que darle a conocer algunos hechos desagradables para usted.

—¿Sí?

—Primero, el brigadier Farisi acaba de llegar a Niza y se halla estrechamente vigilado por los agentes del Comité. Será anotado todo contacto que haga. También tengo que decirle que si *Miss Bernardi* no se presenta a la policía mañana, tal como usted dice que pretende, también ustedes recibirán las atenciones del Comité. Si usted llega a intentar establecer contacto con el brigadier Farisi, esto será interpretado como prueba de su mala fe y de su hostilidad hacia el Comité. Las consecuencias para usted serán de lo más desagradable.

Yo hice lo que pude.

—*Mr. Skurleti*, una vez que usted me haya dado ese segundo sobre que ha mencionado, ya no tendremos razón para entrar en contacto con Farisi ni con nadie relacionado con él.

—Me alegra oírle decir eso.

Cogió el segundo sobre de la cartera.

—Ha sido un gran placer conocerle, *Mr. Maas*. Es usted un chico amable e inteligente. Le preveo un gran futuro. Me desagrada profundamente la idea de verle envuelto con esa gente del Comité.

Me entregó el sobre y sus ojos se detuvieron en los míos.

—Porque si tropieza con ellos, entonces no tendrá futuro.

Yo hice como si estuviera concentrado contando el dinero.

—En mi profesión —continuó Skurleti como si estuviera rumiando—, uno se encuentra con muchas personas a quien desearía ver tras unas rejas: las de la celda de una cárcel o las de la jaula de un circo. Si uno tiene mentalidad antigua, los considera

la encarnación del demonio. Ahora la palabra suele ser «neurótico». A mí no me hace gracia. Loco o malo... cuando me encuentro con un hombre de esos se me pone la carne de gallina. Pero le diré una cosa: raras veces he sentido una sensación tan desagradable como al tratar con esta gente del Comité kurdo. Son gente lista, pero peligrosos y desagradables como animales.

Hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Está bien?

La pregunta se refería al dinero del sobre; se había dado cuenta que yo había parado de contar. En realidad, estaba tratando con todas mis fuerzas de no vomitar.

—Sí, perfectamente —le respondí.

Skurleti cerró la cartera.

—Bien. He de regresar. Ha sido un gran placer, *Mr. Maas* —concluyó alargándome la mano.

Yo conseguí apretar sus dedos.

A continuación, se bajó del coche y se alejó.

Metí apresuradamente el resto del dinero en el bolsillo y esperé a que hubiera desaparecido. Entonces, encendí un cigarrillo.

Al cabo de un rato mis manos dejaron de temblar y mi cabeza ya podía pensar. Tras meditar un rato la situación, salí del coche, desaté las placas TT —una pequeña desilusión para mí— y las dejé detrás de un barril vacío de gasoil. Luego, regresé despacito hacia la casa de Beaulieu.

Un poco antes de coger la pista por donde se bajaba a la casa, vi un coche aparcado cerca de la entrada de un pequeño chalet. Sus luces estaban apagadas, pero había un hombre al volante, se veía el destello de su cigarrillo. Podía estar esperando a alguien del pequeño chalet, pero yo estaba casi totalmente seguro de que no. Yo pasé de largo sin desviarme y me detuve quinientos metros más adelante. La carretera tenía una fuerte pendiente en aquel lugar. Me detuve junto a un alto muro de contención y bajé del coche.

Poniéndome de pie sobre el techo del coche podía mirar por encima del muro y veía, en la falda de la colina un poco más arriba, el techo de la casa donde Lucía me estaba esperando y las luces de las casas vecinas. En medio, había un triángulo de terreno muy pendiente y abrupto que, tiempo ha, había sido arreglado en bancales para el cultivo de la vid. Lo conocía porque se veía parte de él desde la ventana de la habitación. En uno de los lados había una pequeña chabola cuadrada de cemento con un letrero rojo que ponía «peligro» en la puerta de metal; era algo relacionado con la electricidad. Como sabía que se hallaba inmediatamente debajo del patio de la casa, podía usarla como punto de referencia cuando perdiera de vista la casa propiamente dicha.

Trepar por el muro no era difícil, en la estructura había agujeros bastante grandes para meter los pies y la altura del otro era inferior a un metro. Pero subir por la colina me había parecido más fácil de lo que realmente era. La lluvia había hecho profundos barrancos en las viejas terrazas cubiertas de matorrales y de piedras sueltas. No me atreví a utilizar la linterna y la luna no me servía de mucho. Tuve que avanzar en zigzag dando tropezones a lo largo de la terraza y luego trepar a la siguiente. Cuando llegué al muro de ladrillo que marcaba el terreno perteneciente a la casa, me hallaba exhausto. Afortunadamente, el muro era bajo pues había sido edificado para evitar que las lluvias del invierno se llevaran la tierra del jardín sin quitar la vista desde el patio. Sobre él había una fila de macetas. Aparté tres de ellas y trepé.

Lucía había oído mis pasos y había apagado la luz y abierto la puerta antes de que yo llegara junto a la casa.

—¿Estás bien? —me dijo—. No oí el coche.

—Está abajo, en la carretera.

Ahora ya estábamos dentro de la casa, la luz estaba encendida otra vez y ella había visto por mi cara que me encontraba apurado. Puesto que además jadeaba, no se le ocurrió pensar otra cosa que había estado escapando de alguien.

Se me quedó mirando sin decir palabra.

—Todo ha ido bien —dije yo—. Aquí está el dinero.

Saqué del bolsillo los dos sobres y se los di.

—Estoy así porque he subido por la colina.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ya te lo contaré cuando haya recobrado el aliento.

Ella miró dentro de los sobres y me dijo:

—¿Te lo han querido quitar?

Yo negué con la cabeza y me senté. Sobre la mesita del café estaba la segunda botella de champán en un cubo de hielo y a su lado había dos copas. Yo abrí el champán y llené las copas. Lucía se sentó a mi lado; pero tan pronto empecé a contarle lo ocurrido se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación.

—¿Están vigilando esta casa ahora? —me preguntó cuando terminé—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Y también de que están vigilando tu casa de Cagnes. Es lo lógico desde su punto de vista. A partir de ahora y hasta que vayamos a la policía, vigilarán todos nuestros pasos.

Lucía se detuvo frente a mí.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Hay tres posibilidades. Podemos ir a la policía mañana por la mañana, como yo les dije. Podemos meter este dinero en el banco, como he dicho que haríamos, aunque no me parece muy recomendable. Casi con toda seguridad que en el banco nos reconocerían y entonces tendríamos problemas de otro tipo. Creo que si vamos a ir directamente a la policía, debemos esconder primero este dinero, aquí o en Cagnes. Después podremos decidir lo que haremos con el segundo ejemplar de los informes: entregárselo a la policía, o esconderlo e intentar vendérselos más tarde a Farisi.

—Más tarde no querrá comprar —dijo ella con impaciencia—. Ya se habrá marchado de aquí. Se supondrá que se lo hemos vendido a los italianos por un precio más alto y se largará.

—Siempre nos podremos poner en contacto con él.

—Entonces pensará que no pudimos vendérselo a los italianos y nos ofrecerá una miseria. O peor, le dirá al Encargado de Negocios iraquí que presente una queja al Quai d'Orsay por tener en nuestras manos ilegalmente una posesión perteneciente a un ciudadano iraquí. La única razón por la que no lo hace ahora es porque tiene miedo que le vendamos los informes a otros.

—Muy bien. Esto nos lleva a la segunda posibilidad. Ponemos este dinero en lugar seguro por el momento, vamos a la policía por la mañana y enviamos la segunda copia por correo a Farisi como regalo gratuito.

Hubo un tenso silencio. Yo no le miraba a la cara, pero sentía que ella me examinaba con todo cuidado.

—¿Es eso lo que deseas hacer, amigo mío? —dijo al fin.

Yo levanté la vista. Lucía tenía los puños agresivamente clavados en las caderas. En cualquier momento, uno de ellos iba a salir disparado hacia mí, pensé.

—Eso depende.

—¿De qué?

Me di cuenta, al preparar la respuesta, que me iba a obligar a mí mismo a actuar de un modo que me aterrorizaba. En cierto sentido, fue como en el momento en que me tomé los barbitúricos. El acto de tragar las pastillas, ayudándolas con coñac y agua, había sido casi automático, como si las manos y la garganta hubiesen actuado independientemente del cuerpo al que pertenecían con la finalidad de ejecutar una sentencia.

—Depende de cuánto dinero de Skurleti vayas a darme. Yo necesito ciento cincuenta mil. Si a ti te parece bien, entonces podemos acostarnos temprano y levantarnos con el canto del gallo para presentarnos a la policía.

Me contestó algo tan ingeniosamente indecente que me hizo sonreír.

—Muy bien —le dije—, consideremos, pues, la tercera posibilidad. Significa lo siguiente. De algún modo, tenemos que sacarnos de encima a esa gente, a Skurleti, a los agentes que utiliza, los hombres del Comité, y acudir a la cita con Farisi mañana a la clínica. Luego, si todavía estamos vivos, tenemos que vivir lo suficiente para recoger el dinero. ¿Qué te parece eso?

Sus puños se distendieron un poco, pero todavía no estaba muy segura de mí.

—Lo que yo deseo saber es lo que te parece a ti.

—Si con eso quieres decir si me asusta la perspectiva, mi respuesta es: «sí, me asusta». Pero si me estás preguntando qué es lo que yo pienso que debemos hacer, creo que ya te lo he dicho.

Lucía arrugó el ceño.

—No te entiendo.

—Dejé el coche en la carretera, al pie de la colina. Trepé hasta aquí a gatas prácticamente. No lo hice para divertirme. Lo hice para que el hombre que vigilaba la casa no se enterase de que yo había vuelto, y no supiese tampoco, si nosotros no queremos, que habíamos decidido marcharnos.

—¡Ah!

Se acercó y se sentó a mi lado.

—No deberías gastar esas bromas tan pesadas.

—No eran bromas. Si fuéramos sensatos, nos olvidaríamos de Farisi y nos conformaríamos con lo que tenemos. Pero me parece que somos demasiado locos y demasiado avaros para eso.

Lucía se sonrió y me dio un golpecito en la rodilla.

—Locos y avaros quizá, *chéri*, pero también inteligentes y encantadores.

—El encanto no nos servirá de mucho en este momento. Tenemos que desaparecer durante veinticuatro horas como mínimo.

—Seamos inteligentes, pues.

—Intentémoslo, por lo menos. Tenemos que suponer que la casa de Cagnes está vigilada también. De todos modos, tenemos que entrar en ella, y ha de ser esta noche.

—¿Pero para qué? Yo me puedo quedar aquí. Pasado mañana, la mujer de la limpieza...

—Te olvidas de una cosa. Una vez que se den cuenta de que les hemos dado esquinazo y que no vamos mañana a la policía, nos buscarán por todas partes. Si nos encuentran, nos matarán. Tendremos que escondernos. ¿Y qué haremos con los documentos que tendremos que llevar a la policía cuando nos presentemos a ella? ¿Dónde están?

Lucía se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¡Qué imbécil soy!

—Están en la casa, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza:

—En un cuarto trastero que hay bajo la terraza. Allí está la maleta.

—Tendremos que recogerlos esta noche, o ya no tendremos oportunidad de recogerlos nunca más. ¿Hay algún modo de acercarse a la casa sin ser visto desde la calle?

Ella se quedó pensando por un momento.

—Hay un sendero por la parte de atrás, junto a una vieja cisterna de piedra. Adela dice que debe de ser de la época de los romanos. Hay una fuente. El hortelano dueño de los olivos tiene unas cabras. El agua de la fuente se ha hecho salina ahora, pero cae dentro de la cisterna todavía y las cabras la beben.

—¿Si pudiéramos entrar en el bosquecillo de olivos, conseguiríamos penetrar en la casa?

—Hay una empalizada para que las cabras no se escapen, pero tiene una cancela. Adela le paga al hombre de las cabras para que le riegue las plantas.

—¿Tú sabes cómo llegar al bosquecillo de olivos?

—No, pero tiene que haber un camino. Lo encontraremos.

—Primero tenemos que pensar a dónde iremos después.

—Tenemos el apartamento de Roquebrune.

—¿Qué apartamento es ese?

—Adela me dio las llaves de tres sitios —me explicó Lucía—: la casa de Cagnes, ésta y un apartamento en Roquebrune. Todos están alquilados para el verano, pero hasta mayo no serán ocupados. Las de aquí y las del apartamento de Roquebrune me las dio por si tenía que salir apresuradamente de Cagnes, y porque no hay ninguna mujer de la limpieza que se ocupe de estos dos sitios de momento.

—¿Cuántas casas tienen los Sanger?

—Unas treinta, creo.

—¿Y cuántas están ocupadas en esta época del año?

—Tres o cuatro.

—Bien, puedes estar segura que Skurleti conoce el apartamento de Roquebrune. Le costaría poco tiempo encontrarnos.

—Le llevó dos días verificar la lista que tú le vendiste.

—Ahora tiene ayuda —dije yo.

Nos quedamos sentados durante un momento en un silencio aterrador. Súbitamente, Lucía se enderezó.

—Hay un sitio donde no pensarían en buscarnos. ¡La casa de Patrick en Mougins!

—Hay una criada allí.

—Se puede ir a Cannes a pasar unos días con su hermana. Adela puede darle unas vacaciones.

—¿Y sabes dónde están los Sanger ahora?

—Naturalmente. Están en la costa, en Italia, cerca de San Remo. Puedo telefonarles.

—No creo qué estén especialmente dispuestos a ayudarnos en este momento.

—¿Por qué no? Pronto iremos a la policía. Sería muy molesto para Patrick si no fuéramos discretos acerca de cómo me ayudó antes. ¿Les telefono ahora mismo?

Me lo pensé un segundo. Era muy poco probable que Sy siguiese vigilando La Sourisette; y Skurleti seguramente la habría tachado de su lista por estar ocupada. Si conseguíamos que los Sanger enviasen fuera a la criada de la que él había dicho que estaba acostumbrada a «ser discreta» en su ausencia, la cosa podía resultar.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien. Vale la pena intentarlo.

Lucía tuvo que pedirle el número al operador de la telefónica. Era una fonda.

—Tienen negocios allí —me explicó mientras esperaba—; una planta embotelladora de bebidas dulces. La gente del pueblo los conoce y es lógico que se hayan ido allí en este momento. Están instalando maquinaria nueva.

Cuando concertaron la llamada, Lucía preguntó por «la *Signora Chase*».

—¿Adela? Soy Lucía... sí, muy bien... ¿Has leído los periódicos?... pero hay ciertas dificultades... es cuestión de dos días más solamente... no, no más, es simplemente que necesitábamos otro sitio a donde irnos... ¿me comprendes?... Sí

María pudiera irse dos días con su hermana... no, no, Adela... querida, escucha... sería lo mejor para todos... nada de escándalos, nada de publicidad... Adela, escucha... sí, sí, claro... él lo comprenderá.

Lucía se sonrió hacia mí.

—Va a consultar con Patrick.

Pasó medio minuto, luego oí la voz de Sanger en el auricular.

Lucía dijo.

—¿Cómo estás, Patrick? Sí, yo bien. Sí, está aquí. Un momento.

Me pasó el teléfono diciendo:

—Quiere hablar contigo.

Sanger no perdió el tiempo en preguntarme por mi salud, sino que fue directamente al grano.

—¿Es realmente necesario lo que pide Lucía?

—Muy necesario.

—¿Entonces aún no han hecho el trato?

—¿Qué trato?

—Oh, vamos —dijo irritado—; le diré dos cosas. Que me haya hecho el tonto la otra noche, no quiere decir que lo sea. Nunca he dejado de preguntarme por qué rechazó los treinta mil dólares. En lo único en que no pensé es en que tenía entre manos un pez mayor para freír.

—Entonces, tampoco yo lo pensé.

—Pero ahora sí, ¿eh?

—En cierto modo.

—¿De qué tamaño es?

—El doble del suyo.

Sanger dejó escapar un silbido.

—¿Y necesitan cuarenta y ocho horas para atraparlo? ¿No es eso?

—Eso es.

—¿Y para mí, cuánto?

—La inmunidad.

—Esta vez tendrá que pensar algo mejor. Está en un apuro.

—Espere un minuto.

Lucía había estado intentando seguir la conversación y lo había logrado sólo en parte.

—¿Qué quiere? —me preguntó.

—Ha oído que hay dinero por medio. Quiere su parte.

—¡Ah! —levantó las manos en señal de disgusto—. ¿Ves cómo es?

—Cree que se trata de unos sesenta mil dólares. ¿Qué le digo? ¿El diez por cien?

—¡Seis mil dólares!

—Vale la pena en estas circunstancias. Al fin y al cabo, te quedará medio millón limpio... un poco más en realidad. Tenemos que irnos a alguna parte, Lucía.

—Es un chantaje.

Y se encogió de hombros desalentada.

—La inmunidad más el diez por cien —dije hacia el teléfono.

Sanger se rió burlonamente.

—Eso está mejor. ¿Cuándo tendrá lugar la transacción?

—Pasado mañana.

—Le diré a María que deje las llaves en una de las macetas que hay frente a la puerta de la entrada. Cogará el autobús de Cannes a las ocho de la mañana. Podrán entrar cuando quieran después de esa hora.

—¿No podría ser un poco más temprano? A esa hora ya es día claro.

—Y sería un problema, ¿no? Bueno. Le diré a María que deje abiertas las puertas del garaje. Entren con el coche y quédense allí hasta que ella se haya ido. Pueden fiarse de ella. Fingiré que no sabe que están ustedes allí. Pero será mejor para todos que no le reconozca a usted. Cuanto menos sepa, mejor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Ya nos veremos.

Metimos el dinero de Skurleti y el segundo ejemplar de los informes en mi maleta, junto a las cosas que yo tenía. Después, deshicimos la cama y limpiamos un poco para borrar en todo lo posible las huellas de mi estancia. Aunque Lucía estaba muy enfadada con Sanger por su chantaje, no quería traicionar a su mujer. Si Adela no debía verse comprometida, nuestras explicaciones a la policía debían incluir la versión de los hechos entretejida por ellas cuando Adela se prestó a esconderla. Lucía me lo contó apresuradamente mientras trabajábamos.

Ella diría que nunca había visto a Adela Sanger y que había alquilado la casa de Cagnes por carta, a nombre de la señora Berg, desde Suiza, antes de la muerte de Arbil. Ella y Arbil, diría, esperaban pasar los meses de primavera allí y habían pagado la renta por adelantado y en metálico.

Adela Sanger, si la interrogaban, diría que *Madame Berg* había llegado inesperadamente diez días antes y le había telefoneado contándole una triste historia sobre una operación de cirugía plástica y pidiéndole que le adelantara la fecha del alquiler. *Madame Sanger* no había visto ningún inconveniente en acceder, puesto que la casa estaba vacía en aquel momento y la renta ya estaba pagada. Así pues, dio órdenes a la mujer que cuidaba de la casa que permitiese a la pobre *Madame Berg* trasladarse inmediatamente. *Madame Sanger* nunca había puesto los ojos sobre *Madame Berg*.

—Todo esto está muy bien —objeté yo—, pero ¿cómo explicaremos que la mujer

de la limpieza no me haya visto cuando se supone que yo estuve viviendo allí contigo? Ya sé que tiene mala vista, pero aun así...

—Sólo viene por las mañanas. Y por las mañanas, tú te encerrabas en el cuarto trastero.

—La policía no lo creerá.

—Pues tendrán que creerlo. No podrán probar otra cosa. ¿Estamos listos ya?

Pasaba la medianoche.

Apagamos las luces y salimos de la casa sigilosamente. Lucía llevaba pantalones flojos y no tuvo problemas para saltar la cerca. Yo volví a poner las macetas en su sitio y empezamos a bajar la colina.

Yo iba delante, pero la maleta me estorbaba y no podía hacer mucho para ayudar a Lucía. A mitad del camino, se cayó en un hoyo y la peluca se le fue. Tuvimos que detenernos para buscarla. Luego, yo me torcí un tobillo; no mucho, pero lo suficiente como para que el resto del descenso resultara aún más difícil. Cuando llegamos al muro de contención del fondo, tuvimos que detenernos a descansar antes de intentar bajarlo. Mientras lo hacíamos, descubrí que los dos agujeros que yo había utilizado para subir no eran claramente visibles desde arriba. Así que no tuvimos más remedio que usar la linterna. Afortunadamente no pasaban coches mientras bajamos, pero fue un minuto de gran tensión nerviosa.

Metí la maleta en el coche, subí al asiento del conductor y encendí las luces, pero no arranqué inmediatamente.

Lucía me miró.

—¿Qué pasa?

—Me estaba preguntando qué camino coger.

Esto era cierto sólo en parte. Lo que realmente me estaba preguntando era si la entrevista con Skurleti, que indudablemente me acobardó, no me había asustado tanto que empezaba a ver imaginaciones, que había empezado a ver hombres del Comité hasta debajo de la cama. Sin duda, el esfuerzo de subir y bajar la colina y el dolor del tobillo, demasiado real, habían influido en mí; pero la verdad es que sentí de pronto la necesidad de ver si el hombre del coche me seguía esperando o no. Si no estaba, es que yo hacía el payaso y estaba logrando que Lucía también lo hiciese.

—A través de Beaulieu —me dijo—, por el Pont St. Jean.

—Sería más rápido si volvemos a Corniche.

—¿Y el tipo que está vigilando la casa?

—Siempre que pasemos de largo, no se dará cuenta. Además, será una buena idea si le echamos un vistazo.

Lucía me hizo una mueca cómica.

—¿Quieres ver si todo eso que hicimos fue por nada?

No tenía sentido negarlo.

—Pues sí, eso es.

—Muy bien.

Puse el coche en marcha, di la vuelta y doblé la curva a toda velocidad.

Estábamos a unos cincuenta metros de la pista que baja a la casa y ya se veía el extremo del muro medio derruido que la marcaba cuando las luces largas del otro coche se encendieron.

Por un momento me deslumbraron. Noté que Luda había levantado las manos para taparse la cara. Luego ya habíamos pasado las luces y ya estábamos en la espeluznante curva de la cima. Yo apreté el acelerador a fondo. Cuando pasamos junto al coche, vi a un segundo hombre que estaba sentado a caballo de una motocicleta con un bocadillo en la mano y la boca abierta. Por el retrovisor le vi tirar el bocadillo y accionar con el pie el pedal de encendido.

Con un tremendo patinazo, entramos en el cruce de la Corniche.

—¡A la izquierda! —gritó Lucía.

Yo giré a la izquierda. Casi inmediatamente, la carretera pareció caer en picado delante de nosotros... estábamos bajando la colina otra vez. Apreté los frenos a fondo y el peso del coche hizo oscilar la suspensión. Había una serie de curvas cerradas, que yo tomé a demasiada velocidad, y luego nos encontramos en las afueras de Villefranche sobre el puerto.

Lucía miraba hacia atrás.

—Yo creo que ha debido seguir a la Corniche —dijo—. No creo que nos viera girar. ¿Nos detenemos para asegurarnos?

Ahora estábamos en la carretera general que pasa junto a la costa hacia Niza.

—Creo que lo mejor sería continuar.

Me hallaba muy enfadado conmigo mismo. Mi deseo de asegurarme había aumentado el peligro para los dos. Habíamos dado pruebas efectivas no sólo de saber que estábamos vigilados, sino además de que tratábamos de eludir dicha vigilancia.

Skurleti y sus aliados temporales del Comité ya no tendrían que esperar a la mañana para conocer nuestra «mala fe y hostilidad». Yo les había ofrecido la prueba por adelantado.

Lucía dijo:

—Bueno, ahora ya lo sabemos.

—Desgraciadamente, ellos también. Debí haber tenido más sentido.

—¡Oh, *Chéri*, no te atormentes! No te habían visto regresar a ninguna de las dos casas. Hubieran empezado a buscarnos de todos modos. Lo mismo da.

—No da lo mismo si nos encuentran.

—Procuraremos que no lo hagan.

Antes habíamos decidido entrar en Cagnes por la carretera de Vence y dejar el coche bastante lejos de la Rue Carponière. Lucía me indicó el camino a través de

Niza. Las calles estaban prácticamente desiertas y lo hicimos rápido. Sólo antes de llegar a Cagnes disminuí un poco la marcha y empezó a buscar la carretera lateral que lleva al huerto.

La encontramos sin muchas dificultades. Pasaba junto a una pequeña granja y luego por delante de dos o tres casuchas, haciéndose cada vez más abrupta al girar a la izquierda del valle. El huerto era una estrecha franja de tierra llana en forma de rombo, con el bosquecillo de olivos al fondo. Pasamos junto a una zona vallada dentro de la cual había largas hileras de campanas de cristal, luego llegamos junto a unos invernaderos. Detrás había un almacén de dos pisos con construcciones adyacentes.

Me detuve junto al invernadero. Era evidente que la carretera terminaba en la casa. El ruido de un coche hubiera hecho ladrar a los perros. Lucía pensó que ya estábamos demasiado cerca. Yo di marcha atrás haciendo el menor ruido posible y regresé a donde empezaba la valla de propiedad. Luego le di la vuelta al coche y lo aparqué bajo un plátano.

Todo estaba en el mayor silencio, pero el bosquecillo de los olivos rezumaba una tranquilidad especial. Los árboles eran viejos, y la ligera brisa no movía sus ramas espesas y retorcidas. Sólo se movían las hojas, susurrando suavemente. Mientras avanzábamos, se agitó ante nosotros la forma negra de una cabra y la cadena con la que estaba amarrada resonó en el silencio de la noche. Luego se levantó frente a nosotros la forma de la cisterna y se oyó el murmullo del agua que caía. Segundos más tarde habíamos encontrado el sendero.

Avanzamos por él hasta la cancela del huerto. Ahora ya veíamos la casa. Lucía desatancó la cancela sigilosamente. Tenía un fuerte muelle; los goznes estaban resecos y chirriaron al entrar nosotros en el huerto.

Dentro, lo único que pude ver fue un sendero de ladrillo con escalones poco profundos para salvar el desnivel, y unos arbustos bastante altos. Al acercarnos a la casa, los arbustos se hacían más espesos y el sendero terminaba en una plataforma pavimentada con una gran mesa rústica de caballete en medio y un cobertizo de listones por encima para proteger del sol. En los rigores del estío, debía ser allí donde comía la gente de la casa.

Subimos tres escalones y el sendero se bifurcó. La puerta del cuarto trasero estaba a la derecha.

Lucía buscó a tientas en el bolso.

—Un momentito —dijo—. Tengo aquí la llave.

—¿Quieres que te alumbre?

Yo había llevado conmigo la linterna.

—No, ya la tengo.

Tuvimos realmente mucha suerte. Hablábamos en voz baja, naturalmente.

Sabíamos, o suponíamos, que había hombres vigilando la casa desde la calle de enfrente, pero la calle se hallaba a bastante distancia.

No encendí la linterna hasta que la puerta estaba abierta, y cuando lo hice dirigí la luz hacia el interior. Entramos.

La mayoría de la estancia estaba ocupada por muebles de jardín y herramientas. En una de las paredes había un amplio estante en el que estaban amontonados los cojines de las sillas del jardín. La maleta no aparecía por ninguna parte.

—Detrás de los cojines —dijo Lucía.

Me cogió la linterna y la enfocó hacia un extremo del estante. Yo empecé a apartar los cojines de allí. Un momento más tarde pude ver la maleta. Era una reliquia de los días anteriores a los viajes aéreos; estaba hecha de metal con líneas de remates a la vista y gruesos recuadros de piel en las esquinas. Estaba pegada a la pared al fondo del estante, bajo las vigas. Me subí a una silla para cogerla.

En aquel momento, el suelo de la terraza que estaba sobre nosotros crujió.

Oí que Lucía contenía el aliento. Apagó la linterna al instante. Ninguno de nosotros se movió. El suelo de la terraza volvió a crujir. Alguien andaba lentamente arriba. Luego, oímos un murmullo de voces... voces de hombre, aunque era imposible distinguir lo que decían.

Lucía encendió la linterna de nuevo y enfocó hacia el estante.

Yo la miré fijamente.

—Rápido —murmuró.

Levanté la maleta del estante y bajé de la silla. Lucía mantuvo la linterna encendida hasta que llegamos a la puerta.

Nos hallábamos de nuevo en el desvío del sendero y Luda se había vuelto para volver a cerrar la puerta, cuando oímos ruido de voces procedentes del lado de la casa.

La cogí por el brazo y la empujé por los escalones abajo hacia la plataforma pavimentada. Luego, un chorro de luz parpadeó en el sendero delante de nosotros y yo empujé a Lucía hacia la sombra de los arbustos.

La luz volvió a parpadear y se hizo más fuerte cuando el hombre que sostenía la linterna llegó al desvío del sendero. El de la linterna dijo algo a su acompañante y empezaron a andar hacia la casa. Cuando la luz descubrió la puerta abierta del cuarto trastero, el hombre dejó escapar una exclamación y echó a correr hacia ella.

Ahora podíamos verlos. El de la linterna llevaba puesto un casco de motociclista. El otro tenía un sombrero como el mío y empuñaba un arma. El del casco se agachó y luego entró, receloso, en el cuarto trastero. No esperé a ver lo que hacía el otro hombre. Apreté el brazo de Lucía y nos trasladamos rápidamente por el sendero abajo buscando un sitio donde los arbustos fueran más espesos para escondernos de nuevo.

Ahora ya no veíamos el desvío del sendero pero hasta nosotros seguía llegando la

voz de los dos hombres. Yo no sabía lo que decían, pero parecía que estuvieran discutiendo la situación. Luego, sus voces se hicieron cada vez más débiles.

Yo tenía cogida la mano de Lucía y notaba su temblor. Cogí la maleta y tiré de ella hacia la cancela. Esta vez la abrimos muy lentamente y apenas hizo ruido.

No hablamos nada hasta llegar junto al coche.

—Esos hombres —dijo Lucía mientras yo ponía la maleta en el portaequipajes— son los que mataron a Ahmed.

—¿Estás segura?

—Oh, sí. En esto no podría equivocarme. ¿Has entendido lo que decían?

—No. Pero sospecho que sé qué idioma hablaban. Creo que era checo.

Media hora más tarde entrábamos en el garaje de la casa de los Sanger en Mougins. La luz de la puerta principal se hallaba encendida, pero el resto del sitio estaba en la oscuridad. Eran las tres menos cuarto. Teníamos que esperar unas cinco horas antes de que María saliese para visitar a su hermana en Cannes.

El garaje era un antiguo granero acondicionado, parte del cual había sido cubierto con tarimas para ser utilizado como bodega. No había descorchador, pero encontré una botella de whisky con tapón de rosca que pudo ser abierta a mano.

Nos sentamos en el coche y bebimos whisky durante un rato. Luego, Lucía apoyó su cabeza en mi hombro y se puso a dormir.

Dormimos la mayor parte del día en la cama de la habitación de los huéspedes. María nos había dejado una nota indicándonos qué habitación debíamos utilizar, e informándonos que había comida en el frigorífico.

Comimos a última hora de la tarde. Una vez que se hubo despejado completamente, Lucía empezó a mirar el reloj y a preocuparse. ¿Habría entendido Farisi perfectamente lo que tenía que hacer? ¿Estaba seguro yo? Eran las cinco. ¿Habría ido al médico para que le dieran la receta con la que comprar las pastillas para dormir? Pronto saldría para el cine. ¿Sabía lo que tendría que decir cuando entrase en la clínica?

Comprobé que la mayor parte de su ansiedad se debía al hecho de que el plan de la entrevista había sido ideado fundamentalmente por ella. Ahora se sentía responsable de él. Y nuestra experiencia de la noche anterior le había hecho ver el peligro tan real y tan próximo como en Zürich.

Yo hice todo lo posible para calmarla intentando aparecer tranquilo y confiado, pero no era fácil. Traté de no pensar en la entrevista con Farisi. La ansiedad de Lucía era contagiosa.

Antes de salir, me tomé una copa, aunque una me pareció demasiado poco.

Habíamos creído prudente que yo llegase a la clínica exactamente quince minutos antes. De este modo, pensamos, no era posible que los hombres que seguían a Farisi

me reconocieran; al mismo tiempo, no me exponía durante mucho tiempo a que las personas que utilizaban el patio me reconocieran accidentalmente.

Llegué allí exactamente a las ocho menos cuarto.

Había sido durante un fin de semana cuando hicimos la inspección del patio y entonces sólo había dos coches aparcados. Ahora había tres y una moto ligera. Yo conseguí meter el Citroën en el espacio que quedaba, pero me resultó muy difícil y cuando terminé estaba sudando. Encendí un cigarrillo para tranquilizarme. Deseaba aparecer tranquilo y sereno cuando me encontrase con el brigadier Farisi.

A las ocho menos cinco las cosas empezaron a ir mal. Entró en el patio un coche y se detuvo frente a mí con las luces largas encendidas y enfocadas hacia mi cara.

Del coche se bajó un hombre de cara ancha y colorada, con una gorra y una corbata de lazo. Se dirigió hacia mí agitando los brazos.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó enfadado—. Éste es mi sitio.

Yo encendí también mis luces largas para que le resultara más difícil verme la cara y le dije que ya me iba ahora mismo.

Pero no me hizo caso y continuó gritando.

—Tres veces esta semana —vociferó—. Es demasiado. Éste es un sitio privado —apuntó con el dedo a la señal del aparcamiento—. ¿No sabe leer?

Yo encendí el motor y le grité de nuevo que ya me iba.

—Se lo diré al conserje.

Y echó a andar hacia la portería.

Su coche me bloqueaba la salida. Sólo se me ocurrió hacer una cosa. Arranqué para interceptarle el camino. Al mismo tiempo, eché la cabeza por la ventanilla y le gruñí:

—Soy médico. Me llamaron aquí para un caso urgente y tengo que volver al hospital inmediatamente.

El otro titubeó.

—Así que —continué yo en tono acusador—, si fuera tan amable de apartar su coche, los dos podríamos dedicarnos a lo nuestro.

El hombre me estaba mirando directamente a la cara. Yo rogaba a Dios que no hubiese leído con mucha atención los periódicos, o que no tuviese una vista muy buena. Era lo único que podía hacer.

De pronto, levantó las manos en un gesto de váyase-al-diablo, hizo un ruido gutural de disgusto y volvió a subir al coche.

Al dar marcha atrás hacia la calle, pasé por delante de él y sus luces delanteras me enfocaron a la cara otra vez. Yo salí a la calle y giré por la primera bocacalle a la derecha antes de detenerme. Allí esperé durante un minuto o dos para asegurarme de que no me había reconocido en el último momento e intentaba seguirme. Luego encontré un sitio para aparcar frente a una tienda que ya había cerrado. Me bajé del

coche y volví a pie. No tenía sentido darme prisa; no me hacía gracia llegar al patio antes de que el individuo terminase de aparcar su coche.

En cualquier caso, mis piernas no se hallaban muy dispuestas a correr, como no fuera en la dirección opuesta.

Eran en aquel momento las ocho en punto.

Entré en el patio con la cabeza inclinada y el estómago revuelto, y me dirigí directamente a la puerta de la clínica. Allí no había nadie todavía; así que esperé, preguntándome que haría si alguien salía a mi encuentro, si debería fingir que era un empleado de la clínica, y preguntándome también que haría con el brigadier Farisi cuando llegase, si llegaba. ¿Debería llevarlo conmigo al coche, o sería mejor celebrar la entrevista a la luz de la linterna en el patio?

De pronto se abrió la puerta de la clínica. El sonido me hizo dar un brinco al corazón. Un hombre alto, viejo y demacrado salió por ella, pasó junto a mí pidiéndome disculpas y se alejó con paso rápido y largo a través del patio.

El hombre me había asustado, pero su partida me había dado una idea. Al abrirse la puerta de la clínica yo había visto una escalera bien iluminada, con un diminuto vestíbulo al pie de la misma. Si el brigadier accedía a no levantar la voz, podríamos celebrar allí nuestra conferencia. Al menos, podría leer con facilidad las páginas de la muestra; los pacientes que saliesen no mostrarían mucha curiosidad y procurarían desaparecer rápidamente; el lugar incluso tenía un cierto aspecto de intimidad.

Abrí la puerta una pulgada o dos más para echar otro vistazo al vestíbulo y oí que alguien bajaba las escaleras. La abrí un poco más aún y levanté la vista.

Lucía me había dicho que Farisi era bajo y gordo; el hombre que bajaba las escaleras era bajo y fornido, pero yo estaba casi seguro que se trataba del brigadier. Tenía el típico aspecto rígido del militar no acostumbrado a vestir ropas de paisano. El traje era bueno, confeccionado en Roma seguramente, pero tenía todos los botones abrochados y la corbata era demasiado brillante. Tenía una piel lisa y aceitunada, cabello corto, nariz arrogante y un bigotito negro con algunas manchas grises. Sus ojos eran oscuros y vivos.

Al verme, hizo una pausa en las escaleras.

—¿Brigadier Farisi? —pregunté yo.

El entonces continuó bajando.

—¿*Mr.* Maas?

—Sí. Brigadier, ha surgido una dificultad y no tengo espacio en el patio para el coche.

Sus ojos negros me midieron de arriba abajo.

—¿Entonces a dónde sugiere que vayamos? Tengo que decirle que me siguen implacablemente.

—¿Le importaría que nos quedáramos aquí?

Se lo pensó un momento y sus ojos se desviaron hacia las escaleras.

—Pueden interrumpirnos.

—Si hablamos en voz baja, creo que será bastante seguro este sitio.

—Muy bien.

Le di las páginas del informe.

Farisi se puso unas gafas para leer y durante dos minutos hubo un silencio total.

Luego oímos voces arriba. Otro paciente que se iba. En lo alto de las escaleras se oía una respiración estertórea y alguien bajaba lentamente.

El brigadier me dirigió una mirada interrogante.

—Quizá podríamos esperar fuera un momento —le dije.

Farisi asintió con la cabeza y dobló la hoja. Salimos al patio.

Momentos más tarde se abrió la puerta y salió un hombre de anchos hombros, robusto, respirando penosamente y apoyándose al andar en un bastón con un taco de goma en la punta. Al alejarse, dejó tras él un olor a orina rancia.

El brigadier y yo volvimos al vestíbulo.

Nadie volvió a interrumpirnos. Cuando terminó la lectura, el brigadier asintió con la cabeza.

—De momento, muy bien —dijo—. ¿Cuándo me puede entregar todos los documentos?

—Mañana, brigadier.

—¿Dónde?

—Le telefonaré más tarde, esta misma noche.

—¿No puede decírmelo ahora?

—Más tarde.

—Tenemos que extremar las precauciones.

Sus ojos negros volvieron a sopesarme otra vez. ¿Debía confiar en mí realmente?

—No debe tener miedo por eso —dije yo con firmeza—. ¿El dinero estará en francos franceses?

—Sí. ¿Supongo que cuando tenga el dinero usted y esa mujer se irán del país?

—No. Ella se entregará a la policía.

—¿Con una explicación razonable?

—Exacto. Naturalmente, no aludirá para nada a este asunto. Entregaré los papeles personales del coronel Arbil.

—¿Qué papeles?

—Tengo entendido que consisten, sobre todo, en una historia inacabada del pueblo kurdo.

La explicación pareció satisfacerle.

—Es hora de irme —dijo—. Estaré esperando en el hotel.

Con una reverencia, se dio la vuelta y volvió a subir las escaleras.

Yo esperé hasta que se perdió de vista y entonces salí al patio de nuevo. Todo parecía como antes. Comencé a andar hacia la puerta cochera. Incluso empezaba a sentirme aliviado. Pero de pronto, me detuve.

De pie, al lado de su motocicleta, justo en la parte interior de las grandes hojas de la puerta cochera, estaba el hombre del casco. Yo le vi en el momento en que trataba de levantar la máquina hacia atrás para dejarla sobre el soporte. Luego la dejó y comenzó a andar hacia adentro del patio mirando en torno a él. Era evidente lo que había ocurrido. El brigadier se les había perdido de vista durante demasiado tiempo y habían enviado a alguien para que examinase la parte trasera del edificio.

Yo estaba en la oscuridad. Por un momento pensé en la posibilidad de dar la vuelta en torno a los coches aparcados y luego echar una carrerilla, pero comprendí que sería inútil. Aun cuando pudiera llegar a la calle antes que él, todavía me faltaba un trecho hasta el coche; y él tenía un arma así como una moto. Mi única posibilidad era retroceder hacia dentro de la clínica antes de que él se hubiera adentrado bastante en el patio y notase la luz que saldría por la puerta cuando yo la abriese.

Tan pronto como estuve en el vestíbulo de nuevo, eché un vistazo a la cerradura de la puerta. Era del tipo Yale con una palanca para impedir que la puerta se cerrase sola. También había un cerrojo, pero yo no me molesté con esto. Levanté la palanca y la puerta quedó cerrada. Los pacientes podían salir igual, pero el hombre del casco no podía entrar si quería.

Sin embargo, esta era una ventaja a corto plazo. Yo sabía que no podía seguir allí mucho tiempo. No sólo porque pronto bajarían los últimos pacientes, sino porque además ya eran las ocho y media y pronto se iría el personal también. No tenía ninguna razón válida para quedarme allí al pie de aquella escalera particular: nadie en su sano juicio podía tener ninguna razón válida para ello. Si me veían allí, con toda seguridad que me harían una serie de preguntas y, con toda seguridad también, me reconocerían. No podía quedarme allí parado.

Y sólo había un camino que seguir: escaleras arriba.

En lo alto de las escaleras había un pasaje corto y estrecho que llevaba a un corredor. Un hombre con una bata blanca, un médico o un practicante pasó junto a mí en este corredor mientras yo titubeaba tratando de hacerme una idea de la distribución del edificio.

Tenía que seguir andando. Apreté los dientes, avancé apresuradamente hacia el corredor y giré a la izquierda.

Mis deducciones habían sido correctas: por aquí se iba a las escaleras que bajaban a la farmacia. Cerca del mostrador de recepción había dos salas de espera con tabiques de cristal opaco, y una puerta que, evidentemente, era la de la entrada. Desgraciadamente, la recepcionista también estaba allí: una mujer alta y delgada con una bata blanca. En aquel momento estaba pulverizando enérgicamente en el aire un

desinfectante.

El suelo del corredor era de caucho. La recepcionista no notó mi presencia hasta que llegué casi a su lado. Pasé a través de una nube de desinfectante y me dirigí resueltamente hacia la puerta murmurando un casual «buenas noches».

Ya tenía la mano en el manubrio cuando oí que ella me llamaba:

—Ah non, Monsieur, la porte est encore fermeé. Il faut...

Lo demás ya no lo oí. Era cierto que la puerta se hallaba cerrada con llave, pero ésta aún estaba allí y no me llevó ni un segundo darle la vuelta. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de mí, crucé el descansillo y corrí escaleras abajo. Por suerte, la puerta del fondo que daba a la farmacia no tenía cerradura sino un simple cierre neumático.

A través del pequeño círculo de cristal en el que se hallaba escrito el nombre de la clínica, se podía ver parte de la tienda, incluida la puerta de la calle. Junto al mostrador aún había varios clientes.

Los tres minutos transcurridos desde que yo había abandonado el patio no me parecieron horas, pero sí que me parecieron diez o quince minutos. Había supuesto, sin pensar en ello realmente, que el brigadier Farisi ya debía haber abandonado la farmacia hacía rato, llevándose con él a sus seguidores.

Entré en la tienda y me dirigí a la calle. Estaba a diez pasos de la puerta cuando vi que el brigadier Farisi todavía estaba allí.

Se hallaba de pie junto al mostrador esperando todavía a que le despacharan las pastillas de dormir que deseaba comprar ostensiblemente. Junto a él había un hombre cadavérico, con un traje marrón, el labio superior caído y ojos de sabueso desconcertado; se trataba, sin duda, de su ayudante, el mayor Dawali.

Tuve un momento de fuerte terror, y luego hice lo primero que vino a mi mente: me separé de la puerta alejándome hacia el otro lado de la tienda y me hice el despistado detrás del primer escaparate que me ocultaría de los que vigilaban desde la calle.

Desgraciadamente, en aquel escaparate anunciaban una oferta de papel higiénico. No podía quedarme allí mirando indefinidamente sin llamar la atención, así que exploré las alternativas furtivamente. El mostrador de la perfumería estaba cerca, pero allí había una vendedora. Avancé de lado hacia otro escaparate en el que había un letrero que decía OCASIONES, con bandejas llenas de platos de plástico, cepillos de dientes, patos de juguete y gorros de baño. Una mujer estaba escogiendo entre los platos; yo traté de dar la impresión de que estaba con ella y me aburría. Luego, cuando ella terminó su elección, me giré y miré con atención a través de una urna de cristal llena de vendas y medias elásticas «*pour les varices*».

Desde allí pude ver a Farisi. Ya le habían despachado las píldoras y las estaba pagando con la ayuda del mayor Dawali.

Las luces de la tienda eran brillantes. Todo parecía brillante y blanco allí, incluso el suelo. El sudor me corría por la cara. Estaba seguro de que, en cualquier momento, alguien iba a mirarme a la cara, apartar la vista, luego mirar de nuevo y me señalaría con el dedo llamando la atención de otra persona. Mientras Farisi no se fuera, no tenía modo de escapar, a no ser volviendo a la clínica, cuya puerta de entrada estaba seguro que había sido cerrada con llave otra vez.

Ahora, Farisi había terminado ya en el mostrador y se dirigía a la puerta acompañado de Dawali. De todos modos, no corría. Se esforzaba en hacer una buena comedia para complacer a sus seguidores. Se detuvo un momento ante un escaparate de pastillas de vitaminas e hizo alguna broma sobre ellas a Dawali. Luego, echó un vistazo al mostrador de los jabones. Finalmente, se fue, mostrando ostensiblemente la bolsita de papel en la que llevaba las pastillas para dormir.

Pero yo aún no me podía ir; tenía que esperar a que se hubieran alejado un buen trecho. Apartándome un poquito hacia el lado de la vitrina donde estaban los gorros de ducha, podía ver la calle a través del hueco de la puerta. Farisi y Dawali estaban de pie en la acera, y el último hacía señas con la mano furiosamente, buscando un taxi, supuse yo. Mi corazón dio un brinco. No es fácil encontrar un taxi a aquella hora de la noche en Niza. Sin embargo, increíblemente, lo encontraron. Cuando el taxi se alejó, yo empecé a caminar lentamente hacia la puerta contando por lo bajo mientras lo hacía; había decidido darles un minuto para desaparecer.

Luego atravesé la puerta y salí a la calle. Con la cabeza inclinada, giré hacia la derecha alejándome de la calle lateral por la que se iba al patio. Al principio caminé lentamente, luego fui aumentando el ritmo gradualmente. En la calle había mucha gente; hubiera sido difícil comprobar si alguien me seguía o no. Y peligroso, además; todas las calles de aquella zona estaban muy bien iluminadas. Diez minutos más tarde llegaba al coche.

Me hubiera gustado quedarme allí sentado un momento para recobrarme. Pero no me atreví. Por el contrario, me limpié el sudor de mis temblorosas manos con el pañuelo y regresé a Mougins inmediatamente.

En La Sourisette había luces encendidas y, al meter el coche en el garaje, comprendí por qué. En el espacio del segundo coche había un Lancia Gran Turismo.

Phillip Sanger estaba allí, en compañía de Lucía, para dar la bienvenida al héroe que regresaba de la guerra al hogar.

Lucía salió corriendo a mi encuentro. Sanger la siguió a un paso más tranquilo.

—¿Todo ha ido bien? —me preguntó ella sin aliento.

—Sí. Todo bien. No exactamente de acuerdo con lo planeado, pero ha ido bien. ¿Qué hace aquí ése?

Sanger estaba bastante cerca y escuchó la pregunta. Se sonrió con una mueca.

—Bien —dijo en tono desenvuelto—, puesto que yo también tengo una pequeña participación en esa empresa conjunta que se traen ustedes entre manos, he pensado que no estaría mal venir a ver si hacía falta que les ayudara.

—Ha venido —dijo Lucía— para asegurarse de que no se le escapase el dinero. Sanger ensayó una risita burlona.

—Bueno, bueno, niños. Un poco de respeto para mis canas, ¿eh? —fijó sus ojos en mí—. Supongo que aceptará una copa.

—Con muchísimo gusto.

—Vayamos adentro, pues.

Sanger iba delante. Lucía me clavó una mirada de advertencia que yo no necesitaba.

Sanger me observó mientras me quitaba el impermeable.

—Vaya, vaya —dijo cuando vio el revólver.

Entregué a Lucía las páginas de muestra.

—¿El tesoro? —preguntó Sanger.

—Sólo la puerta de la entrada.

Pasamos a la sala de estar.

—Veamos —dijo Sanger—; para usted whisky con soda, ¿no es eso?

—Estupendo. Gracias.

Sanger se acercó al mueble bar.

—Lucía me ha estado contando lo que se traen entre manos —dijo.

—No todo —dijo ella con intención, y me volvió a mirar.

Quería decir que no le había dicho lo de Skurleti, ni cuánto iba a pagar Farisi.

—No todo, naturalmente. Al fin y al cabo, yo sólo soy un socio reciente. Pero lo que me ha dicho es muy interesante.

Al cabo de unos segundos, regresó junto a nosotros y me dio un vaso.

—Creo que ha corrido usted algunas aventuras.

—Ha estado magnífico —dijo Lucía en tono de desafío como si él hubiera intentado criticarme.

—No me cabe duda —dijo Sanger sentándose—. ¿Qué ha ocurrido esta noche?

Me bebí la mitad del vaso de un trago y luego miré a Lucía.

Esta se encogió de hombros y dijo:

—No importa que lo sepa ahora.

A Sanger no parecía afectarle la actitud hostil de ella; sus modales eran los de un hombre tolerante por naturaleza.

Les conté lo que me había ocurrido en la clínica.

Cuando hube terminado, Lucía daba la impresión de estar aterrada.

—Es demasiado peligroso —dijo simplemente.

—Bueno, *esto* fue demasiado peligroso, quizá —el whisky empezaba a surtir sus

efectos—. Ahora tendremos que pensar en algo mejor para mañana por la noche. Prometí comunicárselo esta noche. Por lo menos, hay una cosa por la que no tenemos que preocuparnos.

—¿Qué cosa?

—El brigadier —dijo yo—. Es un cliente muy frío. No perderá la cabeza ni hará ninguna tontería. Y obedece las órdenes al pie de la letra. Lo único que tenemos que decidir ahora es qué órdenes le vamos a dar. Estuve pensando en ello cuando venía de camino. ¿Se puede alquilar una avioneta en el aeropuerto de Niza?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

Me puse de pie para explicarme mejor.

—He aquí lo que estuve pensando. Mañana por la mañana, Farisi se va a una agencia de viajes y reserva billetes para un avión que salga hacia París al anochecer. Sus vigilantes conocerán la existencia de esta reserva inmediatamente. Luego, regresa al hotel, llama al aeropuerto por una línea exterior y alquila una avioneta para que le lleve a Cannes aproximadamente a la misma hora. Sus vigilantes no sabrán nada de esto hasta que sea demasiado tarde. Le seguirán hasta el aeropuerto, naturalmente, pero cuando comprendan lo que ha pasado, Farisi ya estará en el aire. En Cannes coge un taxi y se reúne en algún sitio de por aquí, ¿qué les parece?

Lucía se quedó pensando un momento y luego su cara se iluminó.

—Es perfecto.

—Bueno, yo no diría tanto. Primero tendríamos que saber si es posible alquilar la avioneta. Y además, tendremos que preparar la entrevista cuidadosamente. No queremos que el conductor del taxi sienta curiosidad o empiece a sospechar.

Sanger había guardado silencio hasta entonces, observándonos; pero ahora, súbitamente, se puso a reír.

Lucía le miró ceñudamente.

Sanger continuó riendo hasta hacerse pesado.

—Si nos cuenta el chiste, a lo mejor también nosotros nos reímos —dijo yo.

—Es usted —dijo.

Se rió entre dientes mientras se llevaba el vaso a los labios; luego lo dejó y se limpió la cara con el pañuelo.

—Lo siento, pero es realmente muy curioso.

—¿El plan?

—No, no. El plan es muy ingenioso. Me reía de usted.

Y empezó de nuevo.

—¿Oh?

Empecé a sentirme molesto.

—Le ruego que me perdone —el paroxismo de la risa parecía empezar a ceder—. Fue al oírle hablar. Primero, el asunto de la clínica esta noche y luego el plan —

meneó la cabeza con ademán de asombro y se sonrió hacia mí—. ¿Tiene usted idea, la menor idea, amigo mío, de lo que ha cambiado durante los tres o cuatro últimos días?

—Tengo más cosas en que pensar —dije con impaciencia—. Y aún no he terminado.

Sanger no hizo caso de lo que yo le dije.

—Cuando uno compara —continuó, con los ojos inmensamente abiertos de extrañeza— el joven meditabundo con ojos extraviados y el aura de la muerte en su semblante, el hombre que se sentó en esta misma habitación con ademán de pedir disculpas por la iniquidad de su existencia... cuando uno compara, digo, aquel hombre con el astuto conspirador perseguido por la policía, que se arriesga a ser asesinado por pistoleros a sueldo y hace planes atrevidos e ingeniosos para vender documentos secretos al representante de un gobierno extranjero, uno sólo puede...

Se interrumpió ahogado por la risa.

Incluso Lucía se rió también. Ante tanto jolgorio, yo conseguí esbozar una débil sonrisa.

—Las circunstancias de la semana pasada eran bastante diferentes —le recordé.

Sanger meneó la cabeza con vehemencia.

—Oh, no —dijo cuando pudo hablar—. Oh, no, esa no es la respuesta. Yo creía saber lo que le movía. «Un nuevo tipo de angustia», le dije. ¡Qué equivocado estaba! Esa clase de angustia es tan vieja como las montañas. La estuvo usted acumulando durante todos estos años... igual que el policía que ha elegido esa profesión en vez de hacerse bandido. ¿O acaso es una sublimación? No importa. La realidad es que tiene usted vocación de ladrón. Eso es lo que le va. ¡Terapia! —dejó escapar una risita burlona—. En vez de todos esos tratamientos a base de electrochoques, ¿sabe lo que debieron haber hecho? ¡Enviarle a robar un banco!

Con gran asombro descubrí que también a mí me divertía la idea. Fue Lucía la que nos hizo bajar a la tierra de nuevo. Miró su reloj y dijo:

—Se está haciendo tarde. Tenemos que decidir lo que debemos hacer. Hay que mirar lo de la avioneta.

—Creo que la mayoría de esos servicios de alquiler funcionan ininterrumpidamente durante las veinticuatro horas del día. Llamaré al aeropuerto y lo comprobaré. En realidad, incluso podría reservar la avioneta para Farisi. Luego, todo lo que tiene que hacer él es pagarla; y hacer la reserva para París, claro.

—Tú tómate otro whisky —dijo Lucía—. Yo llamaré al aeropuerto.

Cuando se dirigía hacia el teléfono, Sanger levantó los brazos en el aire.

—Esperad un momento, niños —dijo—; sólo un momento.

—Pierre tiene que llamar a Farisi cuanto antes.

—Lo sé, lo sé. Lo podrá llamar dentro de un minuto. Pero antes debemos

pensárnoslo —me cogió el vaso y se fue al mueble-bar para llenarlo otra vez—. Pensemos detenidamente —añadió con parsimonia.

Lucía se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que hay que pensar?

—Ya dije que el plan de Pierre —¿no le importará que le llame Pierre, verdad?— era ingenioso. Lo es, pero no por eso es completamente seguro; y además tiene sus fallos. En realidad, creo que puede resultar sumamente peligroso. Os diré por qué.

Nosotros esperamos a que volviera a sentarse.

—Primero, creo que estamos infravalorando a nuestros oponentes. Por lo que tú me acabas de contar, es evidente que no estamos tratando con un grupito político que disponga de recursos limitados. Hay fuerzas poderosas que les respaldan. Pierre ha tenido mucha suerte esta noche. No podemos volver a confiar en la suerte otra vez. No podemos actuar como unos simples aficionados. Consideremos este plan detalladamente. Pierre dice que, una vez en el aire, Farisi estará fuera de su alcance. ¿Por qué? Incluso tratándose de un vuelo tan corto como el de Niza a Cannes debe haber un plan de vuelo. El destino de Farisi será conocido inmediatamente. ¿Cómo sabemos nosotros que no tienen un agente destacado en alguna parte de la costa a quien pueden telefonarle?

Yo pensé en Skurleti, que estaba en Antibes.

—Tienen agentes que usan motocicletas, dice usted —continuó Sanger—. Con los trámites de despegue y aterrizaje nocturno, más el tiempo de vuelo entre Niza y Cannes, un motorista rápido puede llegar tan pronto como la avioneta. ¿Escoger otro aeropuerto pequeño? ¿Uno más lejano? ¿El de Digne? ¿O el de Aix-en-Provence? Pierre tendría entonces que conducir cientos de kilómetros, algunos a plena luz del día quizá, para acudir a la cita, y cada kilómetro es un riesgo más cara a la policía. Esto no es razonable.

Hizo una pausa. Lucía se estaba poniendo cada vez más seria.

Sanger continuó:

—Y además, permitidme que os diga otra cosa. Si yo fuera el brigadier Farisi, no aceptaría este plan. No es lo mismo para Pierre coger el dinero, que cargar con los documentos como él. Y entregárselos a su gobierno. ¿A dónde va después de la cita? ¿A su avioneta alquilada? Nunca llegaría vivo hasta ella.

—Eso sería una locura, ciertamente —dije yo—. Pero supongo que es cosa de Farisi arreglárselas una vez que haya conseguido lo que quería.

—Tal vez. Pero no creo que considere aceptable empezar con una extraña carrera de golf como punto de partida. ¿Y quién se lo puede reprochar? Además, resulta innecesario todo eso.

—¿Qué es lo que resulta innecesario?

Sus manos se agitaron en el aire al mismo tiempo que encogía los hombros.

—Todo eso... todas esas complicaciones.

—¿Tiene usted un plan más sencillo?

—Sí, claro, por supuesto —puso cara de ligera sorpresa—. Pensé que ya lo habría adivinado.

—Pues no.

—El único inconveniente estriba —sus ojos se dirigieron deferentemente hacia Lucía— en que lo encontréis aceptable o no.

Lucía frunció el ceño.

—Primero tendremos que escucharlo, Patrick.

Se quedó pensativo un instante y luego empezó, señalando los puntos sucesivos con los dedos como si estuviese contando.

—Pierre ha corrido riesgos terribles —dijo—. Tú, mi querida Lucía, también te has arriesgado bastante. Sin duda, la suerte pronto os abandonará. Por otra parte, habéis adquirido un socio que, de momento, no ha corrido ningún riesgo.

Hizo una pausa. La boca de Lucía se estaba poniendo cada vez más tensa.

Sanger le dirigió una cálida sonrisa.

Lucía se volvió hacia él, con la cara roja de rabia.

—¡Dije que protegería a Adela y lo haré!

—Y supongo que a mí también.

Sanger me dirigió una mirada irónica y dijo:

—¡Estas mujeres!

—Escuchemos lo que tiene que decirnos —dije yo secamente.

—Muy bien —dijo Sanger acomodándose en el asiento—. Al asunto, pues. Lucía me contó lo que pensaban decirle a la policía. Eso me parece magnífico. Creo que eso es lo primero que deberían hacer mañana por la mañana.

Simultáneamente, Lucía y yo empezamos a protestar. Sanger nos detuvo con un gesto.

—¡Un momento, chicos! ¿Me vais a escuchar o no?

De pronto, adoptó el aire del hombre incomprendido, cansado de soportar injusticias.

Los tres guardamos silencio por un momento.

Luego, Sanger continuó lentamente:

—En el momento en que ustedes se vayan a la policía, ocurrirán varias cosas. Primero, los agentes del Comité quedarán desconcertados. Se preguntarán la razón de este paso y se alarmarán. Si ustedes han entregado esos documentos a la policía francesa, muy pronto ésta se los enviará a la policía iraquí, con terribles consecuencias para los conspiradores del Plan *Dagh* y sus compinches. En vez de atacar, estarán a la defensiva. Si, al mismo tiempo, el brigadier Farisi hace una reserva para el primer vuelo que enlace Ankara, Aleppo y Bagdad, sus temores se

verán confirmados. Sacarán la consecuencia de que ha recibido órdenes de regresar. Cierto que mantendrán la vigilancia sobre él, pero probablemente con menos hombres y ciertamente con menos convicción. ¿No estarán de acuerdo conmigo?

—Continúe.

—A ustedes les interrogará la policía. El brigadier Farisi tiene reservado su pasaje aéreo para volver a su país. ¿Qué ocurre, pues? Todo parece haber terminado. ¿Quién notará que un tal *Monsieur Sanger* ha cogido una *suite* en el mismo hotel que el brigadier Farisi y en el mismo piso? ¿Quién sabrá si el brigadier Farisi al dirigirse al ascensor, da una pequeña vuelta y pierde cinco minutos con *Monsieur Sanger*? Nadie —Sanger extendió las manos—. La transacción ha sido efectuada.

Yo miré a Lucía. Ella me miró y suspiró profundamente.

—Es bastante razonable, *Chéri*.

—Hay una cosa en la que no ha pensado —dije yo—. Farisi tendrá que haber ido al banco a buscar el dinero. Eso les alertará, ¿no?

Sanger se sonrió forzosamente.

—Apostaría —dijo— a que Farisi ya fue al banco hoy y arregló las cosas para que le fuera entregado el dinero mañana a través de un intermediario. Eso es lo que yo hubiera hecho en su caso. Sería una precaución obvia. Naturalmente, no puedo estar seguro. Hay un cierto riesgo de todos modos. Lo cual me lleva al último punto.

—¿Su parte?

—Exacto.

Lucía ni siquiera suspiró. Se había dado por vencida.

—¿Qué sugieres tú?

—¿Un tercio?

Lucía dejó escapar un gemido. Yo también suspiré, silenciosamente pues la comprendía. Ahora Sanger iba a saber el precio que yo había acordado con Farisi. Hice lo que pude para negociar.

—El quince por ciento —dije yo.

—Pero si ya tengo el diez por ciento —protestó Sanger—. Estoy seguro que no esperará usted...

—El quince por ciento de cuatrocientos noventa mil francos —dije yo—. Eso es lo que Farisi accedió a pagar.

Tuve la pequeña satisfacción de ver hinchársele la mejilla por un instante; luego se recobró.

—*Tiens!* —dijo en voz suave.

—Y el quince por ciento es... —dije yo comenzando a calcular.

—¡Setenta y tres mil quinientos francos! —era Lucía, claro—. ¡Setenta y tres mil... simplemente por alquilar una habitación en un hotel!

—Y por tener una idea, y correr una serie de riesgos.

—¿Riesgos? ¿Después de lo que Pierre ha hecho? ¡Eso es un insulto!

—Entonces retiro la oferta —dijo Sanger animadamente—. Que coja Pierre la habitación del hotel.

—Espece de chameau!

—¿Hacemos el trato o no?

Lucía me miró; yo asentí con la cabeza.

—Sí, lo hacemos —dije yo.

Cinco minutos más tarde, tras discutir los detalles, telefoneé a Farisi y le conté el plan propuesto. El brigadier lo aprobó cordialmente. Se me ocurrió pensar que la visita a la clínica no le había hecho más gracia que a mí. Sólo hizo una pregunta.

—Y cuando se presente ese hombre. ¿Cómo sabré que no es una trampa? ¿Cómo sabré que es la persona indicada? Debe haber un código. Sería mejor que me diera una contraseña.

—Sí, se la dará. La contraseña será «Ethos». Tuve que deletreárselo, pero valía la pena. Sin embargo, sólo a Sanger le hizo gracia.

Diez minutos más tarde, tras otra discusión, llamé a Sy Logan a su departamento de París.

Cogió el teléfono su mujer; evidentemente estaban en la cama. Oí que ella le decía a su marido:

—Es esa rata de Maas.

Pasaron varios segundos antes de que Sy se pusiera al aparato. Supongo que estuvo conectando un magnetófono.

—Bien, Piet —dijo con tono afable—, cuánto tiempo sin vernos.

Al parecer, se iba a ahorrar las recriminaciones... al menos, de momento.

—Creo que el trabajo ha gustado —dije—. Espero que las repercusiones no hayan resultado demasiado embarazosas.

—No han sido precisamente divertidas. ¿Desde dónde hablas?

—Del Sur. Pensé que os gustaría completar el artículo del otro día con más detalles.

—Puede.

No pareció mostrar mucho interés.

—Si lo tomas así, se lo daré al *Paris Match*.

Esto le hizo saltar.

—No lo harás, Piet. No lo harás, si no quieres verte en los tribunales. Todavía estás sometido a contrato con nosotros. ¿Recuerdas? Te seguimos pagando tu salario, y lo seguiremos haciendo hasta que expire el contrato. Estas son las órdenes que tenemos de Nueva York.

No pude aguantar la risa.

—Oh, ya veo. Sería de mal gusto que me despidierais ahora, ¿no es eso?

—Eso es cosa nuestra. Lo importante es que, legalmente, sigues trabajando para nosotros. Bien. ¿Qué detalles son esos de que me hablabas?

—¿Bob Parsons sigue por aquí?

—Sí. ¿Por qué?

—He convencido a *Miss Bernardi* para que se presente a la policía y entregue los papeles que cogió del chalet de Arbil.

—Escucha, hijo-de-puta, si tratas de hacernos otra...

—No trato de hacer nada. Si Bob Parsons y nadie más, me espera con un coche en el sitio que yo le diga a las nueve de la mañana, podrá llevarnos él mismo a la Comisaría de Niza y obtener el material de primera mano.

—¿Hablas en serio?

—Naturalmente. Estuve trabajando en esto todo el tiempo. Ella no me habría recibido sabiendo que tú y la policía andabais detrás.

—¿Y ahora querrá cooperar?

—Ahora que yo la convencí, sí. Naturalmente, estará nerviosa.

—Has citado a Bob Parsons. ¿Y un fotógrafo?

—De acuerdo, un fotógrafo. Pero nadie más.

—¿Para qué se necesita a nadie más? ¿Dónde es el sitio?

Ahora estaba excitado.

—En Cagnes-sur-Mer. Pero será mucho mejor que me dejes hablar con Bob Parsons sobre el particular para que no haya lugar a equívocos. ¿Dónde se hospeda?

—En el Negresco. Ahora lo llamaré. ¿Quieres que te llame?

—Yo lo llamaré a él. Por si no consigo hablarle, el sitio será al lado norte de la plaza de Bas-de-Cagnes. ¿Lo has anotado? Otra cosa. Sería una buena idea que avisara a un abogado y lo tuviera a mano en la comisaría. Tengo una explicación bastante lógica de lo que ha ocurrido, pero puede que la policía se ponga terca. Y *Miss Bernardi* también puede necesitar cierta protección. Su estado nervioso sigue siendo bastante deplorable. Todo este asunto ha sido para ella una pesadilla. Supongo que lo entenderás.

Logré poner en mis palabras una nota de emoción.

Sy respondió maravillosamente.

—No te preocupes, Piet. Tendremos allí a los Marines, y todo un plantel de abogados con ellos para que resuelvan todos los problemas. Tú preséntate simplemente.

—La entrevista la entregué, ¿no?

—Sí, Piet. Pero no nos hagas otra mala pasada ¿eh?

—Veré a Bob Parsons por la mañana. Buenas noches.

Esta vez mi conversación había gustado a los dos miembros del auditorio.

—¿Enviarán abogados? —preguntó Lucía con incredulidad—. ¿Abogados para

ayudarnos con la policía?

—Sí, eso harán.

—¿Y crees que es necesario?

—No quiero pasar la noche de mañana en la cárcel. Además, tenemos una cita aquí con nuestro amigo, mañana por la noche, para recoger cierta cantidad de dinero.

Sanger se sonrió hacia Lucía.

—¿Lo ves? Es lo que yo dije. Posee un talento natural para estas cosas. Seréis muy felices juntos.

Al día siguiente por la mañana, Sanger nos llevó en el Lancia con la maleta de Arbil hasta un kilómetro de distancia de Bas-de-Cagnes. Se mostró reacio a llevarnos hasta cerca de la plaza, y se irritó cuando le sugerimos que debía hacerlo.

—Tengo que realizar un trabajo para vosotros en Niza hoy —nos recordó con intención—. Si los periodistas amigos de Pierre deciden dar una prueba de su buena fe a la policía notificándoles por adelantado vuestra decisión de entregaros, podemos tener bastantes problemas todos nosotros.

Así pues, nos bajamos del coche e hicimos a pie el resto del camino. En la carretera, pasamos junto a varias personas, pero nadie se fijó en nosotros. Éramos simplemente un hombre y una mujer con una pesada maleta entre ellos. Lucía llevaba puesta su peluca, y yo el sombrero. Pasamos a bastante distancia de la casa de la *Rue Carponière* y de los hombres que la vigilaban, pero no tenía sentido correr riesgos innecesarios.

Bob Parsons estaba de pie junto a su coche en el lugar indicado mirando aquí y allá y el fotógrafo tenía su cámara colgada del cuello lista para la acción. Ninguno de los dos nos reconoció hasta que nos hallamos a unos metros de ellos; era increíble.

El fotógrafo fue el primero en reconocernos e inmediatamente se puso a trabajar. Bob salió corriendo hacia nosotros.

Yo le presenté a Lucía. Ella consiguió dar la impresión de estar ausente, patética y un poco chiflada al mismo tiempo. Se negó a sacarse la peluca para el fotógrafo, insistiendo en que cada momento que pasaba allí de pie corría más peligro. Había sido idea mía lo de entregarse a la policía, decía ella; quizá me había equivocado. Vi que Bob Parsons empezaba a preocuparse. Cuando le sugerí en voz baja que retirase al fotógrafo, aceptó inmediatamente.

Bob Parsons siempre me había caído simpático. Era de San Francisco, andaba por los cuarenta y tenía una cara larga y delgada y un sereno sentido del humor. Además, era un reportero muy inteligente. Mientras nos llevaba en el coche hacia la comisaría, logró sacarnos toda la historia que habíamos preparado para la policía y, lo que es más, puso al descubierto algunas faltas que había en ella y que nosotros no habíamos notado. Entre los dos, Lucía y yo, pudimos taparlas de nuevo; pero la experiencia resultó sumamente agotadora, aunque inútil, descubriríamos más tarde, como si de remendar un vestido se tratara.

Con el consentimiento de Lucía, Bob se detuvo un poco antes de llegar frente a la Comisaría y envió delante al fotógrafo para que hiciese algunas instantáneas de nuestra llegada. En aquel momento, Lucía se quitó el pañuelo y lo metió en el bolso. Yo me deshice del sombrero.

Desde el momento de nuestra llegada, el día fue un infierno completo.

Sy mantuvo su promesa y logró reunir a tres abogados para que nos representaran y protegiesen nuestros intereses; pero pronto resulto evidente que la policía no iba a cometer ningún desaguizado de tipo legal. Los abogados fueron advertidos de que, puesto que nos habíamos presentado a la policía voluntariamente con objeto de hacer declaraciones como personas responsables, y puesto que no había existido ningún cargo contra nadie ni se pensaba presentar (de momento), nuestros intereses no requerían ningún tipo de protección legal. Puesto que no estábamos detenidos (de momento), no precisábamos ninguna representación legal. Si ellos, los abogados creían que sus clientes podían ser culpables de algún delito, que lo dijese.

Los abogados decidieron dejar a la policía en paz, al menos de momento. Así que nos dejaron para que nos las entendiéramos por nuestra cuenta.

Lucía estuvo magnífica, y tan convincente que yo empecé a preocuparme. Un impresionable comisario adjunto, lleno de compasión, propuso que se retrasase el interrogatorio y que se llamase a un médico para que le administrase un sedante. Con un cierto apresuramiento, Lucía bajó el tono de su representación. Una matrona de rostro siniestro, perteneciente a la prisión de mujeres, fue consultada en vez del médico. La prescribió una taza de chocolate caliente.

Poco después, nos separaron. Tuve que contar toda la historia una vez más. *¿Por qué no me había puesto en contacto secretamente con la policía?* «Había adoptado una actitud de total confianza respecto a *Mademoiselle Bernardi*». *Pero si creía que los temores de ella eran irracionales, mi deber era informar a la policía ¿no?* «Yo no tenía modo de saber por adelantado si sus temores eran irracionales o no». *¿No había leído los documentos de la maleta?* «No». *¿Por qué no?* «Porque yo no sabía leer árabe». *¿Y Mademoiselle Bernardi no me había descrito su contenido?* «No». *A mi parecer, ¿cuál era la base de sus temores?* «Las cosas que le había dicho sobre los documentos el coronel Arbil, y el hecho de que éste hubiera sido asesinado por unos hombres que buscaban dichos documentos».

El interrogatorio continuó, interminablemente a mi parecer. Se me había parado el reloj y perdí todo el sentido del tiempo. En un momento dado trajeron comida. El interrogatorio siguió.

Yo había estado en la casa de Cagnes, ¿no? ¿No era raro que la mujer de la limpieza no hubiera notado la menor huella de mi presencia allí? «No era raro en absoluto; la mujer de la limpieza no veía bien». *¿En qué parte de la casa había dormido yo?* «En el cuarto trastero». *¿En qué parte del cuarto trastero?* «En los cojines de las sillas del jardín». *¿Cómo me había afeitado aquella mañana?* «*Mademoiselle Bernardi* me había dejado una maquinilla de afeitar». *¿No había compartido quizá la cama de la chica?* «Esa pregunta deberían hacérsela a la propia chica». *¿Tendría yo inconveniente en que me registraran?* «Ni mucho menos». Y así

una y otra vez.

Debía de ser bien entrada la noche cuando me llevaron a una especie de sala de espera y me dejaron allí solo. Al cabo de unos minutos, entró Bob Parsons. Con él estaba uno de los abogados, un hombre pequeño y regordete con aspecto de dictador.

Bob parecía muy cansado.

—Bien Piet —dijo— por lo que a la policía respecta, no hueles precisamente a rosas, pero creo que has salido del apuro. Aquí el abogado Casier dice que no te retendrán.

—¿Y a Lucía?

—Hace una hora aproximadamente llegaron de Zürich un par de polizontes. Están ahora con ella. ¿Tiene algo más que contarles, aparte de lo que había en la entrevista?

—Ni una palabra.

—Entonces también la dejarán pronto. Pero hay un problema.

—¿Qué?

—Nuestros colegas de la prensa. Hay unos cincuenta ahí afuera esperando.

—¡Oh, Dios!

—He hablado con Sy. Esta ha consultado con Nueva York. El caso llega demasiado pronto para nosotros, y resulta demasiado sensacionalista. Así que lo vamos a distribuir a los servicios telegráficos dentro de una hora aproximadamente. Las fotos que hemos tomado esta mañana han salido ya hacia París en avión. También se distribuirán algunas de ellas. Nos quedaremos con unas cuantas de las mejores para nosotros.

—¿Y qué haremos con la gente que hay ahí afuera?

—Bien, tendrás que dejarles que tomen unas cuantas fotografías tuyas con la chica; pero en cuanto a las declaraciones, la policía ha indicado con inequívoca claridad que prefieren hacer ellos mismos un comunicado, y solo una vez que esos papeles de Arbil hayan sido examinados por el *Deuxième*. Así que vuestros labios están sellados.

—Bien; algo es algo. ¿Cuándo podremos salir de este lugar?

—Tan pronto como terminen con Lucía, supongo. No pueden tardar mucho ya.

El abogado Casier intervino:

—Sólo hay una pequeña dificultad, *Monsieur* Maas. La policía ha expresado su deseo de que tanto usted como *Mademoiselle* Bernardi se queden en la zona y se presenten a la policía diariamente. Es una petición de los Servicios de Seguridad. Puede que quieran hacer más preguntas luego, cuando los papeles de Arbil hayan sido traducidos.

—Comprendo. Muy bien.

—Lo cual nos lleva a otro tipo de dificultad, Piet —Bob Parsons pareció titubear súbitamente—. Al menos, yo supongo que es una dificultad —y me dirigió una

sonrisa afectada y con perversa intención—, porque te afecta a ti no a mí. Bien, yo he recogido tus maletas de ese hotel de la estación y te tengo reservada una habitación en el Negresco. Ahora, el abogado Casier me dice que Lucía intenta volver a esa casa de Cagnes esta noche. Dice que de todos modos el alquiler ha sido pagado por adelantado. La policía no tiene nada en contra. Pues bien, parece que la chica espera que tú vayas con ella. Se trata de algo que tú acordaste con ella anteriormente. No lo sé.

—Ella afirma —dijo el abogado Casier en tono firme y un tanto acusador— que usted, al persuadirla de que informase a la policía, le prometió firmemente permanecer junto a ella y protegerla de ulteriores intromisiones de los periodistas. Ella confió en usted basándose en esa promesa.

Me fue difícil mantener la cara inalterable. Respondí con todo el tono titubeante que pude:

—Bueno, sí supongo que le dije algo así.

—Y puesto que, de todos modos usted no puede alejarse, por si la policía desea interrogarle ulteriormente, no parece que haya ninguna razón para que falte a su promesa.

Las últimas palabras las dijo en un tono firme y resuelto; evidentemente, Lucía le había causado una profunda impresión.

Yo traté de aparecer dubitativo.

—Bueno...

—No preciso recordarle —continuó el abogado con afectada severidad— que, dadas las sugerencias que ya aparecieron en la prensa acerca de su relación con la joven, si usted la abandona en este momento, causará una malísima impresión. Ella es francesa. Y, al fin y al cabo, usted representa a una publicación americana.

—*La Amérique perfide* murmuró Bob Parsons sardónicamente—. Le sacó las declaraciones y después la tiró a los lobos.

Sus ojos tropezaron con los míos; yo no había podido engañarlo durante mucho tiempo; Parsons no tenía ninguna duda ahora de que Lucía y yo habíamos dormido juntos.

Me volví hacia el abogado Casier.

—Muy bien —dije en tono noble—; si eso es lo que ella desea, no tengo ningún inconveniente. Claro que no dispongo de coche, y si hemos de presentarnos a la policía diariamente, voy a necesitarlo.

—Puedes usar el mío —dijo Bob prontamente—. Tus maletas están en el maletero. Yo regresaré a Roma mañana: podemos arreglarlo todo con la casa antes de que yo salga.

Tenía en los labios una amplia sonrisa. Se estaba divirtiendo de lo lindo. Yo también, aunque por un motivo diferente. Si el abogado Casier no hubiera estado allí,

también yo me hubiera sonreído.

Ya pasaba de las siete cuando conseguimos abandonar la comisaría y escapar de los fotógrafos. Los dos estábamos considerablemente desgañados. Algunos de los fotógrafos nos siguieron en coches y motocicletas. Cuando llegamos a la *Rue Carponière*, ya había allí otro grupo esperándonos para tomar más fotografías. Al cabo de unos veinte minutos, sin embargo, el grupo se fue reduciendo y pude entrar con el coche.

A las nueve en punto, saqué el coche otra vez y cerré las cancelas detrás de mí. Ya sólo quedaban dos fotógrafos y un solo reportero. *Mademoiselle Bernardi*, les dije, estaba exhausta y se había retirado a descansar. Quedaba al cuidado de una enfermera, añadí gravemente, avisada con anterioridad. Nadie se molestó en preguntarme acerca de mis planes para aquella noche. Ahora, yo era simplemente otro competidor poco grato.

Bajé con el coche hasta la calle Vence y allí giré hacia el huerto.

Lucía me estaba esperando al fondo del bosquecillo de olivos donde habíamos aparcado dos noches antes. Volvía a llevar puesta la peluca y el pañuelo. Yo también tenía el sombrero en la cabeza. Nos habíamos tomado una botella de champán para celebrar la ocasión y Lucía estaba de un humor excelente. Tuvimos un divertido viaje a través de una serie de carreteras secundarias hasta la *Sourisette*.

Sanger nos recibió con la confiada afabilidad del especialista que ha estudiado las radiografías y ha llegado a la conclusión de que, al fin y al cabo, la enfermedad no es tan seria como uno había llegado a creer.

—Vaya día que habéis tenido, chicos —dijo—, vaya día. Estuve escuchando la radio.

Lucía me miró.

—Sí, ha sido un día muy interesante, ciertamente —dije yo—. Por lo tanto, puesto que ya lo ha oído todo sobre nuestra jornada, ¿qué nos cuenta de la suya? ¿Vio a Farisi?

—Sí que lo vi.

Regresó junto a nosotros con un coñac para Luda.

—¿Y?

—La entrevista fue breve, pero interesante. Es un hombre muy competente. *Muy* competente.

Esperamos mientras servía mi bebida y un Campari con soda para él. Al fin, regresó junto a nosotros.

—¿Y?

Sanger meneó la cabeza con un ademán triste.

—Chicos, hemos calculado mal.

—¿Te ha dado el dinero? —le preguntó Lucía.

—Sí me ha dado algo de dinero.

Sanger suspiró profundamente.

—¿Cuánto?

—Como dije antes, hemos calculado mal —dio un sorbo a su Campari—. Debisteis haberos presentado a la policía más tarde. Al no hacerlo así, el ayudante ese... ¿cómo se llama?

—Dawali.

—Sí. Dawali. Oyó todo el asunto por la radio. Documentos secretos entregados a la policía. Súbitamente, Farisi decidió que vosotros habíais cambiado de opinión. Como resultado, no se sintió obligado en el trato que había hecho con usted. Me costó mucho tiempo convencerle de que estaba equivocado.

Yo me puse de pie.

—¡Eso es absurdo! Farisi ya sabía que nosotros íbamos a entregar ciertos papeles de Arbil. Yo le había hablado de eso ya. Una historia inacabada del pueblo kurdo.

Sanger se encogió de hombros.

—La radio decía documentos secretos... documentos que han sido naturalmente pasados al *Deuxième bureau*. Naturalmente, estaba intranquilo. Naturalmente, creía que le habíais hecho una mala pasada.

Ahora también Lucía estaba de pie y sus ojos estaban echando chispas.

—¿Cuánto, Patrick? ¿Cuánto? —repitió levantando la voz.

Sanger suspiró.

—La mitad —dijo tranquilamente.

—¡Mentiroso!

—La mitad. Doscientos cuarenta y cinco mil francos. Aquí los tengo.

Y se dirigió hacia la caja fuerte.

—¡Mentiroso!

Lucía se arrancó de golpe la peluca y se la tiró a la cabeza.

Pero no le acertó y la peluca cayó sobre la alfombra con un ruido fofo.

—Bueno, bueno, chicos.

—Espece d' ordure!

—Seamos razonables.

—Merde, alors.

—Pierre, ¿quiere convencerla de que deje de gritar?

—Yo también tengo ganas de gritar —dije—. Y tengo ganas además, de llamar a Farisi para ver cuánto te pagó exactamente.

—Se fue en el avión de las cinco —se sonrió, en ademán de reproche—. Vamos, chicos. Doscientos cuarenta y cinco mil francos menos mis setenta y tres mil, os quedan limpios casi unos cuarenta mil dólares. Y todo por un fajo de papeles

amarillentos que...

Me costó otros ensordecedores diez minutos reducir su comisión de setenta y tres a cuarenta y tres mil francos. Sanger no perdió la cabeza y se mostró razonable. Como casi con toda seguridad tenía la otra mitad del precio de la transacción en algún escondrijo de la casa, su actitud no resultaba en modo alguno sorprendente.

Incluso se permitió el lujo de ser franco.

—Cielo —le dijo a Lucía en un momento, lamentándose—, no seas estúpida. Por ti no hubiera regresado aquí esta noche. Si no hubiera sido por Pierre y por todas esas cosas perversas que puede publicar sobre mí, tal vez hubiera regresado directamente a Italia. En realidad, Pierre también está metido en el lío, así que no puede decir nada. De modo que todos somos amigos.

No preguntó cuál iba a ser mi comisión; supongo que no le importaba; pero cuando entregó a Lucía los doscientos dos mil francos y mientras observaba como ella los metía con un gesto ceñudo en el bolso, dedicó un comentario al tema de mi futuro.

—La proposición de Pierre sobre esa revista no es mala, sabes —dijo—, ni mucho menos. Desde el punto de vista de una inversión, quiero decir. Será una inversión muy rentable cuando la cosa marche. A mí no me importaría tener una pequeña participación en el negocio. Hay un problema, sin embargo. Si empieza otra vez, tiene que hacerlo en el marco de una sociedad limitada. Por otra parte, el riesgo personal es mínimo. Sin embargo, su posición como extranjero en Francia sería difícil. Según la ley francesa, el principal accionista de una sociedad limitada, registrada aquí, tiene que ser un ciudadano francés. Esto significa que tendría que encontrar a una persona en la que pudiera confiar.

Lucía se quedó pensando por un momento y luego se encogió de hombros.

—Eso es cosa de él.

A continuación me dirigió a mí una significativa mirada.

—No olvides, Pierre, que has dejado algunas cosas en el dormitorio.

—Oh, sí.

Sanger se dirigió hacia mí sonriendo.

—He cogido el revólver. Espero que no le importe. Es de Adela. Y las llaves del coche también.

—Naturalmente. No se moleste en acompañarme. Recuerdo el camino.

Por un momento tuve miedo de que insistiese en venir conmigo, pero Lucía arregló la situación derramando su coñac por el suelo.

—Lo siento —le oí decir en tono áspero mientras yo subía las escaleras—, pero no es extraño que esté nerviosa. Cuando una ha creído que trataba con un amigo y descubre que no hay verdadera amistad sino únicamente interés egoísta, es lógico que le tiemblen a una las manos un poco.

Encontré los dos sobres con el dinero de Skurleti en el sitio donde los había dejado, escondidos bajo la alfombra en la habitación de los huéspedes. Los metí en el bolsillo, hice la maleta y bajé con ella.

Sanger nos despidió con su habitual campechanería igual que nos había recibido.

—Que lo paséis bien, hijos míos —dijo—, que lo paséis bien. Le daré a Adela vuestros recuerdos.

Ya habíamos salido de Mougins y estábamos en la carretera de Vence cuando Lucía mencionó el dinero de Skurleti.

—¿Estaba allí, *chéri*? —preguntó.

—Sí que estaba.

Y di un golpecito en uno de mis bolsillos.

Hubo otro largo silencio.

Luego, ella dijo:

—¿Es cierto lo que dijo acerca de las sociedades limitadas en Francia, que el principal accionista tiene que ser un ciudadano francés?

—No lo sé, pero podemos preguntarlo.

Al cabo de unos segundos, yo saqué los sobres del bolsillo, uno a uno, y se los di.

Ella se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla.

—Cuatrocientos mil —dijo pensativamente mientras seguíamos avanzando por la carretera de Vence.

—Cuatrocientos dos mil —le corregí yo.

—No. Está el asunto de los ojos de la mujer de la limpieza. Prometí pagarle la operación.

—Eso es cierto.

Vi que se sonreía y sentí su mano sobre mi rodilla.

—Yo nunca olvido una promesa, *chéri* —dijo—. Ese jurista, el abogado Casier, se mostró muy comprensivo esta tarde —añadió reflexivamente—. Tal vez deberíamos consultarle.



ERIC AMBLER. Nacido en Londres, Reino Unido, el 28 de junio de 1909, fue un escritor británico considerado el inventor de la novela de espionaje moderna. También fue guionista y productor cinematográfico. Falleció el 22 de octubre de 1998.

Eric Ambler tuvo una infancia feliz. En 1928 obtiene su título de ingeniero, pero prefiere dedicarse a la publicidad, profesión que ejercerá hasta finales de la Segunda Guerra Mundial y que alternará con la novela. Entre 1936 y 1940, escribe seis novelas de espionaje que se convertirán en clásicos.

Una vez enrolado, permanecerá en el ejército británico durante seis años, sirviendo en los batallones de propaganda cinematográfica, escribiendo guiones y realizando filmaciones en los lugares de batalla, en donde conoce a John Huston). Tras la guerra prueba sin éxito la aventura americana en Hollywood. Escribe algunos guiones, pero al cabo de poco tiempo regresa a la novela. Decide volver a Europa en 1958. Siguió escribiendo numerosas novelas hasta 1981.

La contribución de Eric Ambler será fundamental para elevar el thriller a la categoría de literatura noble. La novela negra será el género preferido por Ambler, ya que le permitía expresar sus opiniones políticas, aunque nunca caerá en las ilusiones de las utopías. Sus personajes son personas normales, en muchas ocasiones llegadas a espías sin pretenderlo, anti-héroes vapuleados por fuerzas que les superan con mucho. A menudo Ambler utiliza su experiencia en los negocios y su formación como ingeniero para dar verosimilitud a sus relatos, sirviéndose de un muy británico

sentido del humor y de un estilo de escritura inimitable.

Sus novelas más destacadas son: *Peligro extremo* (1937), *Motivo de alarma* (1938), *La máscara de Dimitrios* (1939), *Viaje al miedo* (1940), y *La luz del día* (1962) galardonada con el premio Edgar en 1964 a la mejor novela.